

UNIVERSIDAD NACIONAL
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO
ESCUELA DE RELACIONES INTERNACIONALES
POSGRADO EN RELACIONES INTERNACIONALES Y DIPLOMACIA

**LA CRISIS DE UN BLOQUE HISTÓRICO: LA ADMINISTRACIÓN TRUMP Y EL
ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL**

JAVIER JOHANNING SOLÍS

HEREDIA, COSTA RICA

ENERO, 2024

**Tesis sometida a consideración del Tribunal Examinador del Posgrado en Relaciones
Internacionales y Diplomacia para optar al grado de Magister Scientiae en Relaciones
Internacionales y Diplomacia.**

**La Crisis de un Bloque Histórico: La Administración Trump y el Orden Liberal
Internacional**

Javier Johanning Solís

**Tesis presentada para optar al grado de Magíster Scientiae en Relaciones
Internacionales y Diplomacia. Cumple con los requisitos establecidos por el Sistema
de Estudios de Posgrado de la Universidad Nacional. Heredia. Costa Rica.**

MIEMBROS DEL TRIBUNAL EXAMINADOR

Dr. Alexis Segura Jiménez
Representante del Consejo Central de Posgrado

MSc. Roy Mora Vega
Coordinador del posgrado

Dr. Alonso Ramírez Cover
Tutor de tesis

Dr. Marco Vinicio Méndez Coto
Miembro del Comité Asesor

Dr. Carlos Humberto Cascante Segura
Miembro del Comité Asesor

Lic. Javier Johanning Solís
Sustentante

Resumen

Desde la llegada al poder de Donald J. Trump en los Estados Unidos (EE. UU.) se ha dicho que el orden liberal internacional, construido desde la posguerra, se encuentra en crisis. Esta investigación busca problematizar esta creencia, compartida principalmente por quienes defienden la orden liberal internacional, no sólo cuestionando los orígenes y contenidos del orden liberal internacional, sino también interrogándose si realmente la Administración Trump marcó un quiebre con dicho orden. Para ello, se parte de teoría crítica y de geopolítica crítica, entendiendo que lo que llaman algunos autores como orden liberal internacional es realmente la hegemonía global estadounidense. La investigación estudia entonces uno de los componentes de la hegemonía, el factor de las ideas, siguiendo a Robert Cox (2014), mediante el estudio de caso y el análisis crítico de discurso y de contenido.

Inicialmente se problematiza los supuestos orígenes del orden liberal internacional, identificando que realmente nace a partir del fin de la Guerra Fría, y se problematizan sus valores y principios institucionalistas liberales, identificando sus omisiones e invisibilizaciones. Posteriormente se ubica ideológicamente a la Administración Trump, para luego, mediante el análisis crítico de discurso, identificar si realmente fue un quiebre o una reconfiguración de la hegemonía global estadounidense. El estudio demuestra que la Administración Trump no sólo no marcó un quiebre con el llamado orden liberal internacional, sino que buscó explícitamente reformarlo, recurriendo a narrativas más coercitivas que aquellas basadas en el consenso. Asimismo, se encuentra que la Administración Trump compartió, defendió e impulsó la piedra angular de la hegemonía global estadounidense: la creencia en la excepcionalidad estadounidense. Por lo tanto, la Administración Trump significó un esfuerzo, si bien burdo y coercitivo, de reconfigurar la hegemonía global estadounidense, no su quiebre.

Abstract

Since Donald J. Trump came to power in the United States (USA), it has been said that the liberal international order, built since the postwar, is in crisis. This research seeks to question this belief, shared primarily by those who defend the liberal international order, not only questioning the origins and content of the liberal international order, but also asking if the Trump Administration really marked a rupture of said order. With this purpose, employing critical theory and critical geopolitics, it is understood that what some authors call the liberal international order is really the global hegemony of the USA. This study, then, focuses on one of the components of hegemony, following Robert Cox (2014), through case study and critical discourse and content analysis.

First, the origins of the liberal international order are put to question, identifying that it is really built from the end of the Cold War onwards. The liberal institutionalist values and principles are then examined, identifying its omissions and silences. Later, the Trump Administration is situated ideologically, in order to find if it really was a rupture or a reform of the USA global hegemony, through critical discourse analysis. The study demonstrates that the Trump Administration was not only not a rupture with the so called liberal international order, but that it in fact looked to reform it explicitly, using coercive narratives, rather than those based on building consensus. The Trump Administration, it is found, shared, defended and promoted the cornerstone of the USA global hegemony: the belief in the US exceptionality. Hence, the Trump Administration actually was an effort, rather boorish and coercive, to reform the US global hegemony, not its rupture.

Agradecimiento

Se desea agradecer profundamente al Dr. Sergio Moya Mena por toda su guía, compañía y consenso por todo este proceso. Sin su constante mentoría, esto no sería una realidad. También se desea agradecer al Dr. Carlos Cascante Segura y al Dr. Alonso Ramírez Cover por la orientación y ayuda en momentos muy difíciles de este proceso, luego de la partida del Dr. Moya. La guía del Dr. Cascante en el análisis de discurso y contenido fue fundamental para que esta investigación llegara a buen puerto y lograra realizar sus principales hallazgos. La ayuda y orientación del Dr. Ramírez en cuanto a teoría y geopolítica crítica fue sumamente importante, no sólo desde antes de siquiera plantear el proceso de investigación, sino también a la hora de darle solidez y coherencia lógica a este escrito. Quiero agradecer profundamente a mi esposa, Sharon Matamoros Ramírez, por toda su compañía, paciencia, escucha y sacrificio. No fue un proceso fácil, pero sin ella, no hubiera sido un proceso del todo.

Gracias a Dios, que Allah tenga en su infinita gloria a Sergio.

Dedicatoria

Dedicado a la memoria de Sergio Iván Moya Mena, maestro, mentor, guía, amigo.

Para Sharon, por su compañía, paciencia, sacrificio, y más que nada, amor.

Índice

Resumen	iv
Abstract	v
Agradecimiento	vi
Dedicatoria	vii
Introducción	1
Tema y planteamiento del problema	3
Delimitación temática	7
Justificación	7
Estado de la cuestión	9
Objetivos de investigación	28
Objetivo general	28
Objetivos específicos	28
Organización de la investigación	28
Capítulo I. Planteamiento epistémico-teórico	31
Introducción	31
Marco conceptual referencial	32
Aproximación epistemológica	32
Teoría sobre hegemonía en el materialismo histórico	33
El aporte de Robert Cox a la teoría sobre hegemonía	36
La dimensión geopolítica de la hegemonía	48
Capítulo II. Planteamiento metodológico	53
Introducción	53
Perspectiva metodológica	53
Método	54
Enfoque de investigación	58
Tipo de investigación	60
Fuentes de información	61
Técnicas de recolección de datos	63
Matriz de congruencia	66
Capítulo III. Las ideas que informan el orden: un análisis de las ideas que legitiman al orden liberal internacional	67
Introducción	67

El orden liberal internacional desde su construcción teórico-ideológica	68
Una aclaración teórico-metodológica	68
La geopolítica clásica del orden liberal internacional.....	71
A modo de conclusión: No hay alternativa al orden liberal internacional.....	93
Capítulo IV. Un examen crítico de la geopolítica clásica que informa al orden liberal internacional	95
Introducción.....	95
Modernidad, liberalismo, excepcionalismo estadounidense y relato histórico	96
Liberalismo, imperialismo, proteccionismo y racismo	104
La piedra angular del internacionalismo liberal: el excepcionalismo estadounidense	107
El mito del país sin fronteras.....	109
El mito del destino manifiesto	111
El mito de la potencia liberal.....	113
El proyecto “liberal” de Woodrow Wilson	114
Orden liberal internacional y Guerra Fría 1945-1973: ¿la exportación de la sociedad de mercado?.....	116
¿Orden liberal internacional u orden neoliberal internacional? Situando al orden en su contexto histórico, de los 70 a la actualidad.....	125
Conclusiones	145
Capítulo V. La administración de Donald J. Trump y las ideas que informan al Orden Liberal Internacional I.....	149
Introducción.....	149
Situando ideológicamente a la administración Trump	150
La geopolítica práctica de la administración Trump: ¿un quiebre o una reforma del orden liberal internacional?	168
El código geopolítico de la Estrategia de Seguridad de Estados Unidos durante la administración Trump.....	170
Análisis de los discursos de Donald J. Trump como presidente de los EE. UU.....	218
Conclusiones	270
Capítulo VI. La administración Trump y las ideas que informan al Orden Liberal Internacional II.....	272
Introducción.....	272
Análisis de los discursos de Rex Tillerson como secretario de Estado de los EE. UU. 2017-2018.....	275
Análisis de los discursos de Michael Pompeo como secretario de Estado de los EE. UU. 2018-2021	286

Análisis de los discursos del vicepresidente Mike Pence y del secretario de Defensa Jim Mattis ante la Conferencia de Seguridad de Múnich.....	301
Conclusiones	310
Conclusiones	311
Referencias.....	317
Libros y fuentes académicas.....	317
Otras Fuentes.....	330
Discursos y documentos oficiales de la administración Trump	331

Índice de tablas

Tabla 1.....	52
Tabla 2.....	62
Tabla 3.....	139
Tabla 4.....	201
Tabla 5.....	211
Tabla 6.....	219
Tabla 7.....	278
Tabla 8.....	284
Tabla 9.....	287
Tabla 10.....	299

Índice de Figuras

Figura 1	46
Figura 2	177
Figura 3	182
Figura 4	189
Figura 5	191
Figura 6	192
Figura 7	197
Figura 8	198
Figura 9	205
Figura 10	222
Figura 11	228
Figura 12	245
Figura 13	282
Figura 14	295
Figura 15	304

Introducción

El mundo está experimentando una serie de cambios y sucesos, muchos vertiginosos y sorprendidos, otros de más larga duración, que han provocado que se eleve el nivel de incertidumbre sobre la estabilidad y las posibilidades de la paz en el sistema internacional. Esta situación, ya entrada la tercera década del siglo XXI, ha llevado a varios analistas a advertir que el mundo tiende hacia el caos, el desorden o la entropía. (Haas, 2017; Actis, 2020; Actis y Creus, 2020; Actis y Malacalza, 2020; Arredondo, 2020; Laporte, 2020).

Otros analistas parecieran advertir que estos sucesos, como los ataques del 11 de septiembre de 2001, las invasiones estadounidenses a Afganistán e Irak, la crisis financiera global del 2008 y sus subsecuentes medidas de austeridad, las revueltas árabes y su recrudecimiento en regímenes autoritarios, la guerra en Siria, la intervención militar en Libia, el surgimiento del Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS) en 2014, el conflicto en Ucrania en 2014 y la invasión rusa en 2022, el surgimiento de la derecha radical y posfascista en Europa y otros lugares del mundo, la pandemia del COVID-19 y el aumento de las tensiones globales entre las potencias, se deben, principalmente, a la pérdida de poder global estadounidense.

En efecto, a raíz de todos estos eventos, se ha afirmado que el orden liberal internacional, supuestamente construido por Estados Unidos (EE. UU.) desde finales de la Segunda Guerra Mundial—una afirmación por demás problemática—se encuentra en crisis o, incluso, se está disolviendo. Una parte importante de los esfuerzos para entender la situación global actual pasa por entender el papel de lo que se considera fue una Administración estadounidense que contribuyó a la crisis global: la administración de Donald J. Trump (2017-2021). Hay bastante literatura referida al tema, sin embargo, no se ha logrado generar un consenso sobre si la administración Trump representó una causa más o una consecuencia de la crisis actual. (Ikenberry, 2018; Deudney e Ikenberry, 2018; Walt, 2018; Acharya, 2018; Acharya, 2019; Mearsheimer, 2019; Xuetong, 2019; Nye, 2019; Nye, 2020; Sanahuja, 2020; Dunford y Qi, 2020; entre otros).

En lo que sí parecieran coincidir es en que la llegada de esta polémica figura a la presidencia de los EE. UU. significó un fuerte empoderamiento de grupos racistas, nativistas, autoritarios, antiglobalistas y posfascistas, tanto a lo interno como a lo externo de los EE. UU, lo cual ha

conllevado a un deterioro de las supuestas bases en las que se afirma el orden liberal internacional: la apertura internacional, el multilateralismo y las relaciones basadas en reglas, la solidaridad democrática y la cooperación en seguridad, y la promoción de propósitos sociales progresistas (Ikenberry, 2005; 2018; 2020a). Además, se ha visto, con especial preocupación, la presunta puesta en tela de duda de las alianzas tradicionales estadounidenses, especialmente con la OTAN, lo cual, se argumenta, socava las bases mismas del sistema (Ikenberry, 2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2018, 2021a, 2021b;; Nye, 2019).

Se objeta que la llegada de Donald J. Trump al poder en los EE. UU. ha minado la predictibilidad del poder global estadounidense, se ha favorecido la respuesta unilateral y ha provocado un proceso, ya sea de aislacionismo (Ikenberry, 2020a; Haas, 2019; 2020, 21 de marzo de 2018; 11 de enero de 2021; 15 de agosto de 2021; 29 de septiembre de 2021; Haas y Kupchan, 25 de marzo de 2021) que, incluso, ha sido continuado por su sucesor, Joe Biden, o bien de retirada de los EE. UU. de los asuntos globales (Nye, 2019). Otros, en cambio, argumentan a favor, no de una retirada, pero sí de un *restraint* o límites al poder global estadounidense, para balancear lo que consideran ha sido una sobreexpansión del poder estadounidense desde inicios del siglo XXI. No obstante, hay un desacuerdo, en cuanto al contenido y forma en la que debe expresarse este *restraint* (Walt, 2018; Mearsheimer, 2018; 2019; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b).

Quienes buscan defender y mantener lo que llaman el orden liberal internacional argumentan, que la solución debe ser más y no menos liberalismo e, incluso, recientemente, se han posicionado a favor de una noción de liberalismo conservador, cercano a la noción del liberalismo de Isaiah Berlin (Deudney e Ikenberry, 2018; 2021a; 2021b; Ikenberry, 2018; 2020a; 2020b; 2022). Solo de esta forma se podrá hacer frente a lo que Ikenberry (2018; 2020a) llama los retos y oportunidades de la modernidad en el mundo y avanzar hacia mejores estados de la humanidad.

Hay quienes ven lo anterior con cautela y recelo, recordando que no se puede desligar a un orden internacional de las potencias que lo impulsan, entendiendo, a su vez, que ninguna teoría es neutra, ya que todo pensamiento humano es hecho por alguien y para algo (Cox, 2014). Esta tradición teórica entiende que no es posible despersonalizar ni descontextualizar

lo que se llama un orden internacional, mucho menos el orden liberal internacional, entendiéndolo como una nueva versión legitimadora de la hegemonía internacional estadounidense, cuestionando sus orígenes, omisiones, invisibilizaciones y relaciones de dominación (Anderson, 2014; Acharya, 2018; Agnew, 1998; 2018; 2020; Harvey, 2005; 2008a; 2008b; 2020; Agnew y Sharp, 2016; entre otros).

Tema y planteamiento del problema

Durante los años comprendidos entre el 2017 al 2021 el mundo experimentó un cambio en el mando de la principal potencia global. Este cambio, el paso de la administración Obama a la administración Trump, marcó, a su vez, una transformación significativa en cómo la potencia estadounidense se relacionaba con el mundo, principalmente, gracias a las posiciones nativistas, xenófobas y económicamente proteccionistas del entonces mandatario estadounidense. Este cambio es parte de una serie de sucesos internacionales que han provocado la reflexión sobre el estado del sistema internacional en el siglo XXI y su futuro.

De esta forma, el mundo lleva varios años presentando cambios y fenómenos que han desconcertado a analistas y líderes mundiales, , incluso, ha llevado a algunos a decir que el mundo tiende al caos, al desorden o a la entropía (Haas, 2017; Actis, 2020; Actis y Creus, 2020; Actis y Malacalza, 2020; Arredondo, 2020; Laporte, 2020). Desde la segunda década del siglo XXI, se ha podido observar eventos como las revueltas árabes y su posterior recrudecimiento en regímenes autoritarios como el de Fatah al Sisi en Egipto conflictos abiertos como los de Siria y, en el mejor de los casos, democracias inestables y conflictivas como en Túnez. Asimismo, se ha podido contemplar intervenciones militares con un justificante humanitario convertirse en una peor tragedia humanitaria, como en Libia, y conflictos fríos entre potencias como en Ucrania, Siria y Libia.

En cuanto al llamado extremismo salafista, aunque Al Qaeda disminuyó su protagonismo a nivel internacional, el DAESH o Estado Islámico, surgido en 2014 gracias al mismo intervencionismo estadounidense (Moya, 2019), liderado en su momento por Abu Bakr al-Baghdadi, tomó partes significativas del territorio en Irak y Siria y perpetuó una serie de atentados terroristas que llevaron a una coalición internacional a intervenir militarmente para desarticular al grupo. A pesar de que hasta la fecha el grupo sigue activo, su territorio se

redujo significativamente y su líder fue asesinado por EE. UU. Esto no significa que el extremismo salafista haya desaparecido, ya que todavía se mantienen estos grupos, así como otros, como Boko Haram en Nigeria, Ansar al-Sunna en Mozambique y los Talibanes en Afganistán, que han recuperado gran parte de su territorio perdido desde 2001, entre otros.

Todo lo anterior ha desencadenado un movimiento humano significativo que trata de huir de conflictos, lo cual ha llevado al surgimiento de grupos y movimientos de derecha radical, xenófobos, autoritarios y nativistas que han culminado con sucesos como la llegada al poder de Viktor Orban en Hungría, el Partido de la Ley y la Justicia en Polonia, Donald Trump en EE. UU., entre otros, así como al llamado Brexit de la Unión Europea (UE). Por si fuera poco, también se ha presenciado una ola reaccionaria en América Latina que, de la mano del Poder Judicial y de las fuerzas armadas, ha logrado obtener el poder, como en Bolivia y Brasil, y la llegada al poder de gobiernos de derecha en la región, como los de Iván Duque en Colombia, Sebastián Piñera en Chile, Jair Bolsonaro en Brasil, Juan Orlando Hernández en Honduras, Lenin Moreno en Ecuador, entre otros. Todo esto ha supuesto un deterioro significativo del goce de los derechos humanos y libertad a nivel mundial como lo ha detallado la organización Freedom House (Repucci y Slipowitz, 2021).

A partir de estos sucesos, varios analistas internacionales han afirmado que el orden internacional liberal, construido y liderado por EE. UU., se encuentra en una crisis significativa. Incluso, parece haber un cierto consenso en la academia de que Donald Trump ha supuesto una profundización de dicha crisis, aunque no hay acuerdo sobre si su llegada al poder y su administración fue una causa más o una consecuencia de dicha crisis (Ikenberry, 2018; Deudney e Ikenberry, 2018; Walt, 2018; Acharya, 2018; Acharya, 2019; Mearsheimer, 2019; Xuetong, 2019; Nye, 2019; Nye, 2020; Sanahuja, 2020; Dunford y Qi, 2020; entre otros).

Lo cierto del caso es que su llegada al poder ha empoderado a grupos racistas, nativistas y autoritarios, tanto a nivel interno como a nivel internacional, ha supuesto un deterioro del multilateralismo y del régimen de derechos humanos internacional y ha incrementado las tensiones entre las potencias, especialmente, a partir de su guerra comercial con China, atentando, incluso, contra la estabilidad de la economía global. Además, ha provocado una percepción de debilitamiento de las alianzas tradicionales estadounidenses, como la OTAN,

y de perjuicio hacia aliados tradicionales con aranceles como a Corea del Sur, Francia, México, Canadá, entre otros, lo que Walt (2018) ha llamado una lógica de política exterior transaccional.

Con la llegada al poder de Donald Trump se evidenció una crisis política en los Estados Unidos, en parte gracias al discurso de *America First* del entonces mandatario, que chocaba con el discurso universalista de la élite liberal que domina la política exterior estadounidense (Walt, 2018; Mearsheimer, 2018). Asimismo, se identificó una crisis a lo interno del Departamento de Estado de Estados Unidos, pues se recortó su presupuesto, se socavó a su personal se optó por vías diplomáticas no oficiales, incluida la red social Twitter, se presenciaron tensiones entre el secretario de Estado y el mandatario, como lo fue durante la estadía de Rex Tillerson en el Departamento de Estado, entre otras cuestiones (Nye, 2019).

Por otro lado, la administración Trump también generó una crisis sobre el llamado institucionalismo internacional liberal, socavando el multilateralismo a favor de una diplomacia bilateral de corte más coercitiva y transaccional (Walt, 2018). Este es el caso de las salidas y debilitamiento financiero por parte de EE. UU. contra el sistema de Naciones Unidas, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, la UNESCO y la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el desfinanciamiento del Sistema Interamericano de Derechos Humanos, entre otros casos (Dirección, 2020; Hinshaw y Armour, 2020; Zelicovich, 2020; Tokatlian, 2020). Asimismo, es el caso de la imposición del cargo de presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), puesto que se contrarió una tradición no escrita de que el presidente siempre debía ser un latinoamericano (Tokatlian, 2020; Actis y Malacalza, 2020; Nemiña, 2020).

Pero tal vez el caso más importante de intromisión en la institucionalidad que sostiene al llamado orden liberal internacional o hegemonía estadounidense es la paralización del órgano de apelaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), piedra angular de la dominación internacional estadounidense, que Trump buscaba reformar, reduciendo sus competencias. Esto se conjugó con la necesidad de nombrar a un nuevo director general de la OMC, la decisión estaba entre la nigeriana Ngozi Okonjo-Iweala y la surcoreana Yoo Myung-hee. Como las decisiones de la OMC se toman por consenso de las partes, el apoyo

de la administración Trump a la surcoreana, a pesar de que la mayoría del apoyo lo recibía Ngozi Okonjo-Iweala, fue una nueva forma de paralizar a la OMC (Zelicovich, 2020).

Viendo todo lo anterior, es que esta investigación busca dar cuenta, por tanto, del papel de la administración de Donald Trump en el deterioro o reconfiguración de la hegemonía internacional estadounidense, a la cual también han llamado orden internacional liberal por sus principales apologistas, fenómeno que ha sido poco investigado, pero sí muy conjeturado (Ikenberry, 2005; Ikenberry, 2018; Deudney e Ikenberry, 2018). Por ende, esta investigación se enfoca, fundamentalmente, en el papel de las ideas que informan y legitiman al orden y a la hegemonía internacional estadounidense, indagando su posible quiebre o reconfiguración. Además, se buscará desprenderse de cualquier noción prospectiva de poder a futuro o de brindar recomendaciones de cómo EE. UU. podrá reconfigurar o retomar su papel como la potencia hegemónica a nivel mundial, como es lo más usual entre quienes han abordado el tema (Ikenberry, 2018; Deudney e Ikenberry, 2018; Walt, 2018; Mearsheimer, 2019; Nye, 2019).

Por esta razón, la investigación partirá de la teoría crítica y, sin considerar *a priori* un declive irremediable de los EE. UU., buscará dar cuenta del estado de la hegemonía estadounidense internacional durante la administración Trump, relacionando las ideas que informan al llamado orden liberal internacional con las ideas que informan a esta administración, mediante el análisis de discurso y análisis de contenido. Como afirma Anderson (2014) un error de quienes han escrito sobre el declive estadounidense, principalmente desde posiciones críticas, es suponer que su hegemonía o imperio, dependiendo de quién escriba, está en proceso de declive incuestionable. Por el contrario, esta investigación busca, de forma rigurosa, dar cuenta del estado de situación de la hegemonía estadounidense durante la administración Trump, considerando como posibilidades históricas abiertas tanto su declive como su reconfiguración. Esto implica, entonces, partir del consenso del debate académico de que en efecto la actual versión hegemónica estadounidense está en crisis, pero sin tener que, por ello, afirmar que su dominación internacional está irremediablemente finalizando. En palabras de Gramsci (2017), se considera que EE. UU. ha dejado de ser la potencia dirigente, pero continúa siendo la potencia dominante. Por lo tanto, es interesante de indagar si podrá reconfigurarse para volver a ser la potencia dirigente o no.

A partir de lo descrito, este estudio busca responder a la siguiente pregunta de investigación: ¿Cuál es el estado de la hegemonía internacional de los Estados Unidos, también llamada “orden liberal internacional”, durante la administración Trump (2017- enero 2021), en relación con las ideas que le informan y legitiman?

Delimitación temática

Con base en todo lo anterior, se comprende que la investigación posee una delimitación temporal a partir del período de la administración de Donald Trump en los EE. UU., iniciando en enero de 2017 y finalizando en enero de 2021. Asimismo, la investigación tiene por tema principal el estado de la hegemonía internacional estadounidense, también llamada orden liberal internacional, la cual es estudiada a partir de una de las tres principales características que componen la hegemonía en términos de Cox (2014), a saber: las ideas, las capacidades materiales y las instituciones. La investigación, por tanto, busca dar cuenta de la situación del plano de las ideas que informan a la hegemonía internacional estadounidense, identificándose ahí la posibilidad de quiebre, sustitución o reconfiguración hegemónica y buscando plantear posibles preguntas y agendas de investigación sobre el resto de las características identificadas por Cox (2014).

Justificación

Como se profundiza en el Estado de la cuestión, cabe poca duda, si acaso alguna, de que la hegemonía internacional estadounidense se encuentra en crisis. No obstante, se debe ir más allá de una constatación empírica a una comprensión analítica o una explicación teórica de cómo es que el bloque histórico de la hegemonía estadounidense se encuentra actualmente en estado de resquebrajamiento o crisis. Todas las explicaciones hasta el momento, aunque coinciden en la crisis del orden liberal internacional, realmente explican esta crisis de forma superficial, buscando más bien ofrecer recetas de cómo reconfigurar dicha hegemonía, tomándola *a priori* como un fenómeno positivo que debe mantenerse o la estudian alrededor de uno de sus aspectos sin ver todo el panorama, generando análisis parciales o insuficientes para comprender la complejidad de la realidad. Por ende, esta investigación busca llenar un vacío de conocimiento indagando sobre el estado de uno de los principales componentes de la hegemonía estadounidense durante la administración Trump, a saber, las ideas,

capacidades materiales e instituciones, tal y como lo establece Cox (2014), específicamente, el plano de las ideas.

Por esta razón, la investigación no parte de las *problem solving theories* que solo buscan legitimar un *statu quo*, dado su carácter conservador. Por el contrario, lo que pretende es reflexionar no solo sobre una situación social determinada, sin tomarla como dada, sino que también busca reflexionar sobre el proceso de teorización propio, dialogando con otras perspectivas y, con ello, generando un panorama más amplio de análisis para la comprensión de una realidad cambiante en la que las partes y el todo están relacionadas (Cox, 2014, p. 132-135).

De esta forma, se podrá indagar de manera más amplia sobre la inestabilidad actual del sistema internacional, caracterizado por el auge de la derecha radical (Mudde, 2019), con sus posiciones autoritarias, nativistas y xenófobas, contrarias a los derechos humanos e, incluso, en ocasiones supremacistas, ocasionadas por el deterioro del sistema democrático liberal y el incremento de una cada vez mayor desigualdad económica entre la población mundial (Repucci y Splipowitz, 2021), por la creciente tensión entre las principales potencias del mundo, con conflictos en Ucrania, Siria, Libia y otras latitudes, por una guerra comercial entre China y EE. UU. que atenta contra la estabilidad de la economía global y por el advenimiento de una pandemia por la propagación del virus SARS-COV-II, que, como Wallace et al. (2020) y Foster y Suwandi (2020) encuentran, no es un hecho extraordinario, ni un cisne negro, sino, precisamente, es un producto de las relaciones sociales capitalistas de producción, que, mediante la industria agroalimentaria, han devastado los recursos naturales del mundo, poniendo en mayor contacto especies silvestres con el ser humano, facilitando con ello la propagación de nuevos patógenos gracias a la aglomeración de la fuerza de trabajo agrícola, lo cual es una consecuencia de su proletarización.

Estudiar, por tanto, la situación en la que se encuentra la hegemonía estadounidense en esta coyuntura, desde una teoría crítica, permite entender las relaciones entre el todo y las partes, y con ello comprender de mejor forma la realidad social en la que el ser humano está inserto. Asimismo, también permite vislumbrar la situación general en la que se encuentra el mundo y cómo esta brinda márgenes de acción para la construcción de nuevas realidades a los actores involucrados, en todas sus escalas, para llevar a cabo sus intereses.

Estado de la cuestión

El debate sobre el declive estadounidense es de larga data, tal y como lo retrata Moya (2020, p. 14), quien identificó que históricamente han existido 3 posturas: la tesis decadentista, la tesis decadentista atemperada y la tesis optimista. En efecto, este es un debate que ha sido, principalmente, desarrollado por autores estadounidenses que durante el siglo XX consideraban que EE. UU. podría estar en un proceso de declive. No obstante, como encuentra Moya (2020), y como bien ha afirmado Agnew (1998), estas advertencias al declive también eran un discurso útil y legitimador para la expansión de la influencia y presencia de EE. UU. sobre el mundo.

Por su parte, Agnew (1998) encuentra que este discurso declivista se conjuga con la imaginación geopolítica moderna con la cual EE. UU. ha actuado sobre el mundo durante la Guerra Fría, articulada en códigos geopolíticos o discursos—ya que este autor determina que la imaginación geopolítica moderna ideológica, como la categoriza durante la Guerra Fría, es linguacultural—tales como el discurso de la contención, del efecto dominó y de la estabilidad hegemónica (p. 103). Este discurso declivista ha sido recurrente en la historia de los EE. UU., pero su versión actual parece elevarse a un nuevo nivel, ya no de la potencia norteamericana, sino del orden mundial que su hegemonía ha construido como forma de legitimar la necesidad de su dominación internacional.

Inclusive, Harvey (2020), recientemente, ha demostrado que el discurso declivista de los 70 era exagerado, porque en vez de EE. UU. declinar, lo que se evidenciaba era el fin de un período excepcional en la historia mundial, donde la potencia aportaba prácticamente el 50 % del Producto Interno Bruto (PIB) mundial, gracias a la devastación de la Segunda Guerra Mundial, junto con los efectos de la crisis del 29 y de la Primera Guerra Mundial. Este período excepcional vino a su fin, en parte producto del ajuste espacial realizado por la acumulación de capital en EE. UU. y por la necesidad de escapar de las contradicciones de capital de sobreproducción y subconsumo, articulado mediante el Plan Marshall e instituciones internacionales como el Bretton Woods, lo que llevó a que antiguos rivales, como Alemania Occidental y Japón, subyugados dentro del orden internacional estadounidense de la Guerra Fría, pudieran desarrollar sus economías nuevamente y readquirir un papel histórico económico-productivo. Por tanto, para Harvey (2020), lo

sucedido en los 70 no fue un declive estadounidense, sino una vuelta a la normalidad dentro de la economía global.

Hay quienes han argumentado, incluso, que el fin de Bretton Woods no fue un período de declive, sino de reconfiguración de la hegemonía internacional estadounidense, donde Nixon lo único que hizo fue confirmar un *fait accompli*, al acabar con la conversión oro-dólar y al consolidar al dólar como la moneda de reserva global de valor (Anderson, 2014, p. 161). Como se puede observar, aunque es un discurso recurrente, en especial, dentro de la política estadounidense, el declivismo no siempre ha sido ni real ni tratado rigurosamente como debería serlo.

Más recientemente, se ha desencadenado una serie de estudios que buscan indagar el estado de situación y futuro de la hegemonía estadounidense a partir de la llegada al poder de Donald J. Trump a los Estados Unidos. La principal diferencia entre los debates anteriores y el actual es que ahora se habla del declive del orden liberal internacional y no solo de los Estados Unidos (EE. UU.), como principal potencia del mundo. Como se verá más adelante, Acharya (2018) demuestra cómo este discurso del orden liberal internacional es un envoltorio nuevo para conversar de algo no tan nuevo: la hegemonía internacional estadounidense. Es por ello que este autor afirma que en vez de hablar de un orden liberal internacional resulta más correcto entender un orden internacional estadounidense.

Si bien Acharya (2018) también afirma que hablar del declive estadounidense no es lo mismo que hablar del declive de su orden internacional, aquí se argumenta que ambos fenómenos están entrelazados a tal punto de que, sin llegar a confundirles como un mismo elemento, se deben tratar en su conjunto. Por esta razón, el presente estado de la cuestión parte, en primera instancia, del declive estadounidense como forma de introducir el debate, pero se enfoca en mayor medida en su versión actual o en su discurso ideológico actual como parte de la imaginación geopolítica estadounidense: debate sobre la crisis y el fin del orden liberal internacional.

Moya (2020) identifica que en obras como las de Wallerstein, Bacevich, Buzek, Haas, Johnson e, incluso, de Nye se discute si es cierto o no el declive relativo de los EE. UU. o, inclusive, del orden construido internacionalmente por este país. Este ha sido un debate que se ha desarrollado, especialmente, entre quienes deliberan sobre el llamado *Grand Strategy*

estadounidense, como afirma Anderson (2014). Por su parte, para Moya (2020), el debate sobre el declive de los EE. UU. se puede resumir en tres posiciones en disputa: la tesis declivista, la tesis declivista atemperada y la tesis optimista.

En cuanto a la tesis declivista, se encuentra que es, principalmente, impulsada por autores identificados con posturas críticas sobre el poderío internacional estadounidense (Moya, 2020). Asimismo, Anderson (2014) afirma que uno de los principales errores que ha cometido esta postura es partir de forma *a priori* de que el declive estadounidense es irremediable, por ende, buscan evidencia para demostrarlo, partiendo de una posición sesgada. En este sentido, el autor inglés hace un llamado a realizar estudios más serios que, si bien pueden ser críticos, no tengan que por ello partir de un supuesto declive difícil de demostrar. En este sentido, el mismo autor propone indagar el bloque histórico de la hegemonía estadounidense en sus coyunturas críticas y estudiar, a partir de ahí, sus posibilidades históricas, siendo el declive una de tantas posibilidades, en vez de partir de posturas que denotan *wishful thinking* (p. 8).

Esto es precisamente lo que Moya (2020, pp. 25-29) encuentra al analizar obras como las de Wallerstein, mismas que tratan sobre el declive estadounidense. Si bien algunos de los puntos de Wallerstein son interesantes y rescatables, lo cierto del caso es que se basa en evidencia circunstancial y problemática para argumentar la irremediable situación de declive de los EE. UU. Otros declivistas, como Morris Berman, se centran en un supuesto declive cultural y civilizacional (Moya, 2020, pp. 30-33) que, en el mejor de los casos, es problemático y, en el peor, muestra realmente los sesgos y preferencias políticas del autor.

Mientras tanto, otros, como Chalmers Johnson, aunque con análisis muy valiosos, donde el mismo Anderson (2014) reconoce que ha sido uno de los estudios más sustanciosos sobre la situación de EE. UU. en el mundo, se centra en un momento particular de la historia estadounidense, la presidencia de George W. Bush, lo cual no permite generalizar ni teorizar más ampliamente, a partir de un caso. Además, según Moya (2020, pp. 32-35), Johnson argumenta que EE. UU. tiende al militarismo, lo cual atenta contra las instituciones democráticas y republicanas estadounidenses y afirma que, para recuperar el estado de democracia y república de EE. UU., este debe dismantelar su imperio, principalmente, su gasto militar excesivo y sus más de 800 bases militares alrededor del mundo.

Con respecto a la tesis decadentista o declivista atemperada, Moya (2020, p. 35) señala que engloba a autores como Andrew Bacevich, Zbigniew Brzezinski, Fareed Zakaria y Richard Haas. Esta tesis reconoce el declive estadounidense, pero también busca ofrecer una serie de recomendaciones para que EE. UU. recupere su poder o pueda enfrentar por lo menos a los nuevos desafíos globales. Para Bacevich, citado por Moya (2020, pp. 35-38), EE. UU. debe renunciar a la hegemonía para mantener su rol mundial y, a la vez, buscar eliminar cualquier ambición imperial o cualquier arrogancia o, bien, cualquier actitud de *hubris*.

Para Brzezinski, mencionado por Moya (2020, p. 38), el problema con EE. UU. es que ha cometido errores estratégicos como la guerra en Irak y recomienda a este país crear un sistema internacional autosostenido para su beneficio. Asimismo, Anderson (2014) encuentra que el pensamiento de Brzezinski cambió con el ascenso asertivo de China, pasando de recomendar evitar el surgimiento de una potencia rival en Eurasia, mediante una coalición de actores, incluida la cooptación de China, para balancear a una Rusia agresiva y revanchista para el autor, a argumentar, por el contrario, que EE. UU. debe construir una coalición balanceadora de China, procurando incorporar lo mejor de sus habilidades a una decadente Rusia en las filas de Occidente (pp. 152-160).

Mientras que, para Zakaria, citado por Moya (2020, pp. 39-40), si bien EE. UU. afronta problemas, como el de su deuda federal, su declive se debe más que todo al supuesto *Rise of the Rest* que a un declive propiamente. Por ello, la potencia estadounidense deberá manejarse cuidadosamente en un mundo donde mantiene su primacía militar y económica, pero también uno en que otros actores internacionales han surgido con el poder suficiente de balancear su poder en determinadas circunstancias.

Finalmente, otro autor citado por Moya (2020, pp. 40-42), es Richard Haas, para quien el mundo ha sufrido cambios significativos y el poder se ha dispersado. Además, señala que las amenazas nuevas son transnacionales y esto socava la efectividad de proyección del poderío estadounidense. Con esto, EE. UU. no puede seguir siendo la policía del mundo, pero tampoco debe aislarse. La solución se encuentra en asumir un rol de sheriff y procurar intervenir solo ahí donde sus intereses estratégicos vitales estén en juego, construyendo coaliciones de actores dependiendo de la localidad del mundo donde deba intervenir. Si este no es el caso, debe dejar que sus aliados logren resolver los problemas, ayudando desde atrás.

Más recientemente, podría incorporarse en esta tesis a autores realistas como Walt (2018) y Mearsheimer (2019), así como también a un poscolonial, hasta cierto punto, como Acharya (2018), como se verá más adelante. Incluso, podría incluirse a autores autoproclamados como liberales realistas, como Nye (2019) que, si bien Moya (2020) lo cataloga como un optimista, en su más reciente libro, *Do Morals Matter? Presidents and Foreign Policy from FDR to Trump*, este reconoce que EE. UU. ha perdido con Donald Trump su lugar en el mundo.

En efecto, Nye (2019, pp. 210-211) afirma que los términos “orden liberal internacional” o “Pax Americana” que alguna vez fueron usados para describir el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se han convertido en obsoletos como descripciones del lugar de EE. UU. en el mundo. Sin embargo, la necesidad de que los países más grandes tomen el liderazgo en crear bienes públicos se mantiene, de lo contrario no serán provistos y los estadounidenses, entre otros, sufrirán. Un orden internacional abierto y basado en reglas cubre los asuntos político-militares, las relaciones económicas, las relaciones ecológicas y los derechos humanos. Queda por ver hasta qué grado estas dependen entre sí y qué va a quedar mientras el arreglo de 1945 se desmantela.

A pesar de esta aseveración tan contundente de Nye (2019), todavía se encuentra problemático encasillarle en una sola tendencia por el momento. Lo más adecuado resulta apuntar a que su pensamiento sobre el poder y rol de los EE. UU. está sufriendo un cambio, pero todavía no puede aseverarse con contundencia hacia dónde se dirige su pensamiento. Puede que con el triunfo de Biden sus preocupaciones por la supremacía o hegemonía mundial estadounidense se disipen, ya que uno de los argumentos implícitos del libro es que el presidente de los EE. UU. juega un rol fundamental en el mantenimiento o no del poder de la potencia. Asimismo, es evidente que un autor como Nye se encuentre más cómodo con un presidente que defiende el llamado orden liberal internacional, a uno que lo cuestione abiertamente. De hecho, el libro de Nye (2019) parece más una apología nostálgica a su propia construcción ideológica de cómo los presidentes estadounidenses han construido un mundo moralmente favorable para su país y el mundo—lo cual es problemático como mínimo—, el cual ahora se ve amenazado por la presidencia de Donald Trump.

Por esta razón, resulta significativo empezar, precisamente, con Nye en el análisis de la tesis optimista sobre el poder estadounidense. Nye (2019) afirma que EE. UU. mantiene un lugar

de preeminencia mundial, donde los indicadores de poder están a su favor, tanto militar como económico, como *soft power* y como tecnológico. Si bien presidentes como Bush o Trump pueden perjudicar su legitimidad o su *soft power*, lo cierto del caso es que esto no implica el fin del poder estadounidense. Este mismo autor afirma que, quienes defienden que EE. UU. está en decadencia, confunden declive absoluto con declive relativo, donde mientras el primero es muestra de decaimiento, el segundo solo indica que otros actores han usado más asertivamente su poder e influencia mundial.

Nye (2019) también reconoce que EE. UU. tiene problemas y desafíos por afrontar, muchos a nivel interno, como el estado de su infraestructura o su educación, pero de igual manera seguirá siendo la principal potencia del mundo. Esto, porque el llamado Consenso de Pekín es poco atractivo a nivel internacional para Estados democráticos u otros que no sean necesariamente autocracias (Moya, 2020, pp. 42-46). Esta es una aseveración recurrente por algún tiempo en el autor, como en (Nye (2011)). Lo cierto del caso es que esta última aseveración muestra más los sesgos y preferencias del autor que un dato empírico sustancial al debate.

En lo referente al resto de autores de la tesis optimista, muchos de ellos, como Josef Joffe y Nina Hachigan, afirman que ningún otro Estado puede ocupar el rol que actualmente ocupa EE. UU. a nivel mundial. Ningún otro actor tiene la capacidad política, militar, económica ni tecnológica para asumir dicho rol. Asimismo, explica que, aunque China e India podrían llegar a ser rivales al poder de este país, en la actualidad se encuentran en etapas muy tempranas de su desarrollo, por lo que EE. UU. todavía tiene el margen de maniobra para contenerles y mantener su poder (Moya, 2020, pp. 47-50). Estos argumentos se encuentran desfasados con la realidad, ya que el ascenso de China ha sido más rápido de lo supuesto y muchos de los datos que utilizan han quedado ya desfasados con la situación actual. No obstante, no se puede descartar la posibilidad histórica de una reconfiguración hegemónica por parte de EE. UU.

Finalmente, Mandelbaum y Friedman (en Moya, 2020) argumentan que EE. UU. es un país excepcional y una nación indispensable, pero esta condición no es permanente, sino que debe ser reproducida continuamente. Esto implica asumir los retos internos y externos, tales como la globalización, la revolución tecnológica industrial, su déficit fiscal, su rezago en

infraestructura, su reducida inversión en educación, su patrón de consumo energético, entre otros. Sin embargo, a pesar de estos retos, no existe ningún otro Estado o actor que pueda suplantar a los EE. UU. en el corto o mediano plazo. Por esta razón, argumentan estos autores, que este país debe crear una “dominación benevolente”, que demuestre que está al servicio del mundo (Moya, 2020, pp. 51-54). Si bien esto es más una muestra de la arrogancia e, incluso, podría decirse supremacismo de los autores, lo cierto es que también demuestra cómo recomiendan que EE. UU. construya una hegemonía en términos gramscianos para mantener su dominación mundial, buscando hacer pasar un interés particular por uno universal y generando concesiones en los actores subordinados para mantener su dominación (Gramsci, 2017).

Como ha podido verse, el debate sobre el declive de los EE. UU. ha sido, principalmente, dominado por quienes buscan, de una u otra forma, mantener el rol y poder internacional estadounidense. Es posible que, por esta razón, el debate pasara a enfocarse sobre el declive de la potencia o no, lo cual denota que lo importante es la dominación estadounidense, no el orden internacional, a enfocarse precisamente sobre dicho orden, ocultando con ello la dominación que se muestra detrás. Bien afirma Anderson (2014, p. 139) que Mandelbaum es muy tosco para ser el ideólogo oficial de la tradición Wilsoniana de la política exterior estadounidense, pero John Ikenberry, es su perfecto apologista. De esta forma, el debate se vuelve sobre una “construcción social colectiva”, benigna, que se encuentra amenazada o en crisis, pero que debe buscar mantenerse: el orden liberal internacional; sin mostrar que lo que se oculta detrás es la construcción de consenso a favor de la dominación internacional estadounidense. Por ello, es que el abordaje sobre el debate del declive del orden liberal internacional empezará por la tesis liberal de autores como John Ikenberry y Daniel Deudney, los cuales también podría considerarse que actualmente son declivistas atemperados.

En este sentido, ya no se trata de indagar sobre el declive relativo de una de las principales o, más bien, la principal potencia del mundo, sino del orden liberal internacional en su totalidad. Este orden ha sido definido, por uno de sus principales exponentes, como un orden internacional construido alrededor del libre comercio multilateral, mediante una economía mundial abierta y administrada por instituciones internacionales, con un especial énfasis en las relaciones entre las democracias liberales occidentales (Ikenberry, 2018, pp. 15-16). Para

Ikenberry (2018, p. 11), el orden liberal se basa, además de en las anteriores características, de la creencia de 5 convicciones principales: la necesidad de apertura en comercio, relaciones basadas en una serie de reglas dispersas que facilitan la cooperación, la cooperación en seguridad o una seguridad colectiva, la sociedad internacional, si bien no es perfecta es perfectible, por lo que existe la capacidad de reforma y, finalmente, en que un orden liberal internacional mueve a los Estados hacia una dirección progresista, definida en términos de democracia liberal. Resulta interesante notar que esta definición de orden liberal internacional en Ikenberry no es nueva, sino que ha sido uno de sus principales exponentes desde hace ya bastante tiempo, como se muestra en Ikenberry (2005).

Ahora bien, para Ikenberry (2005; 2018), lo que Ruggie (1982) ha llamado *embedded liberalism*, ese compromiso en la creación de un régimen económico internacional a favor de libre comercio, regulado por la necesidad doméstica de estabilidad monetaria y por instituciones internacionales liberales, es apenas uno de los componentes del orden liberal internacional. Esto resulta relevante aclararlo para no considerar que ambos términos son sinónimos. Uno, por tanto, engloba al otro.

En ese sentido, para autores liberales como Deudney y Meiser (2012) e Ikenberry (2005; 2018) —ver también su artículo en conjunto Deudney e Ikenberry (2018)— e, incluso, para algunos que se hacen llamar liberales realistas, como Nye (2019; 2020), el orden liberal está en crisis debido al surgimiento de fuerzas políticas nativistas, autoritarias y xenófobas de ultraderecha, lo que ha provocado una crisis dentro de democracias liberales consolidadas, como en EE. UU. con Trump, en Europa con Viktor Orban, entre otros, así como por fenómenos como el Brexit. Asimismo, la crisis del orden liberal mucho tiene que ver con un capitalismo salvaje, estilo casino, que ha provocado un aumento significativo de la desigualdad (Deudney e Ikenberry, 2018). Recientemente, Ikenberry (2020, p. 133) ha sido tajante en decir que el fin del orden liberal internacional puede fecharse en la primavera del 2020.

Lo interesante del caso es que, para estos autores, aunque el orden liberal presente pueda acabarse, esto no significa que el siguiente no pueda ser un orden liberal. Por el contrario, proponen construir un orden liberal más sólido que el actual, precisamente, porque ha sido el orden más exitoso en la historia de la humanidad (Ikenberry, 2020, p. 136). Aun así, lo cierto

del caso es que la administración Trump vino a provocar una crisis sin precedentes en un orden que, afirman, tiene por lo menos 75 años. Con ello, el ascenso de China, aunque preocupante, no lo es tanto como la amenaza que supuso Trump a la base misma de dicho orden. No obstante, las principales amenazas al orden internacional son transnacionales y no otra potencia o el mismo Trump (Ikenberry, 2020, p. 135). Estas amenazas Ikenberry (2020) las llama los problemas de la modernidad, que hacen que el mundo sea más interconectado y que las soluciones a los problemas mundiales se deban buscar no en las acciones unilaterales, sino en las multilaterales y la cooperación para atender los retos que suponen el cambio climático o las pandemias. En este sentido, la pandemia del coronavirus actual se presenta como una última oportunidad para que EE. UU. pueda reconfigurar el orden liberal internacional, es decir, renovarlo completamente (Ikenberry, 2020, p. 134).

Por esta razón, autores, como Deudney e Ikenberry, (2018), proponen que la solución a la crisis actual es más liberalismo, entendido como democracia liberal y no menos. La forma de lograr esto es crear un ambiente propicio para las democracias liberales, mediante la cooperación y las instituciones internacionales (Ikenberry, 2020, p. 136). Ante esto, Ikenberry (2020) afirma que el orden liberal actual tiene la falla de parecerse a un mall comercial, en el sentido de que los Estados pueden “comprar” los elementos del orden que les sirven y los demás desecharlos. La solución a esto es un concierto de democracias que funcione como un club cerrado, pero que coordine con un club abierto como las Naciones Unidas, con el objetivo de propagar realmente los valores liberales al resto del mundo, principalmente, el *embedded liberalism* que permitía a los Estados promover el libre comercio, pero a su vez compartir sus beneficios, todo en aras del bienestar nacional (Ikenberry, 2020, pp. 139-141).

Resulta evidente que, ante la imposibilidad de ofrecer soluciones reales, la posición liberal en general e Ikenberry en específico, han optado por proyectar al futuro situaciones del pasado. Lo propuesto por Ikenberry (2020) no dista en absoluto de lo que afirma era la condición del mundo durante la Guerra Fría, donde el orden liberal era realmente un grupo de democracias que cooperaban y concertaban sus intereses a favor de la seguridad colectiva, la democracia y el libre comercio. Incluso, con la propuesta de renovar el *embedded liberalism* de Ruggie, lo propuesto por el autor estadounidense no es más que volver a ver un

pasado de forma nostálgica, rehusándose a reconocer que no coincide con la situación mundial actual. Al final de cuentas, Deudney e Ikenberry (2018), y especialmente este último (Ikenberry, 2020), afirman que de no renovarse el orden liberal, en lo que parece ser una caricatura o cascaron del mismo por lo que proponen, lo que vendrá es el caos y el conflicto internacional, lo cual demuestra cómo estos autores son incapaces de ver las causas reales del declive del orden actual y del poderío estadounidense, recomendando mantener el rumbo, sin hacer caso a las señales de alarma a nivel internacional.

Por otro lado, autores realistas como Mearsheimer (2019) y Walt (2018) han afirmado que realmente la crisis actual no es más que la muestra de que el orden liberal nació con las causas de su propia destrucción. Un orden internacional ideológico, solamente impulsado en momentos históricos muy particulares, siempre es muy inestable, frágil y tendiente al fracaso (Mearsheimer, 2019). Este orden nació como producto del *hubris* de ser la única superpotencia del mundo, luego de la Guerra Fría—debatíéndole a la postura liberal su argumento de que es un orden construido después de la Segunda Guerra Mundial—lo cual llevó a que sus proponentes, muchos de ellos parte del *blob* de la comunidad de política exterior estadounidense, buscaran recrear el mundo a la imagen y semejanza de EE. UU., afirma Walt (2018). Esto llevó a cometer una serie de decisiones ideológicas, las cuales no necesariamente estaban a favor de los intereses nacionales del país. Walt (2018), incluso, identifica que todas las administraciones estadounidenses, posteriores a la de George H.W. Bush, han buscado impulsar el proyecto del orden liberal sobre el mundo, incluido George W. Bush, con excepción de Donald Trump.

Las consecuencias de lo anterior son más que conocidas: la crisis económica del 2008, provocada en gran medida por la hiperglobalización, tanto en la movilidad de dinero y mercancías como en la movilidad humana, una de las características del orden liberal, llevó al surgimiento del nacionalismo en Occidente y a una desigualdad rampante que hicieron del orden insostenible (Mearsheimer, 2019, pp. 36-42). Además de esto, el auge de China y la amenaza de Rusia han vuelto a traer a la escena internacional la importancia del balance de poder, cuya lógica socava la del orden liberal basado en cooperación, libre mercado y democracia liberal (Mearsheimer, 2019, p. 16).

Para Mearsheimer (2019), se avecina un orden internacional realista, caracterizado por el balance de poder entre tres potencias, dos que luchan por la primacía mundial, EE. UU. y China, y una más desgastada, como Rusia. Por esta razón, Walt (2018) recomienda a EE. UU. desechar el proyecto liberal y promover un *offshore balancing* que le permita defender sus intereses estratégicos ante el ascenso chino, como principal medida para procurar mantener su primacía internacional. Como podría suponerse, ambos autores dan muestras a entender de que Trump es más un problema para EE. UU. que una solución, aunque Walt (2018) es más claro en afirmar que Trump ayudó a socavar las bases de poder estadounidense siguiendo una lógica transaccional de política exterior y una posición de arrogancia que no solo alienó a aliados, sino que, incluso, los perjudicó, así como también por dar un discurso que legitimó tanto a “enemigos estadounidenses”, como Corea del Norte o Rusia, como a líderes autoritarios, contrario al discurso democrático internacional de este país y, más aún, a sus intereses estratégicos (ver Capítulo 6, principalmente). Para Walt (2018), Trump no pudo hacer más daño gracias a su inexperiencia e incompetencia, tampoco debido a que la comunidad de política exterior de EE. UU. no se lo permitió, la cual es cerrada y autorreferencial, contribuyendo a mantener la lógica viva de que el único orden internacional posible es liberal y que esto es en beneficio de los EE. UU., por ello, llama a esta comunidad como *the blob*.

Un autor recurrente en el debate, como lo es Haas (2018), ha afirmado, recientemente, que el orden liberal internacional, creado luego de la Segunda Guerra Mundial, ahora se ve amenazado en sus tres componentes principales: liberalismo, universalidad y la preservación del orden mismo. Resulta irónico que, mientras afirma esto, reconozca que el orden liberal internacional de la segunda posguerra mundial tuviera que lidiar con la URSS, una potencia iliberal. No obstante, para Haas (2018), este orden existió desde el fin de la Segunda Guerra Mundial—sin aportar pruebas o argumentos de peso al respecto—pero ahora se encuentra amenazado por el surgimiento de líderes autoritarios y populistas, como en Rusia, China, Turquía, Hungría, Polonia e, incluso, Trump en EE. UU. Asimismo, el auge de potencias regionales, sumado al resurgimiento de las tensiones de las potencias, atenta contra el orden mismo (Haas, 2018). A pesar de todas estas amenazas, la principal para este autor es el *America First* de Donald Trump, dado que EE. UU. es un país “excepcional” que ha construido y mantenido el orden liberal, y, a su vez, es su principal beneficiario.

Posteriormente, Haas (2019) ha reconocido que el orden liberal que emergió luego de la Segunda Guerra Mundial era en realidad un orden parroquial de EE. UU. con sus aliados o lo que ha llamado un concierto de democracias liberales capitalistas, centradas alrededor de este país porque reconocieron en este un “hegemón benévolo” que inspiraba admiración en sus seguidores (p. 26). Este orden, afirma el presidente del *Council on Foreign Relations* (CFR), está decayendo y es imposible traerlo de vuelta (Haas, 2019, p. 28), debido a las causas de deterioro mencionadas previamente. En este sentido, la solución al declive del orden, y en consecuencia del poder estadounidense, recae no en tratar de revivir un muerto, sino más bien en construir un orden nuevo. Como autor conservador que es Haas, este propone construir un orden basado en el Concierto de Europa, mismo que dominó el sistema internacional, en mayor o menor medida, entre 1815 y 1914 (Haas, 2019; Haas y Kupchan, 25 de marzo de 2021).

Resulta interesante que Haas (2019) haya moderado posturas previas, afirmando que el fin del orden construido por EE. UU. no lleva necesariamente al caos o desorden (Haas, 2017). Sin embargo, es evidente que lo propuesto por este investigador es reconstruir la hegemonía internacional estadounidense, buscando cooptar a Rusia y a China, con base en una noción anacrónica de un concierto de potencias internacionales (Haas, 2019; Haas y Kupchan, 25 de marzo de 2021). Este supuesto concierto de potencias integraría al 70 % del PIB mundial e incluiría a China, la Unión Europea (UE), India, Japón, Rusia y EE. UU., además, serviría como una especie de concierto de diálogo entre potencias que busque limar asperezas o evitar la crecida de tensiones, mientras que los restos del previo orden internacional, principalmente el sistema de Naciones Unidas y su consejo de seguridad, administrarían o ejecutarían los dictados a los que lleguen las potencias en este foro informal (Haas y Kupchan, 25 de marzo de 2021). De no lograrse esto, afirma Haas (2019, p. 30), el mundo tenderá a un orden liderado por China, con un resurgimiento de las esferas de influencia, lo cual es poco probable, o a un mundo de “*deeper disarray*”, hecho que es más probable, pero ambos escenarios indeseados, evidenciando que para este autor no existe alternativa a la hegemonía internacional estadounidense.

Lo cierto del caso es que Haas (2019) no da argumentos de peso reales acerca de cómo este concierto de potencias podría funcionar o, siquiera, de cómo es que podrían sentarse en un

mismo espacio cuando, recientemente, las potencias han evidenciado tener intereses antagónicos. Por otro lado, un espacio informal no garantiza una mayor eficacia en el manejo de los asuntos mundiales, especialmente, cuando lo que proponen Haas y Kupchan (25 de marzo de 2021) parece ser una duplicidad del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y que, incluso, nada garantiza que las potencias con veto en este consejo sigan los dictados de un foro informal sin capacidad de castigo o sanción a las potencias que no sigan sus dictados. A todas luces, lo único que motiva la propuesta de estos autores pareciera ser su preferencia ideológica conservadora y reaccionaria, por encima de cualquier análisis riguroso de la realidad internacional contemporánea.

Una crítica interesante a la propuesta de Haas y Kupchan es la de Patrick (5 de abril de 2021), quien también concibe el anacronismo de la propuesta y su duplicidad con el sistema de Naciones Unidas, pero, principalmente, les critica a los autores su abandono del liberalismo internacional, a lo que propone más bien solucionar los problemas del orden liberal internacional con mayor liberalismo. Ambas propuestas se cancelan entre sí, una demostrando la imposibilidad de devolver el tiempo a un orden que claramente está en declive y la otra demostrando lo anacrónico y simplista de un concierto de potencias. Lo que ambas comparten es el llamado a la imperiosa necesidad de reconfigurar la hegemonía internacional estadounidense para su permanencia.

Como ha podido observarse, dentro del análisis del declive o no del orden liberal internacional, muy vinculado con el análisis del poder estadounidense, tanto las posturas liberales como realistas buscan dar recetas para que EE. UU. mantenga su posición de poder a nivel internacional, posicionándose dentro de las *problem solving theories* identificadas por Cox (2014), como aquellas que buscan mantener y legitimar el *statu quo*. No obstante, existen otras formas en que ha sido abordado el asunto dentro del debate académico, algunas con mayores aciertos que otras.

Acharya (2018), dentro de una postura poscolonial, afirma que no hay diferencia entre el llamado orden liberal internacional y la hegemonía estadounidense, prefiriendo llamarle, entonces, el Orden Mundial Estadounidense (*American World Order*). Para este autor, el orden internacional actual estaba en proceso de terminación sin importar el declive de los EE. UU., principalmente, producto de una transición de poder de Occidente a Oriente, por lo

que Trump no es una causa, sino una muestra más del declive del orden mundial estadounidense.

Para Acharya (2018, 2019), se avecina un Mundo Multiplex definido “como un mundo sin hegemonía, cultural y políticamente diverso pero económicamente interconectado, donde los retos de seguridad son incrementalmente transnacionales pero el poder para quebrar y hacer orden está disperso y fragmentado” (Acharya, 2018, p. 28). Este mundo tendrá 5 características principales: la ausencia de un hegemonía, proliferación de actores, viejos y nuevos, con poder, un patrón más amplio de interdependencia compleja, una arquitectura de gobernanza multinivel que involucra escalas global, regional, nacional y subnacional y múltiples modernidades, en vez de una única modernidad liberal (Acharya, 2018, p. 37-38).

Este será un mundo en el cual los regionalismos tendrán mayor papel y protagonismo internacional, mientras que ninguna potencia podrá crear un orden internacional hegemónico. Acharya (2018) entiende que un orden mundial es más que todo una forma ideológica de organizar el mundo desde una perspectiva regional o civilizacional, mientras que un orden internacional es un orden construido con base en los intereses hegemónicos, entendiendo hegemonía como primacía, de una potencia. Si bien se considera problemático el reduccionismo “civilizacional” de Acharya, lo cierto del caso es que su distinción entre orden mundial y orden internacional resulta útil para comprender el paso de un discurso ideológico a un discurso hegemónico. En este sentido, para este estudioso, China no posee las capacidades de construir un orden internacional, pero sí un orden mundial, bastante acotado regionalmente a su esfera de influencia, por lo que el mundo que vendrá será necesariamente Multiplex y no uno de balance de poder como afirma Mearsheimer (2019).

Por esta razón, Acharya (2019) considera que, si bien el orden mundial estadounidense finalizará, no necesariamente los valores éticos liberales desaparecerán. Por el contrario, se mantendrán, pero deberán ser matizados con los valores de múltiples culturas, pueblos y actores, generando un mundo más tolerante a la diferencia y más cooperativo que coercitivo, impositivo o dominado por la lógica del poder. Esto, más que ser una posibilidad, demuestra el carácter simplista, ingenuo y reduccionista del autor en cuestión, al no comprender las relaciones entre valores morales y relaciones de poder. Hall (1986) ha demostrado que uno

de los primeros espacios para construir hegemonía es el espacio moral, por lo que no puede nunca estar exento de la lucha de poder de los actores que buscan dominación o hegemonía.

Asimismo, existen otras posturas en el debate que, desde diversas posiciones teóricas, al no poder explicar la realidad internacional, caen en el simplismo de reducir la explicación al caos, el desorden o la entropía, sin entender que realmente sus esquemas de pensamiento han demostrado su falsabilidad y sesgo ideológico (Haas, 2017; Actis, 2020; Actis y Creus, 2020; Actis y Malacalza, 2020; Arredondo, 2020; Laporte, 2020). Un hecho interesante del debate es que no solo está, principalmente, impulsado por quienes hoy defienden el poderío estadounidense y buscan reconfigurarlo para mantenerlo a futuro, sino que también reproducen un discurso en el cual sin la dominación estadounidense imperaría el caos, el conflicto y el desorden. Si se pudiera hacer una analogía, así como Margaret Thatcher impulsó el neoliberalismo mediante su llamado TINA (*There Is No Alternative*), quienes defienden el orden liberal internacional, o hegemonía internacional estadounidense, afirman que no hay otra alternativa más que el caos y el desorden. Pareciera ser que estos autores se han dejado influenciar precisamente por dicho recurso discursivo e ideológico, más que realizar un análisis profundo y riguroso de la realidad actual.

Actis y Creus (2020) establecen que actualmente el mundo se caracteriza por un bipolarismo entrópico en el que la difusión de poder es generalizada a nivel internacional y las amenazas y retos mundiales son transnacionales, por tal motivo, un solo actor, o pocos actores, no pueden solucionar estos problemas como antes. El mundo ahora es más entrópico, en términos de Schweller (2010), pero dos actores todavía tienen el poder suficiente para establecer la agenda o, incluso, cambiar las preferencias o resultados: China y EE. UU. Mientras autores como Nye (2019, 2020) y Acharya (2018) encuentran que la categoría de la polaridad es cada vez más incongruente con la realidad internacional, todavía hay otros que insisten en utilizarla de forma reduccionista, evidenciando la superficialidad del análisis del que parten.

Existen otras posturas en el debate que no solo afirman el declive del poder de EE. UU. y del orden internacional liberal, sino que prácticamente auguran a mediano plazo una sucesión de poder de EE. UU. a China. Este es el caso de Xuetong (2018, 2019), principalmente, y de Dunford y Qi (2020), en menor medida. Dunford y Qi (2020) afirman que la pandemia es el

escenario en que China suplantaría a EE. UU., por la recuperación económica de China y el desastroso manejo de la pandemia en EE. UU. No obstante, China no busca la hegemonía, por ende, se verá un mundo que no estará caracterizado por la dominación de alguna potencia. El principal problema del estudio de Dunford y Qi (2020) es que toman evidencia parcial para realizar generalizaciones sumamente ambiciosas, sin el verdadero respaldo empírico para realizarlas. Es muy diferente entender el estado de una hegemonía en una coyuntura específica, algo que busca realizar esta investigación, y otro muy diferente buscar prospectivamente generalizar a futuro desde una coyuntura específica y, cabría decir, en gran medida particular, como lo hacen estos autores. Aun así, ofrecen evidencia empírica que será de utilidad para el presente estudio.

Xuetong (2018) ha señalado que las mismas contradicciones y doble moral de Occidente han provocado su declive y deterioro, particularmente, a partir del mal manejo de la crisis mundial del 2008. En cambio, China supo manejar la crisis, apostando por el consumo interno y por una modernización económica que le llevara de ser la fábrica del mundo a ser líder mundial en producción tecnológica (Xuetong, 2018; Dunford y Qi, 2020). A pesar de esto, China no puede aspirar a ser la principal potencia del mundo a corto plazo, sino debe aspirar a serlo en un mediano plazo. Por ejemplo, se ha establecido el año 2035 como la fecha en que China buscará suplantar a EE. UU. como líder de *soft power* mundial (Xuetong, 2018, p. 6).

Esto plantea la situación de que a corto plazo el mundo se caracterice por una bipolaridad de creciente polarización, gracias a la brecha en las capacidades o recursos de poder entre EE. UU. y China y el resto del mundo (Xuetong, 2019, p. 198). No obstante, esto no augura un posible conflicto entre estas potencias, dado que ninguna tiene las capacidades para hacerle frente, de forma efectiva, a la otra; EE. UU., debido a su declive relativo, y China porque de forma prudente sabe que no puede hacerle frente a un conflicto directo con EE. UU.

Xuetong (2019) define 4 tipos de liderazgo internacional: autoridad humanitaria, hegemonía, anemocracia y tiranía. En este sentido, el liderazgo tradicional de EE. UU. en el mundo lo caracteriza como una hegemonía, precisamente, por su doble moral o doble estándar al actuar internacionalmente, pero con la administración de Donald Trump, este país se degeneró moralmente hasta ser una anemocracia, la cual se define como un liderazgo que implementa

normas cobardes y de acoso (*bully*) (Xuetong, 2019, p. 195). La brecha entre China y EE. UU. se acortará, afirma Xuetong (2019), no solo durante la administración Trump, sino también durante subsecuentes administraciones, dejando al mundo en una situación de bipolaridad sin liderazgo global (p. 198). Por lo tanto, todo pareciera indicar un escenario propicio para el ascenso de China a ser la potencia hegemónica internacional, sin embargo, para Xuetong (2018, 2019), el principal obstáculo para que esto suceda se encuentra al interior de China.

La principal razón por la que China posee problemas para aspirar a ser la principal potencia del mundo, y con ello forjar un orden internacional a su semejanza, Xuetong (2018) la identifica con las contradicciones entre las tres ideas o ideologías que se encuentran en pugna en China: marxismo, pragmatismo económico y tradicionalismo. La solución a esta situación sería prescindir del marxismo, entendido por Xuetong (2018) de forma simplista y reduccionista como una ideología totalitaria, rígida e impositiva, y optar por combinar más bien el pragmatismo económico, la ideología más fuerte en China hoy, junto con los valores de autoridad humanitaria del tradicionalismo—término que en su connotación es muy similar a quienes defienden la “hegemonía benévola” de EE. UU.— y los valores liberales que han demostrado tener éxito a nivel internacional.

Xuetong (2018), en este sentido, es enfático al afirmar que el liberalismo estadounidense está en declive, pero, actualmente, no tiene un competidor real (p. 10). Para que China pueda, de manera exitosa, crear un orden internacional a su favor, debe combinar sus ideas con las ideas que han predominado en el orden internacional previo, lo que facilitaría la transición y le aseguraría mayor legitimidad y credibilidad internacional (Xuetong, 2018), en otras palabras, facilitaría la construcción de un consenso para su hegemonía. Este autor propone un liberalismo con características chinas como ideología predominante para la construcción de su orden internacional, al combinar los principios liberales de igualdad, democracia y libertad con los principios tradicionales chinos de benevolencia, rectitud y ritos o costumbres. Esto haría del orden internacional uno más justo y moral, ya que no tendría la doble moral occidental y trataría de moderarse de cualquier exceso, procurando siempre ser una autoridad humanitaria (*wangdao*) y no una hegemonía (*badao*).

Anderson (2018) ha realizado una extensa investigación sobre el término hegemonía, en donde aborda los términos de wangdao y badao en China, rastreando sus usos desde la antigüedad hasta nuestros días. Encuentra que, si bien existe una diferencia terminológica entre el Wang y el Ba, dado que uno refiere a un rey virtuoso y el otro a un gobernante que mantiene su poder por la coerción, fingiendo benevolencia, lo cierto del caso es que es más una diferencia de legitimación que real. En otras palabras, ambos vocablos refieren a la construcción de hegemonía en términos gramscianos y, de hecho, Anderson (2018) encuentra que hegemonía es precisamente la consecución de ambos en un solo fenómeno: el consenso revestido de coerción. La diferenciación que realiza Xuotong (2018) es en realidad un mecanismo discursivo que busca crear legitimidad y credibilidad a la dominación china, es decir, contribuir en la construcción de su hegemonía, pero no por ello significa que China se comportará de forma más moral, benévola o humanitaria a nivel internacional¹.

Finalmente, se logra identificar una postura más crítica de análisis, como el estudio de De Graaff y Van Apeldoorn (2018), en el cual indagan sobre los posibles escenarios a futuro del orden mundial caracterizado por una mayor rivalidad entre EE. UU. y China. Además, examinan en primera instancia el modelo Estado-sociedad o, en otras palabras, la formación social de cada Estado, encontrando que en EE. UU. impera un consenso de élite corporativa que se mantiene mediante el fenómeno de la puerta giratoria, en donde el personal que lidera el Estado, principalmente en el Departamento de Estado, oscila entre corporaciones, *think tanks* financiados por corporaciones y puestos públicos. Esto coincide con lo que apunta Walt (2018) y demuestra el carácter de élite y de comunidad cerrada que maneja la política exterior estadounidense. Asimismo, afirman que EE. UU. sí se encuentra en un estado de declive, particularmente, porque sus capacidades materiales, es decir, su poderío económico—en términos más simples, aunque no coincidentes—se encuentra agotado. Por si fuera poco, eventos como el Brexit y la llegada al poder de Donald Trump y sus políticas, no solo son un

¹ El análisis de Anderson (2018) sobre los términos wang, ba, qiang y zhu permite comprender las formas en que se ha buscado referir a un mismo término: hegemonía. En este sentido, el recorrido histórico que realiza es muy útil para entender no solo el discurso de la República Popular de China hoy, sino también para comprender a sus principales apologistas, como Yan Xuotong, a quien Anderson analiza y cataloga como el principal ideólogo de la expansión de poder internacional de China actualmente. (Ver principalmente el Capítulo IX: Inversión).

síntoma del declive del orden liberal para De Graaff y Apeldoorn (2018), sino también son una causa más de la profundización de dicho declive, dentro de una lógica dialéctica.

Por otro lado, De Graaff y Apeldoorn (2018) hallan que la formación social en China es caracterizada más bien por una contradicción en la lógica de funcionarios públicos y empresarios públicos. Esto hace que deban tratar de conciliar metas estatales públicas con la lógica capitalista de continuo crecimiento y maximización de ganancias. Esta contradicción, junto con señales de sobreendeudamiento de la economía China, hace que De Graaff y Apeldoorn (2018) cuestionen las posibilidades de China de suplantar la hegemonía internacional estadounidense. Por esta razón, establecen que China no será cooptada por el orden liberal, ni tampoco habrá una llamada “trampa de Tucídides” entre las potencias, apuntando al carácter reduccionista de quienes advierten tal posibilidad, sino que más bien habrá una frágil y tenue coexistencia entre las potencias en un mediano plazo.

Visto lo anterior, resulta significativo apuntar que todos los autores vistos reconocen que el llamado orden liberal internacional está en crisis o, incluso, afirman que ha finalizado (Ikenberry en Dario, 2020a; Sanahuja, 2020). Sin embargo, ninguna postura del debate ha demostrado realmente el estado actual en que se encuentra la hegemonía estadounidense, ya que priman siempre alguno de sus aspectos o, inclusive, buscan reconfigurarla en alguna medida.

Por esta razón, la presente investigación busca dar cuenta de la situación en la que se encuentra la hegemonía internacional estadounidense, también llamada orden liberal internacional, partiendo de la teoría crítica de autores como Gramsci (2017), Cox (2014), Anderson (2014, 2016), Harvey (2020), Agnew (1994, 2018, 2020), Hall (1986), entre otros. Esto para informar de forma más seria y rigurosa acerca del estado de este llamado orden liberal durante la administración Trump en los EE. UU. La investigación, entonces, coincide con el estudio de De Graaff y Apeldoorn (2018), quienes establecen que debe profundizarse más en indagar cómo Trump afectó la hegemonía estadounidense a nivel internacional, desde las variables que componen la hegemonía, establecidas por Cox (2014): ideas, capacidades materiales e instituciones; situando el objeto de estudio en la primera variable, las ideas. Si bien De Graaff y Apeldoorn (2018) también parten de Cox (2014), lo cierto del caso es que dejan por fuera la variable de las ideas y en menor medida la de las instituciones, para

centrarse en la formación social de ambos Estados y sus capacidades materiales. Esta investigación, por tanto, busca subsanar estos vacíos en De Graaff y Apeldoorn (2018), al indagar sobre la situación de la hegemonía internacional estadounidense en el plano de las ideas, buscando comprender si realmente Trump y su administración planteó un quiebre o no con la hegemonía internacional estadounidense.

Objetivos de investigación

Objetivo general

Explicar el estado en que se encontraba la hegemonía internacional de los Estados Unidos durante la administración Trump (2017-enero 2021), en relación con las ideas que le informan y legitiman.

Objetivos específicos

- a. Explorar las ideas que informan y legitiman al orden liberal internacional a través del análisis de contenido de obras académicas que defienden a dicho orden.
- b. Examinar críticamente las ideas y la conformación del orden liberal internacional a través del análisis crítico de contenido de obras académicas que defiendan el poderío internacional estadounidense.
- c. Relacionar las ideas que informan y legitiman al orden liberal internacional con las ideas que informan a la administración Trump (2017-enero 2021), mediante el análisis crítico de discurso de Donald Trump, Rex Tillerson y Michael Pompeo y la revisión documental de obras que permitan comprender ideológicamente al trumpismo.

Organización de la investigación

De esta forma, el primer capítulo da cuenta del marco teórico del cual parte la investigación, basándose principalmente en teoría crítica, el materialismo histórico y geopolítica crítica. Utilizando este andamiaje teórico, lo que la investigación busca comprobar es si Trump realmente marcó un quiebre con las ideas que informan al orden liberal internacional, entendiéndolo de mejor forma como una fachada que soporta la hegemonía internacional estadounidense. Posteriormente, el segundo capítulo se explica la perspectiva la perspectiva metodológica, método o estrategia metodológica, técnicas de investigación y fuentes de

investigación de la que parte el estudio. Se basa principalmente en una metodología cualitativa de estudio de caso, aplicando las técnicas de análisis crítico de contenido y análisis crítico de discurso, indagando no sólo las posturas prevalecientes que defienden el llamado orden liberal internacional, sino también estudiando los discursos oficiales de la Administración Trump para comprobar si realmente esta fue un quiebre o no con la hegemonía internacional estadounidense en el marco de las ideas políticas.

El tercer capítulo presenta las ideas de quienes buscan defender y legitimar el llamado orden liberal internacional, por ende, se examinan sus principales argumentos, con John Ikenberry como principal figura de análisis, mediante el análisis crítico de contenido. Se identifica que se propone una visión de modernidad como una fuerza teleológica que guía a la humanidad, una especie de mano invisible, ya no del mercado, sino de la filosofía de la historia, que le lleva necesariamente a argumentar que el liberalismo y, por tanto, el orden liberal internacional es la única posible solución a los retos y oportunidades que ofrece esta modernidad al mundo, ya que es el único que ofrece valores universales para guiar la conducta humana. De ahí que sus últimos argumentos parecieran indicar que no hay alternativa (TINA) al liberalismo, recordando la famosa frase de Margaret Thatcher.

Asimismo, el cuarto capítulo continúa examinando las ideas presentadas por quienes defienden al orden liberal internacional, situando en su debido contexto estas ideas. Se problematizan los supuestos valores universales del liberalismo, los orígenes históricos del orden liberal internacional, su despersonalización y sus sesgos. Se encuentra que el orden está íntimamente ligado al proyecto de poder global estadounidense, cuya piedra angular es su noción de excepcionalismo estadounidense. Posteriormente, se hace un recuento histórico del desarrollo del poder global estadounidense, permitiendo situar contextualmente al orden liberal internacional. De esta forma, se identifica que sus orígenes no se sitúan al final de la Segunda Guerra Mundial, sino al final de la Guerra Fría, por lo que, más que un orden liberal, es un orden neoliberal. Asimismo, se identifica que su discurso no es más que una nueva versión del discurso geopolítico de la imaginación geopolítica (Agnew, 1998; Dittmer y Bos, 2019) en la que se encubre las bases del poder global estadounidense como principal potencia del mundo, es decir, de la hegemonía internacional estadounidense.

Después de relacionar la coyuntura de análisis con el bloque histórico en el que se encuentra inmerso, se procede a estudiar las ideas que impulsó la administración Trump, a través del análisis crítico de contenido y de discurso, con el objetivo de identificar si fueron un quiebre o no de la hegemonía internacional estadounidense. Este es el objeto de los capítulos quinto y sexto de esta investigación. Se inicia situando ideológicamente la administración Trump para comprender realmente cuáles fueron las fuerzas políticas que le permitieron llegar al poder y, con ello, comprender las ideas y discursos que impulsó, así como su coherencia. No se parte de una perspectiva en la que se posiciona a Donald J. Trump como único objeto de análisis, sino que se ofrece una explicación más completa, al analizar el discurso de su administración en su conjunto, incorporando al análisis figuras como sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo, al vicepresidente Mike Pence y al secretario de Defensa Jim Mattis. Un documento central de análisis para lograr una comprensión más completa de la narrativa impulsada por la administración en su conjunto es la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017, que permite comprender cómo la Administración concebía al mundo, al estado en que se encontraba y al rol de los EE. UU. en él.

El capítulo final ofrece las conclusiones generales de la investigación, identificándose que la administración Trump fue un conglomerado de fuerzas políticas de derecha radical, conservadoras, neoconservadoras (neocons), realistas, derecha cristiana nacionalista y posfascistas. A pesar de esto, la administración no provocó un quiebre con las ideas del orden liberal internacional y, por tanto, con la hegemonía internacional estadounidense. Se basó e impulsó la noción irreflexiva de excepcionalismo estadounidense y buscó, en cambio, securitizar el orden liberal internacional, mismo que consideraba estaba en amenaza existencial, por lo que era necesario su reforma. Si bien Trump dejó dudas sobre su compromiso con algunas características del orden, como se verá, las narrativas del resto de figuras de la administración, en mayor o menor medida, llegaron a complementar y llenar los vacíos de los discursos de su presidente, no sin tensiones.

Además, se detalla que la Administración significó un esfuerzo por mantener y reconfigurar el poder global estadounidense, dándole peso a la tesis de que la hegemonía internacional se encuentra en crisis orgánica, provocando que los EE. UU. pasaran de ser potencia dirigente a ser potencia dominante. La administración Trump fue una manifestación de lo anterior,

pues buscó impulsar sus ideas de forma muchas veces burda y coercitiva. Finalmente, se ofrecen posibles agendas de investigación a futuro a partir de los resultados y hallazgos de este estudio.

Capítulo I. Planteamiento epistémico-teórico

Introducción

El presente capítulo ofrece la perspectiva epistémico-teórica que guía a la investigación sobre el quiebre o no con las ideas que informan o legitiman al orden liberal internacional o a la hegemonía internacional estadounidense durante la administración de Donald J. Trump (2017-2021). Se trata, por tanto, de la explicación del abordaje teórico-epistemológico del que parte la investigación, con autores como Gramsci (2017), Cox (2014), Anderson (2014; 2018), Hall (1986) y Agnew (1994; 1998; 2018; 2020) como base principal del análisis teórico a realizar. Se busca, a partir de la teoría crítica y de la geopolítica crítica, realizar un análisis que evite la trampa territorial y la reificación del Estado (Jessop, 2017) y que, al contrario, se entienda como una relación social, lo cual permita contextualizar y personificar las ideas base del orden liberal internacional o de la hegemonía internacional estadounidense, principal objeto de análisis de esta investigación.

De esta forma el capítulo expone la aproximación epistemológica de la investigación, con el materialismo histórico como base, para luego profundizar sobre las teorías sobre la hegemonía dentro del materialismo histórico. En este sentido, se toman los aportes de Gramsci (2017), Robert Cox (2014), Stuart Hall (1986) y Perry Anderson (2018) como base teórica de análisis. Siguiendo los postulados de Cox (2014) sobre la hegemonía internacional, se explican las variables generales de ideas, capacidades materiales e instituciones que plantea el autor. A pesar de que la investigación indaga principalmente las ideas que forman la base de la hegemonía, se explican el resto de las variables, entendiendo que debe haber una coherencia teórica en la investigación, llevando a que deban entenderse todas las variables en su conjunto para poder comprender cada variable plenamente. Finalmente, se aborda la dimensión geopolítica de la hegemonía, lo cual permite situar la investigación en su contexto histórico espacial.

Marco conceptual referencial

Aproximación epistemológica

La presente investigación parte desde el materialismo histórico, por lo tanto, se entiende que la realidad debe ser estudiada en su devenir histórico, pero, más allá de esto, significa que el ser humano se encuentra condicionado por, a la vez que condiciona a, las relaciones sociales de producción. Esto implica comprender la complejidad de lo que Marx (1978a) establece, cuando afirma que “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres [humanos] la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia” (p. 12). El ser humano es un ser social, por ende, no son sus ideas las que construyen el mundo, sino sus relaciones sociales las que construyen a los seres humanos. Esto no significa una determinación *a priori* de la importancia de lo material sobre lo simbólico, es solamente un punto de partida para el análisis, ya que el mismo Marx reconoce que la contradicción, recurrente en el capitalismo, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción solamente se resuelven en el marco de estas últimas, en sus vertientes jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, por lo que estas, a su vez, condicionan a los modos de producción de la vida material (Marx, 1978a, pp. 12-13). Con ello queda claro su relación dialéctico-materialista, no determinista.

Esto significa que el conocimiento es contextualmente situado y condicionado por consideraciones materiales e históricas. Asimismo, implica que el conocimiento no es neutral ni imparcial, no es descontextualizado ni desobjetivizado, ya que no puede nunca serlo un ser humano, como el descrito anteriormente, que estudie su realidad. Esto implica entender la dicotomización entre cuerpo y mente como falsa, pues precisamente la mente se encuentra interrelacionada innegablemente por el cuerpo y los condicionantes que le constriñen o posibilitan. Asimismo, se entiende que el sujeto no solo estudia la realidad, sino que ayuda a reproducir cierta realidad, por lo que su oficio es una práctica política dentro de su entorno social más macro (Lander, 2000, pp. 14-16).

En este sentido, no se debe caer en una noción simplista y reduccionista de materialismo histórico, reduciendo lo material exclusivamente al ámbito económico, y por tanto,

reduciendo su análisis solamente a este estrecho ámbito de las relaciones materiales humanas. El materialismo histórico no es economicista, por más que sus críticos lo describan como tal (ver Maíz, 1991). Tampoco se puede reducir el análisis del materialismo histórico sobre la cultura, la filosofía y las ideas a lo dicho por Marx en el Manifiesto Comunista como una falsa consciencia. Eso sería quedarse con una porción extremadamente corta de la realidad, especialmente cuando el mismo Marx (1978a; 1978b) se descanta de esta noción y entiende que las relaciones de producción condicionan a las fuerzas productivas. Incluso el mismo Perry Anderson (2014; 2018) da cuenta de que ninguna hegemonía es posible sin una base material económica que la sostenga. Por tanto, en vez de ver ambas ramas de la realidad, lo vulgarmente llamado material, y las ideas, como algo separado, se trata de ver sus conexiones e interrelaciones, y cómo se condicionan mutuamente.

Por esta razón, aunque para algunas personas pueda parecer que no se sostiene el materialismo histórico en esta tesis, al examinar solamente las ideas, lo cierto del caso es que si se parte de las anteriores aseveraciones, se puede entender que una visión así adolece de simplismo y reduccionismo. La vertiente económica y “material” de la hegemonía no puede sostenerse sin el consentimiento que revista su coerción, y este principalmente se construye en las relaciones de producción. Como diría Hall (1986) todo poder construye su propia moralidad. La razón por la que esta investigación examina solamente las ideas se debe a los alcances y limitaciones de la misma. No obstante, se debe entender que aún así se procura ligar lo estudiado aquí con la totalidad de la realidad social, y para ello, se proponen futuras líneas de investigación que se deriven de esta investigación, que permitan relacionar el ámbito de las ideas con la totalidad de la realidad social más amplia. Teniendo claro lo anterior, entonces es que se pasa a explicar la teoría sobre la hegemonía dentro del materialismo histórico, no como algo separado de esta tradición, ni como algo que rompe con esta, como el mal llamado neomarxismo. Gramsci (2017) amplía la tradición del materialismo histórico, sin romper realmente con sus bases esbozadas por Marx.

Teoría sobre hegemonía en el materialismo histórico

En este sentido, la presente investigación parte del análisis de lo que el pensador italiano, Gramsci (2017), calificó como hegemonía. Para este, la hegemonía puede verse de distintas formas, pero siempre involucra la construcción del consenso a la dominación de una clase

social que ha dejado de ser dominante y ahora es dirigente, mediante la entrega de concesiones a las clases subalternas a cambio de su obediencia. En este sentido, la clase dominante lo es mediante el uso de coerción para mantener su dominación, mientras la clase dirigente lidera al generar o construir en las clases subalternas (Hall, 1986, p. 16), ante lo cual Gramsci (2017) ha calificado que hegemonía implica, por ello, hacer pasar un interés particular, el de la clase dirigente, por universal, un interés de todos; una especie de legitimación de su dominación.

Como Anderson (2017) ha demostrado, Gramsci desarrolló sus nociones sobre la hegemonía en una situación sumamente precaria, durante su encarcelamiento. Esto significó que sus desarrollos sobre el término, aunque relevantes, fueran desagregados y fragmentados e, incluso, a veces contradictorios. Ante ello, Anderson (2017, 2018) busca darles coherencia y aplicabilidad a las nociones de Gramsci y encuentra, principalmente, que el autor italiano le da un giro epistemológico al término, pasando de entender la hegemonía como el consentimiento logrado al liderazgo de una fracción por parte de sus aliados, a entenderla como la sumisión brindada a un orden por parte de sus enemigos. Con ello, Gramsci añade un nuevo aspecto al término de hegemonía, el cual es fundamental hasta nuestros días: la coerción (Anderson, 2018, p. 31). En este sentido, hegemonía implica “la obtención por los gobernantes del consentimiento de los gobernados como la aplicación de la coerción necesaria para hacer cumplir sus órdenes” (Anderson, 2018, p. 31). La hegemonía, sentencia Anderson (2018), es “impensable sin consentimiento, impracticable sin la fuerza” (p. 33).

Referido al consenso, Gramsci (2017) identifica una serie de aspectos culturales que permiten propagar las ideas y moralidad de la clase dirigente (hegemónica). De esta forma, permite ampliar la agenda de investigación de Marx, incorporando el análisis cultural al aspecto de las relaciones sociales de producción en las que el segundo se enfocó y que, cabe decir, siempre comprendió como un asunto cultural o un asunto humano y no como un asunto mecánico o externo al ser humano (Marx, 1978b; Cox, 2014, p. 139). En efecto, el aspecto de las ideas, como forma de reproducción dialéctica del orden social construido por el capital, es fundamental en Gramsci (2017), dado que son estas las que construyen el consenso a su dominación. Esta construcción de consenso es llevada a cabo por una serie de segmentos sociales, tales como:

las capas intelectuales culturalmente bien formadas y bien asentadas en el desarrollo y difusión hacia abajo, a las clases subordinadas de las ideas del orden gobernante (...) [así como] la densidad de las asociaciones voluntarias en la sociedad civil: periódicos, revistas, escuelas, clubes, partidos, iglesias, que difundían, de un modo u otro, la perspectiva del capital. (Anderson, 2018, p. 32)

Ahora bien, como ha podido verse, las nociones de Gramsci (2017) aplican más que todo a formaciones sociales al interior de los Estados. Por esta razón, Anderson (2018) indaga sobre las peripecias de la hegemonía, buscando sus orígenes como término y su desarrollo histórico subsecuente. A nivel internacional encuentra que hegemonía ha sido utilizada como concepto para denotar una influencia extraordinaria o un intermedio entre dominación e influencia e, incluso, para algunas acepciones, como las de Schmitt, siempre implicaba imperio (Anderson, 2018, pp. 38-40).

No obstante, el término sufriría un cambio luego de la Primera Guerra Mundial y se buscaría resignificar como un “liderazgo benigno” durante la época de la Sociedad de las Naciones (Anderson, 2018, pp. 46-47). Esta es una significación recurrente hasta nuestros días, especialmente, para denotar el supuesto “liderazgo estadounidense” internacional o más reciente para referenciar a una “autoridad humanitaria” como sinónimo de la influencia y dominación china internacional (Xuetong, 2018, 2019). De esta forma, el término sufrió una división, especialmente, en el debate anglosajón. Mientras, por un lado, se utilizó la palabra liderazgo para definir la parte consensual de la hegemonía, por el otro, se recurrió a imperio o, incluso, a hegemonía para referir a la parte coercitiva de la misma (Anderson, 2018, pp. 70-75). Resulta evidente que se pretendía justificar, legitimar y hasta moralizar la dominación estadounidense durante la Guerra Fría, ya que, como establece Anderson (2018), “el poder llega lejos en la creación de la moralidad que le conviene” (p. 49).

Por lo tanto, debe comprenderse que hegemonía e imperio son conceptos inseparables, porque imperio refiere al ejercicio coercitivo de la hegemonía (Anderson, 2018, p. 78). Gramsci (2017) lo entendió muy bien al definir hegemonía como el consenso revestido de coerción. Por esta razón, el presente estudio no busca debatir si EE. UU. es imperio o hegemonía, sino más bien encontrar los puentes entre ambos conceptos, entendiendo que la hegemonía puede implicar relaciones sociales de soberanía imperiales, es decir, coercitivas,

y no es solo un concepto sinónimo de liderazgo o consenso, como se verá más adelante (Agnew, 2018).

El aporte de Robert Cox a la teoría sobre hegemonía

En términos internacionales, se considera que el pensamiento de Cox (2014) es el más adecuado para indagar sobre el estado de la hegemonía internacional estadounidense, con algunos matices. Este es el autor que ha permitido operacionalizar de mejor forma los componentes de la hegemonía para estudiarla a nivel global, tal y como afirma Anderson (2016), asimismo, comprende este fenómeno más allá del estatocentrismo de la disciplina, haciéndolo compatible con el enfoque de Agnew (1994, 2018). De esta forma, se escoge a las variables que Cox (2014) entiende que componen a una hegemonía a nivel global, pero que, a su vez, se complementan con otros desarrollos teóricos que permiten comprender de forma menos mecánica cómo se ejerce hegemonía a nivel global. El énfasis se realizará en la primera de las tres principales variables que Cox (2014) determina que permiten la construcción de una hegemonía global, a saber: las ideas, las capacidades materiales y las instituciones. Por tanto aunque el objeto de estudio de la presente investigación versa sobre la variable de las ideas, pero las tres se encuentran interrelacionadas, se explicará cada una, permitiendo dejar planteado una agenda futura de investigación.

Las ideas como base de legitimación hegemónica

En este sentido, las ideas se dividen en significados intersubjetivos, que son nociones compartidas sobre las relaciones sociales que permiten esperar hábitos similares de comportamiento, y en imágenes colectivas sobre el orden social generadas por distintos grupos de personas (Cox, 2014, p. 142). Ahora bien, las ideas en el materialismo histórico han sido sujetas a una multiplicidad de concepciones, muchas contradictorias entre sí e, incluso, con las bases mismas de esta tradición teórica, aunque todas relacionadas con la noción de ideología. De ahí que autores como Zizek (1989) han definido a la ideología como “una realidad social cuya existencia misma implica el no conocimiento de sus participantes sobre su esencia” (p. 12). Esta realidad social, complementa Althusser (1994) es “un sistema de ideas y representaciones que dominan la mente de un individuo o un grupo social” (p. 120).

Si bien estas concepciones sobre el papel de las ideas y de la ideología parecen útiles para el análisis, lo cierto del caso es que son las concepciones de Hall (1986) las que más se apegan al análisis materialista histórico y, especialmente, a su desarrollo gramsciano, pues entiende la ideología y el papel de las ideas de la siguiente forma:

Gramsci adopta lo que a primera vista puede ser entendido como una definición bastante tradicional de ideología, “una concepción del mundo, cualquier filosofía, que se convierte en un movimiento cultural, una ‘religión, una ‘fe’, que ha producido una forma de actividad práctica o voluntad en el que una filosofía es contenida como una premisa teórica implícita”. “Alguien podrá decir”, añade, “ideología (...) bajo la condición de que la palabra sea usada en su mejor sentido de una concepción del mundo que está implícitamente manifiesta en el arte, la ley, la actividad económica y en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva”. Esto es seguido por un intento de claramente formular el problema que la ideología apunta en términos de su función social: “el problema de preservar la unidad ideológica del bloque social completo en la que esa ideología sirve como cemento y unidad. Esta definición no es tan simple como parece, dado que asume el enlace esencial entre el núcleo filosófico o premisa en el centro de una ideología particular o concepción del mundo, y su necesaria elaboración de esa concepción en formas prácticas y populares de consciencia, afectando la amplia masa de la sociedad, bajo la forma de un movimiento cultural, una tendencia política, fe o religión. Gramsci *nunca* está solo preocupado por el núcleo filosófico de una ideología; él siempre analiza ideologías *orgánicas*, las cuales son orgánicas porque tocan al sentido común práctico, del día a día, y que “organizan a las masas humanas y crean un terreno en el que el ser humano se mueve, adquiere consciencia de su posición lucha, etc. (1986, p. 20; el resaltado es del original)

Aunque la cita es bastante extensa, muestra con toda claridad la forma no mecánica y mucho más compleja en la que Gramsci (2017) y Hall (1986) entienden que operan las ideas y la ideología en la sociedad. De esto se desprende que toda ideología y todo papel de las ideas tiene una premisa filosófica o teórica implícita, pero que debe movilizarse y popularizarse para realmente cimentarse y tener éxito. No es, con ello, una concepción que *a priori*

establece el no conocimiento de sus participantes o, incluso, que es un fenómeno que domina la mente de un individuo o grupo, como establecen Zizek (1989) o Althusser (1994). Por el contrario, Hall (1986) comprende que toda ideología tiene dos aspectos: su elaboración filosófica y su sentido común. Sobre el primer aspecto, es claro que se refiere a una doctrina o teoría que ha sido elaborada como forma de concebir el mundo. Pero, si esto fuera el todo de la ideología, difícilmente, sería un fenómeno con un alcance tan grande y complejo de estudiar.

Precisamente, es a la segunda vertiente a la que Hall (1986) y Gramsci (2017) dan mayor importancia, porque es el aspecto que le permite calar en una sociedad y propagarse, con ello, cimentarse como sentido común, entendido como “supuestos y creencias comúnmente sostenidas’ que aseguran el consenso a la coerción” (Camp, 2020, p. 7). De ahí se desprende que, al pasar del núcleo filosófico al componente popular, al sentido común, la ideología adquiera un carácter contradictorio, que debe continuamente equilibrarse, reproducirse y, por ello, adoptar nuevas formulaciones filosóficas y aspectos populares, por ende, nunca puede existir una ideología dominante, completamente coherente y unificada que lo permee todo (Hall, 1986, pp. 21-22). Con esto se entiende que el aspecto moral tiene un papel fundamental para la propagación de una ideología y, a su vez, para la justificación de la necesidad de una hegemonía (Hall, 1986, p. 21).

De esto se entiende que el poder siempre crea una moralidad a su conveniencia, como se ha dicho previamente. La forma de crear esta moralidad, o esta aceptación popular a una ideología determinada, sucede gracias al enlace de la política, que permite conectar a la doctrina filosófica con el sentido común popular, poniéndolos en diálogo, mezclándoles y propagándoles en un momento histórico determinado (Hall, 1986, p. 22). De ahí que se entienda que el cambio ideológico no sucede con la sustitución de una forma de concebir el mundo por otra, sino más bien a través de la articulación y desarticulación de ideas, haciendo que aspectos secundarios ahora pasen a ser las ideas fuerza que permitan su popularización en la construcción de hegemonía (Hall, 1986, p. 23).

Todo lo anterior permite comprender que no solo se debe hacer un estudio de lo que Cox (2014) llama *problem solving theories*, que priman el *statu quo*, lo legitiman y conservan, sino también se debe comprender la relación de estas teorías, promovidas por “intelectuales

tradicionales”, con el sentido común y popular más amplio, reproducido por intelectuales orgánicos, como los define Gramsci (2017) y que Hall (1986, p.22) subraya su importancia. Solamente es en el estudio de esta conexión cuando se puede saber con certeza si las ideas que dan fuerza, motivación o, que como Camp (2020) establece, brindan consentimiento a la coerción de una hegemonía están en un proceso de articulación o más bien de desarticulación y resquebrajamiento hegemónico.

Las capacidades materiales como base material hegemónica

Por otro lado, las capacidades materiales refieren a la organización de la producción y del consumo, es decir, refieren a la forma en que se organiza el sistema capitalista en un momento dado y, por ello, Cox (2014, p. 140 y 145-146) las relaciona con las fuerzas sociales que en determinado momento histórico organizan las relaciones sociales de producción y consumo o lo que Hall (1986, p. 12) llama como formaciones sociales. De esta forma, el estudio de las capacidades materiales, a diferencia de lo convencional de la disciplina de las Relaciones Internacionales, no refiere a entender los recursos de poder de forma mecánica, aislándolos entre sí en poder militar, económico, geográfico, etc., sino más bien debe referirse a una totalidad social más amplia, especialmente con respecto al modo de producción capitalista. Esto plantea estudiar el estado de las relaciones sociales de producción en un momento dado, constantemente aquejadas por las consecuencias de la contradicción capital/trabajo: la crisis de sobreproducción y la crisis de subconsumo (Harvey, 2008).

La crisis de sobreproducción plantea que el modo de producción capitalista tiende “constantemente a ampliar la masa y el valor total de las mercancías en el mercado al mismo tiempo que intentan maximizar sus beneficios manteniendo los salarios bajos, lo cual restringe la capacidad de compra de las masas” (Harvey, 2008 p. 258). Mientras que la crisis de subconsumo es una situación de sobreproducción de capital que, ante la imposibilidad de absorberse por el mercado, crea una devaluación del capital. Esto porque:

El hecho de que exista un exceso de capital en relación con las posibilidades de emplear ese capital significa que ha habido una superproducción de capital (en forma de superproducción de mercancías) en una fase precedente y que los capitalistas están invirtiendo en exceso y subconsumiendo el excedente en la fase actual. (Harvey, 2008 p. 258)

Todo esto plantea el problema del modo de producción capitalista sobre qué hacer con los excedentes de trabajo (fuerza de trabajo) y de capital que constantemente genera. Para ello, Harvey (2005) ha establecido que existen varias formas de reabsorber estos excedentes en el mercado. Una forma es a través de un desplazamiento temporal de las contradicciones del capital—ya que nunca se solucionan, solo se aplazan—creando formas de producir superiores, ya sea por medio de nuevas tecnologías que aumenten la productividad del trabajo o por inversión en educación o infraestructura (Harvey, 2005, pp. 101-102; Harvey, 2007, p. 259). Claro está, estas formas de aumento de la productividad, que también podrían catalogarse como revoluciones industriales, son una forma de irrupción con las relaciones de producción previas, generando consecuencias sociales y económicas importantes en la sociedad. Como Marx (1978a) afirma:

En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social. (p.12)

A partir de esto, se comprende la causa de por qué el capitalismo necesita revolucionarse a sí mismo constantemente, pero que, a su vez, esto provoca repercusiones que afectan a las formas previas de producción. Esto implica una nueva redistribución de la división internacional del trabajo, misma que genera nuevos excedentes de capital y de trabajo.

Sin embargo, este desplazamiento temporal no siempre es posible, ya que depende de la disponibilidad de lo que Harvey (2005, 2007, 2020) llama capital ficticio o capital financiero, en un determinado momento. Ahora bien, si por un lado el capital financiero puede no financiar estas nuevas formas de producción superior, debido a que pueden existir inversiones de corto plazo que ofrezcan mayores tasas de ganancia o beneficio, por otro lado, suele ser aún menos atractivo al capital financiero invertir en medidas que creen capital fijo (infraestructura, por ejemplo), pues implica quitar recursos que pueden ser más bien utilizados como medio de producción directo para la acumulación de capital. E, incluso, en el dado caso de que se invierta en capital fijo, esto tiende a generar una caída en la tasa de

beneficio, dada la mayor movilidad de las mercancías, su menor costo de producción y con ello se da una reducción de su precio (Harvey, 2007, pp. 261-266).

Esto supone una nueva contradicción en el capitalismo, puesto que, si bien es en el trabajo donde se crea el valor, es en la circulación de capital donde se realiza el valor, es decir, en el movimiento físico de mercancías de productores a consumidores, así como en los costes de redes o del tiempo empleado en lograr el consumo de las mercancías, que suponen deducciones al plusvalor (Harvey, 2007, p. 261). Esto explica por qué el capitalismo busca aniquilar el espacio por el tiempo, reduciendo el tiempo socialmente necesario de rotación del capital (producción más circulación), lo cual permita acumular más rápidamente el capital. En consecuencia, este ajuste temporal, que busca aplazar las crisis de este sistema económico, produce precisamente los excedentes de trabajo y capital que generan dichas crisis (Harvey, 2005, pp. 103-104; 2007, p. 262).

De ahí se desprende la segunda forma de solucionar las crisis, misma que Harvey (2005, 2007, 2020) llama el ajuste espacial, que supone una expansión geográfica del capitalismo. Harvey (2020) lo explica de la siguiente forma:

El capital se desarrolla y al desarrollarse también se expande. La geografía del capital, entonces, es sobre su continua expansión en y sobre el espacio. Dentro de un territorio particular, las posibilidades de expansión están ultimadamente limitadas por los recursos, por la población, por la infraestructura disponible, y cosas similares. A un cierto punto, dentro de un territorio, la expansión capitalista llega a un límite. Los excedentes de capital se amontonan en una parte particular del mundo, usualmente acompañados de excedentes de trabajo. Estos excedentes de capital necesitan un escape para su empleo productivo. ¿Entonces, adónde pueden ir? Una respuesta es desarrollar colonias. Otra respuesta es exportar capital (y en algunos casos también trabajo) a algún otro lugar del mundo donde el sistema capitalista aún no se ha desarrollado. Esto es lo que llamo “el ajuste espacial” como una respuesta a la sobreacumulación de capital que es un producto inevitable de la búsqueda de ganancia.

Marx tiene una interesante descripción de cómo funciona el ajuste espacial. El territorio con capital excedente le presta dinero a algún otro lugar del mundo, que a su vez lo usa para comprar mercancías del país con capital excedente. El país destinatario puede usar las mercancías que compra ya sea para satisfacer los deseos y necesidades de su población (a

través del consumismo) o puede construir infraestructura y operaciones que lleven a un mayor desarrollo del capitalismo en el país destinatario. (p. 41)

Como puede observarse, ambas soluciones ofrecen ajustes espacio-temporales al problema de excedentes de capital y trabajo en el capitalismo. La primera es acerca de un ajuste temporal sobre un mismo territorio que, incluso, puede llevar a una mejora momentánea de los estándares de vida de la población, la segunda es sobre un ajuste espacio-temporal referido a un nuevo territorio. Esta última plantea también la necesidad de construir hegemonía en términos estrictamente económicos, debido a que “no puedes seguir inundando un país con tus manufacturas, a no ser que le permitas darte algún producto a cambio” (Harvey, 2007, p. 271). De esta forma, se comprende que ambos ajustes espacio-temporales se plantean como bases materiales para la construcción de hegemonía.

No obstante, estas soluciones no son mutuamente excluyentes, sino, por lo general, en la historia de la humanidad siempre han sucedido combinaciones de ambas y hoy se le suma una tercera (Harvey, 2005, 2020). Esta tercera es la de la generación de más capital a través del capital ficticio, especulativo o financiero, que produce más capital ficticio y que, como Harvey (2020, 2007) encuentra, actualmente, hay más capital en los sistemas financieros, de valores, que la capacidad productiva de absorberlo. Ante esta situación, el capital tiende a financiarizarse más, reproduciéndose, pero realmente sin producir más—de ahí su carácter ficticio—, lo cual produce una burbuja que en algún momento estallará con una nueva crisis económica y su subsecuente devaluación de capital—su destrucción—y absorción y acumulación por sectores cada vez más reducidos.

De lo anterior, se desprende que estos fenómenos en gran medida escapan al control territorial del Estado, demostrando que este, como unidad territorial, no puede ya, si es que alguna vez lo hizo, contener a su sociedad, como establece Agnew (1994, 2018, 2020). Sin embargo, no significa que el Estado, entendido como relación social, no tenga un papel que jugar en todo esto. Harvey (2005, 2007, 2020) encuentra que el Estado cumple un rol de clase al generar las inversiones y acciones necesarias para la creación de capital fijo, con el objetivo de que el capital privado no incurra en costos y reduzca su base de acumulación de capital, pero este no es el único rol que ejerce. Para comprender el segundo rol, es necesario entender las formas primitivas y por desposesión de acumulación de capital.

Se define a la acumulación primitiva como una forma recurrente en la historia de la acumulación originaria. Esta forma:

Descansaba, de acuerdo con Marx, en la expropiación violenta de los medios de producción que situaba los excedentes de capital en manos de unos pocos mientras los muchos se veían obligados a convertirse en trabajadores asalariados para vivir (...) Lo importante, sin embargo, es reconocer que los excedentes de capital y de fuerza de trabajo pueden generarse *fuera* de la circulación del capital y movilizarse a través de diversos procesos de acumulación primitiva y concentración geográfica (Marx, citado por Havery, 2007, p. 337; resaltado es del original).

Esta forma de acumulación, al ser recurrente históricamente, ya no puede catalogarse como originaria, sino más bien primitiva, por su carácter violento y excluyente. Esto puede suceder dentro de un Estado, ya sea promovido por el mismo Estado. Harvey (2020, p. 51) recuerda que el *enclosurement* que permitió la acumulación originaria en Inglaterra fue legal o, por lo menos, mediante su permisividad implícita. También, puede producirse fuera del territorio de un Estado, pero promovido por este sobre otro territorio, así fue como la periferia se incorporó al sistema de producción capitalista mundial durante la colonización y hoy presenta varios correlatos similares (Harvey, 2020, p. 52), como, por ejemplo, lo que está sucediendo con el deshielo en el Ártico.

Otra forma de acumulación violenta y excluyente es cuando se desarrolla la acumulación en un territorio que ya ha sido organizado bajo el modo de producción capitalista. Esta forma Harvey (2005, 2020) la llama acumulación por desposesión. Este es un fenómeno creciente, gracias a la centralización continua del capital, al que Marx (1978b) apunta en *El Capital*. Esta centralización provoca que los espacios y recursos para generar formas productivas de acumulación de capital se disminuyan, propiciando que el capital se devore entre sí o que devore espacios comunes, públicos o estatales.

Una forma en que el capital se devora entre sí se da en cómo funciona la bolsa de valores, Wall Street, en la actualidad, y también en cómo se han desarrollado las llamadas *Big Tech*. Estas, especulativamente, devalúan activos, para luego comprarlos a la baja y venderlos a un mucho mejor precio del que pagaron, como sucedió luego de la crisis del 2008 con el mercado inmobiliario en los EE. UU. o como se quiso hacer recientemente con *Game Stop*, pero sin

éxito, gracias a la movilización de “ciber-activistas”. La forma en que el capital devora espacios comunes, donde ya el modo de producción capitalista se ha imperado, con su énfasis en la propiedad privada, es a través de la privatización del Estado y las áreas comunes (ver Harvey, 2005, pp. 111-115; 2020, pp. 54-56).

Esto demuestra el carácter contradictorio del Estado, con respecto al capitalismo, pues, por un lado, es una solución a los altos costos de invertir en capital fijo para propiciar la circulación del capital, pero, por el otro, es un obstáculo para la acumulación directa de capital. De ahí se desprende la necesidad de entender al Estado no como manejado como una camarilla de clase, sino como una relación social, cuya composición y actuación cambia dependiendo del contexto, el espacio y sus relaciones con la sociedad, tal y como lo entiende Jessop (2017).

En el contexto actual, globalizado, para estudiar las capacidades materiales que sirven como base para la construcción de la hegemonía, se deben tomar todos estos aspectos en cuenta. Con ello, se busca analizar lo anterior, a partir de 3 elementos fundamentales para el movimiento geográfico del capital, como base material de la construcción de hegemonía: el dinero, las mercancías y la producción (Harvey, 2020, p. 40). Esto porque, como lo entiende Arrighi, citado en Anderson (2018, p. 127), a través de proveer bienes públicos globales y formas superiores de producción, un actor es capaz de inducir no solo la conformidad con los ideales y valores que busca hacer hegemónicos, sino también su imitación generalizada como modelo para otros Estados, generando beneficios para las clases dominantes de otros países, incentivando el establecimiento de reglas predecibles y vigilando las amenazas comunes. Todo esto tomando en cuenta las nociones teóricas de ajuste espacial y acumulación por desposesión establecidas por Harvey (2005, 2007, 2020), ya que debe recordarse que la hegemonía es consentimiento revestido de coerción, así como la noción de ciclo de hegemonía establecido como:

La expansión capitalista, cuyas empresas más avanzadas se concentran en la potencia hegemónica, es inicialmente material: inversión en la producción de bienes y conquista de mercados. Pero, con el tiempo, la competencia reduce las ganancias, ya que ningún bloque de capital puede controlar el espacio en el que los bloques rivales desarrollan técnicas o productos que obligan a bajar los precios finales. En ese

momento, la acumulación en la potencia hegemónica -y en general- pasa a convertirse en expansión financiera, ya que los Estados rivales compiten por el capital móvil en su empeño de engrandecimiento territorial. Con la intensificación de la rivalidad y el estallido de conflictos militares, la hegemonía se descompone, dando lugar a un período de caos sistemático, del que surge, en última instancia, un nuevo poder hegemónico, reiniciando un ciclo de expansión material sobre una nueva base, capaz de servir a los intereses de todos los demás Estados y a algunos o todos los intereses de sus súbditos. (Arrighi, en Anderson, 2018, p. 128)

Si bien no se está del todo de acuerdo con el carácter cíclico y mecánico del llamado ciclo de hegemonía de Arrighi, en Anderson (2018), ya que le resta su complejidad histórica al fenómeno de la hegemonía, haciendo un modelo muy similar al que sucedió durante la Primera y Segunda Guerra Mundial, lo cierto del caso es que evidencia la importancia de tomar en cuenta los elementos del dinero, mercancías y producción, como la base material sobre la cual construir hegemonía.

Por tanto, el estado de una hegemonía internacional tendrá mucho que ver, se argumenta en este estudio, con el rol que ejerza la potencia dirigente en un momento dado, con respecto a estos tres elementos: dinero, mercancías y producción. Sin embargo, también se toma en cuenta el aspecto militar, tanto en relación con el sistema de producción, entendido como gasto militar, así como entendido como forma de proveer un bien público global -libre y segura navegación en mares internacionales- en la circulación del capital, como forma de comprender la sostenibilidad de la potencia como dirigente, es decir, como hegemónica, nuevamente recordando que la hegemonía es consentimiento revestido de coerción.

Las instituciones: relaciones sociales sobre las que se ejerce y se legitima la hegemonía

Finalmente, las instituciones refieren a las normas y valores que permiten estabilizar y reproducir un orden particular, por ello, pueden ser formales o informales (Cox, 2014, p. 142). Cox (2014) entiende que una formación social hegemónica es un equilibrio que se mantiene y reproduce en lo que puede denominarse un bloque histórico gramsciano o la unión de la sociedad civil con la sociedad política (Gramsci, 2017).

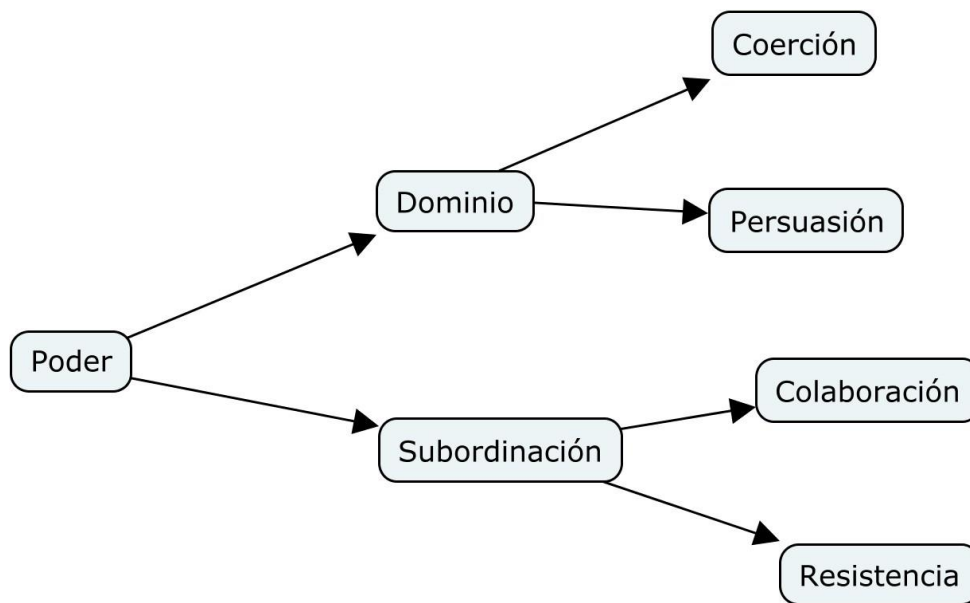
Esto significa que una configuración hegemónica es un bloque histórico, pero, a su vez, es un equilibrio precario y hasta contradictorio en la correlación de fuerzas sociales (Cox, 2014; Hall, 1986). A nivel internacional, este equilibrio surge a través de lo que Cox (2014) llama la internacionalización del Estado o, en particular, sus instituciones, brindando como ejemplo de lo anterior el establecimiento de organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), así como también por medio de la internacionalización de la producción, que desborda al Estado y reproduce el modo de producción capitalista a lo largo del mundo, generando una clase capitalista transnacional en sí y para sí.

Lo anterior permite comprender un aspecto fundamental de la hegemonía, su relación bloque histórico-coyuntura. La hegemonía involucra siempre un complejo conjunto de relaciones sociales que deben ser continuamente reproducidas y renovadas, buscando ajustarse activamente e incorporando prácticas y significados alternativos (Williams, como se cita en Anderson, 2018, p. 103). En palabras de Hall (1986, p. 15), la hegemonía es un equilibrio móvil que debe continuamente reformularse, por ende, incorporar aspectos contradictorios. Esto implica incorporar aspectos populares, incluso, contrahegemónicos, en la construcción de un nuevo sentido común que permita el consenso de las clases subalternas a la dominación de la clase dirigente (Gramsci, 2017; Hall, 1986, p. 15; Anderson, 2018, p. 105). Este aspecto contradictorio de la hegemonía produce que sea un momento histórico particular que empieza a degenerarse producto de las crisis que generan sus propias contradicciones (Hall, 1986, p. 15).

Una forma útil de entender este equilibrio que debe reproducirse continuamente en cada coyuntura es la forma en Guha, citado en Anderson, (2018, pp. 120-121), quien explica la configuración general del poder, entendido el peso relativo entre el dominio, compuesto por coerción y persuasión, y la subordinación, compuesta por colaboración y resistencia (ver Figura 1).

Figura 1

Configuración general del poder por Ranajit Guha



Nota. Elaboración propia con base en Guha en Anderson (2018, p. 121).

De esta forma, la hegemonía es definida como la

condición de dominio en la que P excede a C, esto es, la persuasión sobrepasa la coerción. Definida en estos términos -proseguía Guha-, la hegemonía opera como un concepto dinámico y mantiene siempre hasta la estructura más persuasiva de Dominio necesariamente abierta a la Resistencia. Pero al mismo tiempo, puesto que la hegemonía, tal como la entendemos, es una condición particular de D y este último está constituido por C y P, no puede haber un sistema hegemónico bajo el cual P supere a C hasta el punto de anularlo totalmente. Si eso sucediera no habría dominio y, por lo tanto, no habría hegemonía. (Guha, en Anderson, 2018, p. 121)

Lo anterior demuestra la importancia de observar el estado de una hegemonía determinada dentro de una coyuntura específica. La hegemonía en sí no es un equilibrio estático de las relaciones de fuerza en un momento dado, sino un equilibrio que debe constantemente reproducirse. La utilidad de las nociones de hegemonía de Hall y Guha es que permiten comprender, operacionalizar y estudiar con mayor facilidad que la hegemonía es la reproducción de distintas combinaciones entre consentimiento y coerción a lo largo de un período histórico (Hall, 1986, p. 17). Sin embargo, esto no implica que todo y nada sea hegemonía, sino que más bien las nociones de estos autores permiten comprender que se estará observando una condición hegemónica siempre y cuando la coerción no sobrepase la

persuasión en la composición orgánica del poder (Guha, en Anderson, 2018, p. 121). De suceder esto, se puede decir que la hegemonía ha entrado en crisis y, con ello, ha comenzado su degeneración, pero esto puede desarrollarse entre largos períodos históricos y períodos de cambio convulso y rápido (Hall, 1986, pp. 13-14).

Cabe recordar que dentro de los arreglos institucionales es donde puede ejercerse algún grado de coerción o coacción para ejercer o mantener una dominación. Si la coerción sobrepasa el consentimiento, se entiende que se observa una dominación sin hegemonía, mientras que, si el consentimiento es mayor a la coerción, se comprende que se observa una dominación hegemónica. A nivel internacional, esta relación entre coerción y consentimiento no es tan fácilmente identificable, especialmente, porque la coerción puede ejercerse fuera de los arreglos institucionales establecidos. Por fortuna, Anderson (2016) y Agnew (2020) dan las claves para entender que cuando una potencia debe recurrir a la coerción, fuera de los arreglos institucionales establecidos que le permiten mantener su dominación hegemónica, está atentando contra la base que le da el consentimiento a su condición hegemónica, tanto sus ideas como sus instituciones. Con ello, se puede identificar que, en dichos momentos, la coerción ha sobrepasado el consentimiento. Dos ejemplos que brindan los autores para ejemplificar empíricamente esta situación son las invasiones a Irak en 2003 (Agnew, 2020) y la intervención militar en Libia en 2011 (Anderson, 2016).

La dimensión geopolítica de la hegemonía

Si las nociones de Hall (1986) y Guha (en Anderson, 2018) permiten complementar y robustecer la noción sobre hegemonía de Cox (2014) en su aplicación al análisis internacional, la incorporación de las nociones teóricas de Agnew (1994, 2018, 2020) permite darle a la hegemonía una noción espacial y geográfica relevante. Agnew (1994) afirma que existen tres convenciones originales de la teoría de Relaciones Internacionales que reducen la posibilidad de identificar una visión geográficamente informada del poder político, a lo que llama la trampa territorial (Agnew, 1994, p. 59; Agnew, 2018, p. 30; Agnew, 2020, p. 81). Estas convenciones son:

- A. La reificación del Estado como unidades fijas en el espacio. Esta concepción, que Agnew (1994, p. 59) comparte con Jessop (2017), reifica al Estado, creyéndolo como un actor unitario y racional, deshistorizándolo, descontextualizándolo y generando

una noción abstracta, un cascarón, del Estado que no se acopla con la realidad. Inclusive, afirma Agnew (2020, p. 82), esta convención equipara ontológica y moralmente al individuo con el Estado, un legado de Hobbes y Locke, generando una visión simplista y reduccionista de qué es un Estado, como si se comportara como un individuo, con el mismo proceso racional de toma de decisiones individual y con las mismas tensiones morales. En contraposición a esto, ambos autores (Agnew, 1994; 2018; 2020; Jessop, 2017) llaman a entender al Estado correctamente como una relación social, histórica, espacial y contextualmente situada. Esto implica entender que el Estado es muestra de la correlación de fuerzas de una sociedad, que cambia conforme los contextos y coyunturas, por tanto, dichas correlaciones de fuerzas cambian (Jessop, 2017). Pero también el Estado cambia conforme a la noción de territorialidad, “el uso del territorio para fines políticos, sociales y económicos” (Agnew, 2018, p. 36) cambia, en su proceso social e histórico.

- B. El uso de las polaridades doméstico/extranjero, nacional/internacional. Esta noción obscurece la forma en que diferentes procesos operan en distintas escalas, desde la local, nacional, regional y global (Agnew, 1994, p. 59). Esta otrorización, a su vez, es la que permite la formación de identidades nacionales, ya que no pueden existir identidades sin antes existir fronteras (Agnew, 2018), por lo que surge el nacionalismo y sus recurrentes reacciones políticas ante supuestas amenazas externas que “atentan contra la nación”.
- C. Esto implica entender que el Estado contiene a la sociedad geográficamente, “como si los límites de un Estado fueran invariablemente los límites de cualquier proceso social o político en los que estamos interesados” (Agnew, 2020, p. 83).

Todo lo anterior conlleva a comprender que la espacialidad del poder no se reduce, exclusivamente, al Estado territorial, dado que, si el Estado es, como afirma Jessop (2017), polimórfico y policontextual, la forma en que utilizamos el espacio (espacialidad) también varía (Agnew, 2018, p. 38). En este sentido, Agnew (2020, pp. 83-88) identifica que la espacialidad del poder ha cambiado significativamente a lo largo del tiempo, desde un conjunto de mundos separados antes del proceso de colonización del mundo, pasando por un campo de fuerzas o balance de poderes en términos realistas, a una red jerárquica, como lo

entiende la teoría del sistema-mundo, a, finalmente, una sociedad global, una sociedad de mercado integrada.

A esta sociedad de mercado global, Angew (2020) la entiende como la globalización en su versión actual, que surgió luego de la Guerra Fría. Para este autor, entonces, si bien EE. UU. aspiró a un rol hegemónico antes, en realidad, su hegemonía comienza con el fin de la Guerra Fría, cuando logra exportar su formación social, su modelo de sociedad, a nivel global. Para Agnew (2020), la globalización tiene un *Home Address*, sin que esto signifique que sea, de forma reduccionista, un simple recurso de poder de los EE. UU. No obstante, aunque no sea un recurso de poder del país, es en las capacidades materiales donde está la base, a partir de la cual se puede construir hegemonía. En este sentido, para Agnew (2020):

el mercado, en la sociedad de mercado, no es simplemente un mecanismo o un medio (como en el marxismo clásico o en la economía neoclásica); a través de su mercantilización de bienes y personas, proporciona las bases de la cultura del capitalismo americano [estadounidense]. (p. 101)

Al ser el mercado la base de la cultura del capitalismo estadounidense, se comprende cómo a partir de su propagación, especialmente, desde el Consenso de Washington, EE. UU. ha buscado construir su hegemonía con la exportación de su sociedad de mercado al mundo. Dicho tipo de sociedad posee una serie de características que la hacen distintiva, tales como:

El consumo masivo y la vida a través de las mercancías; pasando por jerarquías de clases ocultas detrás de una retórica cultural del emprendimiento y la igualdad de oportunidades; hasta limitando la prestación de lo que en otras partes se consideran bienes públicos, esencialmente promoviendo una visión privatizada de la vida. (Agnew, 2020, pp. 30-31)

Permitiendo, con esto, observar cómo las nociones de ideas y capacidades materiales, discutidas previamente, están inmersas en la categoría de sociedad de mercado de Agnew (2020).

Siguiendo la misma línea, esta sociedad de mercado, al ser la exportación a nivel global de su modelo de sociedad, no de sus instituciones políticas, ha desbordado cualquier forma de control por parte de EE. UU. y ha cambiado la forma de comprender la espacialidad del poder

hoy (Agnew, 2020; ver capítulo 4 y 5 especialmente). Esta espacialidad del poder se caracteriza, actualmente, por ser:

Un sistema de redes sin territorialidad en el cual los nodos están ampliamente dispersos alrededor del mundo, aunque más densamente conectados dentro y entre Europa, América del Norte y Asia del Este, y aún limitados por las estructuras territoriales del poder heredadas de la época anterior. La integración geográfica de las relaciones de poder de hoy día, por lo tanto, es diferente en relación con el pasado, en términos de equilibrio relativo entre los elementos territoriales y geográficos de las redes, así como el alcance geográfico bajo el cual se producen las relaciones de poder. (Agnew, 2020, p. 97)

Esto tiene consecuencias en la forma en que se entiende al Estado y sobre todo a la noción de soberanía actual (Agnew, 2018). Si el Estado es una relación social, la soberanía es un significado intersubjetivo relacionado con este, pero no debe entenderse de forma fija y ahistórica, como es usual en la disciplina de Relaciones Internacionales (Agnew, 2018). Agnew (2018, p. 25) identifica una serie de mitos sobre la soberanía, como una serie de mitos sobre la globalización, que deben trascenderse para generar análisis rigurosos y sistemáticos de la realidad actual. Los mitos de la soberanía, muy relacionados con la trampa territorial, refieren a la metáfora cuerpo-Estado, al mito del Estado-Nación y a la supuesta igualdad soberana de los Estados. Todos y cada uno de estos aspectos son un mito que nunca han correspondido con la realidad, así como sus corolarios: la igualdad soberana de los Estados, la soberanía popular, y la integridad territorial de los Estados (Agnew, 2018, pp. 68-70).

Para Agnew (2018, p. 144), la soberanía es, por tanto, prácticas socialmente construidas de control político y autoridad, la cual es fluida e históricamente cambiante, además, se manifiesta en distintas espacialidades, no solo territorialmente hablando, incluso, es compartida por varios actores sociales. Todas estas nociones desarrolladas por Agnew (1994, 2018, 2020) son fundamentales para comprender el mundo actual y cómo puede ser ejercida una hegemonía más allá de una noción reduccionista y simplista de un Estado racional y unitario, territorialmente fijo y ahistórico, que contiene a su sociedad y que enfrenta retos que atentan contra su “soberanía”.

Asimismo, Agnew (2018, pp. 161-162) crea una tipología de lo que ha llamado regímenes de soberanía a partir de dos variables, la autoridad central del Estado, entendida como poder despótico, y la consolidación de la territorialidad del Estado, la cual provee bienes públicos, entendidos como poder infraestructural. Esta tipología puede observarse en la Tabla 1 y demuestra cómo un Estado puede ejercer su hegemonía, afectando tanto a la soberanía propia como a la de otros actores de la sociedad internacional. Si bien la integrativa refiere más que todo al ejemplo de la Unión Europea (UE), Agnew (2018), ejemplifica la imperialista como la relación histórica de EE. UU. con América Latina, mientras que la globalista como la relación de EE. UU. proveyendo bienes públicos globales, como, por ejemplo, la libre navegación internacional o el dólar como moneda de reserva global de valor. Precisamente, esta última noción es en la que Agnew (2018) ubica a EE. UU. como potencia hegemónica, pero, a su vez, le permite comportarse, dependiendo del contexto y su contraparte, dentro de alguno de los otros regímenes de soberanía.

Tabla 1
Regímenes de soberanía

		Territorialidad Estatal	
		Consolidada	Abierta
Autoridad Central del Estado	Fuerte	Clásico	Globalista
	Débil	Integrativa	Imperialista

Nota. De “Globalization and Sovereignty. Beyond the Territorial Trap”, por J. Agnew, 2018, p. 163.

A partir de las anteriores nociones teóricas, esta investigación procura indagar el estado de la hegemonía internacional estadounidense durante la administración de Donald J. Trump (2017- enero 2021) en los EE. UU. De esta manera, se podrá, de forma rigurosa y sistemática, dar cuenta del estado de la hegemonía estadounidense, llenando los vacíos de anteriores investigaciones, como se discutió en el Estado de la cuestión.

Capítulo II. Planteamiento metodológico

Introducción

El presente capítulo ofrece el abordaje metodológico del estudio, mismo que consiste en un estudio de caso, desde una perspectiva metodológica cualitativa que busca explicar el estado de las ideas que informan la hegemonía internacional estadounidense durante la administración Trump (2017-2021), mediante las técnicas de investigación de la revisión documental, el análisis de contenido y el análisis crítico del discurso. Se plantea la necesidad de realizar un análisis de contenido de la geopolítica formal que legitima el orden liberal internacional, con John Ikenberry, como principal figura, para luego examinar críticamente estas ideas y, con ello, identificar si la administración Trump planteó un quiebre, reforma o reconfiguración del orden liberal internacional en sus discursos. Se toma no solo a la figura de Trump, sino a demás figuras de la Administración, como Rex Tillerson, Michael Pompeo, entre otras, para ofrecer un análisis más completo de las narrativas que impulsó la Administración durante el período de estudio.

Perspectiva metodológica

En términos generales, la perspectiva metodológica utilizada se basa en el empleo de métodos, como el estudio de caso y el análisis de coyuntura, bajo un enfoque cualitativo e

inductivo, los cuales priman el contexto, la complejidad y la profundidad en el análisis, asimismo, permiten ofrecer explicaciones a fenómenos complejos más allá del paradigma positivista tradicional de mecanismos causales, como se verá más adelante. De esta forma, la investigación es de tipo explicativa, en el sentido de reconstrucción causal, la cual permitió abordar macrofenómenos explicativamente, poniéndole el énfasis en la multicausalidad, la complejidad y los procesos históricos, en vez de en simples mecanismos causales de X, entonces, Y, permitiendo con ello un vínculo más adecuado con la dialéctica del materialismo histórico (Héritier, 2008, pp. 75-77).

Resulta importante recordar que el materialismo histórico, tanto en sus bases ontológicas y epistemológicas como en sus postulados teóricos, se ha nutrido de una multiplicidad de métodos y técnicas en sus análisis, desarrollando una amplia heterogeneidad metodológica a lo interno de su tradición teórica y no se basa, exclusivamente, en un llamado método histórico, el cual está circunscrito a la disciplina de la ciencia histórica. Incluso, su desarrollo ha sido tal que los aportes y desarrollos de esta tradición difieren significativamente entre las distintas ciencias sociales, teniendo como punto en común un enfoque crítico al capitalismo, las relaciones de producción y las relaciones sociales y culturales de las sociedades capitalistas, bajo una visión materialista, no determinista ni economicista, de la realidad. Por esta razón es que, para la consecución de los objetivos de investigación, manteniendo una coherencia entre objeto de investigación, objetivos, teoría y métodos, se han seleccionado el estudio de caso y el análisis de coyuntura como los métodos más adecuados.

Método

El método utilizado en la investigación es el llamado estudio de caso. Flyvbjerg (2004) afirma que este es “un examen detallado de un solo ejemplo” (p. 34). Si bien es una definición correcta, es muy general para comprender qué es este método. Para ello, se recurre a la definición de Vennesson (2008), quien señala que:

Un estudio de caso es una estrategia de investigación basada en una investigación empírica profunda de uno, o un pequeño número, de fenómenos con el objetivo de explorar la configuración de cada caso, y para elucidar las características de una clase más amplia de fenómenos (similares) al desarrollar y evaluar explicaciones teóricas. (p. 226)

Como se puede observar, un estudio de caso refiere al estudio de un número pequeño de casos o, incluso, de un solo caso, que permita extraer observaciones sobre una clase más amplia de casos. Lo anterior se subraya porque refiere directamente al fenómeno de estudio de la presente investigación: el discurso sobre la hegemonía internacional estadounidense. Como ha podido examinarse en la sección del Estado de la cuestión, desde hace ya bastante tiempo se ha llevado a cabo el estudio sobre la hegemonía internacional de EE. UU. e, incluso, se ha dicho que este ha sido la potencia hegemónica desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Si bien esta aseveración es problematizable, lo cierto es que, al investigar un período acotado de dicha hegemonía, la administración Trump, como un caso, se entiende que se pueden extraer observaciones que refieren al más amplio fenómeno de la hegemonía internacional estadounidense, en términos generales. Esto cumple con la definición misma de Vennesson (2008) de lo que es un caso de estudio: “un caso es un fenómeno, o un evento, escogido, conceptualizado y analizado empíricamente a través de la manifestación de una clase más amplia de fenómenos o eventos” (p. 226).

Ahora bien, para la selección del caso de estudio se siguieron las recomendaciones de Flyvbjerg (2004) sobre cómo se deben seleccionar los mismos. En este sentido, se escogió la administración Trump, a partir de la llamada selección orientada por la información, la cual selecciona los casos para “Maximizar la utilidad de la información procedente de pequeñas muestras y casos únicos. Los casos se seleccionan a partir de las expectativas sobre su contenido de información” (Flyvbjerg, 2004, p. 45). Desde esta estrategia de selección de casos, Flyvbjerg (2004) explica que existe una tipificación de casos que facilita su selección, dependiendo de los objetivos y propósitos del estudio. Esta tipificación establece que existen los casos extremos o desviados, los casos con máxima variación, los casos críticos y los casos paradigmáticos. Incluso, a la hora de elegir uno o varios casos para estudiar, el autor afirma que pueden entrar en más de una categoría de selección (Flyvbjerg, 2004, pp. 45-49).

La escogencia del caso de la administración Trump, para estudiar la hegemonía internacional estadounidense, refiere a que es considerado un caso extremo o desviado y un caso crítico, a la vez. Por caso extremo o desviado se entiende que son casos inusuales, que pueden ser tanto “problemáticos” o “favorables” (Flyvbjerg, 2004, p. 45). En este sentido, la administración Trump se considera un caso desviado, precisamente, porque, como ha podido verse

anteriormente, muchos autores han identificado que dicha administración supuso un quiebre con el llamado orden liberal internacional, el cual es, a todas luces, la forma actual de la hegemonía internacional estadounidense, como lo entiende Acharya (2018).

Por otro lado, por caso crítico se entiende un caso “con importancia estratégica para el problema general” (Flyvbjerg, 2004, p. 46), el cual es, en esta instancia, la hegemonía internacional estadounidense. De esta forma, al estudiar este caso en específico, se pudo establecer si en efecto ha existido un declive relativo de la hegemonía estadounidense o si, más bien, lo que se ha dado es una reconfiguración de dicha hegemonía, buscando responder a problemas actuales y futuros al poderío y dominio de la potencia estadounidense.

Resulta fundamental apuntar que Flyvbjerg (2004, pp. 36-39) subraya que un caso de estudio es un método científico legítimo para abordar fenómenos sociales, ya que permite producir observaciones, análisis e, incluso, generalizaciones a partir de un abordaje a profundidad del contexto en el que se desarrolla el caso. Además, los estudios de caso pueden ser reveladores, al ser entendidos como posibles “cisnes negros”, en el sentido de que una vez que se estudia a profundidad el caso, en vez de confirmar los supuestos, tiende más bien a matizarlos, en el mejor de los casos o, inclusive, a descartarlos y replantear la investigación. Por ello el estudio de caso es una forma legítima y útil para la generación y comprobación de teoría (Flyvbjerg, 2004, pp. 40-44).

Vennesson (2008, pp. 227-228) establece que existen varios tipos de casos de estudio: el descriptivo, el interpretativo, el generador de hipótesis y la comprobación de teoría. Si bien existen otras tipologías, como las descritas por Mohajan (2018), la tipología de Vennesson (2008) se consideró más adecuada para categorizar el presente estudio. Con ello, se cree que el tipo que más se adecuó a la investigación fue el interpretativo, ya que este busca “usar marcos teóricos para proveer explicaciones de casos particulares, lo cual puede llevar también a la evaluación y refinamiento de teorías” (p. 227). Precisamente, la investigación buscó refinar la teoría sobre hegemonía en el materialismo histórico, así como los postulados y entendimientos que existen alrededor del estado (declive o no) de la hegemonía internacional estadounidense.

En términos de la clasificación de Mohajan (2018, p. 12) se considera que la investigación obedeció a un estudio de caso retrospectivo, por el carácter de estudiar un evento del pasado, así como un *nested study*, el cual involucra la comparación de elementos dentro de un mismo caso y su análisis sucede dentro de la principal unidad de análisis.

Con lo anterior, se comprende que, si bien la investigación partió de teoría previa, la lógica que siguió el estudio fue de orden inductivo, pues buscó recabar evidencia particular para explicar un fenómeno general y no partió de hipótesis generales para explicar casos particulares. Al respecto, Tracy (2020, p. 27) ha establecido que la característica principal de una investigación inductiva es que empieza observando interacciones específicas para identificar y conceptualizar patrones generales que permitan realizar generalizaciones o afirmaciones sobre el fenómeno de estudio y, con ello, construir teoría o, por lo menos, narrar una historia de manera interesante. En el caso de la presente investigación, la teoría ayudó a orientar hacia dónde el investigador debe observar para recabar la información necesaria, con el fin de identificar la evidencia empírica que permitió realizar afirmaciones sobre el estado de la hegemonía internacional estadounidense durante la administración Trump.

De esta forma, entendiendo que el caso de estudio se encuentra enmarcado en una coyuntura específica, se consideró que uno de los primeros pasos metodológicos necesarios fue explicitar qué se entiende por coyuntura. Gallardo (1990) define el concepto de la siguiente manera:

Una coyuntura es el *punto de articulación* de varias fuerzas *sociales* en un período delimitado temporalmente, articulación que para las sociedades de clases supone relaciones de *confrontación* y de *alianza* para un período también delimitado de tiempo, relaciones de cuyo cálculo de fuerza relativa pueden concluirse futuras *relaciones tendenciales*. (p. 21; resaltado es del original)

Esta definición, junto con lo que establece Osorio (2001) sobre la temporalidad y la relación entre la coyuntura y el proceso histórico, es lo que permite entender que la presente investigación estuvo situada en una coyuntura corta, marcada por un acontecimiento relevante, al asumir Donald Trump el poder en los EE. UU. en enero de 2017, que ha sido identificado por varias fuentes como un momento de crisis del llamado orden liberal

internacional (ver Estado de la cuestión) y que finalizó, como momento analítico de estudio, con el fin de su mandato en enero de 2021.

Precisamente, a partir de Osorio (2001), se puede entender que, aunque se hable de un inicio y un fin en la coyuntura de análisis, tal y como lo recomienda Abarca (2013a) metodológicamente, lo cierto del caso es que el análisis de coyuntura no reduce la realidad a compartimentos separados, lo cual permite entender que se estudia un momento histórico determinado, dentro de lo que Gramsci (2017) ha llamado un bloque histórico mucho más amplio, este caso refiere a la construcción de la hegemonía internacional estadounidense u orden liberal internacional. Esto es sumamente relevante para no olvidar nunca que la coyuntura puede separarse de su proceso histórico más amplio.

A partir del estudio de caso crítico, se consideró, entonces, que es posible cumplir con los objetivos de investigación, indagando sobre el estado de la hegemonía internacional estadounidense durante la administración de Donald Trump (2017- enero 2021). Sin embargo, como se dijo previamente, resultó necesario complementar esta estrategia de análisis con una serie de técnicas de investigación cualitativa que la orientaron en la indagación.

Enfoque de investigación

De conformidad con el planteamiento epistémico-teórico esbozado en el capítulo uno, se considera que el enfoque metodológico que más se adecua a los propósitos y objeto del presente estudio es el cualitativo. Cabe afirmar, entonces, que la investigación cualitativa busca realizar análisis de datos mediante una lógica inductiva, partiendo de casos particulares para llegar a temas generales, también que el investigador busca sus propias interpretaciones del significado de los datos (Creswell, 2009, p. 4). No obstante, también es importante considerar que el enfoque cualitativo es sumamente heterogéneo, por lo cual se hará referencia solamente a aquellos aspectos del enfoque que se consideraron relevantes para el estudio.

En este sentido, la investigación cualitativa entiende que la persona investigadora juega un rol fundamental en el proceso de investigación, el cual se enfoca más en darle profundidad analítica al objeto de estudio. Para ello, la investigación debe profundizar en el contexto en

el que se desarrolla el fenómeno de estudio y, a su vez, lo observa en su desarrollo histórico contemplándolo, principalmente, como procesos y no meros mecanismos (Flick, 2007, pp. 1-7; Creswell, 2009, pp. 173-175; Barbour, 2014, p. 22; Mohajan, 2018, pp. 16-17).

De lo anterior, se deriva que el enfoque cualitativo entienda que no existe una única verdad o, por lo menos, que esa verdad no es necesariamente objetiva en términos como lo entiende el paradigma positivista, precisamente por el rol que juega la persona investigadora durante el proceso de investigación. Asimismo, el enfoque concibe la posibilidad de la multicausalidad a los fenómenos sociales, permitiendo con ello la posibilidad de distintas explicaciones a los fenómenos, dependiendo desde dónde y cómo se aborde. De ahí que la rigurosidad y validez del enfoque, a diferencia del cuantitativo, sea el medio por el cual la persona investigadora explicita sus procedimientos metodológicos, así como sus propias creencias y preferencias o visión del mundo. Además, el enfoque cualitativo no busca verdades universales, sino que entiende que los hallazgos son contextualmente situados o, en otras palabras, los fenómenos sociales son realmente construcciones sociales y, con ello, cambian histórica, cultural y socialmente (Barbour, 2014, pp. 24-26; Mohajan, 2018, pp. 16-17).

Aunque autores, como Mohajan (2018), afirman que los estudios que utilizan el enfoque cualitativo solamente se dedican a describir fenómenos sociales, otros autores consultados han demostrado que esta es una visión superada del enfoque, así como de la comprensión de los procesos explicativos dentro de las ciencias sociales. Estos estudiosos demuestran que no solo existen distintas formas de explicar (Héritier, 2008), sino también que el enfoque cualitativo sí logra explicar fenómenos sociales, sin aspirar a explicaciones universales ni inmutables (Flick, 2007; Creswell, 2009; Barbour, 2014; Tracy, 2020).

A partir de todas estas características anteriormente explicadas, se consideró que el enfoque cualitativo fue el más adecuado para el presente estudio, pues con este enfoque se pudo dar énfasis al contexto histórico y comprender el fenómeno de la hegemonía internacional estadounidense, como un proceso a explicar y no como un objeto que responde a mecanismos causales, por ende, indicar que es un fenómeno que deviene históricamente. Asimismo, se pudo dar mayor cuenta de la complejidad del fenómeno y profundizar más en el caso para

brindar un análisis más detallado y exhaustivo del estado de la hegemonía internacional estadounidense durante la administración Trump.

Tipo de investigación

La investigación fue de tipo explicativa, al respecto, Hérítier (2008) entiende que es la reconstrucción causal. Esta no refiere a la abstracción o a la simplificación de las variables, sino a que prima la concretización, la complejidad y la multicausalidad. La autora afirma que:

La reconstrucción causal – como un programa explicativo similar a aproximaciones de *process tracing* complejo – cuestiona una ontología política que asume la homogeneidad de la unidad, la independencia de las variables, la ausencia de multicolinealidad y la endogeneidad (...) pero enfatiza que los resultados políticos son el resultado de una compleja interacción de efectos y varias formas de multicausalidad. Este método es apropiado cuando el número de casos es pequeño y los factores explicativos son altamente dependientes entre sí y existen interacciones de efectos entre las variables.” (p. 75; el resaltado es propio)

La reconstrucción causal resultó útil para la investigación, ya que requiere de una profundidad de conocimiento sobre el caso de estudio para comprender y explicar sus resultados. Con ello difiere de otras formas de explicación, especialmente de aquellas que priman los modelos basados en el *ceteris paribus*, pues, por el contrario, buscan dar cuenta de la interdependencia entre las variables y de cómo existen interacciones de efectos entre estas (Hérítier, 2008, p. 75-76).

Además, la reconstrucción causal entiende que la explicación debe observarse sobre los procesos y no sobre los mecanismos causales. De esta forma, se prima el carácter histórico de los fenómenos y se evita el error de caer en explicaciones mecanicistas con aspiraciones universalizantes. Al contrario, la reconstrucción causal permite explicar fenómenos o conjuntos de fenómenos, comprendiendo que su proceso histórico puede ser particular (Hérítier, 2008, p. 76).

Asimismo, esta forma de explicación permitió abordar fenómenos macro, que no son inmediatamente identificables u observables, como la globalización (Hérítier, 2008, p. 75) o,

en este caso, la hegemonía internacional estadounidense y su discurso. Por estas razones, se consideró que esta forma de explicación se acopla, con algunos matices, adecuadamente con la perspectiva dialéctica necesaria para la realización de una investigación utilizando el materialismo histórico.

Fuentes de información

El estudio utilizó una serie de fuentes de información, tanto primarias como secundarias, las cuales se resumen en la Tabla 2. Como fuentes primarias se tienen los discursos de Donald Trump, Rex Tillerson y Michael Pompeo, los cuales dan cuenta de cómo entienden estos tomadores de decisión qué es el rol y lugar que juega EE. UU en el mundo. En este sentido, se seleccionaron aquellos discursos en que era claro el posicionamiento sobre el lugar de EE. UU en el mundo, el rol que juega a nivel global y su estado de poder mundial. Asimismo, se buscó identificar en las notas de prensa de la Casa Blanca y del Departamento de Estado del gobierno de los EE. UU los aspectos antes mencionados sobre los discursos de Trump, Tillerson y Pompeo, así como de otros discursos que se consideraron permitían identificar discursivamente el estado de la hegemonía internacional estadounidense y el orden liberal internacional durante la administración Trump (2017-2021).

Un punto necesario de aclarar es que se utilizaron como fuentes primarias de información las obras académicas de autores que buscaban defender en alguna medida la hegemonía internacional estadounidense, es decir, aquellos autores interesados en defender la *Grand Strategy* estadounidense. El elemento clave diferenciador fue la identificación de algún interés por parte del autor o autora en defender no solo la *Grand Strategy* estadounidense, sino, primordialmente, al orden liberal internacional, ya que con dicha identificación se pudo distinguir quiénes estudiaban este fenómeno de quiénes defendían este fenómeno y buscaban legitimarlo doctrinariamente. El énfasis en el orden liberal internacional emerge, precisamente, de que es el vehículo discursivo actual, con el cual se busca legitimar la hegemonía internacional estadounidense. Los textos en los que se identificó el interés por defender la *Grand Strategy* estadounidense sirvieron para dar cuenta de la vertiente doctrinaria de las ideas que legitiman y crean el consentimiento a la hegemonía, como establece Hall (1986). Por esta razón, sirvieron como fuentes primarias de información, ya

que se tomaron como textos ideológicos y discursivos, no como textos académicos necesariamente.

Tabla 2

Tipos de fuentes de información del estudio

Tipo	Descripción
Primaria	<ul style="list-style-type: none"> • Discursos de Donald Trump, Rex Tillerson, Michael Pompeo • Notas de prensa de la Casa Blanca y el Departamento de Estado del Gobierno de Estados Unidos • Obras de autores en los que se identifique el interés por defender el orden liberal o reconfigurar la hegemonía estadounidense.
Secundaria	<ul style="list-style-type: none"> • Estudios sobre el orden liberal internacional, el poderío estadounidense o la administración Trump en EE. UU. • Obras de autores ideólogos del trumpismo. Por ejemplo, obras de Steve Bannon antes de la llegada de Trump a la Casa Blanca. • Estudios que permitan ubicar y contextualizar el período de estudio coyuntural y su relación con el bloque histórico más amplio a partir del caso estudiado.

Las fuentes secundarias de información refirieron, por un lado, a textos académicos que buscaban analizar la hegemonía estadounidense y, con ello, que proveyeran datos e hitos importantes a tomar en cuenta en el estudio a partir de su revisión documental, también, a los textos de llamados ideólogos del trumpismo, al menos antes de la llegada de Trump al poder, que permitieran enmarcar ideológicamente al llamado movimiento o ideología trumpista y, de esta manera, problematizarlo. Por otro lado, los estudios que posibilitaran contextualizar y problematizar las fuentes primarias a consultar con el bloque histórico más amplio fueron fundamentales para identificar vacíos en el discurso y mecanismos de legitimación. Estas fuentes fueron claves para identificar aspectos que se invisibilizaban u obviaban en el discurso hegemónico analizado.

Una nota aclaratoria que debe realizarse en este momento es que, si bien Hall (1986) afirma que para analizar las ideas de una hegemonía siempre es necesario analizar su vertiente popular, su construcción como sentido común, lo cierto del caso es que tal esfuerzo excedió los alcances y objetivos de la presente investigación, debiendo emplearse para indagar al respecto un método y técnicas cuantitativas sobre la opinión pública interna y externa estadounidense. Un esfuerzo semejante excedió los recursos y alcances de la investigación, por más que organizaciones como el Chicago Council on Foreign Affairs y el Pew Research Center ofrecieran algunos datos orientadores. Esto porque antes de relacionar directamente los datos, debían establecerse las relaciones causales que permitieran vincularlos con el discurso a analizar. Además, los datos que ofrecían obedecen a los intereses de estos organismos y no podían traducirse directamente en datos útiles para indagar si el discurso hegemónico estadounidense durante la administración Trump (2017-2021) problematiza, reconfigura o sustituye el discurso hegemónico estadounidense previo. Incluso, tal impacto solo es posible observarlo en el largo plazo, por ende, no se procedió a indagar al respecto en esta investigación.

Técnicas de recolección de datos

Las técnicas de investigación para la recolección de datos más adecuadas para cumplir con los objetivos del estudio fueron **la revisión documental, el análisis de contenido y el análisis de discurso**. La revisión documental se realizó, principalmente, sobre la obra de autores que habían estudiado actualmente el llamado orden liberal internacional o la hegemonía internacional de EE. UU. Esta revisión documental se apoyó también en estudios que permitieran contextualizar de mejor forma la coyuntura y el bloque histórico en que se enmarcó el estudio de caso indagado.

Por otro lado, el análisis de contenido puede entenderse como “la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de la comunicación” (Abarca, 2013a, p. 194). Para ello se busca responder a una serie de interrogantes como: ¿qué se quiere decir?, ¿a quién se dice?, ¿para qué se dice? y ¿cuál es la intensidad de lo que se dice? (Abarca, 2013a, p. 200).

A partir de lo anterior, como afirman Santander (2011) y Abarca (2013a), el análisis de contenido busca interpretar o analizar hermenéuticamente, incluso, podría decirse,

comprender, dentro de la óptica de la sociología comprensiva Weberiana (Abellán, 2006) el contenido de un documento o discurso, sea textual, verbal o, inclusive, meramente gesticulado, dentro de un contexto específico, con claros motivos y propósitos. Entonces, importa interpretar tanto el mensaje explícito como el mensaje implícito del documento o discurso, ya que el mismo posee opacidad, lo cual no permite comprenderlo por la simple interpretación del texto directamente (Santander, 2011, p. 210). En este sentido, Abarca (2013a) entiende que el análisis de discurso está englobado dentro del análisis de contenido, por ende, no se realiza un tratamiento distinto en este apartado de ambos.

Entendiendo lo anterior, el análisis contextual del discurso se vuelve fundamental, comprendiendo que entre discurso e ideología existen nexos importantes, la mayoría de las veces no explícitos (Santander, 2011, p. 211). Una forma de realizar esto es encontrando las relaciones entre los signos dentro del discurso, a partir de los principios de oposición (relaciones antagónicas de inclusión-exclusión), de asociación (relaciones de agrupación entre signos y fenómenos sociales) y de transversalidad (el mensaje principal y muchas veces oculto dentro del discurso) (Abarca, 2013a, p. 234).

Con ello, se buscó realizar un análisis, tanto intratextual como extratextual, de las unidades de observación de la investigación (Abarca, 2013a, p. 222). Las unidades de observación para el análisis de discurso fueron los discursos, identificados y seleccionados previamente según los criterios anteriormente definidos, realizados por el presidente estadounidense Donald Trump, así como también por Rex Tillerson, exsecretario del Departamento de Estado y Mike Pompeo, su sucesor, relacionados con el objeto de investigación. Además, se analizaron las notas de prensa de la Casa Blanca y del Departamento de Estado, relacionadas con el tema de estudio y otros discursos que se consideraron pertinentes.

Las unidades de análisis fueron los temas que se pudieron ir identificando en el análisis semántico, tanto de los documentos como de los discursos antes retratados como las unidades de observación, enmarcándose la presente investigación dentro del enfoque de Análisis crítico de discurso (Santander, 2011). En este sentido, si bien en los documentos importó el análisis semántico y hermenéutico de las oraciones, que permitieron ir identificando temas clave, en el análisis de los discursos se primó como unidades de análisis las palabras y oraciones de los discursos, que permitieron identificar no solo los temas de los mismos, sino

también su relevancia dentro del discurso. El análisis se realizó desde una lógica deductiva, buscando esclarecer categorías a partir del análisis e interpretación del discurso y su contexto, aplicando tanto un análisis cualitativo hermenéutico como un análisis de frecuencias de las palabras en los discursos.

A partir de todo lo anterior, se pudo cumplir exitosamente los tres objetivos específicos del estudio. Todo esto permitió explicar el estado en que la hegemonía internacional estadounidense se encontraba durante la administración de Donald Trump (2017-2020), permitiendo comprender de mejor forma si en efecto está en declive, crisis o, incluso, en reconfiguración.

Matriz de congruencia

Tema: La crisis de un bloque histórico: La administración Trump y el orden liberal internacional						
INTRODUCCIÓN			CONCEPTUAL	METODOLÓGICO		
Pregunta de investigación	Objetivo general	Objetivos específicos	Conceptos teóricos principales	Método, enfoque y alcance	Sujetos y fuentes de información	Técnica e instrumento
¿Cuál es el estado de la hegemonía internacional de los Estados Unidos, también llamada “orden liberal internacional”, durante la administración Trump (2017- enero 2021)?	OG: Explicar el estado en que se encontraba la hegemonía internacional de los Estados Unidos durante la administración Trump (2017-enero 2021).	OE1: Explorar las ideas que informan y legitiman al orden liberal internacional a través del análisis crítico de contenido. O.E.2: Examinar críticamente las ideas y la conformación del orden liberal internacional a través de la revisión documental. O.E.3: Relacionar las ideas que informan y legitiman al orden liberal internacional con las ideas que informan a la administración Trump (2017-enero 2021), mediante el análisis crítico de discurso de Donald Trump, Rex Tillerson y Michael Pompeo y la revisión documental de obras que permitan comprender ideológicamente al trumpismo.	Materialismo histórico Hegemonía Coerción Consentimiento Ideas Geopolítica Ideología Discurso	Método Deductivo Enfoque Cualitativo Tipo de investigación Explicativa	Fuentes de información Discursos de Donald Trump, Rex Tillerson y Michael Pompeo. Estudios académicos que defiendan la hegemonía internacional estadounidense. Estudios académicos sobre la hegemonía internacional estadounidense.	Técnica: Análisis de Discurso. Instrumento: Guía de análisis de discurso. Técnica: Análisis de contenido. Instrumento: Guía de análisis de contenido. Técnica: Revisión documental. Instrumento: Guía de revisión documental.

Capítulo III. Las ideas que informan el orden: un análisis de las ideas que legitiman al orden liberal internacional

Introducción

Un primer esfuerzo para indagar sobre el estado de la hegemonía estadounidense durante la administración Trump (2017-2021) resulta en comprender cuáles son las ideas que informan, actualmente, a la hegemonía internacional estadounidense. Como se mencionó anteriormente, el debate sobre el poderío internacional estadounidense tuvo un cambio importante, al dejar de hablar del declive, relativo o absoluto, del poder estadounidense y empezar a tratar sobre el origen, desarrollo y crisis del orden liberal internacional. Como se dejó claro, no es posible separar un orden internacional de la potencia que lo impulsa, lidera y, hasta cierto punto, busca mantenerlo y reproducirlo. Por lo tanto, se debe tomar en conjunto la estabilidad del orden con la situación de poder de la potencia que lo impulsa, en este caso de los EE. UU.

En este sentido, lo que busca el presente capítulo es examinar los aspectos ideológicos y discursivos del orden liberal internacional, sus principales proponentes y legitimadores, desde una posición crítica. Esto con el objetivo de cuestionar si realmente la administración Trump significó un quiebre y ruptura y, por ello, una crisis de las ideas legitimadoras del orden internacional. Como ha dejado claro Hall (1986), el aspecto ideológico y moral es fundamental para la construcción, reproducción y crisis de una hegemonía. Mediante este esfuerzo, entonces, se busca identificar cuál es el componente doctrinario que informa, actualmente, a la hegemonía liberal estadounidense.

Por su parte, Agnew (1998, pp. 102-112) ha dejado claro que, al menos durante la Guerra Fría, el discurso doctrinario que impulsaba la construcción de un proyecto, todavía no hegemónico, de alcance global del poder estadounidense, versaba sobre el discurso alrededor de tres variantes, en un inicio, la contención, posteriormente, el llamado efecto dominó y, finalmente, el discurso sobre la estabilidad hegemónica. En la actualidad, se puede decir que el discurso sobre la hegemonía internacional estadounidense versa alrededor de la promoción y defensa del orden liberal internacional.

Para ello se empieza analizando las ideas de uno de los principales autores que defienden y promueven el orden liberal internacional, las ideas de Ikenberry (2005; 2018; 2020a; 2020b; 2022), su principal ideólogo, en palabras de Anderson (2014), al decir que “su encarnación perfecta se puede encontrar en John Ikenberry, ‘el laureado poeta del internacionalismo liberal’” (139). Asimismo, se complementan las ideas de este autor con las de otros autores cercanos o, incluso, que defienden al orden liberal internacional como Deudney (Deudney y Meiser, 2012; Deudney e Ikenberry, 2019; Deudney, 2019; Deudney e Ikenberry 2021a; Deudney e Ikenberry, 2021b) y Nye (2019, 1 de septiembre de 2020, 9 de noviembre de 2020).

El análisis de las ideas de estos autores es puesto bajo un examen crítico, en el cual se demuestra la contradicción de las ideas liberales, lo particular de sus supuestos valores y principios universales, su selectividad histórica, invisibilizaciones y omisiones, entre otros aspectos. Con ello se demuestra que lo propuesto por los autores no es una forma de ver el mundo neutral, objetiva ni universal, sino, más bien, como afirma Sharp (2005), dicho análisis es situado, no viene desde ningún lugar, viene desde una óptica que busca legitimar y reproducir la hegemonía internacional estadounidense, mediante la fachada del orden liberal internacional. Incluso, se demuestra que el orden liberal internacional, aunque con orígenes remotos en el primer orden liberal del siglo XIX-principios del siglo XX, en el proyecto internacionalista de Woodrow Wilson, así como en un origen más consolidado luego de la Segunda Guerra Mundial, realmente no nace después de esta última, sino hasta el fin de la Guerra Fría. Antes de ello su carácter no era global, al contrario, era particular, un club de democracias—en cierta medida—, como reconoce el propio Ikenberry (2020a; Deudney e Ikenberry 2021a, 2021b), sin comprender las implicaciones de tal aseveración. Por lo tanto, el llamado orden liberal internacional no existió como orden global, sino hasta el fin de la Guerra Fría en los 90 del siglo pasado.

El orden liberal internacional desde su construcción teórico-ideológica

Una aclaración teórico-metodológica

Como punto de partida del análisis del presente capítulo, se procura dar luz sobre cuáles son las ideas que realmente informan al orden liberal internacional. Es decir, según sus

proponentes y defensores, cómo surge, cuáles son sus principales características, cuál es su situación actual y cuáles son sus principales amenazas. Por ello, este acápite busca presentar las ideas de quienes promueven, defienden y legitiman el orden liberal internacional. Por ende, se realiza un examen crítico de las ideas presentadas en este apartado. No obstante, antes de iniciar se procura brindar una pequeña aclaración teórico-metodológica de la conducción del análisis.

El análisis se realiza abordando las obras de los autores como Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022), Deudney (Deudney y Meiser, 2012; Deudney e Ikenberry, 2018; Deudney, 2019; Deudney e Ikenberry 2021a; Deudney e Ikenberry, 2021b) Nye (2019, 1 de septiembre de 2020, 9 de noviembre de 2020) y, en alguna medida, también Haas (2017, 21 de marzo de 2018, 2019, 2020; Haas y Kupchan, 25 de marzo de 2021), como indicadores de la geopolítica formal del orden liberal internacional.

La geopolítica formal es una vertiente de análisis dentro de la tradición de la geopolítica crítica, la cual toma a la geopolítica como una imaginación, construida por actores y agentes con intereses, por lo que está acorde con la perspectiva teórica esbozada en el anterior capítulo y con la obra de Cox (2014). A este respecto, Dittmer y Bos (2019) afirman que “Entonces, allí donde la geopolítica clásica buscaba cimentar sus análisis en “la forma en que el mundo es”, la geopolítica crítica interroga cómo y por qué hemos llegado a pensar sobre el mundo (o partes de él) de cierta manera” (p. 11).

Tomando los aportes de Agnew (1994, 1998, 2018), quien entiende que la geopolítica actual parte de una imaginación geopolítica moderna, los autores afirman que la imaginación geopolítica es “La constelación de verdades tomadas por sentado de una persona (o sociedad) acerca del mundo y la forma en que el poder debería ser utilizada en ese mundo” (Dittmer y Bos, 2019, p. 41), se entiende estas verdades como regímenes de verdad foucoulitianos (Dittmer y Bos, 2019). En cuanto a la geopolítica crítica, esta busca cuestionar, precisamente, los supuestos de los que parte estas construcciones geopolíticas “clásicas” (Dittmer y Bos, 2019; Flint, 2021).

Para realizar este cuestionamiento, la geopolítica crítica se enfoca en tres categorías de discurso para su estudio: la geopolítica formal, la geopolítica práctica y la geopolítica

popular. El presente apartado trata, entonces, de la dimensión de la geopolítica formal entendida como “discurso geopolítico producido por académicos, ya sea en un marco universitario o en think tanks abiertamente políticos, como la Heritage Foundation o el Brookings Institution. Un think tank es una institución que está financiada para realizar investigación que avance metas de política pública de sus partidarios” (Dittmer y Bos, 2019, p. 13). Otra forma de entenderla es la propuesta por Santamarina Guerrero (2017) al afirmar que esta está “Integrada por todas aquellas teorías, enfoques, visiones y doctrinas de comportamiento geopolítico producidas desde los medios académicos. Hay modelos clásicos y contemporáneos (...) pretendiendo hacer la interpretación de un mundo que en realidad se busca construir” (p. 3).

La definición de Santamarina Guerrero (2017) es complementaria con la más general de Dittmer y Bos (2019) y permite comprender que los trabajos académicos pueden ser objeto de análisis de discurso y de contenido. De hecho, estas obras son tomadas como un discurso propiamente, definido en términos generales como “un término que refiere a la forma en que hablamos acerca de cosas. Los discursos son clave para cualquier entendimiento del mundo, geopolítico o de otro tipo” (Dittmer y Bos, 2019, p. 11). Con ello se entiende que las obras que se analizan, a continuación, son realmente una construcción discursiva que no surge desde ningún lugar, como si fueran atalayas neutrales y objetivos que describen y explican al mundo tal cual es, sino, más bien, buscan ofrecer una construcción intencionada del mundo y sobre cómo los actores se debieran comportar en dicha construcción de mundo (Sharp, 2005).

Al hablar del orden liberal internacional, estos autores lo que en realidad realizan es geopolítica clásica, precisamente, porque buscan ofrecer una interpretación de la escala global y de cómo los actores globales debieran comportarse en dicha escala, pretendiendo un esfuerzo objetivo y enmascarando sus componentes normativos, ideológicos e intereses. No hay que olvidar que Cox (2014) entiende que las teorías son hechas por alguien y para algo. De esta forma, Flint (2021) entiende que la geopolítica clásica, dentro de la cual se enmarcan las obras analizadas en este apartado, se puede definir como:

una forma de pensar que afirma realizar una perspectiva objetiva y global, pero en realidad ha sido un esfuerzo de una élite de hombres blancos predominantemente,

pero no exclusivamente, en países occidentales con una visión de promover una agenda política particular. La geopolítica clásica ha puesto la idea de geógrafos al servicio del Estado, usualmente de forma voluntaria. (p. 5)

Queda claro que las obras que se analizan en seguida son discursos (geo)políticos que tienen como intención promover una agenda, la agenda de la hegemonía internacional estadounidense. Además, no debe olvidarse que Hall (1986) comprende que la construcción ideológica de la hegemonía se compone tanto de doctrina (teoría y filosofía, por ello, geopolítica formal) como de sentido común, siguiendo los estipulados de Gramsci (2017). En este sentido, particularmente perspicaz, es la observación de Flint (2021) de que es un esfuerzo predominante de académicos hombres, blancos, occidentales y específicamente estadounidenses. Por lo tanto, estas obras son objeto de análisis de discurso para comprender cómo es que buscan ofrecer su interpretación del mundo, cuando en realidad buscan construir una interpretación particular, políticamente informada y normativa, sobre el mundo.

A continuación, se realiza un resumen de las ideas de los principales académicos que buscan promover, defender y legitimar el orden liberal internacional. La exposición de estas ideas se hace sobre los autores en su conjunto, con especial énfasis en su principal ideólogo, Ikenberry, sin realizar un trato por separado por autor. De esta forma, se logra evidenciar la continuidad en sus ideas, así como sus divergencias.

La geopolítica clásica del orden liberal internacional

En primera instancia, los internacionalistas liberales, al menos como los llama con frecuencia Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2018, 2021a, 2021b) tienen sus raíces en la Ilustración, específicamente en el liberalismo ilustrado. Este nace, según Ikenberry (2020a) como una forma de hacerle frente a los retos y oportunidades de la modernidad, entendida como “la continua transformación de las sociedades y las relaciones internacionales impulsada por la ciencia, la tecnología y la revolución industrial” (p. 7), en un principio, de las naciones de Europa Occidental en dicho período histórico, pero posteriormente a nivel global. Esta es la principal fuerza de las ideas liberales, continúan siendo una guía y dirección para hacerle frente a los retos y oportunidades de la modernidad hoy (pp.7-8). Para Ikenberry (2020a, pp.7-8), no existen otras ideas, ideología o doctrina que

realmente puedan hacerle frente a los retos de la modernidad y conducir a la sociedad, ahora global, hacia una dirección progresista, como la llama. La modernidad hace que la humanidad avance, no obstante, el avance puede significar un reto y amenaza para sí misma u oportunidades para su desarrollo y mejoría. Con ello, afirma Ikenberry (2020a), lo que busca es “ofrecer un retrato del internacionalismo liberal como una serie de ideas sobre cómo funciona el mundo” (p. 7).

Para Ikenberry (2020a), el internacionalismo liberal es

a diferencia del realismo político—la otra gran tradición de la teoría internacional, que se presenta a sí mismo como una explicación reduccionista y universal del comportamiento de los estados—el internacionalismo liberal es normativo e históricamente contingente, un artefacto del surgimiento de los Estados-Nación occidentales, la democracia liberal y la hegemonía angloamericana. Se realiza en la práctica a través de reglas, instituciones, alianzas dentro de un sistema mundial en modernización. Pero sus ambiciones más profundas están en moldear los ambientes político institucional y normativo—el ecosistema internacional—en que las democracias liberales operan. (p. 7)

En palabras de Woodrow Wilson, afirma Ikenberry (2020a, p. 7), el propósito fundamental del internacionalismo liberal está en hacer un mundo seguro para la democracia. De ahí que entienda que es un proyecto político que nace en el siglo XIX, relacionado con otros internacionalismos, como el imperialista y el westfaliano. Incluso, señala que el liberalismo y el nacionalismo emergieron como hermanos siameses (Ikenberry, 2020a, p. 8; pp. 12-19). En este sentido, comparte con Nye (2019) y Deudney (2019) la visión de los orígenes del internacionalismo liberal. Asimismo, Ikenberry (2020a, p. 8) toma al internacionalismo liberal en sentido amplio, incorporando al clásico *laissez faire*, como al más progresista y socialdemócrata. No obstante, Deudney (2019, pp. 203-204.) ofrece otra categorización de internacionalismos, además del liberal, como el westfaliano, el republicano constitucional, el rooseveltiano y el globalismo técnico-material, aclarando que se refiere a internacionalismos estadounidenses. Resulta interesante cómo de primera entrada Deudney (2019) diverge de Ikenberry (2020a, p.205) en su comprensión de los internacionalismos, llegando a catalogar como mercantilista al rooseveltiano, diferenciándolo del liberal, mientras que Ikenberry

(2020a) los mantiene como un mismo fenómeno. No por algo, afirma Deudney (2019, p. 203), los términos hegemonía e internacionalismo liberal oscurecen tanto como aclaran aspectos de la política exterior estadounidense.

Precisamente, este es el caso con Ikenberry (2020a), quien afirma que el internacionalismo liberal es un movimiento internacionalista, permitiéndole incorporar en su seno a autores, políticos y movimientos que no son liberales o, por lo menos, no lo son necesariamente, pero atribuyendo sus méritos al liberalismo. No por algo afirma que “no es una doctrina fija, sino una familia en evolución—y a veces conflictivas—de ideas, doctrinas, proyectos y movimientos” (p.14).

En este sentido, para Ikenberry (2018, 2020a), el principal problema con el mundo no es la anarquía internacional, entendida como ausencia de gobierno mundial, sino la modernidad. Esto porque:

Varias características distinguen el mundo del mundo premoderno. En primer lugar, las sociedades se entienden que están en etapas y fases en movimiento a lo largo de caminos de desarrollo. Las sociedades tradicionales dan lugar a las modernas para que continúen de crecer, evolucionar y avanzar. La democracia liberal, nacida en esta edad moderna, ha también empujado hacia adelante a la modernidad. En segundo lugar, la modernidad es un fenómeno global, empujando y jalando a las sociedades hacia un sistema mundial único, crecientemente interconectado e interdependiente. En tercer lugar, la modernidad no se experimenta de forma uniforme a lo largo del mundo—existen vanguardias y retrocesos, creando nuevas formas de jerarquía y dominación. La desigualdad del desarrollo de la modernidad llevó a la dominación del mundo por Occidente en los siglos diecinueve y veinte. (Ikenberry, 2020a, p. 15)

En este desarrollo histórico, prácticamente teleológico de la humanidad, el internacionalismo liberal llegó para organizar y ordenar al mundo para que fuera seguro para la democracia. Pero esto significó que, por su momento de nacimiento, se mezclara con otras ideas y agendas, como “nacionalismo, imperio, capitalismo, políticas de las grandes potencias y la hegemonía angloamericana” (Ikenberry, 2020a, p. 27). Incluso, Ikenberry (2020a, p.20) afirma que no sería hasta que el internacionalismo liberal pasara a EE. UU., en el siglo XX,

que el liberalismo adoptaría nociones particularmente estadounidenses de individualismo y derechos políticos.

Para Ikenberry (2005, 2018, 2020a) el internacionalismo liberal nace en los siglos XVIII y XIX, con autores como John Locke, Adam Smith, Immanuel Kant, Jeremy Bentham, James y John Stuart Mill, John Hobhouse, los padres fundadores de EE. UU., entre otros. En este sentido, poco cabe la etiqueta de internacionalismo que menciona recurrentemente Ikenberry en todas sus obras, ya que resulta claro que está hablando de la tradición filosófica del liberalismo, Entendiéndolo, a partir de Gray (2003), quien identifica que nace con Adam Smith, desde la llamada Ilustración escocesa, aunque con antecedentes en Thomas Hobbes y John Locke.

Para Gray (2003, p. 14), lo que permite hablar de un liberalismo en sentido filosófico es que todas sus variantes y expresiones comparten cuatro características en común. Si bien el liberalismo varía ahí donde es aplicado, al menos sus variantes comparten cuatro elementos principales doctrinarios. En primer lugar, una visión individualista del mundo, primando al individuo sobre la sociedad. En segundo lugar, la creencia de que todo individuo es moralmente igual en estatus, confiriéndole una igualdad formal. En tercer lugar, la creencia universalista de que todo ser humano posee una unidad moral—de ahí su racionalismo epistemológico y visión humana esencialista. Finalmente, la creencia de que toda institución social y política humana es corregible, el autor lo llama la característica meliorista.

Esta pareciera ser la visión de liberalismo de la que parte Ikenberry (2020a, pp. 28-33) obra donde más profundiza este aspecto-, equiparándolo con el internacionalismo liberal, al afirmar que estos pensadores liberales concebían un mundo que iba, no hacia un gobierno mundial, sino hacia un sistema mundial descentralizado, complejo y organizado alrededor del Estado de derecho y del comercio, que, a su vez, llevaría hacia el mejoramiento de la humanidad de una forma progresista, mas no necesariamente continua.

De esta forma, el internacionalismo liberal nace en un contexto de rivalidad imperial y nacionalismos. El orden antes de la Primera Guerra Mundial podría ser llamado, afirma el mismo autor, como un orden internacional imperialista, en el cual se aplicaba los principios westfalianos de integridad territorial, no intervención en los asuntos internos de los Estados

y soberanía entre las potencias imperialistas de Europa, pero era un mundo competitivo de adquisición territorial y conquista en el resto del mundo. Esto provocó un mundo dividido entre Occidente y No-Occidente (Ikenberry, 2020a, pp. 52-57).

Con ello, el liberalismo se mezcló, inicialmente, con ideas de imperio, pero luego de la Primera Guerra Mundial y, especialmente, con el surgimiento de EE. UU. como la principal potencia del mundo, luego de la Segunda Guerra Mundial, el liberalismo desearía sus lazos con el imperialismo, a favor de los principios de Westfalia a nivel global, conformando por fin un verdadero orden internacional (Ikenberry, 2020a). En efecto, el mismo Ikenberry (2020a) afirma que “el internacionalismo liberal se llevó al siglo veinte a las espaldas del imperio europeo” (pp. 214-215).

A partir de lo anterior, Ikenberry (2020a, pp. 215-217) entiende que el liberalismo está interrelacionado con la idea de imperio, a la que reduce simplemente a la noción de imperio formal, es decir, al control territorial administrativo sobre un pueblo por una fuerza externa. Pero esta interrelación se iría resquebrajando con el tiempo, porque el liberalismo pone énfasis en un gobierno constitucional limitado, que lo hace, al menos para este autor, inexorablemente incompatible con la noción de imperio. Aquí se encuentra una diferencia con Nye (2019), pues este último tiene una noción más balanceada, reconociendo las contradicciones, en específico de los padres fundadores, en cuanto a expansión territorial, esclavitud y, por tanto, en una tensión entre los supuestos valores universales liberales y la idea de imperio. Nye (2019) pareciera ser más consecuente, aunque no menos apologista, del internacionalismo liberal estadounidense.

Ikenberry (2020a, p. 218-219) encuentra que en el liberalismo existen dos tendencias, una a favor de imperio, identificadas con el pensamiento de John Locke y de John Stuart Mill y otra tendencia antiimperial, relacionada con el pensamiento de Kant, Diderot, Adam Smith, Bentham, Edmund Burke y Herder. Esto porque en el pensamiento de los primeros los valores propugnados solamente aplicaban para naciones civilizadas, legitimando con ello el imperio para llevar la civilización al mundo y avanzar a las naciones bárbaras y atrasadas hacia la civilización. Resulta interesante que solo mencione que los segundos tienen nociones antiimperialistas, pero sin profundizar en ello, especialmente, en lo que respecta a Kant,

basándose en nociones de dignidad humana universal y la paz perpetua. Como se verá en el siguiente apartado, esta es una selectividad conveniente en el pensamiento de Kant.

Más allá de lo anterior, Ikenberry (2020a, pp. 219-223) expresa que el pensamiento liberal, más que tener una tendencia inherente hacia el imperialismo, simplemente se acomodó al contexto imperial, como una especie de estrategia de supervivencia, precisamente, porque durante los siglos XIX y principios del siglo XX las democracias liberales eran un grupo minoritario dentro de la realidad internacional. No solo resulta problemático esta selectividad histórica, sino, incluso, la misma categoría de democracia liberal a las potencias imperiales europeas sobre el período (Losurdo, 2011). Pareciera conveniente y poco convincente utilizar una escala de abstracción alta, en cuanto a la definición de democracia, cuando le resulta oportuno, reduciendo su abstracción sin aclararlo posteriormente.

Durante este período nace el primer resabio de orden liberal, o al menos proto-liberal, con el llamado orden liberal británico basado en el libre comercio y su patrón oro. Este orden, reconoce Ikenberry (2020a, pp. 220-228) fue imperial, pero tuvo avances en cuanto a la abolición de la esclavitud por parte de los británicos y el derecho internacional, permitiendo encontrar influencias liberales en el orden imperial. No obstante, también reconoce que estos avances permitieron legitimar al imperialismo, basado en jerarquizaciones civilizatorias y raciales, pero que no se le pueden atribuir directamente al liberalismo, porque estas nociones están presentes en el pensamiento europeo desde los griegos clásicos y romanos.

Incluso, el internacionalismo liberal propuesto por Woodrow Wilson estaba basado en categorías y jerarquizaciones civilizatorias y raciales. No obstante, este, ahora sí, primer orden liberal internacional sentó las bases para el paso de un mundo de imperios a un mundo de Estados-Nación y democracias liberales, con sus nociones de dignidad humana, derecho internacional, cooperación y seguridad colectiva, libre comercio y fuerzas progresistas y modernizadoras capitalistas. Esto también sentó las bases—en un discurso del autor que no puede más que catalogarse de *white savior*—para que, si bien en Occidente se mantuviera en el período entreguerras un liberalismo imperial, los valores universales liberales se adoptaran en el No-Occidente, como lo llama, a favor de la soberanía, democracia liberal y fin de los imperios (Ikenberry, 2020a, pp. 228-232). La infructuosa Liga de Naciones fue el puente del

liberalismo para pasar de un mundo de imperios a un mundo de Estados-Nación westfaliano y de democracias liberales (pp.243-245).

A todo esto, se encuentra en el pensamiento de Ikenberry (especialmente, 2018, 2020 a, capítulos 1, 6 y 7; 2022), así como en el pensamiento de Deudney (Deudney y Meiser, 2012; Deudney e Ikenberry 2018; Deudney 2019), Nye (2019) e, inclusive, en autores no liberales como Haas (21 de marzo de 2018, 2019, 2020; Haas y Kupcha, 25de marzo de 2021) una clara dimensión, a veces implícita y a veces explícita, sobre el rol de EE. UU. en el mundo. Se trata de la dimensión del carácter excepcional de este país.

El excepcionalismo estadounidense como la base real del orden liberal internacional

Una similitud importante de notar en este momento es la encontrada entre Ikenberry (2020a) y Nye (2019), ya que ambos afirman que el caos en el período entre guerras fue producto de la ambivalencia de EE. UU. por asumir su rol global, lo que provocó unas décadas de inmoralidad económica y política que llevaron a la Segunda Guerra Mundial con el auge de los totalitarismos, como afirman. Todos los autores mencionados en el anterior párrafo o, inclusive, autores realistas como Walt (2018) o Mearsheimer (2018), acuerdan que, parafraseando a Woodrow Wilson, EE. UU. es una fuerza de bien en el mundo. La diferencia recae más que nada en cuestiones de grado, desde el reconocimiento y defensa del llamado excepcionalismo estadounidense (Deudney y Meiser, 2012; Nye, 2019), pasando por EE. UU. como una fuerza de bien en el mundo, indispensable para el mundo (Ikenberry, 2018, 2020a, 2020b, 2022, 21 de marzo de 2018, 2019, 2020; Haas y Kupcha, 25de marzo de 2021) y llegando a la visión de este como una fuerza necesaria en el mundo, mas no necesariamente excepcional (Walt, 2011, 2018; Mearsheimer, 2018). Para basarse en esto, todos los autores abrevan de la misma fuente, los padres fundadores de EE. UU. Por ello, resulta necesario incorporarlo en el análisis, como elemento indispensable, demostrando que, como afirman Anderson (2014) y Acharya (2018), no es posible desligar el poder de EE. UU. del orden liberal internacional.

Dentro de los autores aquí analizados, los que más creen en el excepcionalismo, aunque con ciertas divergencias como se verán, son Deudney y Meiser (2012) y Nye (2019). Como afirman Deudney y Meiser (2012):

Desde su fundación, hace casi un cuarto de milenio atrás, los Estados Unidos de América se ha pensado a sí mismo como, y ha sido ampliamente percibido como, excepcional. Los Estados Unidos es diferente de otros Estados-Nación en una miríada de formas. Más obviamente, los Estados Unidos es diferente de otros Estados y naciones porque es, por mucho, la gran potencia más exitosa de los últimos tiempos modernos. Este éxito se manifiesta en su actual estatus sin precedentes como la única superpotencia del mundo. Es la economía más grande del mundo. Y es el líder ideológico de la más poderosa, llamativa y exitosa forma de organización política, económica y social de los tiempos modernos: la democracia liberal capitalista (...)

El éxito hace que Estados Unidos sea diferente e influyente de formas de largo alcance, pero el núcleo de la razón de porqué los Estados Unidos es ampliamente visto como excepcional es por su carácter intensamente liberal. (pp. 21-22)

Por si fuera poco, Deudney y Meiser (2012, p. 23) reconocen que el proyecto liberal internacionalista estadounidense es necesariamente revisionista del orden westfaliano y los Estados asociados con él. Esto pone en contradicción lo dicho por estos autores con el argumento principal de Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022) de que el internacionalismo liberal fue el promotor del orden westfaliano desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y de que, aunque podría ser intervencionista, por su carácter revisionista, es realmente un proyecto progresista en continua reforma y no un proyecto de cruzada internacional por propagar la democracia liberal por el mundo.

Siguiendo con Deudney y Meiser (2012, pp. 23-25), estos afirman que, a pesar de las críticas que se puedan tener al excepcionalismo estadounidense, lo cierto del caso es que este se basa en una supremacía militar, un dinamismo económico y una diversidad política, siendo el carácter liberal la piedra angular de todo. Supremacía militar porque no entra a guerras que no impliquen un triunfo estadounidense—ciertamente un gran autoengaño como diría Mearsheimer (2018)—, dinamismo económico basado en una economía capitalista y con la libertad de adquirir y acumular propiedad, reconociendo que las Organizaciones Internacionales de la posguerra han sido beneficiosas a los intereses corporativos estadounidenses, y diversidad política, debido a su recepción de inmigrantes, aunque con ciertas restricciones hasta los años 60 del siglo XX (Deudney y Meiser, 2012, pp. 26-28).

A este último respecto, reconocen los orígenes religiosos y mesiánicos del excepcionalismo estadounidense, como una “ciudad sobre la colina”, mientras que tajantemente afirman que la esclavitud y el racismo son una excepción—valga la ironía—junto con el destino manifiesto que ha restado, no sumado, al excepcionalismo liberal estadounidense. Incluso, indican que la alianza con el régimen del apartheid en Sudáfrica restó, no sumó, al excepcionalismo estadounidense (Deudney y Meiser, 2012, pp. 28-30).

Desechando cualquier noción que pueda ser utilizada de forma conveniente como crítica del excepcionalismo estadounidense, los autores pasan a ver las raíces históricas de este, afirmando que más que cualquier noción religiosa, étnica o racial, este excepcionalismo se basa en el republicanismo liberal (Deudney y Meiser, 2012). Esto ha implicado que desde sus orígenes el excepcionalismo estadounidense legitime posiciones tanto internacionalistas como aislacionistas, aunque en la realidad, la política exterior estadounidense ha estado marcada por mezclas de ambas tendencias y en ambas se identifica la creencia de que EE. UU. debe ser un ejemplo para el mundo.

Sin embargo, la política exterior estadounidense pronto se daría cuenta de que no podría sobrevivir como democracia liberal capitalista en un mundo de rivalidad de grandes potencias, por lo que su alcance debía ser global. La Guerra Fría es descrita por los autores como una lucha global entre dos modelos, reduciéndolos a libertad y tiranía. Algo que Ikenberry (2020a) también hace. Por otro lado, dado el contexto en que escriben los autores, afirman que la administración de George W. Bush fue un debilitamiento del orden liberal internacional (Deudney y Meiser, 2012, pp. 31-37).

En cuanto a Nye (2019), el autor parte de nociones menos apologistas del excepcionalismo estadounidense, reconociendo que tiene una base de jerarquía étnica:

Basado tanto en ideas como etnicidad, Estados Unidos se ha visto desde hace bastante tiempo como una causa y como un país. La creencia de que el propio país es excepcional es una forma común de orgullo nacionalista. Para algunos estadounidenses, excepcionalismo representa un orgullo chauvinista y superioridad moral, pero para otros simplemente significa patriotismo basado en ideales cívicos compartidos, combinados con internacionalismo cooperativo. (p. 14)

Para Nye (2019), el excepcionalismo no es un fenómeno exclusivamente estadounidense, ni está anclado en una supuesta superioridad de ningún tipo de EE. UU. Tanto Francia como EE. UU., afirma, e Ikenberry (2020a) añadiría a Reino Unido, tienen creencias de que sus países son excepcionales, lo que hace que por lo menos reconozca, como Walt (2011), lo poco novedoso o excepcional del excepcionalismo estadounidense. La diferencia para Nye (2019, p. 15) es que EE. UU. ha sido el único país en organizar su política exterior alrededor de esta creencia. De esta forma, el autor reconoce que el este excepcionalismo es algo construido por la potencia y no una realidad material: “las potencias dominantes promueven sus valores políticos”, indica Nye (2019, p. 15). Para Walt (2011), más que algo construido, es un mito que perjudica, más que potenciar, el poder global actual estadounidense.

Las raíces de este excepcionalismo estadounidense las encuentra Nye (2019) en las ideas ilustradas de los padres fundadores, en raíces religiosas y puritanas y, finalmente, en la ubicación estratégica y tamaño mismo del país. En primer lugar, reconoce que existen contradicciones dentro de las ideas liberales fundadoras, especialmente, en cuanto a la esclavitud y el racismo sistémico en los EE. UU. El autor reconoce esto como parte de las ideas liberales, no como una excepción, que debe ser resuelta en la sociedad estadounidense, aun hoy día. Asimismo, admite que las ideas liberales han generado un impulso para una política exterior de cruzada, para invadir e imponer la democracia, mientras que para otros es más una forma de organización internacional que busca moderar la anarquía internacional, mediante el derecho internacional, con el objetivo de proteger la libertad interna.

En cuanto a las raíces religiosas, afirma que no promueven un imaginario de cruzada—parece no tomar en cuenta para nada el destino manifiesto—, sino un impulso a defender la libertad de conciencia y religiosa a lo interno de EE. UU. Finalmente, la tercera raíz del excepcionalismo estadounidense es la base realista para su proyección de poder, basada en su tamaño, abarcando un territorio que conecta con dos océanos, y su ubicación estratégica, lejos de cualquier potencia rival (Nye, 2019, pp. 14-17).

La proyección global del excepcionalismo estadounidense

Las bases ideológicas de la postura internacionalista liberal de Woodrow Wilson, posterior a la Primera Guerra Mundial, estaban ancladas en este excepcionalismo liberal. El proyecto

wilsoniano era un primer intento de atemperar la anarquía internacional mediante la organización internacional, el derecho internacional, la cooperación y la seguridad colectiva, para hacer un mundo seguro para la democracia. Este proyecto influenciaría en gran medida al proyecto internacionalista liberal de Franklin Delano Roosevelt y Harry Truman (Nye, 2019; Ikenberry, 2020a).

Entra, entonces, el período de la posguerra, en el que tanto Ikenberry (2020a; 2022) como Nye (2019) reconocen que la piedra angular del llamado orden internacional liberal fue la Carta Atlántica de 1941. En efecto, afirman los autores que esta declaración marcó, más que cualquier tratado internacional o conferencia del momento, la hoja de ruta que adoptaría el orden liberal. Resulta extraño que, aun así, Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022) sea enfático en declarar que el orden liberal internacional y la hegemonía estadounidense son fenómenos distintos, aunque interrelacionados. Un orden basado en reglas, como también lo llama, no surge espontáneamente, es construido por los propios actores.

El orden nacido de la posguerra era un orden doble. Un primer orden marcado por la lógica geopolítica de la contención, donde primaba el realismo internacionalista, con autores como George Kennan y Nicholas Spykman, marcado por la bipolaridad y una baja interdependencia entre las superpotencias en competencia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y EE. UU. El segundo orden sería particularmente diferente al primero y operaría dentro del primer orden más global. Este segundo orden tendría una serie de etiquetas para categorizarlo, como Pax Americana, Mundo libre, el Sistema de Filadelfia, orden occidental o hegemonía liberal estadounidense (Ikenberry, 2018, pp. 14-17; 2020a, pp. 177-211). Aquí, cabe acotar que el término hegemonía es claramente empleado por Ikenberry (2018, 2020a) como el líder de una coalición de aliados en contra de un enemigo común, mismo que Anderson (2018) encuentra como una de las tantas acepciones o peripecias de la palabra hegemonía. No debe, por tanto, confundirse con la noción gramsciana de consenso revestido de coerción (Gramsci, 2017).

En este sentido, el segundo orden, el orden liberal, más que un orden, era un club de democracias liberales que se aliaron bajo una serie de principios y valores que el autor en repetidas ocasiones cataloga de universales, al menos en sus aspiraciones, con el objetivo de proteger y profundizar a la democracia liberal en un escenario de conflicto bipolar contra el

llamado comunismo. Estos principios y valores operarían en una serie de características que le brindarían el carácter liberal al sistema, a saber: el comercio multilateral abierto, una economía mundial abierta y administrada o, como Ruggie (1982) lo llama, *embedded liberalism*, instituciones internacionales y un especial énfasis en las relaciones de las democracias liberales occidentales (Ikenberry, 2018, pp. 15-17).

De esta forma, posterior a la Segunda Guerra Mundial, los EE. UU. se dedicarían a impulsar una serie de acuerdos e instituciones internacionales con el objetivo de asentar el orden liberal. Entre estos están la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1949—a la que Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022) le atribuye exclusivamente a EE. UU.—, el Plan Marshall, el Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT), la Organización Mundial de la Salud (OMS), los Acuerdos de Bretton Woods, el Fondo Monetario Mundial (FMI), el Banco Internacional de la Reconstrucción y el Fomento (luego Banco Mundial), la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), entre otras organizaciones internacionales y regionales. Todas estas instituciones procurarían fomentar valores y principios políticos internos de los EE. UU., como el Estado de derecho, igualdad formal, transparencia y apertura, obligaciones recíprocas, división de poderes y compromiso a la hora de tomar decisiones (Ikenberry, 2020a, p. 193).

Ikenberry (2018, 2020a) deja claro que su perspectiva sobre estas instituciones internacionales no solo no es neutra, sino que, incluso, afirma que han sido positivas para el sistema mundial, al tiempo que han permitido consolidar el poder estadounidense. Esto porque permitió la consolidación de un mundo de Estados westfalianos, al tiempo que se beneficiaba de las características del orden. En este sentido, la promoción de libre comercio y libre mercado le permitía a Estados Unidos acceder a nuevos mercados y obtener materias primas para su industria, a cambio de la descolonización del mundo y el freno a cualquier intento de mantener cualquier aspiración imperial por parte de las potencias europeas. Asimismo, se beneficiaría de los Acuerdos del Bretton Woods, al organizar a la economía global alrededor del patrón oro-dólar y, posteriormente, en su caída, alrededor del dólar (2018, pp. 15-17; 2020a, pp. 177-212).

Esto constituiría lo que Ikenberry (2018, 2020a) llama el *hegemonic bargain* o acuerdo hegemónico, con el que EE. UU. proveería al sistema internacional de bienes públicos

globales y promovería una coalición de movimientos, doctrinas y partidos políticos internacionales, como la socialdemocracia, los socialdemócratas, los demócratas cristianos, entre otros, en contra de la URSS, a cambio de obediencia a su “liderazgo”, como lo llama. Esto, en efecto, es la construcción de hegemonía a través de la construcción de consenso revestido de coerción, como lo entendería Gramsci (2017).

El llamado *embedded liberalism*, del cual Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b) es particularmente nostálgico, fue parte del acuerdo hegemónico que promovía estabilidad económica y monetaria en las cuentas corrientes y cuentas de capital y libre comercio, a cambio de supeditar dicho libre comercio a los objetivos de desarrollo económico nacional. Como se verá más adelante, este *embedded liberalism* era, más bien, una forma de reconstruir la economía global alrededor de EE. UU. como centro, promoviendo, a su vez, relaciones de centro-periferia, propuesto por ideologías y doctrinas críticas del liberalismo, como el keynesianismo y la socialdemocracia, mismas que fueron toleradas por este país mientras consolidaba su posición global contra la URSS. Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b) parece no darse cuenta de esto al atribuir su erosión como parte de la crisis del orden liberal internacional, cuando en realidad la erosión marcó su éxito y auge global.

Este acuerdo hegemónico tendría una serie de implicaciones. En primer lugar, le permitiría a EE. UU. construir coaliciones para hacer frente a la amenaza comunista, incluyendo muchas veces regímenes autoritarios. Si bien Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022) llama al período de la Guerra Fría como un período de lucha entre liberalismo vs. iliberalismo, lo cierto del caso es que con esto se contradice en su argumento. Por otro lado, el acuerdo hegemónico le permitiría a EE. UU. aprovecharse del orden liberal a su favor. Como afirma Ikenberry (2020a, pp. 184-201), muchas veces el llamado multilateralismo del período era unilateralismo encubierto y el sistema le permitía, especialmente en términos monetarios, trasladar los costos de los ajustes a sus aliados, con tal de mantener el poderío estadounidense intacto, como sucedería con el fin de Bretton Woods por parte de Nixon.

Por todas estas razones, más que un orden liberal internacional—que implicaría la conformación de un orden global—, este orden en realidad fue un club de una serie de países democrático-liberales capitalistas, ubicado en el norte global u Occidente, definido más en

términos de valores que en su ubicación geográfica. El propio Ikenberry (2005, 2018, 2020a) reconoce esta situación, al afirmar que el orden internacional de la Guerra Fría estuvo marcado, en cuanto a la política exterior de EE. UU., por la mezcla de realismo con internacionalismo liberal. Esta mezcla fue lo que permitió crear el orden internacional de la posguerra fría, por más que las tradiciones realista y liberal fueran a veces, incluso, antagónicas, lo cual se observa en Ikenberry (2005), donde ya exponía dicho argumento, que repetirá en el resto de sus obras, como la mayoría de sus argumentos.

Este argumento es cercano al de Anderson (2014), no obstante, este va más allá al dejar claro que históricamente la política exterior estadounidense ha empleado siempre una mezcla de ambas tradiciones, entendiéndolas como dos caras de una misma moneda para la construcción de hegemonía internacional estadounidense, comprendida como consenso (internacionalismo liberal) revestido de coerción (realismo). El propio Ikenberry (2020a) afirma que “Un nuevo tipo de orden internacional tomó forma—uno que fusionó variedades de internacionalismo liberal, seguridad nacional, Guerra Fría, liberalismo, política de balance de poderes y hegemonía estadounidense” (p. 188).

Ahora bien, particularmente interesante es la siguiente cita de Ikenberry (2020a), al afirmar que:

En tercer lugar, este orden liberal hegemónico proveyó un fundamento relativamente estable para la cooperación y propósitos sociales compartidos. Construido dentro de una mitad del sistema global bipolar, era en su núcleo una agrupación de Estados liberales con mentalidad compartida. El orden tenía una calidad de club: estar dentro significaba tener acceso a un sistema compartido de comercio y seguridad. El orden proveía capacidades institucionales a los gobiernos de manejar los problemas de la interdependencia económica. El comercio generó ganancias económicas, y las vulnerabilidades que acarrea la apertura fueron reguladas. Estar dentro del orden era estar dentro de una comunidad de seguridad en un sentido amplio. Pero la membresía también significaba expectativas y responsabilidades: cooperar con otros miembros y to bandwagon [no se encontró una forma de traducir correctamente el término], en vez de balancear en contra de los Estados Unidos. Los Estados Unidos era el Estado más poderoso, y el orden hegemónico proveía formas de cultivar su poder para

ganancias mutuas mientras se crean instituciones y normas para ofrecer al menos una pizca de protección contra el ejercicio coercitivo e indiscriminado del poder estadounidense. Pero el orden hegemónico no era solo un orden estadounidense. Particularmente en los 1970s y después, el orden liberal hegemónico construyó mecanismos para un liderazgo de gobernanza compartida y oportunidades para los Estados en proceso de liberalización económica y política de unirse e integrarse dentro de sus parámetros en expansión. Medido en términos de legitimidad, acción colectiva y cooperación institucionalizada, el orden liberal de la posguerra fue admirablemente exitoso. Más países querían estar dentro que fuera. Es importante notar que los fundamentos multilaterales del orden proveían una plataforma para esfuerzos más amplios de construir cooperación a través de las áreas económica, política, seguridad y ambiental y global comunes. (p. 181)

Lo interesante de la cita extensa, no es tanto su obstinado esfuerzo de desmarcar el orden del poder estadounidense, al menos por ahora, o sus juicios de valor al afirmar que más países deseaban estar dentro del orden que fuera. Tampoco es la supuesta predictibilidad que le dio al poder estadounidense, cuando enuncia que el orden también permitía un unilateralismo encubierto. No, lo interesante es la delimitación temporal de la expansión global del orden, pues encuentra que en los 70 del siglo XX es cuando el orden liberal empieza a globalizarse, mediante procesos de liberalización económica y política. Esto no solo da peso al argumento de que el orden liberal internacional, como un orden verdaderamente global, no existiría hasta el fin de la Guerra Fría, sino que también tiene un contexto histórico y político particular, marcado por el ascenso de la llamada globalización y, especialmente, de las llamadas ideas neoliberales.

La consolidación global de la hegemonía internacional estadounidense

A partir de lo anterior, ¿no cabe, entonces, preguntarse si una mejor forma de llamar al orden, en vez de orden liberal internacional, no es orden internacional neoliberal? Esta interrogante se retoma en el siguiente acápite, sin embargo, resulta interesante cómo Ikenberry no se da cuenta de esto cuando defiende el llamado Consenso de Washington como un proceso que amplió la liberalización económica y política del mundo, pero es crítico del neoliberalismo, que equipara con libertarismo y conservadurismo, como doctrina que mina el orden y

erosiona el compromiso o propósito social del orden (Ikenberry, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b).

Con ello, se llega, entonces, al fin de la Guerra Fría y a la continua expansión global del orden internacional liberal. Este orden se expande, tanto en membresía como en alcance, gracias a una política exterior de EE. UU. crecientemente internacionalista liberal desde los 90 (Ikenberry, 2005). Esto provocó que EE. UU. se encontrara ante una situación *sui generis* a nivel global, ubicándose como la única superpotencia del mundo, la nación indispensable, como se retrataría en los 90 (Nye, 2019), al mismo tiempo que se creía que la expansión de las democracias liberales en el mundo sería algo inevitable, una especie de fin de la historia, con la tercera ola de democratización, así como con el impulso de mayores procesos de liberalización económica y política global, impulsados por el Consenso de Washington (Ikenberry, 2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b).

Por si esto fuera poco, el mundo se encontró en una situación única de creciente interdependencia y globalización económica, misma que trajo consigo nuevos retos, no solo a nivel global, sino también al poderío estadounidense. En efecto, la situación ambiental global y el ascenso de amenazas transnacionales, o, como las llama Ikenberry (2005, p. 142), la privatización de la guerra con el crimen organizado, pero fundamentalmente con el terrorismo, específicamente el islámico, afirman que estas son amenazas en un contexto de mayor difusión de poder, en el que los Estados ven su soberanía disminuirse. Esto provocó, a su vez, el aumento del margen de acción de los EE. UU., incluso, sobre otros Estados soberanos, con el objetivo de hacerle frente a estas nuevas amenazas. Este era el precio que debían pagar los Estados para el mantenimiento del orden, la constitución de un leviatán liberal internacional (Ikenberry, 2005).

De esta forma, llegado el momento unipolar de EE. UU., surgieron nuevas tentaciones para su política exterior: las tentaciones neoimperialistas como las llama Ikenberry (2005; 2018; 2020a). Estas tentaciones se verían evidenciadas con la llegada de George W. Bush al poder a inicios del siglo XXI y por las acciones unilaterales de EE. UU., por un estilo de *hub and poke governance* (Ikenberry, 2005, pp. 145-147). No obstante, Bush hijo no significaría un quiebre con el orden liberal internacional, por más que neoconservadores lideraran la política exterior estadounidense a favor de mayor unilateralismo, con una preferencia de diplomacia

y cooperación bilateral sobre la multilateral y con las intervenciones militares en Afganistán e Irak. Esta administración, en cambio, evidenciaría y dejaría al descubierto las bases del poder estadounidense, minando su legitimidad y aumentando los costos de transacción (Ikenberry, 2005, pp. 142-145). ¿No se puede decir, entonces, lo mismo de la administración Trump? Resulta claro la argumentación conveniente de Ikenberry en sus obras.

La peor amenaza, al menos en este momento, para Ikenberry (2005, pp. 147-150) era la sobreexpansión del poder estadounidense. Por ello, realiza un llamado a continuar con el multilateralismo, la cooperación y el apoyo a instituciones internacionales, lo cual legitimaría el poder estadounidense y, a su vez, permitiría crear regímenes y órdenes regionales que pudieran hacerle frente a nuevas amenazas, como el ascenso de China . Aquí se evidencia un cierto quiebre con Deudney (Deudney y Meiser, 2012; Deudney 2019) para quien la administración de Bush, a inicios del siglo XXI, sí significó un resquebrajamiento o un debilitamiento del orden, precisamente por las razones que Ikenberry (2005) detalla.

Una nota sobre la guerra contra Irak de 2003 y su impacto en la hegemonía internacional estadounidense

En un debate abierto recientemente (Walt, 2018; Mearsheimer, 2018; Nye, 2019; Deudney e Ikenberry, 2021a. 2021b), se identifica a las intervenciones militares de Afganistán e Irak por parte de EE. UU. como el estallido de la crisis del orden liberal internacional. No se refiere aquí a las raíces o causas que provocaron el origen de la crisis, sino a su estallido. De hecho, todos los autores mencionados en este párrafo coinciden en su diagnóstico, el orden nació con las causas que llevarían a su destrucción, sin embargo, difieren al definir cuáles son estas causas.

Para Walt (2018) y Mearsheimer (2018), las causas están, prácticamente, en la toma del establishment de política exterior por el internacionalismo liberal, que en su ADN tiene un ímpetu revisionista y de cruzada de imponer su visión de mundo al resto de Estados que conforman la arena internacional. Este es un sesgo que les impide ver las realidades internacionales, como la naturaleza humana, el nacionalismo de los pueblos y los límites de un liberalismo progresista. De hecho, Mearsheimer (2018) afirma que este liberalismo es un falso universalismo que no puede hacerle frente a los grandes ismos del siglo XXI y de la

historia: el nacionalismo y el realismo. Además, señala que prescribe guerras interminables para imponer su visión de mundo, amparada en las teorías de la paz democrática, la interdependencia económica y el internacionalismo liberal. Sus consecuencias son la inestabilidad internacional y nacional, la erosión del liberalismo interno de los EE. UU., lo cual es, precisamente, lo que los liberales buscan defender, y los conflictos interminables. La solución para Mearsheimer (2018) resulta en abandonar el liberalismo progresista por un liberalismo que sea compatible con los otros grandes ismos, nacionalismo y realismo, que permita llevar a cabo *restraint* en la política exterior estadounidense, mediante el *offshore balancing*. Este liberalismo, *modus vivendi*, lo llama Mearsheimer (2018), pareciera altamente compatible con el conservadurismo y el neoliberalismo dentro de los EE. UU.

Este sesgo mencionado es autorreferencial en un establishment de política exterior, definido por Walt (2018) como el blob, porque mediante la institucionalización de la tríada: academia+think tanks, corporaciones y funcionarios de política exterior, en la puerta giratoria, a la que llaman De Graaff y Van Apeldoorn (2018), las personas del establishment lo que hacen es girar en sus funciones, creando una burbuja de discusión autorreferencial que refuerza el sesgo. Por tanto, para Mearsheimer (2018) y Walt (2018), los conflictos en Afganistán e Irak no son excepciones o quiebres con el orden liberal internacional o la hegemonía liberal como la llaman, sino manifestaciones inherentes al mismo proyecto hegemónico liberal, el cual que nace en los 90.

No es objetivo de esta investigación profundizar en el debate aquí retratado, ni en las obras de estos realistas, sino relacionar el debate con las ideas que informan el orden liberal internacional. Dicho esto, se arguye que, en el caso de Mearsheimer (2018), pareciera alejarse del realismo estructural, dando preeminencia a las ideas y a nociones esencialistas de la naturaleza humana por encima del interés nacional, entendido en términos de supervivencia, que lo supedita a una visión de mundo realista y nacionalista. Si las ideas son las que prefiguran el interés nacional, está concediendo, entonces, el argumento a los constructivistas. Asimismo, posee sesgos sobre los supuestos grandes ismos de la historia, obviando toda una serie de pensamiento crítico y reproduciendo, más que cualquier otro autor, la trampa territorial, como la menciona Agnew (1994, 1998, 2018, 2020). Walt (2018) resulta más consecuente con las posturas realistas del autor, pero sigue reproduciendo la

trampa territorial. Asimismo, los autores siguen tomando liberalismo y realismo como antagónicos, cuando en realidad han sido dos caras de la misma moneda para construir la hegemonía internacional estadounidense (Anderson, 2014).

Por su lado, los autores defensores del orden liberal internacional responden de formas variadas, aunque con una línea similar. Nye (2019) argumenta que quienes llevaron a cabo estas intervenciones militares eran neoconservadores (neocons), es decir, exliberales con una desafección por el liberalismo, apoyados por realistas e, incluso, fuera de la administración, por algunos liberales que veían las violaciones de derechos humanos (DD. HH.) del régimen de Saddam Hussein como intolerables. Estos neocons o halcones estaban deseosos de imponer una democracia en Irak. No obstante, Nye (2019) afirma que, si bien la promoción de la democracia es un aspecto particular de EE. UU. como la nación indispensable, existen formas tanto coercitivas como no coercitivas de llevarla a cabo. Aunado a las mentiras de la administración Bush para llevar a cabo la intervención, Nye (2019) argumenta que definitivamente restó al orden, en vez de profundizarlo.

Ikenberry (2005), quien en un inicio reconoce la mezcla de posiciones liberales y realistas en impulsar la intervención, posteriormente cambia de postura, junto con Deudney, para afirmar que eran conservadores, libertarios-neoliberales—no los diferencia extrañamente—, en confabulación con realistas hegemónicos. Argumenta que existieron liberales que se opusieron a la intervención en Irak, entonces, por ello, el internacionalismo liberal está exculpado de cualquier responsabilidad (Ikenberry, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b). Cualquier articulación liberal que se utilizara para llevar a cabo la intervención no fue más que un esfuerzo de legitimación de la misma, lejos del verdadero proyecto del internacionalismo liberal estadounidense (Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b). Cabe preguntarse, entonces, ¿si el internacionalismo liberal siempre será exculpado de cualquier acción tangible, precisamente, porque es un discurso legitimador? La argumentación previa no resuelve el problema de fondo, el cual refiere a que en efecto se movilizaron ideas liberales para promover la intervención.

Lo cierto del caso es que este debate es un esfuerzo de revisionismo histórico de varias posturas teóricas para exculparse de la responsabilidad del fiasco, manipulación y consecuencias del conflicto, de las cuales todas las tradiciones en el debate, sean neocons,

realistas, liberales, tienen claramente responsabilidad (Anderson, 2014). Las intervenciones— aunque sería mejor catalogarlas de invasiones— contra Afganistán e Irak fueron una muestra *prima facie* de la cara coercitiva del poderío estadounidense ante el cuestionamiento de su posición unipolar. En este sentido, también fue parte del proyecto internacionalista liberal, precisamente, por el esfuerzo de articulación de construcción de nación y cambio de régimen hacia uno demócrata liberal, que ha sido todo menos fructuoso. Una simple comparación con las intervenciones estadounidenses del siglo pasado dejará claro este carácter, aunque esto excede los límites de esta investigación.

La crisis de la hegemonía internacional estadounidense

Por otro lado, Deudney (2019, p. 199), recientemente, se desmarca de su compañero ideológico en algunos aspectos. Reconoce que el orden liberal internacional es un orden mundial estadounidense que nace en el período de posguerra, pero se globaliza posterior al fin de la Guerra Fría. Este orden, actualmente, se encuentra en crisis, debido al surgimiento de amenazas híbridas o transnacionales, como el terrorismo, los fracasos de Irak y Afganistán, el resurgimiento de una Rusia revisionista y autoritaria, la crisis económica del 2008, el debilitamiento de la Unión Europea (UE), las aspiraciones hegemónicas de China, la utilización del Internet por parte de regímenes autoritarios a su favor y por el surgimiento de movimientos populistas, nativistas, xenofóbicos, de derecha radical y antiglobalistas dentro de las democracias liberales.

En este sentido, estas situaciones, para Deudney (2019, p. 203), son consecuencias inesperadas del orden estadounidense, no son inherentes al mismo. Resulta débil el argumento, especialmente si se recuerda que, según el autor, es el mejor argumento de quienes propugnan que las crisis se deben al ejercicio del poder estadounidense. De hecho, recalca que el problema ha sido que EE. UU. se ha convertido en un *Garrison State* o Estado de Seguridad Nacional, atribuyéndole a los realistas mucho de la crisis inicial del orden. Luego, pasa a afirmar que, precisamente, desde el siglo XXI, EE. UU. ha aportado tanto orden como desorden al sistema, en especial en la región de Medio Oriente y África del Norte. Parte de la situación, además de las intervenciones en Irak y Afganistán, se debe a la alianza con un régimen ilegítimo y violador de los derechos humanos como Arabia Saudí, el cual, al exportar su versión de Islam wahabí, ha creado un campo fértil de yihadistas. EE.

UU. con ello falló históricamente en apoyar a los árabes moderados—el orientalismo es algo que parece ajeno al autor claramente—lo cual llevó al caos y desorden en la región (Deudney, 2019, pp. 203-212).

Todo lo anterior causa que el modelo estadounidense, en momentos de crisis del capitalismo y de crisis ambiental, llevará a tomar medidas demográficas—parece que simpatiza con las posiciones de Malthus— y ya no sea un modelo viable. Por consiguiente, el modelo hegemónico anterior ha acabado y se debe construir un nuevo modelo que permita solucionar los problemas globales (Deudney, 2019, pp. 213-216).

Ahora bien, volviendo con Ikenberry (2020a; 2020b; 2022), este coincide con el diagnóstico de Deudney (2019) y añade que el orden está en crisis por la salida del Reino Unido de la UE o Brexit y por la llegada al poder de los EE. UU. de un presidente abiertamente hostil al proyecto internacionalista liberal (Deudney e Ikenberry, 2018; Ikenberry, 2018, 2020, 2020a, 2020b, 2022). Asimismo, argumenta que lo que sucede en el mundo no es una transición hegemónica de EE. UU. hacia China, ni el llamado *rise of the rest* o mundo no Occidental, sino una difusión de poder internacional lejos de Occidente—la diferencia no es clara en el autor (Ikenberry, 2018, pp. 17-18). En efecto, para Ikenberry (2020a, p. 257), el consenso global en el ideal liberal desapareció e, incluso, afirma que, si ha de fecharse el fin del orden liberal internacional por los historiadores, probablemente, se escogería la primavera de 2020, por el resquebrajamiento de la cooperación internacional y el multilateralismo para hacerle frente a la pandemia del coronavirus (Ikenberry, 2020b).

En esto coincide con Nye (2019), al afirmar que Trump acabó con el orden liberal internacional al cuestionar y minar todo el proyecto internacionalista liberal, ya fuera la versión de democracia intervencionista o la versión de internacionalismo institucionalista. Esto ha llevado a que “Los términos “orden liberal internacional” o “Pax Americana” que fueron usados para describir el período luego de la Segunda Guerra Mundial se hayan convertido en obsoletos como descripciones del rol de EE. UU. en el mundo” (Nye, 2019, p. 210).

Si bien el momento liberal fue en los 90 del siglo pasado, con la constitución de la OMC, la entrada de China en 2001 y de Rusia en 2012, así como con una serie de organizaciones

regionales como la APEC y el impulso del Consenso de Washington, lo cual llevó a un mundo en que las democracias liberales constituyeron un 60 % del total, ese momento liberal no duró (Nye, 2019). Pero, entonces, ¿qué es lo que está específicamente en crisis?

Ikenberry (2005, 2018, 2020a), recurrentemente, menciona una serie de características que son inherentes al orden liberal internacional. Estas son:

- a. Apertura internacional: básicamente libre comercio y mercados abiertos con acuerdos y principios de no discriminación y resolución multilateral de disputas.
- b. Multilateralismo y relaciones basadas en reglas: de esta forma, se logra facilitar la cooperación internacional y atemperar la anarquía, los retos de la modernidad y la interdependencia. Ikenberry (2020a, 2020b) deja claro que el proyecto internacionalista liberal no busca destruir las fronteras y crear un mundo cosmopolita, sino crear las condiciones para que el mundo sea seguro para la democracia, exportando a nivel internacional los valores “universales” que rigen a las democracias liberales como el Estado de Derecho, resolución pacífica de las disputas, división de poderes, igualdad formal, etc., que se han abordado previamente.
- c. Solidaridad democrática y cooperación en seguridad: precisamente, porque es un mundo inseguro para las democracias liberales, el orden busca facilitar la cooperación y crear una comunidad de seguridad que lo haga seguro para las mismas. Concibe al mundo dividido y rivalizado entre democracias versus no democracias, lo que para Mearsheimer (2018) impulsa el espíritu de cruzada del liberalismo, mediante una visión de mundo dicotómica y reduccionista.
- d. Propósitos sociales progresivos: se cree que el orden lleva al mundo hacia una dirección progresista, entendida como el bienestar de los ciudadanos de los Estados, ampliación de derechos, seguridad social, seguridad y justicia social. De ahí su carácter reformista, en constante cambio, avanzando hacia mejores sociedades afirma, algo que Mearsheimer (2018) catalogaría como el espíritu de cruzada del liberalismo progresista. Con ello, Ikenberry (2018, 2020a) incorpora ideas claramente no liberales o que critican y van más allá del liberalismo, pero ante una noción de liberalismo como *catch all* y los supuestos valores sociales del embedded liberalism, Ikenberry (2018, 2020a,) afirma que sí es internacionalismo liberal.

Para Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022), estas características se encuentran en crisis. Sin embargo, advierte que la crisis es una crisis del éxito del orden, una crisis de Polanyi. Puesto que, al globalizarse el orden occidental, luego de la Guerra Fría, este se convirtió en una especie de mall en el que los Estados podían comparar los elementos del orden que les beneficiaban y no incluir otros elementos. El resultado fue una crisis de autoridad y de propósito social del orden. Una crisis de autoridad que surge por la incorporación de nuevos actores, por ende, las reglas, acuerdos e instituciones previas, ya establecidas en otro contexto y de forma acotada, dejaron de funcionar, impulsando, entonces, la necesidad de reforma del orden. Fue una crisis de propósito social generada por la situación de que el orden dejó de funcionar como una comunidad de seguridad (Ikenberry, 2018, pp. 9-10; 2020a, pp. 257-258).

Ikenberry (2020a, 2020b, 2022) e Ikenberry y Deudney (2018, 2021a, 2021b) afirman que parte de la crisis se debe al ascenso del neoliberalismo que erosionó al embedded liberalism, llevando a un capitalismo de casino, cuyas principales consecuencias son el aumento desmedido de la desigualdad y la crisis de 2008. A parte de las condiciones internas del orden, el resurgimiento de una Rusia revisionista y autoritaria y una China que ofrece otra solución a la modernidad, capitalismo sin democracia, hacen aún más imperiosa la necesidad de reforma del orden o, incluso, la constitución de un orden nuevo, ante un mundo enfrentado entre democracias y autocracias (Ikenberry, 2022). El argumento de Ikenberry (2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry 2021a, 2021b) parece cambiar, luego de la elección de Biden en EE. UU.

A modo de conclusión: No hay alternativa al orden liberal internacional

A pesar de los cambios de argumento del autor, que son más recurrentes de lo que se piensa, Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2018, 2021a, 2021b) sí tiene un argumento consistente: no hay alternativa al orden liberal internacional. Reiteradamente, afirma que el orden debe reformarse o reconfigurarse para poder hacerle frente a los retos de la modernidad, globalización e interdependencia. Los realistas del *restraint*, como llama a Mearsheimer (2018) y Walt (2018), los conservadores, los libertarios-neoliberales y la izquierda revisionista progresista no están equipados con el entendimiento

del mundo teórico para hacerle frente al mundo. Los primeros, por su carácter anacrónico, pues recurren a recetas del siglo pasado, sin tomar en cuenta la interdependencia, los segundos, por su promoción de capitalismo de casino que mucho daño ha hecho al mundo y, los terceros, por el revisionismo histórico de la historia de los EE. UU. como un país con un racismo endémico e imperialista (Ikenberry, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2018, 2021a, 2021b). En esto, cabe la ironía, se asemeja a Trump y a su administración, al tajantemente rechazar toda crítica que cuestione el rol benigno de EE. UU. a lo interno del país y en el mundo, como se verá posteriormente.

La propuesta del autor termina siendo que la única forma de evitar el caos, el desorden, el auge del autoritarismo, los populismos, el nativismo, la derecha radical y el conflicto en el mundo es con más liberalismo, no menos. Para ello, se debe reconfigurar el orden, promoviendo una especie de *embedded liberalism 2.0*, mismo que permita conciliar libre comercio con justicia social. Con ese objetivo, propone una tercera vía basada en el liberalismo de Isaiah Berlin, más atemperado sobre las posibilidades de progreso humano, buscando atemperar al liberalismo progresista. Aunado a lo anterior, el orden debe crear nuevos acuerdos, reglas e instituciones que profundicen el multilateralismo y la cooperación internacional. Así es como entiende *restraint* el autor y señala que solo el proyecto internacionalista liberal comprende cómo limitar y administrar los retos de la modernidad, la globalización y la interdependencia. Solo de esta forma, el mundo podrá ser seguro para la democracia (Ikenberry, 2020a, 2020b, 2022; Deudney e Ikenberry, 2018, 2021a, 2021b).

Rememorando las palabras de Margaret Thatcher, para Ikenberry (2005; 2018; 2020a; 2020b; 2022) pareciera que no hay alternativa (TINA) al orden liberal internacional. El autor pareciera no darse cuenta de que él mismo cae en una nostalgia del pasado—bordando en reaccionario—, en un revisionismo histórico conveniente al poderío internacional estadounidense y en una visión anacrónica. Además, pareciera estarse creando un consenso en la academia estadounidense a favor de limitar el rol global de EE. UU., aunque el contenido de esta limitación o *restraint* diverge, según las tradiciones teóricas. Una vez vistas las ideas que informan y orientan al orden liberal internacional, queda por examinar críticamente dichas ideas. Esto es, precisamente, el objeto del siguiente capítulo.

Capítulo IV. Un examen crítico de la geopolítica clásica que informa al orden liberal internacional

Introducción

Como ha quedado claro en el apartado anterior, las ideas que informan al orden liberal internacional se basan en una serie de supuestos importantes. Estos supuestos, de forma resumida, se pueden puntualizar de la siguiente manera:

- La Ilustración es el movimiento teleológico de la humanidad hacia estados más avanzados, pero no necesariamente superiores;
- las ideas ilustradas liberales, tanto en Europa como de los padres fundadores de EE. UU., dan una pauta, en efecto, una ruta a seguir para hacer un eficaz frente a los retos y oportunidades de la modernidad, globalización e interdependencia;
- estas ideas, si bien nacieron en Europa Occidental y EE. UU., son universales, con lo que se reafirma el papel de EE. UU. como una fuerza de bien en el mundo (excepcionalismo estadounidense);
- el rol global de los EE. UU. desde Woodrow Wilson, pero con bases en los padres fundadores, es hacer un mundo seguro para la democracia liberal, libre de colonias e imperios;
- durante la Guerra Fría existió un sistema internacional dual, por un lado, uno marcado por la lógica realista de contención a un enemigo existencial constantemente conspirando por acabar con EE. UU. la URSS y, por el otro, un orden liberal que

fungió como un club de democracias liberales que fomentaban el libre comercio y el desarrollo de los pueblos;

- a partir de los 70 este orden empezó a globalizarse, lográndolo en mayor medida en los 90, conformando un sistema internacional mayoritariamente de democracias liberales y el consenso, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, de que el libre comercio produce desarrollo.
- Actualmente, dicho orden está en crisis, no por sus contradicciones internas o incongruencias, sino por su propio éxito y, para hacerle frente al mundo que se está conformando en el siglo XXI, se debe profundizar el liberalismo o lo que vendrá será caos y conflicto.

El presente capítulo busca examinar críticamente todas estas ideas, con el fin de demostrar la hipocresía, revisionismo histórico conveniente y, sobre todo, el ligamen de estas ideas con el poder global estadounidense. Para ello, se empieza abordando los supuestos orígenes filosóficos del orden, su noción de modernidad y liberalismo y el relato, más idealizado que real, del desarrollo histórico del orden. En un segundo momento, se problematiza sobre qué es el orden liberal internacional, cuándo se puede establecer su origen como un orden realmente global y si, a partir de lo anterior, deba entenderse como un orden liberal o un orden neoliberal, se identificó un silencio u omisión cómplice de los autores sobre qué es y qué implica este término o, incluso, un ahistoricismo conveniente de los autores al exponer sus ideas. Con ello, se logra no solo analizar críticamente las características del orden, sino también, y de forma más importante, la visión de mundo que le da vida, la jerarquización de los espacios globales y sus narrativas que se esconden detrás.

Modernidad, liberalismo, excepcionalismo estadounidense y relato histórico

Con el objetivo de examinar críticamente, desde la geopolítica crítica a la geopolítica clásica que informa al orden liberal internacional, se debe partir de sus supuestos iniciales. Estos supuestos parten de una definición extremadamente vaga de modernidad e internacionalismo liberal, la cual solo puede equipararse con liberalismo por sus raíces filosóficas. Por su parte, Ikenberry (2020a) define la modernidad como “la continua transformación de las sociedades y las relaciones internacionales impulsada por la ciencia, la tecnología y la revolución industrial” (p. 7), al tiempo que afirma que lo llamado como internacionalismo liberal es un

aglomerado de ideas que surgen en el período de la Ilustración en Europa y EE. UU. con aspiraciones universales.

Esta definición de modernidad no solo adolece de una vaguedad definitoria, sino que implícitamente trae consigo varios supuestos problemáticos. En primer lugar, parece una fuerza teleológica de la historia de la humanidad, ante lo cual los Estados deben de responder a sus retos y oportunidades. Una especie de mano invisible, ya no del mercado, sino de la filosofía de la historia. Al tiempo que rápidamente se descarta el carácter particular y etnocéntrico de la noción de modernidad, afirmando que es una fuerza universal humana. Una fuerza, si bien no inocente, que afecta a todas las sociedades, pueblos, naciones y Estados por igual a la que hay que administrar correctamente y solo el liberalismo tiene la clave y la respuesta. ¿Pero es realmente esto la modernidad?

La modernidad no es una fuerza invisible que opera sobre la humanidad en su conjunto, llevándola de naciones tradicionales a naciones modernas y democráticas. La modernidad es un constructo o relación social en constante reproducción y cambio, por lo tanto, son los agentes quienes construyen lo que es y sus relaciones. Es decir, fue creada por alguien y reproduce relaciones de dominación. No está exenta, como pareciera suponer Ikenberry (2018, 2020a), de poder.

La modernidad, o por lo menos su construcción filosófica, no nace de la nada, sino que fue pensada por alguien y para algo (Cox, 2014). Como bien deja claro Trouillot (2017,) este alguien era el hombre, blanco y europeo “En efecto, en el horizonte de Occidente a finales del siglo, el Hombre (con H mayúscula) era principalmente europeo y masculino” (p. 63). De ahí que, precisamente, algunos autores llamen a la construcción de mundo pensada desde la modernidad como un “sistema mundo europeo/euro-norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial” (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007, p. 13).

Como encuentran Dussel (2000) y Quijano (2000), el mito de la modernidad se ha construido a partir de una identificación de Europa como el centro de poder, avance y desarrollo de las ideas del mundo, desde la Grecia clásica hasta la actualidad. No obstante, la realidad del caso es que tanto Europa como Grecia no eran los centros de pensamiento, ni poder económico de su tiempo, sino que trata de un mito basado en una reconstrucción histórica. Arrighi (2005),

incluso, afirma que bien entrada la supuesta era de modernidad en Europa seguía siendo la China imperial el principal centro monetario del mundo.

El esfuerzo filosófico de la Ilustración tenía un carácter etnocéntrico detrás del cual se ocultaba la construcción de jerarquizaciones de espacios mundiales, a partir de nociones de superioridad/inferioridad, civilización/barbarie (Dussel, 2000). Por lo tanto, la modernidad es un mito, mismo que debe desmentirse:

Por todo ello, si se pretende la superación de la “Modernidad” será necesario negar la negación del mito de la Modernidad. Para ello, la “otra-cara” negada y victimada de la “Modernidad” debe primeramente descubrirse como “inocente”: es la “víctima inocente” del sacrificio ritual, que al descubrirse como inocente juzga a la “Modernidad” como culpable de la violencia sacrificadora, conquistadora originaria, constitutiva, esencial. Al negar la inocencia de la “Modernidad” y al afirmar la Alteridad de “el Otro”, negado antes como víctima culpable, permite “des-cubrir” por primera vez la “otra-cara” oculta y esencial a la “Modernidad”: el mundo periférico colonial, el indio sacrificado, el negro esclavizado, la mujer oprimida, el niño y la cultura popular alienadas, etcétera (las “víctimas” de la “Modernidad”) como víctimas de un acto irracional (como contradicción del ideal racional de la misma Modernidad). (Dussel, 2000, p. 49)

Para ir desmintiendo dicho mito, se debe empezar reconociendo que el llamado proyecto de modernidad (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007) se basó en una serie de supuestos importantes, no solo etnocéntricos, sino también capitalistas, patriarcales y temporales. Un mito construido sobre la noción de:

considerar a la sociedad moderna como diferente de las demás, con el pretexto de que es secular y racional, es realmente el resultado de una arrogancia occidental (...) *Es necesario rechazar la ‘gran división’ entre ‘tradicición’ y modernidad’, dado que la modernidad misma cae dentro de una cierta tradición.* (Rist, 2008, p. 21; la cursiva es del autor)

Como encuentra Rist (2008, p. 25), la modernidad es una creencia desarrollada en occidente para imponer una visión de mundo occidental. Esta ha cobrado, a lo largo de la historia,

diferentes etiquetas, como civilización, progreso, occidentalización, modernización o, más recientemente, desarrollo. Este último ha adoptado una percepción biologicista y evolutiva, como si los desarrollos de los pueblos fueran exactamente iguales al desarrollo de un organismo vivo, demostrando su ideología naturalizada (Rist, 2008, pp. 26-28). Aunque se encuentra fuera de los límites de la presente investigación, es importante notar cómo Rist (2008, p. 39), en el desarrollo del capítulo 2, hace un rastreo significativo del surgimiento de la ideología desarrollista en Occidente, desde el pensamiento de Aristóteles, pasando por el de San Agustín de Hipona, la Ilustración, el darwinismo social, hasta llegar a la actualidad. Si bien identifica que han existido rupturas, lo que ha quedado es el llamado principio del crecimiento como método para medir el desarrollo de los pueblos y la cooperación para el desarrollo es su última expresión. Como afirma el autor:

En cada sociedad, está claro, la gente trata de mejorar sus condiciones de existencia, y no está en nadie cuestionar la legitimidad de sus esfuerzos. No existe nada que indique, sin embargo, que ‘el desarrollo’ es la única forma de lograrlos, o que toda sociedad desea tener la misma cosa. El malentendido no sería tan problemático si el discurso del ‘desarrollo’ no estuviera construido en relaciones de poder. Para cuando la pretensión es arrojada de que todos ahora creen en dicho discurso, la razón queda sin dudas de que nadie tiene la opción de hacer lo contrario y distanciarse a sí mismos de la creencia compartida. Paradójicamente, *‘el desarrollo’ se está convirtiendo en universal, pero no en transcultural* (p. 44).

Esta visión, llámese de modernidad o desarrollo, deja claro que impuso una misma temporalidad a la humanidad, genealógicamente proveniente del pensamiento agustiniano (Rist, 2008), de que todos los pueblos no solo avanzan en una misma y única dirección temporal, sino también, y más importante aún, que Europa—o en su defecto EE. UU.—es el fin de dicho avance, su meta (Taylor y Flint, 2018, pp. 16-17). De esta forma surge la noción de estados o etapas de desarrollo por las cuales los pueblos deben avanzar para alcanzar a los pueblos desarrollados, cuya expresión más sofisticada se encuentra en Rostow (1971) y que, incluso, se puede rastrear a la doctrina Truman, cuando el entonces presidente estadounidense acuña el término de subdesarrollo. La teoría económica clásica y neoclásica, de raíces liberales, ha sido una de las principales formas en que este discurso se ha impuesto al mundo,

especialmente en su surgimiento, en la lucha contra los resabios de poder feudal, que acusan de retrasado o tradicional, y en el afán de retratar al capitalismo como inherente a la naturaleza humana, en una lectura ahistórica de la humanidad (Rist, 2008; Peet y Hartwick, 2009). El pensamiento del internacionalismo liberal retratado en el apartado anterior, simplemente, reproduce este discurso.

El propósito de lo anterior lo dejan claro Taylor y Flint (2018) al afirmar que:

Estos modelos desarrollistas del cambio social exponen una debilidad del supuesto de la sociedad-múltiple. Si el cambio social puede ser adecuadamente entendido en una base de país a país, entonces la locación de otros países en la escalera [del desarrollo] no importa: cada sociedad es un objeto autónomo de cambio moviéndose a lo largo de una misma trayectoria, pero empezando en diferentes fechas y moviéndose a diferentes velocidades. El análisis del sistema-mundo refuta este modelo del mundo contemporáneo. El hecho de que algunos países sean ricos y otros sean pobres no es meramente un asunto de tiempo a lo largo de un camino universal de afluencia. Por el contrario, ricos y pobres son parte de un sistema [capitalista] y están experimentando diferentes procesos dentro de dicho sistema: el desarrollo y el desarrollo del subdesarrollo de Frank. Por tanto, el hecho más importante pertinente a estos países en lo más bajo de la escalera de Rostow hoy es que hay países gozando de la ventaja de estar encima de ellos en lo más alto de la escalera. (p.17; los corchetes son propios)

De ahí que empezar a cuestionar el mito implica, a su vez, cuestionar la neutralidad y naturalidad de las ciencias, construidas a partir de una serie de separaciones. Si la primera separación que realizó Occidente fue la separación entre lo divino y lo mundano, por lo cual la secularización del pensamiento es un proceso eminentemente occidental, las siguientes separaciones involucrarían separar cuerpo y mente y, a partir de ahí, segmentar la realidad en compartimentos con sus respectivas reglas. Esto se logra mediante el método cartesiano, durante la Ilustración. Esta separación de cuerpo y mente provocó la generación de un mito, el del conocimiento descontextualizado y descorporizado, por tanto, objetivo y universal. Esta separación, en conjunto con las elaboraciones racistas de autores occidentales como Descartes, Locke, Rousseau, Smith y Hegel, fue lo que legitimó la expansión y dominación

colonial del mundo por las potencias coloniales del momento, más allá de la conquista de América. Es en la modernidad donde termina de plasmarse un “nosotros”, occidental, civilizado y moderno y un “otros”, bárbaro y atrasado (Lander, 2000, pp. 14-16).

Lander (2000, p. 16) entiende que la modernidad está necesariamente vinculada con la “organización colonial del mundo” que empieza con la conquista de América y, con ello, se da una jerarquización de saberes, pueblos y culturas, a partir de los momentos históricos y cronológicos de su subyugación colonial. En resumidas cuentas, Lander (2000) busca desmentir la universalidad de la Ilustración, entendida como la mayoría de edad de la humanidad para Kant, en el sentido de que por fin la humanidad había logrado su libertad de pensamiento. Esta Ilustración/modernidad no es en realidad universal, no es la mayoría de edad de la humanidad ni la libertad de pensamiento, sino solamente la libertad del pensamiento del hombre blanco occidental, que implica necesariamente la negación de todo otro pensamiento, de toda otra racionalidad, de todo otro derecho, no masculino, no blanco ni occidental.

Esto es, precisamente, lo que encuentra Trouillot (2017) al mencionar que:

Por tanto, la Ilustración exacerbó la ambigüedad fundamental que dominaba el encuentro entre el discurso ontológico y la práctica colonial. Si los filósofos reformularon algunas de las respuestas heredadas del Renacimiento, la pregunta <<¿Qué es el Hombre?>> siguió tropezando contra las prácticas de dominación y acumulación económica. (p. 65)

Como recuenta Trouillot (2017), muchos de los liberales occidentales, como Locke, Kant, Hume, Voltaire o Montesquieu eran abiertamente racistas y no creían en la igualdad de las llamadas personas negras. El mismo Adam Smith se oponía a la esclavitud por considerarla extremadamente cara. Con el advenimiento de la idea de progreso humano, se consideró de forma condescendiente que las personas negras, el hombre negro, si bien no era civilizado, era perfectible, en el sentido de hacerlo racional y liberal (Trouillot, 2017, p. 66-67). Además, un supuesto autor antiimperialista, para Ikenberry (2020a), como lo es Montesquieu, afirmarían tajantemente su posición racista e imperialista, aunque antiesclavista, en el Espíritu de las Leyes:

el azúcar sería demasiado caro si no se obligase a los negros a cultivar la caña dado el exterminio de los pueblos de América. Esos esclavos son negros de los pies a la cabeza (...). No se concibe que Dios, un ser tan sapientísimo, haya puesto un alma en un cuerpo tan negro, y un alma buena, es aún más inconcebible en un cuerpo semejante. (en Garay Montañez, 2013, p. 97; la cursiva es de la autora)

No obstante, en este orden de ideas, con la convicción de la superioridad occidental asentada, cualquier noción de rebelión, que demostrara que el sistema y sus ideas no eran correctas, perfectas o las mejores, era impensable. Por ello, es que la Revolución Haitiana era un no evento, un suceso impensable para occidente y su andamiaje filosófico liberal, que simplemente podrían digerirlo haciéndolo cognosible bajo sus propias categorías. A tal punto llegó esto que se concibe la Declaración Universal de los Derechos Humanos como una concesión blanca, un discurso *white savior*, negando lo que ya hace más de un siglo había posicionado la revolución en Haití, que todo ser humano es libre, igual y digno (Trouillot, 2017). Ikenberry (2020a) reproduce ampliamente este discurso, no solo en cuanto a derechos humanos, sino también en su visión de abolicionismo estadounidense, tomándolo como un logro de abolicionistas blancos.

Pero los saberes modernos de las ciencias sociales no solo sirvieron para la dominación colonial imperialista del mundo, sino como discursos elitistas y legitimadores del modo de producción capitalista, incluso, dentro de Europa y Occidente (Lander, 2000, p. 22). Las ciencias sociales permitieron, bajo el “discurso de experto”, legitimar a la sociedad liberal de mercado, en contra, tanto de la reacción feudal como de la conservadora, de quienes vieron de repente convertirse en mano de obra libre para ser captada por la gran industria.

Todo este proceso permitió la construcción eurocéntrica del mundo, anclada en 4 dimensiones básicas:

- 1) la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso (a partir de la cual se construye la clasificación y jerarquización de todos los pueblos y continentes, y experiencias históricas);
- 2) la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal capitalista;
- 3) la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y
- 4) la necesaria

superioridad de los saberes que produce esa sociedad (‘ciencia’) sobre todo otro saber.
(Lander, 2000, p. 22)

Esta cosmovisión eurocéntrica, a su vez, ha jerarquizado las ciencias sociales, estableciendo varias separaciones: primero, entre la historia que solo trata del pasado y el resto de ciencias sociales que tratan del presente—en el proceso descontextualizador del conocimiento, como se ha dicho anteriormente, segundo, en la separación de la realidad en compartimentos, cada uno con sus respectivas reglas por descubrir, a partir de sus respectivas disciplinas científico-sociales y, tercero, en aquellas ciencias sociales dedicadas exclusivamente al estudio de los “otros” atrasados, como los estudios clásicos y la antropología (Lander, 2000, p. 23). De ahí se desprende el carácter jerárquico de las ciencias sociales, de las cuales son valoradas inferiormente aquellas más cercanas a demostrar lo parroquial de su conocimiento, mientras se exaltan aquellas que lo ocultan mediante un discurso universalizador de la racionalidad abstracta. He ahí el carácter colonial y legitimador de las ciencias sociales, dentro de las cuales las Relaciones Internacionales, por sus orígenes y propósitos iniciales, puede decirse que es la ciencia social legitimadora por excelencia.

Prosiguiendo con la argumentación, la contradicción de mito y falsedad del proyecto de modernidad no solo se evidencia en la relación de las ideas liberales con otros pueblos, naciones y culturas, sino también en sus ideas económicas y de género. Sobre este último punto, Bonilla (2009) y Garay Montañez (2013) demuestran el carácter sexista de las ideas liberales. Mientras Rousseau consideraba a la mujer como una criatura irracional, pasional y hecha para ser admirada, Kant la consideraba como incapaz de cualquier cálculo moral-racional, en una visión de la naturaleza dicotómica que veía al hombre como la mitad racional y a la mujer como la mitad irracional de la naturaleza humana (Bonilla, 2009). Por otro lado, Garay Montañez (2013) demuestra, en el contexto de la constitución estadounidense y de la Revolución Francesa del siglo XVIII, que los tratados jurídicos impulsados por los liberales no tomaban en cuenta a la mujer, concibiéndola como incapaz de ciudadanía y raciocinio, por ende, la dejaban en una posición de subordinación patriarcal. Estos tratados concebían como ciudadano y, por tanto, sujeto de derechos, exclusivamente al hombre blanco europeo tenedor de propiedad.

Este sesgo, común en la Europa Occidental de la Ilustración demuestra no solo el carácter particular de las ideas liberales, sino también sexista, negándole a la mujer cualquier noción de ciudadanía hasta la llegada del movimiento sufragista feminista liberal que, a su vez, como afirma Goldman (s.f.), fue una forma de consolidar la dominación racial blanca en los EE. UU. contra el movimiento de igualdad afrodescendiente. Resulta muy hipócrita el relato de Ikenberry (2020a) de que el logro del fin de la esclavitud y de la Civil Rights Act en los EE. UU. se debiera a una concesión blanca, al tiempo que pareciera incorporar a W.E.B. Dubois como un liberal, sin considerar sus críticas al capitalismo y la dominación racial en los EE. UU.

Liberalismo, imperialismo, proteccionismo y racismo

Relacionado con lo anterior, se encuentra la convicción tan arraigada entre los liberales estadounidenses del accionar moral de Abraham Lincoln a la hora de abolir la esclavitud en 1862 (Ikenberry, 2020a; Nye, 2019). Esta actuación moral queda desmentida por el mismo Lincoln, quien dejó claro que la decisión se tomó por cuestiones estratégicas y no morales (Chang, 2013, p. 38). En efecto, Garraty y Carnes (2000) encuentran las verdaderas razones que llevaron a Lincoln a abolir la esclavitud, cuando el presidente estadounidense afirmó que:

Si pudiera salvar la Unión sin liberar ni un solo esclavo, lo haría, y si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, también lo haría, y si pudiera hacerlo liberando a algunos esclavos y dejando a otros en la esclavitud, lo haría también. (citados en Chang, 2013, p. 38)

El mismo Chang (2013) encuentra que el verdadero conflicto que llevó a la Guerra de Secesión estadounidense en el siglo XIX no fue el dilema moral de la esclavitud, sino más bien el problema de los aranceles, con un Norte proteccionista y un Sur a favor del libre comercio, aliado a la Inglaterra liberal del momento que se beneficiaba del comercio de algodón producido con mano de obra esclava en el sur estadounidense. A diferencia de la repetida cantaleta liberal, EE. UU. no es el abanderado del libre comercio en el mundo, al menos no lo era hasta la segunda mitad del siglo XX, sino el máximo expositor del proteccionismo mercantilista (Chang, 2013, pp. 36-39).

Para Losurdo (2011), la esclavitud negra y el liberalismo fueron un nacimiento único de gemelos, demostrando el carácter inherentemente racista del liberalismo en su origen. No hay que olvidar las posiciones racistas de muchos autores liberales, algunos ya mencionados anteriormente, incluyendo al padre del liberalismo, John Locke, y al padre del liberalismo moral, Immanuel Kant. Locke invirtió en la *Royal African Company*, cuya principal actividad comercial era el comercio de esclavos de África a las colonias británicas, mientras que fue el encargado de redactar la constitución de la colonia Carolina, lo que posteriormente sería EE. UU., incorporando la obligación, tanto de esclavos africanos como de sirvientes blancos, de obedecer por todas sus generaciones a sus amos (Quiggin, 2016; 2019; Peet y Hartwick, 2009, p. 29).

Kant (en Barceló, 1989; De Rossi, 2000), por su parte, no consideraba que los trabajadores o proletarios tuvieran derecho a la ciudadanía de una república, precisamente, porque eran indolentes con poca o dudosa capacidad racional, al tener que ser mandados por alguien para saber qué hacer o cómo hacer sus labores. El *sapere aude kantiano*, esa máxima de sírvete de tu propia razón, esconde un sesgo clasista de por medio. Asimismo, Kant consideraba que los pueblos bárbaros o no civilizados difícilmente podrían ser parte de la federación de repúblicas que considera en su Paz Perpetua, legitimando la dominación imperialista sobre los mismos por parte de las potencias europeas (Barceló, 1989; De Rossi, 2000). Se demuestra que la Ilustración, entonces, también implicó un proceso de imposición civilizatoria europea—entendida como la más avanzada y superior del mundo—sobre el resto del mundo, reproduciendo categorías racistas, sexistas y orientalistas que organizaban el espacio mundial, a partir de nociones jerárquicas de superioridad/inferioridad.

Resulta pertinente recordar que tanto Locke como Kant no proponían un modelo de democracia liberal—en efecto, es difícil categorizar como democracia a la Inglaterra de los siglos XVII-XIX, lo mismo que a los EE. UU.—sino un modelo de monarquía constitucional o de república. Kant poseía recelos significativos hacia la democracia, observando la violencia generalizada durante la Francia revolucionaria de Robespierre, por ende, elaboró una visión de mundo de repúblicas versus despotismos bastante particular (De Rossi, 2000).

Quien sí propondría un gobierno representativo como modelo, más cercano a una noción de democracia liberal, apoyando, incluso, al sufragio universal e incluyendo al femenino, sería

John Stuart Mill (Cachanosky, 1998; Vargas, 2009). El autor inglés argumentaba que la India, como pueblo bárbaro, no tenía capacidad de autogobierno ni civilización—negando con ello la experiencia histórica y cultural milenaria del subcontinente indio—por lo tanto, el imperio británico debía crear las condiciones para civilizar a la India hasta que pudiera gobernarse como los pueblos civilizados europeos (Tunick, 2006). Sin embargo, el pensamiento de Ikenberry (2020a) se desliga de Mill por su favor hacia el imperialismo británico, sin reconocer las coincidencias que tiene el “imperialismo tolerante” de Mill con las intervenciones internacionales amparadas en el principio de responsabilidad de proteger (R2P), mismo que se empieza a esbozar con el conflicto de los Balcanes en los 90 del siglo XX, en el genocidio de Ruanda y que, además, fue implementado para la intervención en Libia en 2011 con consecuencias humanitarias catastróficas (Tunick, 2006).

Por más intento argumentativo de desligar al liberalismo del imperialismo, formal o no, lo cierto del caso es que el liberalismo posee una vertiente inherente a favor de imponer lo que considera como civilización, avance, desarrollo, progreso o modernización—como se le quiera llamar—al resto del mundo o, como lo nombra Ikenberry (2020a), al No-Occidente, reproduciendo una visión orientalista del mundo. Incluso, si se considerara que el liberalismo promueve la democracia, lo cierto del caso es que promueve una *Master Race Democracy*, como la denomina Losurdo (2011), no en términos estrictamente étnicos o raciales, sino más bien en términos culturales europeos, o en mayor medida occidentales, a favor del capital.

Lo anterior permite entender otra contradicción inherente, es más, constitutiva, del liberalismo, como lo es, además de su racismo y su sexismo, su clasismo. Como encuentran Losurdo (2011), Agnew y Sharp (2016) y Anderson (2014), los supuestos grandes y universales ideales liberales de derechos naturales, entendidos como Libertad, Vida y Propiedad, propuestos por Locke, no lo son realmente, sino que se reducen a la libertad de empresa y la libertad de propiedad, su adquisición y acumulación, del cual el liberalismo considera que emana el resto de libertades. Existe, por lo tanto, un claro sesgo en el liberalismo al entender la libertad como libertad de propiedad capitalista, siendo el liberalismo la ideología fundamental del capitalismo y siendo su principal función su legitimación, al menos en períodos sin crisis capitalista. No están, por tanto, separados, como considera Ikenberry (2020a), sino inherentemente unidos. Como reconoce el mismo

Rousseau (1923), para que la justicia se entendiera como el dar a cada quien lo que le pertenece, era necesario que todos tuvieran algo.

A partir de todo lo anterior, queda claro cómo el capitalismo es, entonces, una colonialidad del poder, una especie de territorialidad del poder (Agnew, 1998), en constante y continua reproducción histórica. Como afirma Quijano (2000):

En primer término, el actual patrón de poder mundial es el primero efectivamente global de la historia conocida. En varios sentidos específicos. Uno, es el primero donde en cada uno de los ámbitos de la existencia social están articuladas todas las formas históricamente conocidas de control de las relaciones sociales correspondientes, configurando en cada área una sola estructura con relaciones sistemáticas entre sus componentes y del mismo modo en su conjunto. Dos, es el primero donde cada una de esas estructuras de cada ámbito de existencia social, está bajo la hegemonía de una institución producida dentro del proceso de formación y desarrollo de este mismo patrón de poder. Así, en el control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, está la empresa capitalista; en el control del sexo, de sus recursos y productos, la familia burguesa; en el control de la autoridad, sus recursos y productos, el Estado-nación; en el control de la intersubjetividad, el eurocentrismo. Tres, cada una de esas instituciones existe en relaciones de interdependencia con cada una de las otras. Por lo cual el patrón de poder está configurado como un sistema. Cuatro, en fin, este patrón de poder mundial es el primero que cubre a la totalidad de la población del planeta. (p. 214)

La piedra angular del internacionalismo liberal: el excepcionalismo estadounidense

Una vez vistas las críticas a la concepción de modernidad y al liberalismo, se procede a examinar la piedra angular del internacionalismo liberal estadounidense: el excepcionalismo estadounidense. Pero ¿cómo se originó la noción de excepcionalismo estadounidense? Bell (2022) ofrece una respuesta contundente a esta interrogante:

“El excepcionalismo estadounidense” tiene un doble significado. Primeramente surgió como un término analítico, referente a la proposición de que las estructuras sociales y económicas de los Estados Unidos representan una excepción a las leyes

normales del desarrollo histórico. En la medida en que el análisis vino con un juicio de valor añadido, este juicio era negativo. Los Estados Unidos era una aberración histórica—un país que estaba fallando en evolucionar en la dirección correcta y deseada. Más recientemente, sin embargo, el significado analítico ha sido suplantado, en la esfera política, por uno prescriptivo y moralizante, que refiere menos a la diferencia estadounidense que a la superioridad estadounidense. Cuando los políticos invocan hoy el “excepcionalismo estadounidense”, casi siempre refieren a que Estados Unidos posee las cualidades deseables que otras naciones no poseen, y tiene un rol en la historia humana especial, escogido y superior. (p. 22)

Esto ha llevado a que, en su trato académico y político dentro de EE. UU., el término se haya banalizado, reproduciendo un discurso de superioridad, sin la debida rigurosidad y sistematicidad requerida, especialmente en lo que refiere a lo que hace diferente a EE. UU., con respecto a otros países (Bell, 2022, p. 23). Si bien los orígenes del término se pueden retraer a la internacional comunista y a Joseph Stalin para analizar por qué los movimientos comunistas no habían logrado asentarse con mayor fuerza en el país, el término también posee raíces en la historia de la colonización de las trece colonias, al referenciar a estas colonias británicas como la constitución de un nuevo modelo bíblico del Israel antiguo. Asimismo, haría una continua referencia al imperio romano, como predecesor de ese rol escogido por EE. UU. en la historia de la humanidad. En efecto, Bell (2022, pp. 22-30) encuentra que en sus orígenes las trece colonias se pensaron en términos religiosos con el objetivo de construir un Sion Americano o un Nuevo Israel. Incluso, se identifica a John Winthrop, en el siglo XVII, como el creador de la frase “seremos una ciudad en la colina”, misma que Reagan luego romantizaría como una ciudad brillante en la colina.

Si bien este mito estadounidense no se recuperaría en el imaginario estadounidense hasta finales del siglo XIX-XX, otro mito mientras tanto jugaría un papel fundamental, el de la frontera sin límites. Este mito se conjugaría con otros, como el de EE. UU. como el país de los inmigrantes, no obstante, tendría connotaciones claramente anglosajonas en el pensamiento de Josiah Strong. Otros mitos que se irían mezclando con este imaginario serían el destino manifiesto, la promoción de la democracia y la nación indispensable, junto con el mito de la tierra de oportunidades o sueño americano. Sin embargo, se debe dejar claro

que, al menos antes de los 80 del siglo pasado, el término no era parte de la cultura popular estadounidense, sino más bien empleado en círculos académicos y políticos (Bell, 2022, pp. 24-30).

El mito del país sin fronteras

En lo referido al mito del país sin fronteras, Agnew y Sharp (2016) argumentan que:

La “imaginación geográfica” estadounidense está usualmente relacionada con la experiencia de expandir la frontera, que tanto diferencia la historia de Estados Unidos aparte de cualquier otro lugar (particularmente Europa) y sirve como la metáfora dominante para iniciativas estadounidenses internas y externas de su territorio nacional. El entendimiento estadounidense de la soberanía nacional ha sido inusual debido a la dualidad de su imaginación geográfica nacional. Por un lado, se trata de un espacio nacional tomado de un continente en resistencia (y de sus entonces habitantes) por gentes con una misión civilizatoria. Por el otro lado, el proyecto nacional es sin límites geográficos, basado en la proyección al resto del mundo de una serie de valores resultantes de la experiencia nacional de frontera, juzgados como beneficiosos para todos. La historia excepcional estadounidense, por tanto, licencia tanto una diferencia estadounidense espacialmente anclada de todo el resto y una misión evangélica expansiva de rehacer el mundo a la imagen de los Estados Unidos. (p. 79)

Este mito del país sin fronteras, el país universal, se basa en una serie de silencios convenientes para el dominio y poderío estadounidense. Como el liberalismo posee un silencio conveniente sobre sus relaciones de clase, género y “raza”, el excepcionalismo estadounidense posee un silencio tajante sobre el espacio que los colonos se encontraron al llegar al norte del continente americano (Agnew y Sharp, 2016). En efecto, el país sin fronteras pareciera que nace ante un continente salvaje e indolente, pero vacío, una “naturaleza prístina” si se quiere (Agnew y Sharp, 2016, p. 80).

Desde el mismo John Locke, se pareciera partir de una supuesta legitimidad de los colonos de tomar la tierra encontrada ante los salvajes, argumentando que la labor realizada por los pueblos autóctonos americanos no puede ser considerada trabajo, ya que no lleva a un

mejoramiento de la tierra. Son vistos como bárbaros e indolentes, ante los cuales los colonos, incluso, parecieran tener el deber de tomar sus tierras, entregadas, prácticamente, a la providencia, para cambiar un territorio salvaje en uno civilizado (Quiggin, 2016, 2019; Peet y Hartwick, 2009).

A este respecto, Agnew y Sharp afirman que:

Inclusive ahora, Estados Unidos es un país que es fácilmente visto tanto como “nada” y “sin pastos”, construido como un totalmente moderno y democrático contra Otro Europeo (o algún otro) retratado como una historia despótica y estratificado por la tiranía de la aristocracia. La ideología del Sueño Americano, una ideología que enfatiza que cualquiera puede ser exitoso con trabajo duro, suerte y un gobierno no intrusivo, marca la experiencia histórica estadounidense como única y excepcional. Las narrativas de la historia de los Estados Unidos como un país de migrantes exitosamente buscando una mejor forma de vida provee la evidencia práctica de esta imaginación. Los africanos esclavos y los indios conquistados quienes hicieron construir el Nuevo Mundo posible no están sorpresivamente y en gran medida ausentes de esta visión, excepto como personajes accidentales o como barreras que derribar (...)

los estadounidenses estaban libres para establecerse a sí mismos en una basta expansión de tierra “vacía” disponible en la frontera, descontando la presencia de nativos cuyo autoevidente “retraso” tecnológico y religioso justificaba la expropiación de sus tierras. (2016, p. 83)

Esta lógica fue la que legitimó la expansión territorial de las trece colonias tanto al sur como al oeste de Norteamérica. Incluso, esta misma lógica se puede encontrar en las mismas ideas de la declaración de independencia estadounidense. Esta pareciera tener aspiraciones universales, estableciendo al país como un modelo para la humanidad y para cualquier espacio del mundo. Esta es la base para el rol global estadounidense (Agnew y Sharp, 2016, p. 81). No obstante:

El silencio de la Declaración de Independencia acerca de la institución de la esclavitud de la cual las economías de plantación del Sur dependían, introdujo un doble estándar

implícito al liberalismo estadounidense, privilegiando intereses anidados, como los de los esclavistas y, luego, de las corporaciones, y una identidad europea o blanca y masculina como “estadounidense” por excelencia. (Agnew y Sharp, 2016, p. 91)

A partir de lo anterior, se puede identificar lo particular de la supuesta universalidad de las aspiraciones estadounidenses. Realmente están dirigidas para una noción anglosajona o corporativa, silenciando, negando u otorizando cualquier otra perspectiva. El mismo, paladín de la república federal, Thomas Jefferson, poseía esclavos sin quebrarse por sus contradicciones filosóficas ni morales (Troulliot, 2017, p. 63).

El mito del destino manifiesto

Asimismo, este mito de la frontera sin límites se conjugaría con el mito del destino manifiesto, evidente en lo dicho anteriormente, pero expuesto de forma más clara por el mismo Jackson. Este expresidente estadounidense argumentaría que “es el derecho de nuestro destino manifiesto de expandirnos y poseer todo el continente que la providencia nos ha dado para el gran experimento de la libertad y el autogobierno federado” (en Anderson, 2014, p. 13). Con ello se muestran las bases religiosas, racistas e imperialistas del excepcionalismo estadounidense, las cuales permitirían articular no solo la Doctrina Monroe de 1823, sino también el apoyo al filibusterismo hacia el sur de los Estados Unidos, particularmente México, América Central y el Caribe, con el objetivo de expandir la economía de la plantación a estos países en manos de esclavistas blancos, al considerar a los pueblos que habitan estos espacios como “razas inferiores” (Granados, 2010; FallasSantana, 2011).

Agnew y Sharp (2016, p. 88) identifican que en la década de 1890, específicamente en el año 1896, el destino manifiesto y su consecuente expansión territorial dejarían de adquirir una connotación de frontera nacional hacia el oeste y sur del continente, adquiriendo una connotación de expandirse no solo hacia el Atlántico sino también al Pacífico. En efecto, determinan que la expansión dejaría de ser interna y empezaría a ser externa (Agnew y Sharp, 2016, p. 88). Sin embargo, Anderson (2014, p. 13) explica que estas aspiraciones ya estaban siendo articuladas desde Abraham Lincoln. Lo que sí encuentra Anderson (2014, p. 63) es que con la guerra de 1898 el destino manifiesto dejó de concebirse como algo geográfico o territorial y adquirió una connotación metafísica. De ahí que el destino manifiesto se utilizara

como un recurso ideológico interno, no externo, para vender al público estadounidense las aspiraciones expansionistas de su clase gobernante (Anderson 2014, p. 37).

Dado que EE. UU. se había convertido en un espacio construido, precisamente, en contra de la tiranía, la lógica de balance de poderes europea y las colonias, o al menos así era el relato, resultaba necesario construir un discurso que legitimara esta nueva lógica de expansión, basada en la necesidad de relanzar la economía estadounidense afectada por la crisis económica de la década de 1890. Para ello, Frederick Jackson Turner sería instrumental, ya que articularía la idea a vender al público estadounidense del momento (Agnew y Sharp, 2016, p. 88). La idea relataría lo siguiente:

Inversores estadounidenses proveerían el capital necesario. El comercio estadounidense traería bienes estadounidenses sofisticados. Reforma estadounidense traería nuevas instituciones y prácticas y traería abajo barreras de casta y credo. En otras palabras, Estados Unidos traería progreso como atestiguaba la propia experiencia estadounidense al desarrollar una economía de consumo. (Agnew y Sharp, 2016, pp. 88-89)

A partir de esto, se construiría de forma más clara el discurso sobre el rol global que iría adoptando EE. UU., desde el siglo XX, y que el internacionalismo liberal actual reproduce en un contexto contemporáneo. Este rol, anclado en una visión de excepcionalismo estadounidense, destino manifiesto, frontera sin límites, tierra de oportunidades, etc., sería el mecanismo de legitimación del proyecto global de EE. UU. (Anderson, 2014, p. 37). Precisamente, en este argumento se basa Agnew (2020) para indicar que, más que democracia, lo que EE. UU. ha exportado al mundo es una sociedad de mercado, una sociedad a su imagen y semejanza.

De esta forma, el destino manifiesto en su expresión contemporánea se convirtió en dicha ideología para legitimar a lo interno a EE. UU. como un espacio libre de colonias, o pocas, democracia electoral y posición estratégica, lo cual le permitiría a la clase gobernante expandirse a nivel internacional (Anderson, 2014, p. 37). No obstante, resulta necesario, antes de proseguir, cuestionar las bases de libre mercado estadounidense con las que el discurso de este rol global se asocia.

El mito de la potencia liberal

Chang (2013) y Peet y Hartwick (2009) cuestionan el discurso tradicionalmente liberal, de economía clásica, que argumenta que el crecimiento económico se produce con base en el libre comercio. Ambas fuentes demuestran cómo tanto el Reino Unido como los EE. UU. construyeron su poder económico, no a partir del libre comercio, sino a partir de políticas mercantilistas, protegiendo, mediante aranceles e impuestos, sus sectores productivos estratégicos. En efecto, Reino Unido construyó el llamado primer orden liberal internacional de 1860-1870 a los 1930, con base en su patrón oro y su política de reducción arancelaria. No obstante, mientras su patrón oro fue limitado, incorporando plenamente solo a cuatro países: Inglaterra, Alemania, Francia y EE. UU., su impulso al libre comercio fue mayormente eficaz, incorporando a más de una decena de países, exceptuando a EE. UU., España y Rusia, que eran de los países más proteccionistas durante el período. El primer orden liberal internacional acabaría con el fin del primer patrón oro y la vuelta de los aranceles en el período de entreguerras y la crisis del 29 del siglo XX (Eichengreen, 2008, p. 20; Chang, 2013, p. 31).

Desde Alexander Hamilton, la clase gobernante estadounidense se dio cuenta de las falacias del discurso de libre comercio, proponiendo más bien en sus reportes la protección de sus “incipientes industrias”, con el objetivo de luego hacerlas competitivas internacionalmente y promover el crecimiento económico. El mismo presidente Ulysses Grant, quien asumiría luego de la Guerra de Secesión, ofrecería una premonición interesante de acotar en este punto. Al respecto Chang (2013) aclara que:

Durante siglos Inglaterra confió en las medidas de protección, las llevó al extremo y obtuvo resultados satisfactorios. No cabe duda de que a ese sistema debe su fortaleza actual. Tras dos siglos, Inglaterra ha encontrado conveniente adoptar el libre comercio porque la protección ya no tiene nada que ofrecer. Muy bien, caballeros, mi conocimiento de nuestro país me lleva a pensar que en un par de siglos, cuando América haya obtenido todo lo posible de la protección, adoptará el libre comercio. (Chang, 2013, p. 39; la cursiva es del original)

EE. UU. no asumiría un compromiso con el libre comercio, sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial, al menos a nivel global, ya que, en sus relaciones en el continente

occidental, sí las asumiría para mayor ventaja de sus productos en el continente americano. Incluso, después de adoptar este compromiso, no sería tan contundente como lo había sido Reino Unido en su momento, manteniendo barreras informales en su economía y sectores estratégicos. De ahí que se entienda, como Friedrich List había afirmado en su momento, que el discurso del libre cambio es un discurso de “patada a la escalera” del desarrollo o crecimiento económico, que realizan los países ricos para evitar el ascenso de los demás países en la escena internacional (Chang, 2013; Helleiner, 2021).

Anderson (2014) ha encontrado que la política exterior estadounidense parte de una serie de tradiciones recurrentes en los EE. UU. Entre estas tradiciones se pueden mencionar el expansionismo de Jackson, el federalismo republicano de Jefferson y John Quincy Adams, el proteccionismo y mercantilismo de Alexander Hamilton en búsqueda de ventajas comerciales exteriores para EE. UU., la responsabilidad de esparcir los valores de la libertad y democracia al mundo de Woodrow Wilson y el cálculo estratégico y realista de Theodore Roosevelt. Esta combinación de tradiciones, entre ellas algunas claramente realistas y otras liberales, se han implementado para la construcción de la hegemonía global estadounidense (Anderson, 2014, pp. 125-126). Por lo tanto, las referencias sobre la administración Trump de Jackson, Hamilton, Jefferson y Roosevelt, como se ve a la hora de analizar sus discursos oficiales, no marcan un quiebre ni con el mito del excepcionalismo estadounidense, que recurrentemente afirma, ni con el internacionalismo liberal.

El proyecto “liberal” de Woodrow Wilson

Con la llegada de Woodrow Wilson, el excepcionalismo estadounidense comenzaría a adquirir sus connotaciones contemporáneas. Este expresidente estadounidense empezaría a articular nociones de libre comercio, democracia, religión y paz en su discurso para legitimar el rol global que “debía” asumir EE. UU., junto con el excepcionalismo estadounidense y el destino manifiesto. Anderson (2014) señala que:

Wilson dio una voz a cada acorde de presunción del repertorio imperial, con un tono mesiánico. Religión, capitalismo, democracia, paz y el poder de Estados Unidos eran uno (...)

Un ‘destino divino’ estaba, más aún, a la espera de Estados Unidos: ‘Somos elegidos y prominentemente elegidos para mostrar el camino a las naciones del mundo como es que caminarán por las sendas de la libertad’. [afirmaría Wilson] (p. 15)

El mismo Woodrow Wilson, con su discurso de paz, libertad y democracia, arrojaría a EE. UU. hacia un intervencionismo mayor que cualquiera de sus predecesores, interviniendo en México, Cuba, Haití, República Dominicana y Nicaragua, incluso, antes de participar en la Primera Guerra Mundial. A la hora de participar en la misma, Wilson afirmaría que es un “infinito privilegio” para los EE. UU. cumplir con su destino y salvar al mundo. Como se puede ver, Wilson articularía un discurso legitimador del intervencionismo estadounidense que hasta el día de hoy se utiliza—basta con recordar la intervención en Libia de 2011 durante la administración Obama. Asimismo, arrojaría al país a un conflicto europeo, aunque se suponía que EE. UU. había sido creado para evitarlo, a partir de este discurso, cuando en realidad no existía un interés nacional en ingresar a la Primera Guerra Mundial, menos porque el 10 % del PIB de EE. UU. era destinado a las exportaciones y su propia economía estaba protegida por altos aranceles (Anderson, 2014, p. 15). Lo que realmente llevó a EE. UU. al internacionalismo liberal con Wilson fue el ascenso del capital financiero estadounidense, suplantando Londres por Nueva York, como el principal centro financiero del mundo, en la crisis del 29, lo cual llevó a EE. UU. a adoptar el internacionalismo liberal para defender su capital fuera de sus fronteras (Anderson, 2014, p.17).

Por otro lado, el proyecto wilsoniano no sería un intento de limitar o liquidar el sistema imperial, como argumenta Ikenberry (2020a), por el contrario, sería un intento de legitimarlo, encubriéndolo bajo una fachada liberal. Como Rist (2008, pp. 58-66) encuentra, los mandatos de la Liga de Naciones permitieron continuar con políticas imperialistas de colonización, especialmente, en territorios africanos, del Pacífico y árabes, siguiendo estos últimos las tónicas de la Declaración de Balfour de 1917 y los Acuerdos Sykes-Picot, por más que Francia y Gran Bretaña le habían prometido a los árabes apoyo para la instauración de un Estado Árabe, a cambio de su apoyo contra el Imperio Otomano, durante la Primera Guerra Mundial. No se hallan bases reales, entonces, para las afirmaciones de Ikenberry (2020a), cuando, como encuentra Rist (2008), los mandatos de la Liga de las Naciones implicaron el

reconocimiento jurídico de la anexión de territorios fuera de las fronteras nacionales reconocidas por el momento, a favor de las potencias victoriosas, luego de la gran guerra.

Orden liberal internacional y Guerra Fría 1945-1973: ¿la exportación de la sociedad de mercado?

No sería sino posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando EE. UU. articularía el discurso del rol global estadounidense, bajo ciertos matices y durante las administraciones de los presidentes Franklin Delano Roosevelt y Harry Truman. En un argumento recurrente de Agnew (1998, 2018, 2020; Agnew y Sharp, 2016), el proyecto estadounidense no implica exportar los valores y principios democráticos al mundo, sino su modelo de capitalismo basado en la libertad de empresa con apoyo del Estado para generar espacios de acumulación, mediante la promoción de una sociedad global de consumo, diseñada a la imagen de la propia sociedad de consumo de los EE. UU.

No obstante, existía un obstáculo significativo para reformar el mundo a su semejanza, luego de la Segunda Guerra Mundial: la URSS. Por tanto, los matices mencionados anteriormente vendrían conformados, a partir de las condiciones contextuales del momento, mismas que eran dictadas por la lógica de la Guerra Fría. Para Anderson (2014, pp. 31-32), la Pax Americana no existiría durante la Guerra Fría, de hecho, hasta el mismo establishment político estadounidense entendía que no habría un “mundo americano” sin antes ganar el conflicto con los soviéticos. Este mundo americano posicionaba a EE. UU. como la expresión más avanzada de la humanidad, a la que el resto de Estados debía aspirar, en un claro etnocentrismo.

El discurso estadounidense tuvo que adaptarse a las condiciones del momento, generando una serie de variantes para legitimarse tanto a lo interno como a lo externo. Como parte del nuevo discurso geopolítico, siguiendo una tónica tradicional estadounidense, especialmente de su vertiente de excepcionalismo mesiánico, se enmarcó el conflicto de la Guerra Fría en un conflicto del bien versus el mal, articulado ahora bajo el prisma totalitarismo versus democracia, para legitimar sus acciones (Anderson, 2014, p. 39). Esto resulta irónico cuando se recuerda que, para pesar del silencio cómplice tanto de Ikenberry (2020a) como de Nye (2019), Franklin Delano Roosevelt poseía admiración por Benito Mussolini y simpatías por Pétain, mientras que por más que fuera antagonista de Adolf Hitler, su régimen apoyó la

instauración y mantenimiento de la dictadura de Franco en España (Anderson, 2014, pp. 23-24).

El nuevo discurso geopolítico poseía, entonces, ciertas continuidades con los anteriores discursos, no solo en su visión de bien versus mal, sino también en sus metáforas temporales que dividían al mundo tanto bajo líneas ideológicas como líneas de modernización-tradición. Rostow (1971) es, por lo tanto, un hijo predilecto de este discurso. De esta forma, según Agnew (1998), bajo el discurso de Harry Truman, en que establece a EE. UU. como el defensor de los pueblos libres subdesarrollados, es que se da el banderazo de salida del nuevo discurso. El mismo autor ha llamado a este discurso como discurso geopolítico ideologizado, mismo que divide al mundo, jerarquizándolo también en categorías de superior/inferior, en mundo libre, mundo soviético y tercer mundo subdesarrollado. Este último “mundo” quedó supeditado bajo la lógica de la rivalidad bipolar entre EE. UU. y la URSS, por ello, se observa como un espacio vacío a partir del cual las potencias podían llevar a cabo su conflicto de forma proxy (pp. 102-112).

Las características de este discurso geopolítico ideologizado, de acuerdo con Agnew (1998, p. 103) son:

- a) El establecimiento de conflicto ideológico-sistémico central sobre la organización político-económica del mundo.
- b) La visión del espacio global como un espacio dividido en “tres mundos” de desarrollo en que EE. UU. y URSS competían por influencia y expansión de las antiguas colonias y Estados no alineados del tercer mundo.
- c) La homogeneización del espacio global en bloques de amigos y enemigos en que modelos universales de la democracia liberal capitalista y el comunismo reinaban libres de la contingencia geográfica.
- d) La naturalización del conflicto ideológico por conceptos como "contención, efecto dominó y estabilidad hegemónica.”

De esta forma, para legitimar la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría, se afirmaba que los imperativos de la seguridad debían defender la democracia, el regalo al mundo de EE. UU., creando etiquetas como el “mundo libre”, cuando en realidad los propios

conductores de la política exterior estadounidense eran escépticos de la democracia. Anderson (2014) explica que:

Después de la guerra, Kennan comparó la democracia como ‘uno de esos monstruos prehistóricos con un cuerpo tan largo como este cuarto y con el cerebro del tamaño de un pin’, y nunca perdió su convicción de que el país estaba de mejor forma gobernado por una élite ilustrada inmune a las pasiones populares. Acheson desechó ‘la premisa de que la democracia es algo buena’, afirmando, ‘yo no creo que valga un carajo’—‘Yo digo que el Congreso es demasiado jodidamente representativo’. Es tan estúpido como la gente lo es; tan iletrado, tan tonto, tan egoísta’. Tales confidencias no eran para el consumo público. Oficialmente, la democracia era un valor prominente en la misión estadounidense hacia el mundo como en el tiempo del Destino Manifiesto. (Anderson, 2014, pp. 35-36)

Por lo visto anteriormente, si el estandarte estadounidense no era la democracia, luego de la Segunda Guerra Mundial, entonces ¿qué lo era? Agnew (1998, 2020; Agnew y Sharp, 2016) y Anderson (2014) parecen tenerlo claro al entender que el objetivo era reformar al mundo a su semejanza, haciendo un mundo no seguro para la democracia, sino para el capital. Llegados ya al fin de la Segunda Guerra Mundial, se entendió que la recuperación económica de EE. UU. pasaba por la reconstrucción de la economía global a su favor (Anderson, 2014, pp. 17-18).

Para lograr el objetivo, era necesario realizar concesiones. Estas concesiones fueron catalogadas—mal—por Ruggie (1982) como un *embedded liberalism*, precisamente, porque los imperativos del libre mercado quedaron supeditados a la lógica de seguridad nacional y, en particular, a la reorganización económica de los pueblos, especialmente aquellos del “tercer mundo”, para hacerlos compatibles con la lógica de acumulación y reproducción del capital. Esto implicó tolerar proyectos, aunque capitalistas, lejanos a la lógica liberal, como el desarrollismo cepalino, la socialdemocracia y el keynesianismo, algunos de los cuales, si bien críticos de las propuestas de Rostow (1971), parecieran coincidir en sus etapas de desarrollo. El énfasis era la construcción de economías nacionales capitalistas, con fuerte inversión estatal, bajo un pacto, al menos en Europa, de compromiso entre el capital y el

trabajo a favor del pleno empleo, que llevó a lo largo del mundo el modelo del Estado Social de Derecho o Estado de Bienestar.

De lo que se trataba era de prevenir cualquier posibilidad de revolución—socialista, comunista o por lo menos antagónica al capitalismo—mediante medidas de reforma económica (Steger y Roy, 2010, pp. 6-8). EE. UU. se beneficiaría de esta lógica y del desmantelamiento de las posesiones imperiales europeas para obtener acceso a nuevos mercados para sus productos y, especialmente, para conseguir el acceso de materias primas para su capitalismo fordista (Rist, 2008; Peet y Hartwick, 2009; Borón, 2008). De ahí que el argumento de Ikenberry (2020a) de sumar dentro del liberalismo a ideologías críticas al mismo sea un sinsentido.

El “tercer mundo”, entonces, era estratégico para EE. UU. dado que 2/3 partes de la población mundial lo habitaban en su momento, así como por sus recursos naturales y sus economías poco industrializadas, a las cuales podía exportar su tecnología obsoleta, obteniendo ganancias extraordinarias de tecnología devaluada e imponiendo una lógica de acumulación de capital basada en el intercambio desigual y la superexplotación del trabajo, mediante relaciones de centro-periferia en la economía global (Marini, 1991; Taylor y Flint, 2018). La estrategia de EE. UU. para acertar su dominación en estas regiones del mundo no fue expandir la democracia, sino fue el paso de colonias a Estados clientelares:

Su dominación del hemisferio occidental, donde América Latina había sido desde hace tiempo una zona satélite de los Estados Unidos, mostraba el camino a seguir, en principio: independencia formal de las alguna vez colonias, reducción informal de ellas a clientes estadounidenses. (Anderson, 2014, p. 61)

Si se observa las principales preocupaciones de EE. UU. en 1943, se puede entender no solo que la democracia y la libertad no eran preocupaciones reales, sino también que el papel que autores liberales como Ikenberry (2020a) y Nye (2019) le dan al New Deal de Roosevelt ha sido ampliamente exagerado, en especial, tomando en consideración que:

Cuando Estados Unidos tomó el rol de guardián de Occidente de Gran Bretaña, la resultante economía política es mejor descrita como keynesianismo militarista—esto es, el mantenimiento de altas tasas de crecimiento a través del gasto en “defensa” por

el Estado—en vez de keynesianismo social, esto es, el mantenimiento de altas tasas de empleo a través de la planificación social y el progreso social. (Peet y Hartwick, 2009, p. 59)

Las preocupaciones estadounidenses eran principalmente cuatro:

1. Desmantelar imperios coloniales para desaparecer barreras a las exportaciones de EE. UU.
2. Surgimiento de movimientos de resistencia de izquierda en Europa: Francia, Bélgica, Italia, Yugoslavia y Grecia.
3. El avance desde 1944 del Ejército Rojo dentro de Europa del Este, lo cual se convirtió en una preocupación grave.
4. Comunismo como una amenaza más grave que el fascismo, porque atenta contra la propiedad privada (Anderson, 2014, p. 23).

Observando estas preocupaciones, queda claro que la democracia y la libertad no eran imperativos estadounidenses del momento. Es más, como demuestra el manuscrito original del famoso discurso de los Cuatro Puntos de Harry Truman, el interés de su administración en defender a Grecia e incorporarla a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) era en realidad para defender el suministro de petróleo a Europa y EE. UU. y para la defensa de la libertad de empresa (Anderson, 2014, p. 24).

De hecho, Anderson (2014) deja claro que el orden liberal de la GF era liberal solo en el sentido de libertad de empresa, libertad capitalista. Este orden no tenía ningún problema con dictaduras que aseguraran la libertad de empresa y veía con recelo, cautela o, incluso, animosidad cualquier democracia que coqueteara con limitar esta libertad, como fuente de todas las libertades, como deja claro las experiencias en Irán en 1951, Guatemala en 1954, Brasil en 1964, República Dominicana en 1965, lo sucedido en África con Lumumba, la lucha contra el racismo y el apartheid en Angola y Sudáfrica—este último socio estratégico estadounidense—, la dictadura militar en Argentina, el golpe de Estado en Chile en 1973, la intervención militar en Granada en 1984 o, incluso, el ferviente apoyo al régimen somocista o a la dictadura militar en Egipto (Anderson, 2014, pp. 60-81). Estos no eran compromisos del momento, eran un mal necesario, como dice Ikenberry (2020a), y algunos lo siguen siendo, porque eran parte constitutiva del orden que EE. UU. iría construyendo, a partir de la

Segunda Guerra Mundial, bajo la lógica de tener Estados clientelares dependientes del apoyo y cooperación, especialmente en defensa de los EE. UU.

De esta forma, se demuestra que a Roosevelt no le interesaba exportar democracia, sino lo que entendía como americanismo: valores individuales y libertad de empresa, demostrando que era un ardiente nacionalista, creyente del etnocentrismo estadounidense (Anderson, 2014, p. 24). Es más, Anderson (2014) afirma “para los planificadores de Roosevelt, las prioridades a largo plazo eran de dos tipos. El mundo debe ser hecho seguro para el capitalismo a lo ancho; dentro de este mundo capitalista, los Estados Unidos debe reinar supremo” (p. 22).

Para ello, EE. UU. debía ofrecer una serie de acomodados, concesiones y bienes públicos globales, lo que Ruggie (1982) cataloga como embedded liberalism. Estos acomodados significaban lo siguiente:

1. Estimulación indirecta del crecimiento económico por políticas fiscales y monetarias;
2. Compromiso con un creciente mercado global basado en una división global del trabajo;
3. Aceptar el dólar como principal moneda del mundo;
4. Hostilidad a la planificación económica soviética;
5. Asumir la carga de policar cambios políticos que podrían ser construidos como peligrosos a la estabilidad de la economía mundial. (Agnew, 1998, p. 103)

Lo anterior implicaba la construcción de una serie de organizaciones internacionales y acuerdos que permitieran ir construyendo un orden internacional favorable a los intereses estadounidenses. Entre estas se pueden mencionar al Plan Marshall, el Banco Internacional de la Reconstrucción y el Fomento, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT, por sus siglas en inglés), el Plan Dodge y los Acuerdos de Bretton Woods y, en materia de seguridad, a la OTAN, además del sistema de Naciones Unidas. Como encuentran Eichengreen (2008) e Ikenberry (2020a), muchos de estos acuerdos se establecieron más por presión estadounidense que por consenso entre las partes. Estos eran un cálculo estadounidense para realizar un ajuste espacial del capitalismo (Harvey, 2008a), con el objetivo de construir una economía global con EE. UU. en el centro.

No obstante, ante los imperativos impuestos por la Guerra Fría, EE. UU. tuvo que tolerar momentáneamente el proteccionismo alemán y japonés e, incluso, el surcoreano, para construir democracias liberales capitalistas en algunos casos, en otros, como el surcoreano, economías capitalistas bajo dictaduras militares (Osorio, 2017), contrarias al bloque soviético (Anderson, 2014, p. 52).

Por otro lado, el Plan Dodge de 5 mil millones de dólares a Japón, no poseía los términos ventajosos del Plan Marshall, demostrando el etnocentrismo estadounidense, pues se impuso como un préstamo costoso para un Japón ocupado y prácticamente destruido posterior a la Segunda Guerra Mundial (Anderson, 2014, p. 52-54). Tanto la Alemania Federal como Japón constituyen pobres ejemplos del éxito del supuesto orden liberal internacional, propuesto por Ikenberry (2020a), cuando estaban en una situación de ocupación militar por parte de EE. UU. El silencio, asimismo, de Ikenberry (2020a), acerca de la disidencia francesa, durante el período de la Guerra Fría, es palpable, cuando fue el único país en repatriar su oro bajo Charles De Gaulle e, incluso, ser el único que ha salido momentáneamente de la OTAN (Eichengreen, 2008).

El andamiaje institucional internacional económico de posguerra no fue ni tan inocente ni tan estable como pensaría Ikenberry (2020a). Todo se basaba en lograr imponer el dólar como la moneda de reserva global de valor, lo cual EE. UU. lograría con los Acuerdos de Bretton Woods, ante una resistencia británica liderada por el propio Keynes, quien argumentaba crear una moneda internacional que no estuviera ligada a alguna economía nacional (Eichengreen, 2008).

Asimismo, la presión estadounidense de abrir las cuentas corrientes y las cuentas capital de los países europeos pasaron la factura a la economía internacional, pues hubo que establecer ajustes y rescates, especialmente, de ciertas economías europeas como la británica. Este andamiaje económico internacional funcionó de forma precaria desde 1959 a 1973, cuando Nixon sale del patrón oro-dólar, como lo demuestra la presión de países europeos de tener acceso al FMI creado para estabilizar las economías de países fuera del Plan Marshall con problemas en sus balanzas de pagos, además del acceso al Banco Internacional de la Reconstrucción y el Fomento. De hecho, la Unión de Pagos Europa que entra en operaciones en 1950 nace para coadyuvar en los problemas de comercio y de pagos de los países europeos,

permitiendo una discriminación en el comercio con otros países no europeos y reduciendo los aranceles intraeuropeos. Al momento de su defunción en 1958, esta poseía US\$3 mil millones en créditos que debían ser pagados (Eichengreen, 2008).

El propio FMI tuvo que crear los llamados Special Drawing Rights (SDR) para solventar los problemas de pagos y de liquidez recurrentes de los Acuerdos Bretton Woods, debido a las exorbitantes reservas de oro de EE. UU., luego de la Segunda Guerra Mundial. En 1948, EE. UU. poseía 2/3 partes de las reservas de oro del mundo, mientras que para 1958 estas se redujeron al 50 % (Eichegreen, 2008).

Dada la rigidez de las tasas cambiarias de US\$35 por una onza de oro, EE. UU., recurrentemente, tuvo que mantener déficits comerciales con sus aliados europeos para no afectar sus balanzas de pagos. No obstante, cuando ya a partir de los 60 la situación empieza a volverse insostenible, pasando de una crisis de liquidez a una inundación de dólares en la economía global, atizada por la creación de los SDR y por la subida de los precios del petróleo por parte de los países productores, luego de la Guerra del Yom Kippur de 1973, EE. UU. se vio forzado a imponer devaluaciones a sus aliados para mantener las tasas cambiarias y la economía global, mediante la llamada Gold Pool. La situación a inicios de los 70 se volvería insostenible, llevando al entonces presidente Richard Nixon a acabar con los acuerdos de Bretton Woods en 1973 (Eichengreen, 2008).

Precisamente, parte del problema fue que desde sus inicios se pensó al sistema en su conjunto con un FMI funcionando a la par de una organización internacional del comercio. Como esto no sucedió, sino hasta 1995 cuando en la Ronda de Uruguay se pasa del GATT a la Organización Mundial del Comercio, el sistema nació con las semillas de su propia destrucción. Por si fuera poco, el sistema desde sus inicios se vio plagado de conflictos sobre el financiamiento del FMI y sus Drawing Rights, así como de un enfrentamiento entre economías industrializadas y economías en industrialización (Eichengreen, 2008).

No cabe aquí una rendición pormenorizada de la historia económica del sistema Bretton Woods, pero se espera que con lo anterior haya quedado claro el carácter inestable del sistema, su precariedad y alcances limitados. A todas luces, no puede decirse que existiera un orden liberal internacional verdaderamente global durante la Guerra Fría e, incluso, dentro del propio club, como lo llama Ikenberry (2020a), tampoco existían consensos sobre el orden.

El libre comercio estaba subordinado a la reconstrucción y estabilidad económica, aumentando las dudas del carácter liberal del orden. El orden liberal internacional, por tanto, no nacería, sino hasta los 90 del siglo XX, en un contexto neoliberal que empezaría a conformarse a partir de los 70 y 80 de dicho siglo.

Si se pudiera catalogar el rol global estadounidense durante la Guerra Fría, se considera que la etiqueta de Anderson (2014) de hegemonía imperial sería la más adecuada. No obstante, hegemonía no entendida como consentimiento revestido de coerción, sino en su otra acepción de liderazgo de una coalición, liderando a aliados, disciplinando la disidencia y atacando cualquier forma de contestación al poder dominante (Anderson, 2018). Era una hegemonía imperial del capital:

Los Estados Unidos actuarían de ahora en adelante, no primariamente como una proyección de las preocupaciones del capital estadounidense, sino como un guardián de los intereses generales de todos los capitales, sacrificando—cuando fuera necesaria y por el tiempo que fuera necesario—la ganancia nacional por la ventaja internacional, con la confianza de que ultimadamente se tendrían réditos (Anderson, 2014, p. 50).

La lógica demostraba que, más que el ideal wilsoniano, lo que imperaba era la búsqueda, por todos los medios, de la ventaja hamiltoniana, “la persecución de la supremacía estadounidense, en un mundo hecho seguro para el capital” (Anderson, 2014, p. 127). Esto implicaba, entonces, enfrentar a la otra superpotencia, no desde una posición defensiva, sino tomando la iniciativa, desde la ofensiva. El objetivo real, como tanto John Lewis Gaddis y George Kennan aceptan, era la liquidación del enemigo, no su contención (Anderson, 2014, pp. 43-44). El discurso que legitimaría esta ofensiva sería articulado en términos defensivos, ya sea como contención, efecto dominó o estabilidad hegemónica, con el objetivo de hacerle frente a las amenazas a su supremacía militar y económica como encuentran tanto Anderson (2014, p. 54) como Agnew (1998, pp. 102-112). Esto también demuestra que aquellos que llaman a una nueva lógica de contención, esta vez hacia China, como Walt (2018) y Mearsheimer (2018) arguyen a favor del *off-shore balancing*, lo hacen adoptando una lógica falseada, sin tomar en cuenta que estos discursos se elaboraron para vender la estrategia expansionista de EE. UU. a su público interno, ni que, como Spykman ya lo había dicho, los

Estados no están interesados en un equilibrio de poder, sino en un balance de poder con un margen ventajoso a su favor (en Anderson, 2014, pp. 20-21 y 33-35).

A partir de todo lo anterior, se llega al fin de la Guerra Fría y al verdadero origen del orden liberal internacional. Como Anderson (2014,) afirma:

El fin de la Guerra Fría cerró una época. Los Estados Unidos ahora permanecía sola como la superpotencia la primera en la historia mundial. Esto no significa que podía descansar en los laureles. La agenda de 1950 podía estar completa, pero la gran estrategia del Estado estadounidense había siempre sido más amplia. La visión original de 1943 había sido puesta en pausa por un medio siglo en emergencia, pero nunca abandonada; la construcción de un orden liberal internacional con Estados Unidos a su cabeza. El comunismo estaba muerto, pero el capitalismo no había encontrado todavía su forma cumplida, como el universal planetario bajo un hegemon singular. El libre mercado no era aún mundial. La democracia no era invariablemente segura. En la jerarquía de los Estados, las naciones no siempre sabían su lugar. Los deméritos de la Guerra Fría faltaban de ser aclarados, adonde había dejado reliquias de un pasado desacreditado. (p. 92)

A continuación, se examinan estos orígenes desde los 70 y 80 del siglo XX, buscando contextualizar históricamente el surgimiento del orden liberal internacional.

¿Orden liberal internacional u orden neoliberal internacional? Situando al orden en su contexto histórico, de los 70 a la actualidad

Para la década de los 70 y 80 del siglo pasado, el mundo experimentaría una serie de sucesos que permitirían implantar el proyecto político neoliberal y desencadenar las fuerzas capitalistas de libre mercado. Por un lado, los 70 marcarían un momento de distensión en las tensiones bipolares de la Guerra Fría, mientras que, por el otro lado, a nivel global se experimentaría la estrepitosa subida de los precios del petróleo en los primeros años de los 70, especialmente 1973, como represalia de países árabes ante la pérdida de la guerra contra Israel. Esta situación causaría una inflación rampante en los países del centro del sistema-mundo y produciría estanflación con altas tasas de desempleo, junto con cada vez más decrecientes tasas de ganancia (Anderson, 2014, p. 76-77).

El correlato de lo anterior se vería en la década de los 80, cuando los costos de la crisis económica de los 70 se trasladarían a los países en vías de desarrollo del tercer mundo, cuando, con la elevación de las tasas de interés su deuda externa, con la cual habían financiado su modelo de industrialización por sustitución de importaciones, se volvería incontrolable (Anderson, 2014, p. 76-77). Peet y Harwick (2009, p. 89) encuentran que la deuda de países del “tercer mundo” y del este de Europa se triplicó de 1976 a 1982, cuando estalla la crisis de la deuda en países en desarrollo, llegando a adeudar US\$626 mil millones. El FMI adoptaría un nuevo rol para asegurar la estabilidad económica de los países, ahora bajo un nuevo dogma, ejercido a través de la condicionalidad y el ajuste estructural. El momento, a todas luces, era propicio para algunos que deseaban implementar un modelo diferente al Pacto con el Trabajo que había funcionado, al menos en los países desarrollados, desde la posguerra (Steger y Roy, 2010, p. 6; Peet y Hartwick, 2010, pp. 76-78; Harvey, 2008; George, 1999).

Peet y Hartwick (2009) y Steger y Roy (2010) identifican que los encargados intelectuales de promover el “nuevo” modelo económico serían Ludwig Von Mises, su discípulo Friedrich Hayek y el estadounidense Milton Friedman. Von Mises, adiestrado en la economía neoclásica marginalista y con simpatías por Mussolini, reproduciría una visión económica abstracta, matematizada y ahistórica para concebir las relaciones económicas, basadas en una noción del individuo como egoísta por naturaleza, con intereses en maximizar sus beneficios, pero el mercado se encargaría de conciliar y generar armonía entre consumidores y productores, mediante el sistema de precios. Claro, siempre y cuando el Estado no interviniera o interviniera solo en lo mismo, creando las condiciones propicias para la conducción racional y eficiente del mercado. Mediante el sistema de precios, el mercado lograría establecer los precios adecuados en los factores de producción, en especial, entre el capital y el trabajo y, a su vez, el funcionamiento, casi omnipotente del mercado, sabría aprovechar los factores de producción sin que ninguno se desperdiciara. Por ello, cualquier intervencionismo estatal, especialmente la planificación socialista, no generaría riqueza, porque distorsiona el sistema de precios del mercado capitalista (Peet y Harwick, 2009, pp. 78-82; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20).

Su discípulo Friedrich Hayek llevaría el pensamiento de Mises a sus últimas consecuencias, argumentando que el inicio de la civilización iniciaría con el establecimiento de la propiedad privada, en una especie de naturalización del capitalismo, tal y como Smith lo había hecho antes. Para Hayek, la historia de la humanidad, en su continuo progreso, necesitaba el descubrimiento de la propiedad privada para desarrollarse de la forma adecuada. Solo mediante un individuo posesivo, en busca de propiedad privada y su acumulación, es que la economía crea crecimiento y progreso (Peet y Harwick, 2009, pp. 78-82; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20).

De esta noción de individualidad reificada o caricaturizada, Hayek llega al argumento de que toda forma de intervencionismo estatal, sea socialista, comunista, socialdemócrata o del tipo que sea, lleva inexorablemente a la servidumbre y a la pérdida de toda libertad, al totalitarismo—un término *catch all* para englobar todo lo que no significara *laissez faire*, desde comunistas, socialistas, socialdemócratas hasta fascistas (Goodwin, 1982; Traverso, 2019). Incluso, consideraba que la desigualdad de poder entre un consumidor y un empresario era menor a la de estos con cualquier burócrata, por más bajo su rango, precisamente, porque podía ejercer todo el poder coercitivo—en una visión weberiana—del Estado para imponer modelos de vida. Claro, porque entiende que toda libertad emana de la libertad de poseer y acumular propiedad privada, a través de la libertad de empresa y, por tanto, el libre comercio, el *laissez faire*, es el único modelo en que el ser humano es realmente libre (Peet y Harwick, 2009, pp. 78-82; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20).

De ahí que el énfasis de ambos fuera entender que las crisis económicas provienen de una falta de demanda y su defensa contundente de lo que llaman la soberanía del consumidor, la cual defiende la libertad de consumo. Tanto para Mises como Hayek, la desigualdad que produce el capitalismo y sus relaciones de producción, circulación y consumo son no solo naturales, sino hasta deseables, dado que fomentan la competencia, distribuyen eficazmente los recursos y premian la innovación y el esfuerzo, mientras que se castiga la indolencia. En el centro de la cuestión está su visión de naturaleza humana esencialista y la naturalización, por consecuencia, de las relaciones sociales capitalistas (Peet y Harwick, 2009, pp. 78-82; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20). Por ello, George (1999) afirma que existe un carácter social-

darwinista dentro del neoliberalismo, entendiendo que el mercado “selecciona naturalmente” a los más “aptos” para sobrevivir.

Por otro lado, Milton Friedman sería el ideólogo predilecto de la teoría monetarista, argumentando que el Estado no debe intervenir en la economía, reproduciendo la separación entre esferas pública y privada liberal, mediante una política fiscal. El único instrumento legítimo que el Estado debía implementar es una política monetaria, mediante el control de la oferta monetaria, a través del manejo de las tasas cambiarias y las tasas de interés. Esto, claro está, no sería posible con tasas cambiarias fijas como las del sistema Bretton Woods, precisamente, porque, al estar ancladas en el oro y su oferta restringida, no permitían al capital dinero su libre acumulación, separada de cualquier relación social de producción. Solo con el paso de tasas fijas a tasas flotantes el capital dinero tendría libertad para ser el único tipo de capital sin límites para su reproducción y acumulación (Peet y Harwick, 2009, pp. 82-84; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20).

Como se puede ver, el momento no era propicio para estas ideas luego de la Segunda Guerra Mundial, pero esto no significa que estas no estuvieran desde hace tiempo en circulación, recordando que la Sociedad de Mont Pelerin, constituida por Mises y Hayek en un hotel de Suiza, nace en 1947 y que Friedman había sido profesor de la Universidad de Chicago desde los 50 y allegado al Instituto Hoover y al Heritage Foundation, piezas clave para el triunfo electoral de Ronald Reagan en los 80 y su administración (Peet y Harwick, 2009, pp. 82-84; Steger y Roy, 2010, pp. 15-20). El mismo Friedman (1952, pp. 1-3) reconoce que los 50 y 60 no eran un momento adecuado para que las llamadas ideas neoliberales calaran, como él mismo las llama. En dicho contexto, para Friedman, “todos eran colectivistas” en vez de individualistas de libre mercado. Si embargo, notaba que el contexto estaba cambiando y que sus ideas podrían encontrar terreno fértil en unos 20 años, con el cambio generacional. Su labor, como él mismo afirma, era ofrecer una nueva fe:

Las ideas tienen poca posibilidad de hacer mucho camino en contra de una fuerte corriente; su oportunidad viene cuando la corriente ha cesado de ser fuerte, pero que aún no haya cambiado. Este es, si estoy en lo correcto, el tiempo propicio, y brinda una rara oportunidad para aquellos de nosotros que todavía creemos en el liberalismo

de afectar la nueva dirección que tomará la marea. Tenemos una nueva fe que ofrecer; ésta nos impela a hacer clara para uno y todos qué es esta fe. (p. 2)

Como ha encontrado Hall (2011), el pensamiento neoliberal supo identificar el momento de crisis de los 70 para avanzar su agenda. Esta agenda ha sido exitosa, no porque se haya implementado a cabalidad, sino porque se convirtió en el nuevo sentido común, prácticamente global, o en un nuevo régimen de verdad (Harvey, 2020; Slater, 2014). Para Hall (2011) el proyecto neoliberal ha sido exitoso, pero contradictorio. Toda ideología, al popularizarse, se vuelve contradictoria (Hall, 1986; 2011), por ende, incluso, considerar al neoliberalismo como monolítico es problemático, tiene vertientes y diferencias conforme se implementa y cala en los países, por tanto, debe construir coaliciones con fuerzas nacionales e internacionales para consolidarse y legitimarse (Hall, 2011). Aunque otros autores coinciden en esto, sí encuentran que existen una serie de características que permiten definir el proyecto neoliberal (Harvey, 2008, 2020; George, 1999; Peet y Hartwick, 2009; Steger y Roy, 2010; Slater, 2014). Se empezará, por lo tanto, examinando el proyecto por uno de sus proponentes, Milton Friedman (1952), para luego identificar, con base en las fuentes anteriormente mencionadas, cuáles son estas características en común que permiten definir el proyecto neoliberal.

Friedman (1952, p. 3) afirma que la nueva fe que propone, la neoliberal, debe tomar en cuenta el anterior proyecto liberal para evitar sus errores. Dos son los errores que encuentra en el anterior proyecto liberal de *laissez faire*. En primer lugar, la posibilidad de creación de monopolios por ciertos individuos privados, alejando el funcionamiento del mercado de la competencia perfecta, lo cual llevaría a limitar la libertad de otros individuos. En segundo lugar, que el sistema de precios no funciona correctamente sin que existan bienes públicos que permitan su correcto funcionamiento.

Queda claro que, a diferencia de Mises y Hayek, para Friedman (1952, p. 3) el Estado sí cumple un rol fundamental para las relaciones sociales capitalistas en el neoliberalismo. Este rol es el de policar el sistema para evitar la creación de monopolios e impulsar la competencia, mediante la preservación de la libertad de empresa en todos los campos, mantener la ley y el orden en la sociedad, proveer un marco monetario estable y aliviar la miseria. El rol del Estado, entonces, estaría en función del mercado, y el modelo político más

útil que debiera adoptar el Estado, en función del libre mercado, es la democracia liberal (Friedman, 1952). Esto deja claro que la democracia liberal solo se defiende porque es útil al mercado, es decir, al capital, no por su valor inherente, ni por sus principios.

Un elemento que distingue al neoliberalismo del libertarianismo o anarcocapitalismo es que, al menos para Friedman (1952, p. 4), el Estado debe tener el monopolio de la oferta monetaria. Solo el Estado debe proveer de moneda a las economías nacionales, no el sector privado. Pero mientras le concede esto al Estado para evitar inestabilidad económica, por el otro lado, afirma que este debe aliviar la pobreza, prácticamente en términos de caridad, sin definir mecanismos que distorsionen el sistema de precios, como el salario mínimo.

Una vez visto lo anterior, se pueden ir examinando las características en común del neoliberalismo. Para Steger y Roy (2010) el neoliberalismo es un paradigma que se populariza en los 80, cuya base es la idea liberal clásica de un libre mercado autorregulado, con diversas tendencias y variaciones, dependiendo de las condiciones contextuales de los lugares donde se ha aplicado. Para comprenderlo mejor, se le debe ver como la manifestación de tres elementos: ideología, un modo de gobernanza y un paquete de políticas públicas (Steger y Roy, 2010, p. 11). En cuanto a su primer elemento, el neoliberalismo realiza afirmaciones ideológicas sobre una economía globalizada e interdependiente, basada en los principios de capitalismo de libre mercado, la cual promueve el flujo global del comercio de bienes, servicios y trabajo, así como de los mercados financieros (Steger y Roy, 2010, p. 12).

En lo referido a su segunda dimensión, un modo de gobernanza, el neoliberalismo se basa en la *New Public Management School*, la cual introduce una lógica empresarial a la forma de conducir política pública estatal (Steger y Roy, 2010; Slater, 2014). De esta forma, el Estado debe manejarse como si fuera una empresa y seguir los valores empresariales de competencia, interés egoísta y descentralización, fomentando la transferencia de funciones y poder del Gobierno Central o Nacional al Gobierno Local. Esta lógica de conducción del Estado llevó a un discurso de énfasis en la efectividad de las medidas, lo que subrayaba la “necesidad” de privatización del Estado y su reducción de tamaño y de gasto, dado que era excesivamente grande y el sector privado podía proveer de mejor forma y más eficaz muchos de sus servicios (Steger y Roy, 2010, pp. 12-14; Slater, 2014, pp. 98-106).

Esto estaría relacionado con el último elemento del neoliberalismo: sus paquetes de políticas públicas. Este paquete estaría conformado por tres dimensiones: desregulación de la economía, liberalización del comercio y la industria y la privatización de empresas públicas (Steger y Roy, 2010, p. 14). Slater, (2014, p. 91), por su parte, añade que las políticas iban dirigidas también a promover la industrialización, mediante la promoción de las exportaciones—de ahí el énfasis por devaluar las monedas de países en desarrollo para hacerlos más “competitivos”—, modernización a través del desarrollo del sector privado y la reducción del Estado y la priorización de la generación del capital humano para que el mercado pudiera encontrar la mano de obra—barata—necesaria para la producción. Slater (2014) argumenta que un elemento fundamental del neoliberalismo, aplicado al mundo en diferentes formas, es hacer que prácticamente la sociedad y el Estado giren alrededor del mercado, conformando al mercado capitalista como el principio *sine qua non* de organización social.

Por su parte, Peet y Hartwick (2009) afirman, en una línea argumentativa similar a las anteriores, que el neoliberalismo promueve una serie de reformas y políticas públicas dirigidas tanto a la economía nacional como al comercio exterior. A nivel nacional, se promueve la desregulación de la economía, buscando eliminar barreras que impidan el manejo eficiente del mercado—o por lo menos así afirma el discurso—incluyendo la desindustrialización, la reducción del gasto público, con subsidios al consumo de alimentos, y la reducción de impuestos, especialmente a los más ricos, para promover la inversión, estimulando el crecimiento económico—*trickle down economics*. Por otro lado, a nivel de comercio exterior, el neoliberalismo receta la devaluación de las monedas para hacer más competitivas las exportaciones, la convertibilidad de los sistemas monetarios y la eliminación de restricciones al libre movimiento de mercancías y capital a lo interno y externo de los países (Peet y Hartwick, 2009, p. 86). La forma en que se implementarían estas medidas sería a través de la terapia del shock, imponiéndolas mediante una securitización de la situación, argumentando que no había otra alternativa (TINA, por sus siglas en inglés), según el famoso dicho de Margaret Thatcher (Peet y Hartwick, 2009, p. 87; Harvey, 2020, p. 18; George, 1999). Esto permitiría “unir las economías a través de una globalización sin restricciones” (Peet y Hartwick, 2009, p. 86).

Se comparte aquí la posición de Peet y Hartwick (2009) de dejar intencionalmente por fuera el movimiento de personas o de trabajo, porque, como argumenta Smith (2016), la globalización capitalista trata del libre movimiento del capital y las mercancías, pero no del trabajo humano, con el objetivo de evitar una equiparación de salarios a nivel global. Smith (2016) explica que la restricción del trabajo humano es fundamental para que el capital de los países desarrollados pueda encontrar nuevos focos de acumulación en los países en desarrollo, en una competencia hacia la miseria, por cada vez menores salarios o mayor mano de obra barata. Asimismo, esto se utiliza para reproducir el discurso de que los países desarrollados poseen trabajo más productivo que los países en desarrollo, mediante la medición tradicional del Producto Interno Bruto (PIB), oscureciendo las relaciones reales de producción capitalista, basadas en la extracción de valor por intercambio desigual y superexplotación del trabajo (Smith, 2016).

Ahora bien, lo anterior también deja claro lo que señala Mazzucato (2019) sobre cómo es que la perspectiva tradicional económica ha observado el rol económico que posee el Estado. Esta perspectiva concibe al Estado con un rol de facilitar el proceso de creación de la riqueza y el valor, pero nunca como un actor que pueda o debiera producirlo por sí mismo. De ahí que se le conciba como corrector de las desviaciones o fallas de mercado, como promotor de innovación, investigación y desarrollo, como reductor de riesgos o prestamista en último término y estabilizador del ciclo económico (Mazzucato, 2019, p. 226). Esta perspectiva es problemática, porque limita el accionar del Estado y la formulación e implementación de las políticas públicas a su disposición y permite que sectores se apropien de un valor extraordinario, aumentando la desigualdad. Por ello, la autora promueve otras formas de concebir el rol económico del Estado, aunque estas exceden los alcances de esta investigación.

Lo importante es que deja claro el rol del Estado para la perspectiva neoliberal, demostrando el mito del *laissez faire*. Agnew (2020) recalca que el énfasis en el *laissez faire* del proyecto es un mito, cuando realmente de lo que se trata es de hacer al Estado un sirviente del capital. El apoyo del Estado estadounidense para la creación y desarrollo de empresas en el sector tecnológico como Apple, Compaq, Intel, incluso, Facebook, ahora Meta, o empresas del sector energético, fomentó el fracking en empresas de gas natural o también en la industria

de biotecnología (Mazzucato, 2019, pp. 229-230), como también se evidenció en la coyuntura de la pandemia por el COVID-19, la cual dejó claro que de lo que se trata es de un Estado sirviente al capital. Las consecuencias de esto han sido claras, como lo demuestran los datos del Economic Policy Institute (2022), al encontrar que mientras en el período de 1948-1979 la productividad de la economía global aumentó en un 118,4 % y los salarios reales aumentaron un 107,5 %, en el período de 1979-2020 la productividad aumento un 64,6 %, pero los salarios reales apenas aumentaron un 17,3 %.

Con lo anterior, se puede comprender por qué Harvey (2008b. 2020) llama al neoliberalismo como un proceso de destrucción creativa, mientras que George (1999) lo llama un proceso disciplinario de clase, a favor de los sectores más ricos. Este se ha conjugado con un capitalismo posfordista basado en la producción *just in time*, la flexibilización y terciarización del trabajo, llevando el modelo de superexplotación del trabajo de la periferia a lo largo y ancho de toda la economía global (Marini, 2008). Por ello, también se argumenta que la base actual de acumulación de capital por el capitalismo ya no es la creación de valor, sino la extracción de valor, mediante la acumulación por desposesión, por ende, destrucción creativa (Harvey, 2005, 2008b), aunque con una perspectiva un tanto distinta (Smith, 2016; Suwandi, Jonna y Foster, 2019).

No obstante, antes de proseguir, se desea aclarar un punto importante. Agnew (2020) es crítico de entender que lo que se observa actualmente es “neoliberalismo”, dado que esto oscurece las continuidades históricas del modelo cultural en el que este modelo se ha basado. Por ello, prefiere acuñar el término de sociedad de mercado y entender que el proyecto global de los EE. UU. siempre ha sido exportar su sociedad de mercado como modelo de organización política, social, económica y cultural a nivel mundial. Esta sociedad de mercado es una mezcla de liberalismo, puritanismo—en esto coincide con Slater (2014)—, realismo, entre otras creencias, en la que todos y todo tienen un precio (Agnew, 2020). Por tanto, el autor afirma que:

El capitalismo se ha desarrollado de diferentes maneras en diferentes lugares. El hecho de que el capitalismo global contemporáneo refleje mucho más las características de la sociedad del mercado estadounidense que otras variedades de capitalismo sugiere el poder ejercido por esta proyección particular. (p. 153)

Para Agnew (1998, 2018, 2020; Agnew y Sharp, 2016) lo que EE. UU. ha hecho no es exportar su modelo político al mundo, sino su modelo socioeconómico. Este modelo es una sociedad de mercado basada en el consumo masivo y la experiencia de vida a través del consumo de mercancías, ocultando una jerarquía de clase tras una retórica cultural de emprendimiento e igualdad de oportunidades (sueño americano), mediante una limitación de la prestación de bienes públicos, llevando con todo a una visión privatizada de la vida (Agnew, 2020).

Aunque se comparte con Agnew (2020) esa necesidad de mantener los patrones históricos de larga duración en la argumentación, buscando evidenciar el proyecto global estadounidense, lo cierto del caso es que también es importante identificar los matices y cambios que este proyecto ha experimentado a lo largo de las coyunturas que ha debido enfrentar. Por ello, se considera que utilizar el término neoliberalismo, bajo las acepciones con las que aquí se ha utilizado, permite conciliar tanto el patrón de larga duración como sus variaciones coyunturales. Como argumentaría Anderson (2014, p. 49 y p. 137), los 70 del siglo pasado marcaron el inicio de una vuelta a la normalidad capitalista, permitiéndole a EE. UU. volver a su *Grand Strategy* de exportar su modelo capitalista al mundo. Manteniendo las conexiones lógicas entre ambas perspectivas, lo que se busca es conciliarlas para dar un argumento más sofisticado del proyecto hegemónico estadounidense en su larga duración. Por lo tanto, a partir de lo anterior, se puede entender que el proyecto neoliberal es un discurso ideológico y práctico que promueve que la organización política y social de las sociedades gire alrededor del “libre” mercado, con énfasis en la libertad de empresa y el “libre” movimiento del capital y las mercancías.

Anderson (2014) comparte con Harvey (2020) la tesis de que lo sucedido en los 70 no era un declive estadounidense, sino más bien el éxito de la reconstrucción económica capitalista del mundo. El supuesto declive relativo de EE. UU. en los 70, que no es más bien la vuelta a una situación de producción mundial normal, donde EE. UU. ya no representa cerca del 50 % del PIB mundial, es un efecto de la reconstrucción, no del declive, lo cual llevó a este país a la necesidad de recalibrar su poderío global. De ahí que los 70 fueran un parteaguas como por lo menos identifica correctamente Ikenberry (2020a).

Volviendo ahora al relato histórico, como se ha afirmado, los 60 y 70 fueron instrumentales para el cambio de mentalidad. Como afirma Hall (2011), “La crisis de finales de los 1960s-1970s era la oportunidad para el neoliberalismo y los regímenes de Thatcher y Reagan la tomaron con ambas manos” (p.707). Además, como advierten tanto Steger y Roy (2010) y Peet y Hartwick (2009), las explicaciones neoliberales tomaron amplia popularidad para explicar las crisis de los 70 y 80, así como las medidas necesarias para solventarlas. No obstante, Anderson (2014) identifica a la presidencia de Richard Nixon como el parteaguas en la coyuntura global:

A la vuelta de los setenta, sin embargo, cambios profundos en el ambiente del poder global estadounidense coincidieron con una presidencia menos comprometida con las ficciones piadosas y las fijaciones en las políticas de sus predecesores, capaz de perseguir el mismo objetivo último con notablemente medios más flexibles—si también, cuando era requerido, con aún mayor crueldad. Como ningún gobernante estadounidense ha sido antes o después que el, Nixon era un innovador (...)

La respuesta de Nixon era draconiana. Los principios de libre comercio, de libre mercado y la solidaridad del mundo libre no podían anteponerse al interés nacional. Sin perder el tiempo en consultas diplomáticas, en un mensaje televisivo de cuatro minutos a la audiencia doméstica, él se trajo abajo el sistema de Bretton Woods, cortando el lazo entre el dólar y el oro, impuso un aumento de tarifas a todas las importaciones y decretó un congelamiento de los salarios y precios. En el corto plazo, la devaluación restauró el golpe competitivo de las exportaciones estadounidenses, y en el largo plazo, el desligue del dólar del oro le dio al Estado estadounidense mayor maniobrabilidad económica que nunca antes. La estructura real del proyecto del orden liberal internacional de 1943-1945 estuvo momentáneamente revelada. Pero este éxito impresionante en el ejercicio del egoísmo nacional solo podría ocultar por un tiempo limitado la alteración irreversible de la posición de los Estados Unidos en la economía mundial, de lo cual Nixon estaba consciente. (pp. 76-77)

De esta forma, Nixon preparó el terreno y el escenario para la vuelta neoliberal no solo en los Estados Unidos, sino también en el mundo. Como encuentra Harvey (2008, p. 11), luego del escándalo Watergate que llevó a la dimisión de Nixon, se legalizaron los comités

corporativos de acción política (PACs, por sus siglas en inglés), lo que facilitó el fortalecer el ligamen entre el capital corporativo y financiero, los institutos académicos o *think tanks* y los partidos políticos en los EE. UU. De hecho, este fue el momento en que el Partido Republicano empezó a ser cooptado por sectores conservadores, neoliberales y de derecha cristiana, instrumentales en la llegada de Ronald Reagan al poder en los 80 (Harvey, 2008, p. 11). Steger y Roy (2010, pp.22-23) afirman que el conservadurismo estadounidense es una especie de “liberalismo musculoso”, asociado a figuras como Truman o Theodore Roosevelt, que comparten las premisas del neoliberalismo, pero con, inclusive, mayor favorabilidad hacia el gran capital y con una política exterior expansiva. Dos fundaciones serían importantes en todo esto: la Heritage Foundation y el Instituto Cato.

El golpe de Estado contra Salvador Allende en 1973 les daría una oportunidad importante a los neoliberales para impulsar sus políticas, con ayuda del FMI y su política de ajuste estructural, la AID y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Friedman y Hayek enviarían cartas a Pinochet aconsejándole sobre cómo conducir su economía y la Universidad de Chicago sería instrumental en formar a los llamados Chicago Boys para impulsar las medidas neoliberales en América Latina. Los programas de ajuste estructural del FMI se impulsarían por varios países de América Latina en los 80, incluyendo a México, Brasil, Costa Rica, entre otros, así como en otras localidades como Ghana, convirtiéndose en un ajuste espacio-temporal de sus estructuras capitalistas, a favor de las ya mencionadas y explicadas políticas neoliberales. Como se puede observar, el apoyo del neoliberalismo a la democracia es, en el mejor de los casos, meramente instrumental (Harvey, 2008; Peet y Hartwick, 2009; Steger y Roy, 2010; Hall, 2011).

Los 80 marcarían una recalibración del poderío global estadounidense en varios sentidos. Por un lado, Reagan impulsaría una reforma fiscal y una iniciativa del control del gasto público, con excepción del sector defensivo-militar, a favor del sector más acaudalado de los EE. UU., esto aumentó la desigualdad y permitió que el 1 % más rico se dejara el 15 % de los ingresos para final de siglo, mientras que el 0,1 % más rico se dejaba el 6 % de los ingresos para el año 1999. Esto empezaría la espiral de deuda y déficit fiscal estadounidense hasta la actualidad. Un proceso similar se implementaría en el Reino Unido bajo Thatcher (Harvey, 2008, p. 9; Steger y Roy, 2010, pp. 25-28; Hall, 2011). Asimismo, en ambos países se

implementarían políticas agresivas de desregulación y privatización, con su consecuente ataque contra los sindicatos para “disciplinar al Trabajo”, siendo los más importantes el desmantelamiento de los sindicatos de los controladores aéreos en EE. UU. y el de los mineros en el Reino Unido (Harvey, 2008, p. 12).

Reagan también impulsaría una desregulación de los mercados financieros estadounidenses, al tiempo que implementaba medidas de protección mercantilista, aumentando las tarifas arancelarias y los impuestos a las importaciones. Esto llevaría a una serie de fusiones corporativas y tomas agresivas de empresas por el capital financiero, lo cual aumentó el poder del gran capital financiero dentro del país (Steger y Roy, 2010, pp. 29-38). La derogación de la ley Glass-Steagall en los 90, bajo la administración Clinton, simplemente consolidarían un *fait accompli* (Harvey, 2020, p. 18).

Por otro lado, la administración Reagan también implicó una recalibración del poder de los EE. UU. que implicó no asumir más los costos del ascenso de Alemania y Japón como economías capitalistas liberales, forzando a estos países a revaluaciones para hacer competitivas las exportaciones estadounidenses, consolidando la recuperación económica de EE. UU. en los Plaza Accords de 1985. Si durante el mandato de Reagan el dólar se apreció de forma significativa, para el fin de su mandato llegaría al punto más bajo de su período (Anderson, 2014, p. 79; Steger y Roy, 2010, p. 29). Asimismo, Reagan embarcaría a los EE. UU. hacia una época de altas tensiones con la URSS, promoviendo el gasto en defensa, consecuente con el keynesianismo militarista estadounidense, llevando a una carrera armamentística y nuclear, incluso, con la URSS, y al aumento de conflictos en el tercer mundo. Asimismo, durante el período se lograrían acuerdos de control de armamento nuclear (Anderson, 2014; Steger y Roy, 2010, pp. 45-49).

Como afirman Hall (2011) y Steger y Roy (2010), el neoliberalismo de Reagan era diferente del neoliberalismo de Thatcher, pues el primero implementó políticas neoclásicas a favor de la oferta, mientras que la segunda era más monetarista. Dado la primacía del dólar como moneda de reserva global de valor y la Reserva Federal estadounidense como el prestamista económico global en último término, Reagan podía financiar su proyecto global con un alto déficit fiscal, algo que Thatcher nunca podría (Steger y Roy, 2010, p. 28).

Con la llegada de los 90 y el fin de la Guerra Fría, los EE. UU. se encontraría en una situación predilecta para impulsar su proyecto capitalista-neoliberal global (Anderson, 2014). Durante el período se llevarían a cabo la Ronda de Uruguay (1986-1994), el surgimiento de la OMC en 1995, como producto de esta ronda, y el logro del Tratado de Libre Comercio de Norte América (NAFTA, por sus siglas en inglés), para el cual fue Reagan quien inició conversaciones con Canadá, pero no sería hasta la administración Clinton que se lograría plasmar, incorporando a México (Steger y Roy, 2010, pp. 37-38). Con el surgimiento de la OMC en 1995 y el énfasis en la protección de derechos de propiedad intelectual que adquirirían las negociaciones de libre comercio posteriormente, junto con el énfasis en desregular y liberalizar el comercio (Steger y Roy, 2010), la última pieza necesaria para impulsar el proyecto global estadounidense se había logrado. La Unión Europea sería el corolario europeo de la consolidación global del proyecto neoliberal.

A partir de entonces, empezaría a consolidarse el proyecto pero, como dice Hall (2011), el neoliberalismo debe ser entendido como un proceso, no como un proyecto acabado, en constante reproducción, a partir de lo que ha sido llamado el Consenso de Washington. Resulta importante recordar que, como se dejó claro en el marco teórico-epistemológico, el capitalismo es un modo de producción que constantemente necesita revolucionarse a sí mismo para continuar con la reproducción y acumulación de capital (Marx, 1978). El neoliberalismo y su desarrollo es el actual modelo ideológico por el cual el capitalismo busca revolucionarse a sí mismo, incluso, a expensas del propio neoliberalismo (Anderson, 2014, p. 132).

Luego de aprender las lecciones de los ajustes estructurales implementados por el FMI y el Banco Mundial (BM) en los 80 y 90 en países en desarrollo y de aplicar políticas similares a lo interno de EE. UU. y Reino Unido, EE. UU. estaría preparado para impulsar el proyecto a nivel global (Anderson, 2014, p. 104). La forma en que se articularía este proyecto global ha sido llamada por algunos como Consenso de Washington (Steger y Roy, 2010; Peet y Hartwick, 2009). Peet y Hartwick (2009) afirman que el Consenso de Washington tendría una base principal de características neoliberales que luego se ampliarían con el tiempo conforme a la experiencia en su implementación. Estos autores resumen las características del Consenso de Washington Ampliado de la siguiente manera:

Tabla 3*Las características del Consenso de Washington Ampliado*

Características originales		Características ampliadas	
Disciplina fiscal	Liberalización del comercio	Gobernanza corporativa	Apertura “prudente” de la cuenta capital
Reorientación del gasto público	Apertura a la inversión extranjera directa (IED)	Medidas contra la corrupción	Regímenes de tasas de cambio sin intermediarios
Reforma fiscal	Privatización	Mercados laborales flexibles	Independencia de los bancos centrales y medidas para contener la inflación
Liberalización financiera	Desregulación	Acuerdos de la OMC	Red de seguridad social
Tasas de cambio competitivas y unificadas	Garantizar derechos de propiedad	Estándares y códigos financieros	Reducción de la pobreza focalizada

Nota. Elaboración propia con base en Peet y Hartwick (2009, p. 93).

Este proyecto global estadounidense implicaría una serie de tratados regionales de libre comercio, impulsados a finales de los 90 y durante la primera década del siglo XXI, algunos, inclusive, durante la segunda década también, como el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP, por sus siglas en inglés) y el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TTP, por sus siglas en inglés). No obstante, el ALCA fracasaría por la llegada a finales de los 90 y principios del siglo XX de gobiernos catalogados como socialismo del siglo XXI o la llamada marea rosa (Borón, 2008), mientras el TTIP no ha logrado salir de trabas en las negociaciones transatlánticas y el TTP fue sepultado por el mismo Donald Trump durante su administración (Ikenberry, 2020a; Nye, 2019). El TTP, afirma Anderson (2014, p.114), era un tratado destinado, por un lado, a obligar a China a adoptar reglas sobre propiedad intelectual, mientras que, por otro lado, de forma indirecta, se obligaba a una mayor liberalización de la economía japonesa, plagada de barreras informales.

Por si fuera poco, las negociaciones a lo interno de la OMC se encuentran paralizadas desde la Ronda de Doha, que inició en el 2001, precisamente, por resistencia de la India a liberalizar su sector agrícola y por someterlo a grano protegido proveniente de EE. UU. y la Unión Europea. Desde entonces, con la administración W. Bush, EE. UU. ha estado buscando cooptar a India a sus designios hegemónicos, incluso, exportándole material militar (Anderson, 2014, p. 104). Las siguientes administraciones seguirían esta política impulsada por Bush hijo, buscando alejar a la India de la oferta de armas rusas.

Lo anterior deja más claro que la hegemonía no debe entenderse como un estado del ser, sino como un proceso en constante esfuerzo de reproducción y de consolidación. Como afirma Hall (2011)

Entonces, a la luz de todo esto, ¿es el neo-liberalismo hegemónico? La hegemonía es un concepto complicado y provoca un pensamiento confuso. Ningún proyecto logra una posición permanente de ‘hegemonía’. Es un proceso, no un estado de existencia. Ninguna victoria es final. La hegemonía tiene que ser constantemente ‘trabajada’, mantenida, renovada y revisada. (p. 727)

Esto quedaría claro con los ataques a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001, vistos como un desafío al poder internacional estadounidense. Sin embargo, estos ataques también significarían una oportunidad para EE. UU. de llevar al mundo a una nueva era, a un imperio de libertad, afirmó Bush hijo (Anderson, 2014, p. 39), parecido al argumento del leviatán liberal de Ikenberry (2005), sin entender ambos no solo que la noción hubiera sido motivo de humor negro para el propio Hobbes, sino que un “hegemón benevolente” es como un “hegemón unicornio”, imposible de existir (Anderson, 2014, p. 141 y 180). Desde la operación *Desert Storm* en los 90, a la clase gobernante estadounidense le había quedado claro que el problema con el régimen de Saddam Hussein en Irak era su ferviente nacionalismo que no permitía a empresas extranjeras petroleras operar en su territorio (Anderson, 2014, p. 93). Lo que siguió con la manipulación y mentiras de la administración W. Bush no fue una excepción, un quiebre o una ruptura con el orden liberal internacional, como cree Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b; Deudney e Ikenberry, 2021a, 2021b), sino más bien su imposición en Irak por medios coercitivos. Como encuentra Harvey (2008):

La respuesta de EE.UU. fue dada el 19 de septiembre de 2003, cuando Paul Bremer, jefe de la Autoridad Provisional de la Coalición, promulgó cuatro órdenes que incluían "la plena privatización de empresas públicas, plenos derechos de propiedad de empresas iraquíes para firmas extranjeras, repatriación total de los beneficios extranjeros (...) la apertura de los bancos iraquíes al control extranjero, el tratamiento nacional para compañías extranjeras y (...) la eliminación de casi todas las barreras comerciales." (4) Las órdenes debían ser aplicadas a todas las áreas de la economía, incluyendo a los servicios públicos, los medios de información, la manufactura, los servicios, los transportes, las finanzas, y la construcción. Sólo exceptuaron el petróleo.

También fue instituido un sistema tributario regresivo favorecido por los conservadores, llamado un impuesto de tipo único. El derecho de huelga fue ilegalizado y los sindicatos prohibidos en sectores clave. Un miembro iraquí de la Autoridad Provisional de la Coalición protestó contra la imposición forzada del "fundamentalismo de libre mercado," describiéndolo como "una lógica defectuosa que ignora la historia." (5) Sin embargo, el gobierno iraquí interino nombrado a fines de junio de 2004 no obtuvo ningún poder para cambiar o escribir nuevas leyes – sólo pudo confirmar los decretos que ya habían sido promulgados.

Lo que evidentemente trataba de imponer EE.UU. a Iraq era un aparato estatal neoliberal hecho y derecho cuya misión fundamental era y es facilitar las condiciones para una acumulación rentable de capital para todos, iraquíes y extranjeros por igual. Se esperaba, en breve, que los iraquíes cabalgaran su caballo de la libertad directamente al corral del neoliberalismo. (pp.6-7)

Lo cierto del caso es que EE. UU. impuso un modelo neoliberal a Irak basado en una lógica de acumulación por desposesión. Independientemente de quién haya sido responsable por la invasión a Irak, lo sucedido no era contrario al orden, era consecuencia misma del propio orden por más que Ikenberry no lo reconozca.

A todo esto, el discurso del excepcionalismo estadounidense no faltaría. Durante los 80 y especialmente luego de la Guerra Fría, este discurso volvería con aún más ahínco de la mano del republicano Newt Gingrich, más interesado en popularizar el término que demostrarlo y

en denunciar a todo lo que cuestionara el discurso como no patriótico (Bell, 2022, p. 29). Bell (2022, p. 28) encuentra que, con Gingrich, el discurso se popularizaría, dejando los círculos políticos y académicos y propagándose por la cultura popular estadounidense. Era la construcción de un nuevo sentido común que permitiera cohesionar a un pueblo con una identidad nacional frágil, basada en mitos identitarios del país de inmigrantes o la tierra de oportunidades (Agnew y Sharp, 2016; Agnew, 2020). Claro está que el discurso se seguiría implementando en los círculos políticos, de los que Gingrich era parte, incluido el mismo Ronald Reagan, articulando nociones de libertad y civilización anglosajona (Steger y Roy, 2010).

Para Gingrich, el excepcionalismo estadounidense era claro y no había que demostrarlo. Como afirmaba, “Déjenme ser cándido. Los haitianos tienen más que aprender de los Estados Unidos, que los estadounidenses aprender de los haitianos” (en Bell, 2022, p. 28). Lo que queda claro en el discurso de Gingrich no es el excepcionalismo estadounidense, sino la reproducción de la colonialidad del poder y el racismo. Bell (2022, p. 30) afirma que si el término se empieza a popularizar desde los 80, a partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001, su consolidación en el imaginario popular se aceleró significativamente. Ahora combinaría, eso sí, además de nociones mesiánicas, expansionistas, racistas, clasistas, capitalistas y liberales, una profundización del discurso orientalista e islamófobo, tanto en el discurso oficial como en el discurso popular estadounidense, reforzando una tendencia que ya Said (1981) había identificado como prevaleciente en los EE. UU. durante el siglo XX.

Clinton, Bush y Obama seguirían implementando diversas referencias al excepcionalismo estadounidense. Primero, la administración Clinton con su discurso de la nación indispensable, al tiempo que buscaba, junto con Tony Blair, legitimar su proyecto de globalización neoliberal, con medidas redistributivas internas, argumentando una supuesta tercera vía y acuñando el término de globalistas, contra el cual, como se ve más adelante, un sector conservador y reaccionario se volcaría aliándose con Trump en 2016 en su lucha electoral contra Hillary Clinton (Steger y Roy, 2010; Green, 2017). Segundo, cuando Bush hijo, afirmó que “Nuestra nación ha sido escogida por Dios y comisionada por la historia como un modelo para el mundo” (en Anderson, 2014, p. 37). Asimismo, Harvey (2008) encuentra que Bush hijo llegó, incluso, a señalar que "la libertad es el regalo del

Todopoderoso a cada hombre y mujer en este mundo" y "como la mayor potencia del mundo [EE. UU. tiene] una obligación de ayudar a la extensión de la libertad" (en Harvey, 2008, p. 6; los corchetes son de la fuente original). Tercero, cuando Obama dijo " la confianza de que Dios sigue llamando a los estadounidenses a su destino: llevar, con Su gracia, 'el gran regalo de la libertad' a la posteridad" (en Anderson, 2014, p. 37).

El discurso del excepcionalismo estadounidense se relanzaría con el fin de la Guerra Fría, vinculándolo con democracia, derechos humanos, libertad y libre comercio. No obstante, el discurso de los derechos humanos no ha sido siempre una tónica en la proyección de poder de los EE. UU., en realidad, se adopta a partir de la administración Carter para legitimar su política exterior, oscureciendo el intervencionismo estadounidense, tanto durante esta administración y en las posteriores como en la guerra en los Balcanes y Somalia de los 90, Afganistán, Irak, Siria y especialmente Libia en el siglo XXI (Anderson, 2014, p. 79 y 108).

Mientras el modelo económico se exportaba, el modelo de seguridad de la OTAN siguió en expansión desde los 90, incorporando a varios países de Europa Oriental. En efecto, Anderson (2014,) enuncia que:

A la expansión de su influencia económica y política no podía corresponder una contracción de su alcance militar. Una, desde hace tiempo habían afirmado sus estrategias, era condición para la otra. Para el régimen de Clinton, la desaparición de la amenaza soviética no era, entonces, razón para retirar las posiciones de avanzada de EE.UU. en Europa. Al contrario: la debilidad de Rusia hizo posible extenderlas. La OTAN, lejos de ser desmantelada ahora que la Guerra Fría había acabado, podía expandirse a las puertas de Rusia. Hacerlo pondría una garantía a cualquier intento de revivir las aspiraciones moscovitas de antaño, y asegurarle a los recientemente liberados Estados del Este de Europa que ahora se encontraban detrás del escudo Occidental. No sólo esto. La expansión de la OTAN al Este representó la consolidación de la hegemonía estadounidense sobre Europa, en momentos en que el fin de la Unión Soviética amenazaba tentando a los aliados tradicionales estadounidenses en la región de actuar de forma más independiente que en el pasado. Para hacer el punto continental claro, la OTAN fue expandida hacia Europa Oriental

antes de que la UE llegara. A lo interno, la expansión de la OTAN gozó de apoyo bipartidario a nivel congresista. (p. 96)

Para Anderson (2014), la expansión de la OTAN al Este provocaría a Rusia y llevaría a los sucesos de la anexión de Crimea de 2014 y al conflicto actual de guerra, a partir de 2022. No obstante, el cálculo estadounidense se mantuvo dado que los costos los pagarían los aliados, no el propio EE. UU.

Por otro lado, la crisis de 2008 y la subsecuente crisis en Europa desde 2011 es producto del éxito del modelo neoliberal, no su desviación. Esta última vista como una crisis bancaria y vendida como una crisis de deuda soberana (Blyth, 2018). Esta crisis de subconsumo sucede, precisamente, por las acciones implementadas, a partir de la década de los 80, mostrando de nuevo la vigencia de la tesis de Marx (1976), acerca de la contradicción capital/trabajo en el capitalismo. Su solución también siguió la receta neoliberal, como encuentra Blyth (2018), ahora bajo el peligroso discurso de austeridad. No solo estas crisis evidenciaron una acumulación por desposesión, privatizando las ganancias y socializando las pérdidas, pues se calcula que el rescate a los principales bancos ha sido entre US\$3 a US\$13 mil millones, sino que, incluso, la “cura” podría y ha sido peor que la enfermedad, profundizando en Grecia el peso de la deuda, ahora con menos recursos, luego de las medidas que le fueron impuestas por el Consejo Europeo y el FMI de desregulación, privatización y precarización de la vida de amplios sectores de su sociedad. Además, la recuperación global, luego de la crisis ha sido decepcionante por las medidas de austeridad, no a pesar de estas (Blyth, 2018, pp. 24-47). Como afirma Blyth (2018):

Entonces, si sigue siendo la mejor de todas las malas opciones de que disponemos; si los déficits que la generan son de carácter fundamentalmente cíclico; y si, como comprobaremos en los siguientes capítulos de este libro, los niveles que alcanza no son más que una pálida sombra de la deuda privada que soportan los ciudadanos y los bancos de otros muchos estados, ¿por qué nos preocupa tanto la deuda que pueda acumular el gobierno de Estados Unidos? La respuesta es que hemos convertido la política del endeudamiento en un relato moral, en un prontuario ético que nos ha llevado a transferir el peso de la responsabilidad, haciéndolo pasar de las espaldas de los bancos a los hombros del estado. La austeridad es la penitencia —el virtuoso

padecimiento que ha de venir tras la inmoral orgía—, aunque con un pequeño matiz: el de que no se trata de una dieta de penalidades que todos debamos compartir. Fueron muy pocos los invitados a la fiesta, pero ahora se nos exige pagar la factura a todos. (p. 43)

Conclusiones

Como ha podido observarse, las ideas del internacionalismo liberal no soportan un examen crítico histórico. No son ideas universales, despersonalizadas y descontextualizadas, son ideas hechas por alguien y para algo; en este caso, para el poder global estadounidense. El orden liberal internacional no nace, por lo tanto, a finales de la Segunda Guerra Mundial, sino que, realmente, tiene su origen en los 70 y 80 del siglo pasado, constituyéndose de mejor forma como un orden neoliberal internacional. No obstante, no hay que olvidar que se opera en un proceso de larga duración, cuyo interés principal ha sido exportar al mundo la sociedad de mercado estadounidense (Agnew, 2020) o hacer el mundo seguro para el capital (Anderson, 2014).

De ahí que la piedra angular del llamado orden liberal internacional o, mejor dicho, hegemonía internacional estadounidense sea su noción de excepcionalismo estadounidense. Inicialmente, con un carácter mesiánico, racista, clasista y expansionista, el cual adoptaría un discurso liberal desde Woodrow Wilson, mientras toleraría proyectos económicos distintos al liberal durante la Guerra Fría en aras de la reconstrucción de la economía global y la competencia con la URSS. Posteriormente, ya para los 70 y 80 las condiciones estaban dadas para retomar el proyecto del *laissez faire*, ahora bajo una tónica neoliberal, bajo el proyecto llamado Consejo de Washington. Este proyecto entraría en crisis orgánica (Gramsci, 2017; Hall, 1986), a partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001 y el subsecuente expansionismo imperial estadounidense en Afganistán e Iraq, pasando por la crisis financiera global del 2008, mientras que su cura, la austeridad, ha sido una medida que ha profundizado el proyecto neoliberal de acumulación por desposesión (Harvey, 2005), a la vez que ha profundizado la crisis del orden. Estos son los silencios convenientes e invisibilizaciones del discurso de Ikenberry, Daniel Deudney, Joseph Nye y demás autores que defienden el proyecto del orden liberal internacional.

A partir de todo lo visto anteriormente, queda claro que el proyecto global de EE. UU. ha sido la exportación de su sociedad de mercado al mundo (Agnew, 2020), desinhibido desde el fin de la Guerra Fría de la lucha contra la Unión Soviética. El legado ha sido el aumento del poder del capital financiero, tendiente al monopolio y a la concentración de la riqueza, lo que llevó, precisamente, a las crisis de 2008 y de 2011, bajo un discurso de libre comercio que disfraza barreras arancelarias informales y subsidios a la economía estadounidense, imponiéndose por negociación, presión o coerción dependiendo del caso. El orden liberal internacional no es más que un mito (Anderson, 2014, p. 22) o una nueva versión de la imaginación geopolítica moderna ahora bajo una nueva espacialidad del poder, siguiendo a Agnew (2020). Por ello, el balance que realiza Anderson (2014) es altamente atinado:

La restauración de Alemania y Japón no probó ser de beneficio contundente para los Estados Unidos tras de todo, el sistema de Bretton Woods capituló bajo la presión de su competencia: el poder que había alguna vez excedido el interés, permitiendo su conversión en hegemonía, había empezado a infligir costos. Fuera de los obstáculos había emergido un modelo más radical de libre mercado en casa, el cual, cuando se hubo ganado la Guerra Fría fue exportado sin inhibición como la norma de un orden neoliberal. Pero contra las ganancias de la desregulación globalizada de los EE.UU. llegaron pérdidas más profundas y radicales, mientras su déficit comercial y su endeudamiento necesario para cubrirlo se acumulaba crecientemente. Con la emergencia de China—capitalista en su moda, ciertamente, pero lejos de ser liberal, en efecto, todavía gobernada por un partido comunista—como un poder económico no sólo de superior dinamismo, pero de pronta magnitud comparable, en cuyas reservas financieras en su propio crédito público había llegado a depender, la lógica de largo plazo de la gran estrategia estadounidense amenazaba con volverse contra sí misma. Su premisa siempre había sido la armonía entre el universal y el particular—los intereses generales del capital asegurados por la supremacía nacional de Estados Unidos. Para soldar los dos en un solo sistema, un imperio global fue construido. Pero a pesar de que el imperio ha sobrevivido, se está desarticulando del orden que alguna vez buscó extender. La primacía estadounidense no es más la piedra angular de la civilización del capital. Un orden liberal internacional con los Estados Unidos a su cabeza arriesga de convertirse en algo más, menos compatible con la Tierra de los

Libres. Una reconciliación, nunca perfecta, del universal con el particular fue una condición constitutiva de la hegemonía estadounidense. Hoy están distanciándose. ¿Pueden ser juntadas nuevamente? Si es así, ¿cómo? Alrededor de estas dos cuestiones, el discurso del imperio ahora gira, dividiendo a sus estrategias. (117-118)

Desde la propia administración Obama, se identificó la necesidad de reconfigurar la hegemonía estadounidense para que durara otros 50 años (Anderson, 2014, p. 117). No obstante, pareciera ser que sería con Trump cuando se establecería la pauta a seguir para dicha reconfiguración. De ahí que se empiece a cuestionar si realmente Trump fue un quiebre con la hegemonía internacional o más bien fue quien expuso sus bases de poder y su tradición hamiltoniana, a expensas de sus discursos legitimadores. Lo cierto del caso es que, si se recuerda que el excepcionalismo estadounidense posee vertientes que, por un lado, buscan separar a EE. UU. del resto del mundo como una nación excepcional, mientras que, por el otro, a partir de su condición de excepcionalidad, llaman a ser un modelo al mundo y llevar su modelo de “civilización al mundo”, Trump, se quiera o no, está dentro de la tradición del orden.

En cuanto a las ideas que informan el orden, como apunta Anderson (2014, p. 37), para que una ideología sea efectiva, debe revelar cómo también distorsionar u ocultar la realidad. Lo particular de la versión actual de las ideas es que pareciera haber sido creída por sus proponentes, quienes han creído que verdaderamente EE. UU. ha sido una fuerza de bien en el mundo. El hecho de que la tónica ahora sea argumentar a favor de un cada vez más creciente gasto militar, a costas de reformas y ajustes espaciales internos, como la infraestructura, muestra que los costos de la hegemonía están siendo superiores a sus beneficios. Pareciera una especie de tasa decreciente de ganancias de la hegemonía, por tanto, para poder evidenciar el declive o no de los EE. UU. a nivel global, se debe tomar la implementación o no de reformas internas en el país para restaurar su supremacía competitiva económica y social (Anderson, 2014, p. 128). Si bien esto excede las intenciones de esta investigación, abre una agenda de investigación al respecto.

Como afirma Walt (2018), el Blob de política exterior actúa en efecto como una caja de resonancia. No obstante, esto no solo aplica para internacionalistas liberales, sino también para todo el debate académico estadounidense. Esto hace que su producción académica sea

menos científica a cambio de ser más creativa, pero definitivamente más propagandística (Anderson, 2014, p. 122). Al final de cuentas, la lógica de imperio se impone y es esta lógica la que dicta los estándares morales, no las credenciales o creencias del gobernante (Anderson, 2014, p. 116), como quisiera creer Nye (2019).

En este sentido, se identifica que:

El internacionalismo liberal es el idioma obligatorio del poder imperial estadounidense. El realismo, a riesgo de perder una mayor correspondencia con su práctica, permanece facultativo y subordinado. El primero se puede declarar a sí mismo como tal, y regularmente lograr prácticamente una expresión pura. (Anderson, 2014, p. 150)

Queda por volver a la interrogante que motivó la elaboración del anterior apartado. ¿Es el orden realmente un orden liberal internacional o, por el contrario, es mejor catalogarlo como un orden neoliberal internacional? Lo cierto del caso es que se debe confesar que la pregunta, desde un inicio, fue capciosa. No es ni uno ni otro, precisamente, porque estos términos oscurecen tanto como clarifican la situación actual, son confusos y propensos al error, mientras que se considera reproducen una imaginación geopolítica favorable al poder global estadounidense. Se considera, por lo tanto, que la mejor forma de catalogar la situación global actual es bajo la etiqueta de una hegemonía capitalista global estadounidense de corte neoliberal. Esta hegemonía está en crisis, una crisis sistémica de varios años, por lo menos desde 2008, profundizada por una supuesta crisis coyuntural (Hall, 1986) con la administración Trump. Resta por ver si esto es realmente así y, si lo es, cómo se relaciona Trump con las ideas que legitiman esta hegemonía, lo cual es objeto del siguiente apartado.

Capítulo V. La administración de Donald J. Trump y las ideas que informan al Orden Liberal Internacional I

Introducción

Luego de la anterior indagación realizada sobre la geopolítica formal del orden liberal internacional se puede, entonces, proceder a relacionar las ideas del orden con las ideas que informaron a la administración de Donald J. Trump (2017-2021). Esta relación permite identificar si, realmente, esta administración significó una ruptura o cuestionamiento con el orden liberal internacional o si lo que esta impulsó fue más bien un intento de reproducción, más burda, coercitiva y transaccional, de las ideas que informan el orden. Con ello, el presente capítulo busca demostrar que la administración Trump desenmascaró las bases de poder de la hegemonía estadounidense, detrás del orden liberal internacional, revelando la dimensión coercitiva de la hegemonía, al recordar la definición de la misma como consenso revestido de coerción (Anderson, 2018).

Con el objetivo de lograr relacionar las ideas del orden con las ideas que informan a la administración Trump, el capítulo inicia realizando un esfuerzo para situarla ideológicamente. Se considera que es fundamental entender que se está analizando a una administración estadounidense como un todo, evitando centrar el foco de atención en solo una figura, la de Trump, lo que induciría al error y sería simplista y reduccionista.

Luego de identificar las ideas prevalecientes en la administración, se procede a indagar si en realidad el mandato de Trump en los EE. UU. fue un quiebre o una reconfiguración de la hegemonía internacional estadounidense. Para ello, se comienza mediante el análisis de contenido del código geopolítico principal de esta Administración, su Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) de 2017. Posteriormente, se analizan una serie de discursos seleccionados de Donald J. Trump para identificar puntos de encuentro y quiebre con las ideas que informan al orden liberal internacional, así como la congruencia ideológica propia de las narrativas de la administración en su conjunto, lo cual será objeto de análisis del siguiente capítulo.

Situando ideológicamente a la administración Trump

Mucho se ha escrito sobre cuál es la ideología que informa a Donald J. Trump y su administración. Para algunos, Trump ha sido un populista de derecha (Wilson, 2021), para otros, es un ejemplo de una derecha radical conservadora, populista y reaccionaria (Mudde, 2019), para otros, es un paladín del llamado nuevo internacionalismo reaccionario y neopatriota (Sanahuja y López, 2020), mientras que otros han optado por llamarlo fascista, como Robert Kagan y Madeleine Albright, lo cual es criticado por Traverso (2019), al no entender las diferencias de contexto históricas entre el período de entreguerras y el actual. Traverso (2019, p. 27) afirma que la administración Trump podría ser catalogada como posfascista, sin que la etiqueta sea apropiada para el mismo Trump, que más que nada es la personificación del modelo antropológico del neoliberalismo.

Por mucho que se trate de etiquetar al propio Trump, se considera que es inadecuado centrarse solo en su figura para entender las ideologías presentes en su llegada al poder y la conducción de su administración. Como ha encontrado Green (2017), Trump realmente es una figura egocéntrica, incluso, megalomaniaca, sin una ideología que le defina. Este cascarón vacío, con algunas simpatías por la derecha radical y con una pobre sofisticación ideológica, fue aprovechado por una coalición inestable de figuras, lo que permitió llevarle al poder, pero luego demostró ser altamente inestable y contradictoria durante su administración (Green, 2017). Traverso (2019, p. 24) parece entender esto al decir que cualquier análisis que se base en la personalidad de Trump adolece de superficialidad, mientras que para Wilson (2021, p. 18) no solo se debe analizar su figura, sino también a sus seguidores y a las circunstancias que le llevaron al poder. Asimismo, Mudde (2019) advierte de la superficialidad que significa centrarse solo en la figura de los llamados líderes populistas.

Por otro lado, el término populismo es muchas veces ambiguo, oscureciendo más que aclarando el debate e, incluso, como el totalitarismo, se ha utilizado como un término para deslegitimar a los oponentes, más que para describir un fenómeno sistemáticamente, con el objetivo de desacreditar a los oponentes, sean los que sean, crean lo que crean y vengan de donde vengan, de la normalidad neoliberal (Traverso, 2019). Para Traverso (2019), la utilidad del término populismo recae en entenderlo como un estilo político, más que como una

ideología, precisamente, en el actual momento del siglo XXI, en que se ha entrado en un régimen de historicidad neoliberal donde importa más comercializar las candidaturas que ofrecer una robusta visión ideológica que conduzca las políticas públicas y que impulse a los partidos políticos.

Por esta razón, se opta por utilizar un concepto de populismo más cercano a Moffit (2016), quien, como Traverso (2019), lo entiende como un estilo político, permitiendo comprender no solo el discurso ideológico del populismo, sino también su performance, sus expresiones y sus acciones. La ideología no engloba, realmente, tanto el performance ni las acciones que se desarrollen, aunque están relacionadas. Por ello, una concepción de populismo como un estilo político es más completa que simplemente entenderle como una ideología. Incluso, en una posición más cercana a la perspectiva ontológica y epistemológica que aquí se mantiene, entender de esta forma al populismo permite comprender cómo las acciones y el performance político son constitutivos de las identidades y son, a su vez, construcciones sociales (Moffit, 2016, pp. 43-44). Para Moffit (2016) el estilo político puede conceptualizarse como:

los repertorios de un performance personificado y simbólicamente mediado, realizado hacia audiencias que están acostumbradas a crear y navegar los campos del poder que componen lo político, desde el dominio del gobierno hasta la vida cotidiana. (p. 34)

Entonces, el populismo es “un estilo político cuyas características son una apelación al “pueblo” versus “la élite”, a las “malas costumbres” y la performance de una crisis, ruptura o amenaza” (Moffit, 2016, p. 49). Se considera una mejor definición, incluso, que la de Mudde (2019,), quien define al populismo como:

una ideología (delgada) que considera a la sociedad como ultimadamente separada en dos grupos homogéneos y antagónicos, el pueblo puro y la élite corrupta, y que argumenta que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo (la cursiva es del original). (p. 36)

Mientras la definición de Mudde (2019) esencializa al populismo, la de Moffit (2016) permite comprender sus expresiones, características, discursos, movimientos y acciones, más anclados en los diversos contextos en los que se manifiesta.

Lo anterior significa entender que el populismo es más un fuzzy set que un crisp set, en términos de lógica booleana, con una importante amalgama de fenómenos en su seno, todos con diferentes concepciones, dependiendo de su contexto histórico, político, económico, cultural y social, sobre qué es el “pueblo”, la “élite” o las “malas costumbres”. De hecho, esto permite entender cómo quienes adopten un estilo político populista deben, entonces, ofrecer una concepción sobre qué es el pueblo, pero no se trata de simplemente decir qué es el pueblo, se trata de actuar como el pueblo, proponiendo, construyendo y reproduciendo nociones de identidad nacional. Lo opuesto al pueblo será la élite, una forma de otrorización, que, como encuentra Mudde (2019, pp. 30-35), también implica securitización, usualmente, en una concepción nativista y xenofóbica, que amenaza al “pueblo” inocente, pero dócil, ante lo cual un líder carismático y fuerte, sin miedo a romper con la corrección política, es la salvación (Moffit, 2016, pp. 37-45).

Mudde (2019) define al nativismo como “una ideología que asegura que los Estados deberían estar habitados exclusivamente por los miembros del grupo nativo (la nación) y que los elementos no-nativos (o “ajenos”), sean personas o ideas, están fundamentalmente amenazando al Estado-Nación homogéneo” (p. 32). Pareciera ser que el nativismo es la popularización de las creencias que fundamentan la trampa territorial de Agnew (1994, 2018, 2020) de forma reaccionaria y conservadora contra los mitos de la globalización (Agnew, 2018), mismos que se han retratado en el capítulo anterior. El nativismo posee silencios convenientes, romantizados o idealizados, sobre quiénes conforman al grupo nativo, especialmente, en Estados Unidos, favoreciendo una visión anglosajona y protestante o, por lo menos, cristiana y de nación, ocultando, silenciando o invisibilizando a los pueblos autóctonos y a los afrodescendientes, como afirma Churchwell (2022).

Por otro lado, el posfascismo, como lo entiende Traverso (2019), no es simplemente la continuación y rescate del pensamiento fascista al contexto actual. Para el autor eso sería neofascismo, como el Amanecer Dorado en Grecia. El posfascismo, en cambio, reniega de su pasado fascista, pero adopta un estilo político populista y algunos elementos del fascismo. La señalización de un otro amenazante es una de estas características, que en algunos contextos mantiene su antisemitismo, mientras que en otros ha adquirido connotaciones islamofóbicas y xenofóbicas. La figura de un líder carismático y fuerte es otra de sus

características, pero el cómo es que se estiliza a dicho líder es muy diferente. Mientras el fascismo idealizaba al ejército y al imperialismo, era estatista y machista, excluyente de la participación política de las mujeres, el posfascismo es neoliberal, proteccionista, en alguna medida aislacionista y antiestatista por su neoliberalismo.

El posfascismo es una defensa de la tradición, en términos de identidad nacional nativista, que surge por comprender la nación como una construcción social y, por ello, su énfasis en la defensa de una identidad nacional romantizada, idealizada y amenazada por grupos no nativos. De ahí su afán por cambiar la narrativa cultural y la lucha contra la llamada “*identity politics*”, que se concibe como una conspiración cosmopolita a la cual debe derrotarse, demostrando su conservadurismo reaccionario. Además, permite el liderazgo de mujeres, como Marie Le Pen en Francia, y mantiene tensiones con los derechos de la población LGTBIQ+, aunque admite sus elementos liberales y conservadores, por lo que su característica es más antifeminista. Mientras el fascismo era un movimiento de masas, el posfascismo es claramente neoliberal, cuya receta al poder ha sido mediante una democracia mediatizada y atrayendo a una masa de individuos atomizados y consumidores. Por ello, no necesita de intelectuales, aunque detrás se encuentren nociones ideológicas del Tradicionalismo de Guénon y Julius Evola, así como el Gran Reemplazo de Renaud Camus. A todas luces, si el fascismo no es un término adecuado para comprender la actualidad y los fenómenos que se observan, sigue siendo indispensable, pero ubicándolo en su contexto histórico, de ahí que se ofrezca el posfascismo como un término que permita comprender las rupturas y continuidades en el contexto actual con el pasado fascista (Traverso, 2019, pp. 11-41; Green, 2017, p. 160).

Por su lado, Mudde (2019) identifica que la normalización de la derecha radical ha sido posible gracias al papel de los medios de comunicación que han vendido a la población una idea de crisis, prácticamente civilizatoria, con su cobertura sobre criminalidad, corrupción e inmigración. De ahí que se haya preparado el terreno para la llegada de líderes y movimientos de este tipo, llámeseles populistas de derecha radical o derecha extrema o posfascistas. Donald Trump es un caso paradigmático de esto último, precisamente, por su carrera mediática, sus reality shows, sus libros y por la venta de ser un magnate inmobiliario self-made, cuando realmente debe su fortuna a su herencia familiar (Traverso, 2019).

Por lo tanto, para verdaderamente comprender a Trump, se debe analizar, entonces, el conjunto, amalgama o coalición de ideas que se articularon para llevarle al poder en 2016 y conducir su administración de 2017 a 2021. Entre ellas se pueden mencionar a elementos conservadores, cristianos de derecha, neoliberales, libertarios, derecha radical y posfascistas; los cuatro primeros elementos ya encontrados en el Partido Republicano y los últimos dos que se aprovecharon de una candidatura sin rumbo y visión ideológica para llenarle de contenido y movilizar a sus bases a través de la figura de Steve Bannon y, detrás de él, Andrew Breitbart y la familia multimillonaria y dueña de Cambridge Analytica, la familia Mercer, que ha sido catalogada como los alt-Koch (Green, 2017).

El análisis inicia con la figura de Trump y sus eslóganes de *America First* y *Make America Great Again*, que poseen un legado histórico más profundo en EE. UU. de lo que algunos, como Ikenberry y los internacionalistas liberales, desean reconocer. Luego, se analiza la coalición de ideas de los lazos con Steve Bannon, con el objetivo de brindar una visión más completa de la coalición ideológica inestable que informó a la administración Trump.

Para Wilson (2021, pp. xi-xii), Trump es un “populista reaccionario de derecha”, con una serie de ideas fundamentales que le informan, como “neoliberalismo, autoritarismo, nacionalismo y racismo”, con una fascinación por Ayn Rand y su descripción hipermasculinizada de modelo de empresario innovador. En este sentido, un elemento claramente neoliberal y neoclásico de la perspectiva de Trump, que llevó a lo largo de toda su administración, fue su carácter transaccional (Walt, 2018; Nye, 2019; Wilson, 2021), que Wilson (2021) define como “un intercambio simple, algo de valor a cambio de algo de valor” (p. 22). Esta lógica transaccional fue lo que permitió, por tanto, su coalición con elementos cristianos de derecha, conservadores, neoliberales, libertarios, de derecha radical y posfascistas. Asimismo, esta lógica, claramente neoliberal, condujo su administración a favor de reducir impuestos a los más ricos, su animadversión hacia los sindicatos y subir el salario mínimo y su visión de promover un libre mercado competitivo que redujera los precios, una especie de fetiche de la competencia (Wilson, 2021, pp. 23-26).

Una forma en que logró estrechar el puente entre su neoliberalismo y su populismo de derecha, especialmente en defensa de los trabajadores blancos y el agroestadounidense, fue su nacionalismo. Más que impulsar políticas que favorecieran a estos sectores, se dedicó a

demonizar a una serie de grupos como los culpables de todos los males que adolecen a un EE. UU. en desindustrialización, como China, los migrantes, los musulmanes y ciertas minorías, como los hispanos y los afrodescendientes. Esto mediante su lema de America First: “De ahora en adelante, será América Primero” (Trump en Wilson, 2021, p. 26).

En una clara confusión entre autoritarismo y conservadurismo, Wilson (2021, p. 27) afirma que Trump es un autoritario en el sentido de la Escuela de Frankfurt. Más probable es decir que posee una personalidad autoritaria como la descrita por Adorno y Fromm, como enuncia Traverso (2019), que decir que es autoritario. Lo cierto del caso es que Trump posee una visión claramente conservadora, la cual impulsa una noción de identidad nacional anglosajona y medidas conservadoras punitivas para impulsar el orden y la seguridad en EE. UU. (Wilson, 2021, p. 27-28). Lo que sí puede decirse es que Trump es egocéntrico, solo interesado en impulsarse a sí mismo como su propia marca (Green, 2017; Traverso, 2019; Wilson, 2021).

Lo anterior también permitiría comprender su claro racismo e islamofobia, llamando, incluso, a ciertos lugares del mundo en desarrollo como “mierderos” o a la población mexicana-estadounidense como “asesinos y violadores” (Wilson, 2021, p. 31). Su racismo ha demostrado ser de larga data, ya que ha evitado alquilar sus condominios o apartamentos en la medida de lo posible a afrodescendientes, por ende, no es sorprendente que haya impulsado el movimiento para que Barak Obama publicara su certificado de nacimiento, asegurando que no había nacido en Estados Unidos y era secretamente un musulmán. Ha llamado a inmigrantes de Centroamérica criminales y asesinos, inclusive, animales, provocando y animando a la violencia en contra de la población migrante irregular hacia EE. UU. (Wilson, 2021, pp. 31-34). Durante su administración defendió a supremacistas blancos y su violencia y asesinato contra población hispana y afrodescendiente en EE. UU., como los Proud Boys y, durante la masacre en Charlestone, afirmó que no era nada en comparación con la tasa de homicidios de “negros contra blancos” (Wilson, 2021, p. 35), en una especie de argumento de racismo inverso—algo que no existe—que Traverso (2019) apunta que es una característica del posfascismo. Wilson (2021) lo asocia con grupos neonazis, posfascistas y supremacistas blancos en EE. UU., como el Ku Kux Klan (KKK), cuyo líder fue David Duke. Por ello, para Wilson (2021) “La visión de mundo de Trump es ecléctica. Él no es un

libertario doctrinario o un neoliberal tradicional. Su visión de mundo es una mezcla de neoliberalismo, nacionalismo y racismo, envuelta en autoritarismo” (pp. 36-37).

Ahora bien, si ciertos elementos dichos por Wilson (2021) son ciertos, otros son un tanto problemáticos, debido a que realiza afirmaciones sin sustento teórico, como el elemento autoritario o el elemento libertario que se reduce a pruebas anecdóticas para demostrar su admiración por Ayn Rand. Se debe, por tanto, sopesar lo dicho por el autor con otras fuentes.

Para Green (2017), Trump es más un egocéntrico, obsesionado con su propio ego, y sin una ideología claramente establecida, aunque con claras simpatías hacia la derecha radical e ideas posfascistas. Según el mismo autor, Trump no es un extraño al establishment político de EE. UU., pues financió campañas tanto republicanas como demócratas e, incluso, se vinculó, como también afirma Churchwell (2022), con el Partido Reformista en EE. UU. de Pat Buchanan en los 90, de corte posfascista y en contra de la agenda de la aprobación del NAFTA. Trump se lanzó como precandidato presidencial, ganando algunos estados federales, para luego dimitir de sus intenciones presidenciales argumentando que no quería la compañía de un antisemita como Buchanan o un racista como Duke, quien también militaba en el partido. Posteriormente, daría indicios de lanzarse de nuevo en el Partido Republicano, en 2004, contra la reelección de George W. Bush, pero desistiría nuevamente. Se argumenta que estas precandidaturas en realidad iban dirigidas a promocionarse mediáticamente, ya sea para promocionar sus libros o su *reality show* *The Apprentice* (Green, 2017, pp. 29-42).

Con la llegada de Barak Obama al poder, Trump encontró un nuevo foco para su propia autopromoción, impulsando el movimiento *Birther*, el cual argumentaba que Obama no había nacido en territorio estadounidense, era secretamente musulmán, y, por ende, no debía gobernar a EE. UU. Trump le dio voz a un discurso racista y xenófobo, particularmente popular con la derecha radical, que ha sido prevalente en la historia en EE. UU. (Green, 2017; Wilson, 2021, Churchwell, 2022).

Como se puede observar, Trump, aunque no tiene una ideología claramente definida, sí posee simpatías por la derecha radical, conservadora e, incluso, posfascista. De ahí que no sea de extrañar que él mismo acuñara su slogan de *America First* y *Make America Great Again* que, para Traverso (2019), no significa más que hacer a EE. UU. blanco otra vez—como si alguna

vez desde su colonización no lo fuera. Pero estos slogans de campaña tienen una historia más remota en los EE. UU. de lo que se quisiera creer y admitir (Churchwell, 2022).

El término *America First* posee orígenes en el siglo XIX en EE. UU. y, como encuentra Churchwell (2022), tiene menos que ver con la tendencia aislacionista del excepcionalismo estadounidense rastreable a George Washington que con una tendencia nativista estadounidense y reaccionaria contra todo lo que no se considere “americano”. En otras palabras, *America First* es una forma de decir que EE. UU. “solo pertenece a aquellos que se consideran a sí mismos como los primeros que llegaron” (Churchwell, 2022, p. 74).

Por si fuera poco, el slogan siempre ha tenido una connotación conspirativa, a partir de la creencia de que hay agentes externos a EE. UU. que buscan infiltrarle para destruirle por dentro. Como afirma Churchwell (2022):

Los mitos políticos nunca están lejos del pensamiento conspirativo: la idea de que Barak Obama no había nacido en Estados Unidos es tanto una teoría de la conspiración como un mito, uno promulgado en el nombre de poner a “América Primero”, definiendo a los “americanos reales” como una minoría amenazada, forzada a proteger sus intereses contra la amenaza de la infiltración. A través de su historia, Primero América ha sido profundamente entrelazada exactamente con este tipo de pensamiento mítico conspirativo, desde las conspiraciones anti-católicas de los 1850s y las conspiraciones anti-británicas de libre comercio de los 1880s y 1890s, pasando por las conspiraciones antisemitas que conectan los 1920s y 2020s, hasta las conspiraciones islamófobas y QAnon de hoy. América Primero sirve como un escudo precisamente porque le asigna inocencia a sus creyentes, manteniendo una imagen mítica de la nación y de su lugar privilegiado en ella que está en conflicto con la realidad histórica. (p. 74)

El término, realmente, no surge en el contexto de los 20 ni los 30 del siglo pasado, como un vehículo para introducir a EE. UU. hacia una tendencia fascista a través del *America First Committee (AFC)*, como usualmente se cree. El legado es anterior, rastreable a los 1850, con el American Party de los 1850 y su odio y reacción contra la inmigración católica hacia los EE. UU. A tal punto llegó el pensamiento conspirativo, que se creía que la crisis de 1893 fue una conspiración católica y británica para que el Reino Unido recuperara sus antiguas

colonias. Si su origen no es necesariamente fascista, por lo menos sí lo es nativista y xenofóbico (Churchwell, 2022, pp. 75-76).

De ahí que el término primero se articulara como “*America First, last and always*”, para luego articularse como “*America First and the World Afterwards*” en su nueva versión antibritánica, promotora del proteccionismo hamiltoniano, que había logrado calar dentro del Partido Republicano (Churchwell, 2022, p. 76). Las conexiones históricas con el Partido Republicano y este nativismo xenófobo no acabarían ahí e, incluso, el paladín del internacionalismo liberal no se vería inmune al contagio del *America First*.

En efecto, hasta el propio Woodrow Wilson, del Partido Demócrata, en sus esfuerzos por reelegirse a la presidencia estadounidense acuñaría el término. Esto en momentos en que el término se asociaría en un esfuerzo por distinguir entre “americanos reales” de “americanos con un guion” para referirse a aquellas personas inmigrantes naturalizadas recientemente como ciudadanas (Churchwell, 2022, pp. 76-77).

La frase se convirtió no solo en el slogan de la reelección de Wilson y en la palabra clave de la Convención Nacional Demócrata de 1916, pero también en el slogan de su rival republicano, Charles Evan Hughes (“América Primero y América Eficiente”), quien dio discursos prometiendo un “americanismo no diluido” con “América First, Last and Always and No ‘Hyphens’”. (Churchwell, 2022, p. 77; se mantuvo la frase final en el inglés original para evidenciar de mejor forma las intenciones del discurso)

Como puede observarse, para las primeras décadas del siglo XX, el discurso no solo sería prevalente en la cultura política estadounidense, sino que también se asentaría en el discurso de ambos partidos dominantes de la democracia estadounidense, con especial énfasis en el Partido Republicano. Ni el mismo Theodore Roosevelt se vería exento del discurso, pues lo reprodujo, asegurando que todo ciudadano estadounidense debe tener una lealtad incuestionable hacia los EE. UU. o de lo contrario no debería ni siquiera estar en el país. Además, para el estallido de la Primera Guerra Mundial, el término se usaría en contra de británicos y alemanes y a favor de mantener a EE. UU. lejos del conflicto (Churchwell, 2022, pp. 77-78).

Asimismo, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, el término se usaría para llamar a mantener el legado de Washington, cobrando cierta coincidencia con el contexto de la administración Trump en el siglo XXI. El término, entonces, se usaría para llamar en contra de alianzas engorrosas que llevarían a EE. UU. a guerras innecesarias y desgastantes, cuando el problema real del país era mano de obra barata inmigrante que presionaba los salarios de los trabajadores estadounidenses a la baja. El término se usaría con éxito en contra del Tratado de Versailles y la Liga de las Naciones, acusando a Wilson de ser pro libre mercado e ir en contra de la tradición estadounidense de alejarse de los conflictos europeos (Churchwell, 2022, pp. 78-79).

Para los 20 y 30 del siglo XX, el término se utilizaría en contra de la “amenaza judía y la amenaza comunista”, con las connotaciones fascistas del momento, que concebían tanto al comunismo como al gran capital financiero como una conspiración judía para dominar al mundo. El término también servía como vehículo político racista, nativista y xenófobo contra personas migrantes, especialmente provenientes de China y Japón, que habían empezado a asentarse en los territorios de la costa oeste de Norte América. En este contexto es que el segundo Klan se apropiaría también del término para avanzar su agenda anticatólica, antisemita y xenófoba, llamando a defender a la “raza anglosajona”. Producto de este discurso se aprobaría la Ley Johnson-Reed de 1924 que impuso restricciones migratorias en los EE. UU. (Churchwell, 2022, pp. 79-81).

Ya en los 30 y 40 el término se empezaría a asociar con el fascismo, relacionado con la America First Inc. y el America First Committee, así como también para ejercer una crítica contra la administración Delano Roosevelt y las personas judías que ocupaban cargos en su administración. Al respecto, Churchwell (2022) explica que:

Para 1940, la derecha radical en los Estados Unidos no era diferente de la constelación de grupos orbitándola ochenta años después, una miscelánea de extremistas chocando internamente sobre los puntos finos doctrinales, exponiendo varias versiones de mitologías nativistas, racistas, xenofóbicas, eugenistas y nacionalistas cristianas, pero unidos en su resentimiento a lo que percibían como una amenaza racializada a las oportunidades económicas y de un pluralismo cultural que acordaba con su idea de América Primero. (pp. 82-83)

Charles Lindbergh sería el líder fascista que articularía el término de *America First* ahora para movilizar en contra de judíos, británicos y la administración Delano Roosevelt, solo para que el AFC y sus seguidores enfrentaran procesos judiciales, luego de los ataques de Pearl Harbor. No obstante, el ímpetu fascista recobraría fuerzas bajo una nueva fachada, pasando del America First Party, fundado en 1943, al Partido Nacionalista Cristiano (Churchwell, 2022, pp. 83-84).

El término sería autocensurado en la cultura política estadounidense de los 50 por sus vínculos fascistas, solo para volver al escenario en los 60, ahora como vehículo contra John F. Kennedy, vinculándose con el macartismo y su persecución contra la “amenaza roja” o comunista. La Convención Nacional Republicana de 1964 marcaría el momento histórico del resurgimiento del discurso del *America First*, ahora asociado con el conservadurismo anticomunista. También, volvería a ser invocado por el supremacismo blanco de David Duke y el KKK en los 70 (Churchwell, 2022, pp. 84-85).

El término seguiría con alguna continuidad en los 80 para resurgir en el Partido Reformista de Pat Buchanan en los 90 y en los 2000 con mayor ahínco; partido al cual Trump se presentó como precandidato presidencial. Pat Buchanan utilizaría el término para ir en contra del llamado “Nuevo Orden Mundial” de George H.W. Bush, entendiéndolo como una forma de poner el poder político y económico de EE. UU. a favor del gran capital y la Unión Europea, en vez de priorizar los intereses estadounidenses. Trump saldría del partido acusando a Buchanan de nazi, antisemita y comunista y a David Duke de racista y neonazi (Churchwell, 2022, p. 85). Sin embargo, aunque Trump salió del partido de Buchanan, definitivamente encontró en él la inspiración para su slogan de campaña: *America First* y *Make America Great Again*.

Como ha podido observarse, el discurso de *America First* data de orígenes históricos en los EE. UU. anteriores a los que el internacionalismo liberal reconoce o mejor dicho quisiera reconocer. No se trata simplemente de un elemento que recuerda al fascismo estadounidense de los 30 y 40, sino que es un elemento más prevaleciente y perdurable en la cultura política estadounidense. Solamente en el Partido Republicano, con un vínculo histórico más fuerte con este discurso y su proceso de consolidación como un partido conservador, neoliberal y cristiano nacionalista de derecha, es que Trump encontraría el terreno para convertirse en

candidato presidencial y en presidente de los EE. UU.. Con ello, ni Trump ni su discurso es un fenómeno *sui generis*, una excepción, desviación, como se le quiera llamar, ni de la política estadounidense ni del orden liberal internacional, se ubica, precisamente, en su centro, en el núcleo del orden, por más que el llamado internacionalismo liberal estadounidense no lo reconozca, lo oculte, lo silencie o invisibilice.

A pesar de lo anterior, no debe confundirse a Donald Trump con un posfascista, realmente es un conservador reaccionario con simpatías poco articuladas con la derecha radical, incluyendo al posfascismo. Quien sí se puede argumentar es un posfascista es Steve Bannon, quien estableció contactos con Trump desde 2014-2015 y se convertiría en agosto de 2016 en su estrategia de campaña (Green, 2017). Previo a su llegada, Green (2017) argumenta que la campaña electoral de Donald Trump estuvo marcada por la poca predictibilidad a su candidato, por las afirmaciones xenófobas, nativistas y machistas, y por el intento de la estructura de poder del *Grand Old Party* (GOP), es decir, el Partido Republicano, con figuras como Reince Priebus, Sean Spicer, entre otros, por desmarcarse de la campaña nacional y enfocarse en la campaña legislativa republicana, aunque sin éxito.

Pareciera ser que, para Green (2017), la campaña de Donald Trump había sido un desastre antes de la llegada de Bannon. Cuando Trump empezó a asesorarse políticamente para su postulación presidencial ninguna figura dentro del establishment del GOP le tomó en serio (Green, 2017, p. 43), hasta que fue electo candidato presidencial republicano, luego de unas primarias electorales en las que no era el candidato favorito, no solo republicano, sino también del Tea Party y del sector más conservador del GOP. El candidato favorito de este sector era Ted Cruz, gobernador de Texas (Green, 2017). Cabe recordar que el Tea Party surge como un grupo de derecha radical, financiado por los hermanos Koch, multimillonarios que hicieron una fortuna durante la crisis inmobiliaria de 2008, entre otras figuras, como un intento de reformar al GOP hacia líneas más neoliberales, libertarias, cristianas de derecha, conservadoras y xenófobas, después de la victoria electoral de Barack Obama (Wilson, 2021, Green, 2017, p. 76).

Luego de que fuera electo candidato presidencial republicano, al establishment del GOP no le quedó opción más que tratar de contener al candidato, sin mucho éxito (Green, 2017, pp. 16-17). Pero Trump no sería el único factor desestabilizante, sino que, incluso, se empezaría

a descubrir que varias figuras allegadas a Trump tenían lazos con multimillonarios o políticos cercanos al Kremlin o a las figuras políticas prorrusas en Ucrania, como, por ejemplo, Paul Manafort, quien fue director de su campaña hasta dicho descubrimiento, lo que llevaría a Trump a despedirlo (Green, 2017, p. 14).

En este sentido, Steve Bannon llegaría a vincularse con Trump en momentos en que la dirigencia del Partido Republicano estaba inmersa en control de daños, Trump no poseía asesores políticos ni electorales de peso y la campaña necesitaba un redireccionamiento, no solo para evitar una derrota, sino reencausar hacia una victoria. Para desgracia del GOP, quien llegaría sería Steve Bannon, provocando que aumentaran los temores de que sería una campaña sumamente sucia y soez, como finalmente lo fue, y que con ella se destruyera al Partido Republicano (Green, 2017, pp. 14-18).

Pero la llegada de Bannon, en parte, no debería sorprender ante el relativo aislamiento de Trump de cualquier otra fuente de apoyo. El sector conservador había apoyado a Ted Cruz, y al perder ante Trump, muchos conservadores estadounidenses decidieron no apoyar a Trump, incluyendo al mismo Cruz. De hecho, para Traverso (2019):

Donald Trump claramente representa el caso extremo de la “anti-política”, un eclecticismo posideológico. Durante su campaña presidencial era cuidadoso de no alinearse a ninguna ideología, y aún los elementos más conservadores del Partido Republicano mantuvieron su distancia de él. Él cambiaba su opinión sobre una multiplicidad de asuntos de un día para otro, eso sí, sin nunca abandonar su línea “anti-establishment”. (p. 33)

Una de las similitudes interesantes de apuntar en este momento es que, para Paxton (1998, 2008), el fascismo no puede llegar al poder sin una alianza con un sector conservador reaccionario. Más que una alianza por convicción, se trata de una alianza por conveniencia. Como parte de las similitudes y analogías históricas entre el fascismo y el posfascismo (Traverso, 2019) pareciera encontrarse esta alianza entre conservadores (Trump) y posfascistas (Bannon), en la que, Trump para llegar al poder tuvo que pactar con un posfascista como Bannon, quien lo usaría para impulsar su agenda. Al respecto, Green (2017) afirma que:

También argumento que un acuerdo implícito yace en el corazón de la relación entre Trump y Bannon, el mismo que Bannon esperaba lograr con [Sarah] Palin cuando lo conocí por primera vez: que su política nacionalista de derecha dura pudiera llevar a la persona correcta a la Casa Blanca—llegado a ese punto, los poderes de la presidencia se ejercerían para implementarla fielmente. Trump vendió esta marca de nacionalismo con la misma plena convicción con la que él vende su propio nombre. (pp. 10-11)

Steve Bannon sería educado bajo un modelo militar y católico durante toda su vida, incluso, sirvió en el ejército estadounidense para luego trabajar en el banco estadounidense Goldman Sachs. Durante su estadía en el banco, en el departamento de fusiones y adquisiciones, llegaría a conocer de primera mano a la industria del entretenimiento. Bannon ejercería una práctica propia en esta industria, luego de un paso lucrativo en Goldman Sachs, y realizaría inversiones que le aumentarían significativamente su riqueza, entre ellas una relacionada con la exitosa serie estadounidense *Seinfeld* (Green, 2017).

Si la crisis de los rehenes del 79 sería fundamental para el apoyo de Bannon a la figura de líder fuerte de Ronald Reagan, los ataques del 11 de septiembre de 2001 terminaron por consolidar la perspectiva islamofóbica de Bannon. Esto lo llevaría a acercarse cada vez más hacia grupos de derecha radical y posfascista, conociendo a David Bossie, Matt Drudge, Andrew Breitbart, todos fervientes anticlintons, entre otros. Bannon también llegaría a conocer al multimillonario Robert Mercer, de corte conservador, quien desilusionado con Romney empezaría a desconfiar del establishment del GOP y buscaría involucrarse en círculos políticos más cercanos a los de Bannon. De hecho, Mercer le entregaría US\$10 millones de dólares a Breitbart para lanzar su *Breitbart News*. No por nada, Green (2017) llama a la familia Mercer los “alt-Kochs”, aludiendo a su carácter de derecha radical (Green, 2017, pp. 98-106).

No obstante, la visión de mundo de Bannon vendría siendo articulada a través del pensamiento de dos conservadores reaccionarios como René Guénon y Julius Evola que vivieron durante el siglo XX. Green (2017, pp. 160-161) llama a estos pensadores como tradicionalistas, en el sentido de que promueven una visión de mundo conservadora y reaccionaria a la modernidad, creyendo que existen verdades últimas en las religiones

antiguas como el hinduismo, sufismo y el catolicismo medieval. Para estos pensadores, el mundo parecía atravesar una edad oscura en que las tradiciones eran olvidadas o deliberadamente desechadas, por tal motivo, era necesario rescatarlas. Evola encontraría en el fascismo de Mussolini la forma de salvar las tradiciones, con un contenido claramente racista.

Bannon, por su parte, identificaría al “globalismo” como la principal amenaza contra las tradiciones actuales. Para él, la principal amenaza es que triunfe una élite secular de izquierda que borre las fronteras y la soberanía de los países y, con ello, cualquier capacidad efectiva de los países de mantener sus tradiciones. La Unión Europea (UE), la llegada del Papa Francisco y la “descontrolada” inmigración musulmana hacia Europa y EE. UU. eran una amenaza existencial a sus ojos, cuya única solución era la llegada de un gobierno conservador que impusiera el respeto a las fronteras y la soberanía, por tanto, resguardara las “tradiciones” estadounidenses (Green, 2017, pp. 161-162).

Se puede observar la trampa territorial tan clara en Bannon, así como su islamofobia, pero también se puede contemplar cómo su visión de mundo difícilmente es la de un internacionalismo reaccionario, como podrían argumentar López y Sanahuja (2020). Bannon podría mostrar simpatías por otros movimientos que busquen defender sus respectivas “tradiciones”, incluyendo a Alexander Dugin con la tradición ortodoxa en Rusia, a Modi en la India, Marie Le Pen en Francia, Nigel Farage en Reino Unido, Greet Wilders en Países Bajos, Viktor Orban en Hungría, Forza Italia, etc. (Green, 2017, p. 162). Esto no significa que busque articular un proyecto internacionalista, precisamente, porque más allá de que les une lo que rechazan, muchas de estas “tradiciones” en su interpretación conservadora chocan entre sí en su visión de mundo. No hay posibilidades de entablar un proyecto internacional coherente, más allá de algunos acuerdos coyunturales o tácticos, dependiendo del tema.

Posteriormente, Bannon también se vincularía en Hong Kong con la industria de los videojuegos, aprendiendo sobre la comunidad y los círculos de derecha radical, dentro de esta comunidad online, organizados en plataformas como 4chan, 8chan o Reddit. Poco después conocería a Andrew Breitbart, fundador de *Breitbart News*, y, como Bannon, un posfascista. Luego del fallecimiento del primero, Bannon comandaría el relanzamiento del

medio, siendo instrumental para divulgar el discurso posfascista a su base para que votaran por Trump (Green, 2017, pp. 70-76).

Lo que permitiría que ambas figuras conectaran, Trump y Bannon, fue que ambos se percibieron como “machos alfa” (Green, 2017, p. 45). Con ello, el pacto estaba hecho y esto le permitió a Bannon ofrecerle dos puntos fundamentales a Trump. Primero, moldear y articular de mejor forma su visión de mundo, a través de su política posfascista, llenando de contenido ideológico su slogan de *America First*. Segundo, le brindó una maquinaria organizativa conservadora, entre ellas *Breitbart News*—fundada en 2012 y la principal fuente de información de Trump, argumenta Green (2017)—cuyo principal objetivo no era llevar a Trump al poder, era evitar a toda costa la llegada a la presidencia de Hillary Clinton (Green, 2017, p. 46). Dentro de esta maquinaria estaría el músculo financiero de la familia Mercer, especialmente, Robert Mercer y su hija Rebekha Mercer, quienes habían apoyado en un inicio a Ted Cruz, pero que luego Bannon convencería para que apoyaran decididamente a Trump (Green, 2017, pp. 106-107).

A través de la ayuda financiera de los Mercer, se publicarían libros en contra de los Clinton, como el libro de Peter Schweizer *Clinton Cash: The Untold Story of How and Why Foreign Governments and Businesses Helped Make Bill and Hillary Rich*. Este libro fue financiado para ser publicado durante la campaña de 2016 para afectar la imagen de los Clinton. Además, los Mercer también usarían la empresa de producción de films Glittering Steel para producir películas de contenido cristiano evangélico, así como contenido crítico de los Clinton, durante la campaña, apelando con ello al voto de los cristianos nacionalistas de derecha. Finalmente, los Mercer incorporarían a la maquinaria de campaña de Trump a la empresa de análisis de datos Cambridge Analytica, la cual estuvo vinculada con el Brexit y con el escándalo de acceso a los datos de millones de cuentas de la red social Facebook, con el objetivo de influenciar en el voto de la salida del Reino Unido de la Unión Europea (UE) (Green, 2017, pp. 107-109).

Además del pacto con el posfascismo, Trump pactaría con parte del Tea Party, a través de la figura del entonces senador de Alabama y posteriormente Fiscal General de los EE. UU. durante la administración Trump, Jeff Sessions. Bannon sería instrumental en esta alianza que se realizaría un año antes de la llegada oficial de Bannon a la campaña de Trump. A

través de Sessions, la campaña de Trump tendría una fuerte movilización en los estados del Sur de Estados Unidos, promoviendo con ahínco el lema *America First y Make America Great Again*. A cambio, Trump empezaría a incorporar mensajes a favor del sector agrícola estadounidense y redoblaría su mensaje antiinmigración (Green, 2017, pp. 142-147).

El punto central que Green (2017) pareciera ofrecer en su libro, sobre la campaña electoral de Trump en 2016 y su vínculo con Bannon, es que Trump fue el vehículo a través del cual una maquinaria conservadora que por décadas estuvo organizándose para acabar políticamente con la familia Clinton logró llegar al poder. Esta maquinaria sería tolerada por el GOP, siempre y cuando no significara un costo político ni electoral, pero siempre tuvo mayor consolidación entre los círculos de derecha radical y posfascistas en EE. UU., ya que estaban convencidos de que existía una conspiración globalista de una élite que quería acabar con los valores y principios estadounidenses a través de la cultura y la inmigración (Green, 2017).

Esta élite no era claramente identificada, para uso conveniente, en algunos momentos se vinculaba con figuras judías, en otros, con una supuesta élite de izquierda liberal o progresista secular, en otros, se afirmaba que eran los enemigos de EE. UU., dejando a interpretación lo que esto significara, y, en otros, se mezclaba todo lo anterior. Por ello, se le acusaría de propagar un discurso antisemita a Trump, cuando afirmó, fiel al discurso posfascista, que existe una conspiración globalista contra EE. UU., acusando al multimillonario George Soros, a la presidenta de la Reserva Federal de los EE. UU., Janet Yellen, y al CEO de Goldman Sachs, Lloyd Blankfein, de ser parte de esta estructura (Green, 2017, p. 18).

Pero este discurso no es nuevo ni en los EE. UU., como se ha visto, ni en el Partido Republicano. Desde los 2000, el Partido Republicano había encontrado conveniente lucrar electoralmente con teorías de la conspiración, no apoyando, pero tampoco desmintiéndolas, a favor de sus candidatos (Green, 2017, p. 33). Trump simplemente elevaría la vieja receta a nuevas alturas.

La campaña de Trump no tendría reparos en utilizar a su favor cualquier herramienta o recurso, incluyendo las acusaciones de abusos sexuales contra Bill Clinton y el papel cómplice de Hillary Clinton en esto. Esta movida fue fundamental para lidiar con el lenguaje sexista y machista de Trump a lo largo de la campaña, especialmente, cuando salió a la luz

comentarios previos de Donald Trump donde admitía conductas sexistas y sexualmente abusivas contra las mujeres (Green, 2017, pp. 170-174).

Al final de cuentas, Donald Trump y su campaña implementarían un estilo político populista, articulado a través de un discurso ideológico de derecha radical y posfascista para llegar al poder. A partir de todo lo retratado anteriormente, se pueden observar que las características del estilo político populista de Moffit (2016, p. 49) se encuentran presentes en Trump, a saber: la apelación del “pueblo” contra la “élite”, “las malas costumbres” y “una situación de crisis, ruptura o amenaza”. El contenido ideológico de este estilo político sería, claramente, de corte de derecha radical y posfascista, plagado de racismo, nativismo, xenofobia, sexismo, islamofobia, etc., a partir de lo que establecen Mudde (2019) y Traverso (2019), respectivamente. Wilson (2021) y Churchwell (2022) encuentran que Trump no solo fue apoyado por supremacistas blancos, posfascistas, neonazis y grupos de derecha radical, como David Duke, sino que, incluso, Trump en repetidas ocasiones salió a defender a estos grupos (Wilson, 2021, pp. 34-36), como en el asesinato de Heather Heyer, la masacre de Charlestone, el asesinato de George Floyd y de Breonna Taylor; eventos que convulsionaron a los EE. UU. a nivel interno. Trump también ha apoyado y se ha beneficiado convenientemente de las teorías conspirativas asociadas con QAnon, incluyendo la llamada “insurrección” del 6 de enero de 2021 en el Congreso estadounidense y, luego de la derrota electoral del 2020, sus seguidores han fundado el America First Caucus (AFC), cuyas siglas recuerdan al movimiento fascista estadounidense (Churchwell, 2022, pp. 86-88).

Un elemento interesante de todo lo anterior es que esta coalición de fuerzas políticas, que llevaron a Trump al poder, mostraría su inestabilidad una vez que la administración tuvo que enfrentarse a ejercer el poder e impulsar la agenda. Como afirma Paxton (1998, 2008), una vez en el poder, el fascismo tiene que lidiar con su base, con la estructura partidaria, con la burocracia y con el líder, generando que el ejercicio del poder sea conflictivo, contradictorio y hasta caótico. Cabe advertir que no se considera a Trump ni a su administración como fascistas, pero se cree que lo dicho por Paxton (1998, 2008) pareciera ser un buen retrato de la inestabilidad política y conflictos recurrentes dentro de la administración. Una vez en el poder, la coalición se desmoronó no solo por la dificultad de impulsar sus agendas, sino también por los conflictos y la competencia interna entre varias figuras como Steve Bannon

(posfascista), John Bolton (neo-conservador), Jeff Sessions (Tea Party), Michael Pompeo (cristiano nacionalista de derecha), Jared Kushner (yerno de Trump), la dirigencia del Partido Republicano y el mismo Donald Trump (conservador), entre otras figuras que se podrían mencionar.

Una vez situada ideológicamente a la administración de Donald J. Trump, queda por ver si, efectivamente, en su postura oficial su discurso era contrario a las ideas que informan al llamado orden liberal internacional. Para ello, se recurre tanto a la Estrategia de Seguridad Nacional de la administración como a una serie de discursos oficiales de Trump y de sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo.

La geopolítica práctica de la administración Trump: ¿un quiebre o una reforma del orden liberal internacional?

En este apartado, se busca indagar sobre la geopolítica práctica de la administración de Donald J. Trump en los EE. UU., a partir del análisis de la Estrategia de Seguridad Nacional de los EE. UU., durante su administración (Gobierno de EE. UU., 2017), así como también de una serie de discursos oficiales tanto de Trump como de sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo. Se hace énfasis en que se analizan documentos y discursos oficiales, precisamente, porque se ha dicho que la política exterior de Trump era realmente manejada desde Twitter, a través de su cuenta oficial, por encima del Departamento de Estado, el Pentágono y la Casa Blanca (Nye, 2019). Sin embargo, dado que la cuenta de Twitter (ahora X) de Donald Trump fue cancelada por la anterior administración gerencial de la red social Twitter, muchas de sus publicaciones no están disponibles para el análisis, al menos desde fuentes confiables y rigurosas. Por esta razón es que, ante esta limitante, se analizan directamente los discursos oficiales disponibles en la página oficial archivada de la presidencia de la administración Trump (<https://trumpwhitehouse.archives.gov/>).

Asimismo, se considera que, a pesar de la limitación, el análisis a partir de los discursos oficiales brinda la fortaleza de observar realmente la postura oficial, declarada e implementada por los EE. UU. durante la administración Trump, evitando con ello caer en la apariencia de que efectivamente EE. UU. se conducía a través de Twitter, durante el gobierno de Donald Trump, lo cual impide un análisis más profundo. La mejor estrategia de

investigación sería analizar tanto los discursos oficiales como los Tweets de Trump, no obstante, como ya se ha apuntado, esto no es posible.

Antes de iniciar con el análisis, cabe aclarar qué se entiende por geopolítica práctica. Como se estableció anteriormente, es un tipo de discurso geopolítico, objeto de análisis desde la geopolítica crítica, el cual “refiere a las narrativas, discursos políticos y prácticas diplomáticas ejercidas por los líderes de Estado en el ejercicio y acción de la política exterior” (Santamarina Guerrero, 2017, p. 3). Dittmer y Bos (2019) complementan y aclaran de forma más amplia la definición ofrecida por Santamarina Guerrero (2017), al afirmar que la geopolítica práctica “es un discurso usado por políticos y formuladores de política pública. Mientras usualmente sigue a una forma de teorización desde la geopolítica formal, frecuentemente toma vida propia cuando los políticos buscan enmarcar el debate para obtener ventajas” (p. 14).

Las anteriores definiciones de geopolítica práctica dejan claro cuáles son los actores que la ejercen y su relación con la geopolítica formal. La segunda, usual, pero no exclusivamente, suele ser inspiración para la primera. Pero más allá de esto, las definiciones no permiten comprender cómo se construye la geopolítica práctica. Para ello, Flint (2021) acuña el término códigos geopolíticos, el cual es “la manera en que un país se orienta a sí mismo hacia el mundo” (p. 50), a partir de cinco cálculos estratégicos:

- a. ¿Quiénes son nuestros actuales y potenciales aliados?
- b. ¿Quiénes son nuestros actuales y potenciales enemigos?
- c. ¿Cómo podemos mantener a nuestros aliados y nutrir a potenciales aliados?
- d. ¿Cómo podemos contrarrestar a nuestros enemigos actuales y amenazas emergentes?
- e. ¿Cómo podemos justificar los cuatro cálculos de arriba a nuestro público, y a la comunidad global? (Flint, 2021, p. 50)

Como puede observarse, los códigos geopolíticos son la forma en que se construye y ejerce la geopolítica práctica, permitiendo, a partir de los cinco cálculos anteriores, analizar de mejor manera los discursos y prácticas oficiales que la componen. Para evitar caer en la trampa territorial que Agnew (1994, 1998, 2018, 2020) menciona, es importante entender que no son los países, como dice Flint (2021), quienes realizan geopolítica práctica o

construyen códigos geopolíticos, sino son los determinados actores y sectores que dominan al Estado—u otro actor que ejerza geopolítica práctica—en una coyuntura determinada, entendiendo al Estado como una relación social, siguiendo a Jessop (2017). Por lo tanto, no se debe esencializar el análisis, creyendo que *así es* tal o cual país o Estado, sino más bien se debe entender que *así ha sido construido* el discurso y cosmovisión de la clase gobernante histórica o coyuntural que domina a tal o cual país o Estado.

Esto es lo que, precisamente, se busca realizar en este apartado. Se inicia con el análisis de la Estrategia de Seguridad Nacional de la administración Trump, para luego seguir con una serie de discursos seleccionados de Donald J. Trump, escogidos por su relevancia o la relevancia de su foro, para finalizar, se analizan una serie de discursos de Rex Tillerson y Michael Pompeo, secretarios de Estado de esta administración.

El código geopolítico de la Estrategia de Seguridad de Estados Unidos durante la administración Trump

La Estrategia de Seguridad de Estados Unidos (en adelante NSS 2017, por sus siglas en inglés) durante la administración Trump empieza con un diagnóstico de la situación mundial bastante peculiar por parte del presidente Trump. Inicia afirmando que fue elegido para *Make America Great Again* y que, a partir de su elección, EE. UU. ha vuelto a liderar en la escena global. No obstante, el mundo al que se enfrenta su administración es un mundo “extraordinariamente peligroso” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. I). Como en su momento George W. Bush acuñaría el término en su NSS de Eje del Mal, Trump pareciera acuñar el término *Rogue States* o Estados Forajidos. Más que contemplar un eje, como lo hizo Bush, Trump ofrece una amalgama de Estados adversarios, competidores o rivales de los EE. UU. que no necesariamente se encuentran aliados entre sí. Entre ellos ubica a la República Popular de China, a la Federación Rusa, a la República Islámica de Irán y a la República Democrática Popular de Corea (Corea del Norte, como se conoce popularmente) (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. I-II).

Luego de este primer nivel de amenazas, ubica al terrorismo, que lo equipara con yihadismo, en un claro uso de un dispositivo discursivo orientalista, como una amenaza importante a la que EE. UU. debe hacerle frente, fundamentalmente, a ISIS, a al-Qaeda y a lo que afirma ser

el principal Estado espónsor del terrorismo a nivel global, Irán (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. I-II). Claramente de lo que se trata es de unir todo lo contrario al país.

En un tercer nivel de amenazas están la vulnerabilidad de las fronteras y la soberanía, a partir de organizaciones criminales transnacionales y lo que afirma ser “inmigración ilegal”. El cuarto y último nivel de amenazas lo conforma el comercio no justo y la falta de reciprocidad en las responsabilidades de las alianzas, las cuales provocan que EE. UU. deba asumir más de lo que le corresponde e incurrir en pérdidas (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. I-II).

Donald Trump termina su prefacio de la NSS 2017 afirmando que EE. UU. ha vuelto para liderar al mundo. Mientras señala que el propósito de la NSS 2017 es:

Proteger al pueblo estadounidense y preservar su forma de vida, promoviendo nuestra prosperidad, preservando la paz a través de la fuerza, e impulsando la influencia estadounidense en el mundo. Vamos a perseguir esta hermosa visión—un mundo de naciones fuertes, soberanas e independientes, cada una con sus culturas y sueños, floreciendo de lado a lado en prosperidad, libertad y paz—a través del siguiente año (...)

Vamos a promover un balance de poder favorable para los Estados Unidos, nuestros aliados y nuestros socios. Nunca perderemos de vista nuestros valores y su capacidad de inspirar, enaltecer y renovar (...)

Esta Estrategia de Seguridad Nacional pone a América Primero [*America First*]. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. II)

De la anterior cita varios elementos resaltan a la vista. En primer lugar, nada de lo dicho ha sido contrario al orden liberal internacional y el lenguaje y tono utilizado, aparte de ciertas quejas por comercio injusto para los EE. UU. o un sobrepeso por las alianzas, sigue en gran medida el lenguaje y tono de quienes defienden el orden. Incluso, las quejas no son realmente un quiebre con el orden, sino que pone sobre la mesa la necesidad, para los EE. UU., según lo concibe la administración Trump, de reconfigurar el orden. Por otro lado, lo que resulta más interesante es que se observa la influencia de la ideología de Bannon en Trump, porque este último promueve un mundo que no deja de ser globalizado, pero que estaría conformado por Estados-Nación tradicionalistas, en el sentido explicado del apartado anterior. No es esto

un quiebre con el orden, ni un aislacionismo—por lo menos hasta lo ahora visto—sino una clara intencionalidad de reescribir la globalización en términos conservadores.

Un punto relevante es que la priorización de amenazas que establece Trump en su prefacio no es la que organiza al texto propiamente. El texto se basa en cuatro pilares fundamentales:

- I. Proteger al pueblo estadounidense, la madre patria y el estilo de vida estadounidense.
- II. Promover la prosperidad estadounidense.
- III. Preservar la paz a través de la fuerza.
- IV. Impulsar la influencia estadounidense. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 2)

El dictamen con que inicia la NSS 2017 es contundente, EE. UU. ha sido una fuerza de bien en el mundo y, para continuar siéndolo, debe buscar mantener sus ventajas militares, económicas y tecnológicas. Queda claro la continuidad con el excepcionalismo estadounidense en Trump y su administración. Está en el interés del mundo que EE. UU. siga liderando no solo por ser una fuerza del bien, sino porque, sin el liderazgo estadounidense, actores malignos llenarían el vacío en detrimento de quienes valoran la dignidad y libertad humana y a favor de quienes oprimen a los individuos e imponen la uniformidad (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 1-4).

En un lenguaje más obvio de lo que a los internacionalistas liberales les gustaría, la NSS 2017 deja claro que la base de poder global estadounidense es su prosperidad interna: “Un Estados Unidos seguro, próspero y libre a lo interno, es un Estados Unidos con la fortaleza, la confianza y la voluntad para liderar afuera” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 1). Incluso, se deja claro que las bases del poder estadounidense recaen en su poderío militar, la economía de mercado, el comercio justo, los principios democráticos y alianzas compartidas de seguridad (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 2).

En cuanto a las características del orden liberal internacional, la NSS 2017 no pareciera distanciarse en lo más mínimo. Se subraya la importancia de la libertad de mercado, la cual debe ser promovida a través del Estado de Derecho y la promoción de la competencia, por medio del crecimiento impulsado por el sector privado. Se identifican a los sectores tecnológico y energético como los pilares de poder económico a futuro para los EE. UU. Se

defiende el sistema democrático y los principios estadounidenses, incluyendo la libertad y dignidad humana—como estas sean interpretadas es otra cuestión, como se verá luego. Se llama a avanzar los intereses estadounidenses, liderando y compitiendo a nivel global y en organizaciones multilaterales. Asimismo, se establece que la cooperación debe ser justa, compartiendo las responsabilidades y las cargas conjuntamente (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 2-4).

Además, deja claro que son los rivales de EE. UU., especialmente China y Rusia, los que promueven la opresión y represión de las libertades, impulsan economías menos libres y justas y buscan controlar la información y apropiarse de la propiedad intelectual estadounidense injustamente (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 2). Esto deja claro una característica propia de la clase gobernante estadounidense, la de ofrecer una legitimación de sus acciones, a partir de una construcción discursiva y retórica maniquea, dicotómica, del bien versus el mal, rastreada a las primeras formulaciones del excepcionalismo estadounidense.

En cuanto a la soberanía estadounidense, se deja claro que se defiende promoviendo los valores y principios de los padres fundadores, como un gobierno reducido, un Estado de Derecho, separación de poderes y promoción de libertades y derechos individuales (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 1). La NSS 2017 afirma que “Nosotros protegemos la soberanía estadounidense al defender estas instituciones, tradiciones y principios que nos han permitido vivir en libertad, de construir una nación que amamos” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 1).

Lo que sí podría ser considerado una crítica al orden liberal internacional—al menos si seguimos lo que establece Mearsheimer (2018, p. 194) de que el internacionalismo liberal se basa en la teoría de la paz democrática, la teoría de la interdependencia económica y la teoría del institucionalismo liberal—es el claro posicionamiento de la NSS 2017 en contra de imponer los valores estadounidenses en el mundo. Al respecto, se indica que “También somos realistas y entendemos que la forma de vida estadounidense no se puede imponer a otros, ni es la culminación inevitable del progreso” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 4). Pareciera que la NSS 2017 se acerca más a lo que Mearsheimer (2018) llama un liberalismo *modus vivendi* o conservador, para ser más exacto, que a un liberalismo progresista.

El principled realism en la NSS 2017

Resalta el hecho de que recurrentemente se declara en la NSS 2017 que “somos realistas”. Sin embargo, más pareciera acuñarse el término bajo una concepción ontológica de realismo ingenuo y simplista que en una acepción teórica de las Relaciones Internacionales. La NSS 2017 acuña el término “*principled realism*”, como la perspectiva que dirige la construcción de la estrategia de seguridad nacional (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 1), sin explicar ni dejar claro qué se entiende por este realismo con principios, más allá de decir que es uno que se guía por resultados, no por ideología. El término se verá usado en otros discursos que se analizan posteriormente, con el mismo grado de superficialidad y ambigüedad.

No será, sino hasta el final de la NSS 2017 que se pareciera ofrecer una explicación de qué es este “*principled realism*” o realismo con principios, aunque igualmente superficial en su explicación. Se afirma que:

Esta estrategia es guiada por un realismo con principios. Es realista porque reconoce el rol central del poder en las relaciones internacionales, afirma que los Estados soberanos son la mejor esperanza para un mundo pacífico, y define claramente nuestros intereses nacionales. Está basado en principios porque está fundamentado en el conocimiento de que impulsar los principios estadounidenses expande paz y prosperidad alrededor del globo. Somos guiados por nuestros valores y disciplinados por nuestros intereses. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 55)

Ettinger (2018, 2019) y Baig y Muhammad (2020) han analizado este término y su uso por parte de la administración Trump. Los segundos argumentan que el realismo con principios de la NSS 2017 es solo realista en su etiqueta, pero que en realidad mina por completo las bases y ventajas de poder de los EE. UU., promoviendo un aislacionismo y una lógica de suma-cero contraria a cualquier cálculo realista del balance de poderes, por lo que terminan recomendando que EE. UU. adopte el *offshore balancing*, propuesto por Mearsheimer. En cuanto al primero, Ettinger (2018, 2019) encuentra que este término surge como una forma precaria de procurar converger a las distintas cosmovisiones en juego en la NSS 2017, dado que quienes se encargan de elaborar la estrategia son la Casa Blanca, los departamentos de Defensa, Estado, Seguridad de la Patria, Energía, Tesoro, Comercio, Salud y Servicios Humanos, así como agencias de inteligencia y comités del Congreso (Ettinger, 2018, p. 476).

Este realismo con principios, que para Ettinger (2018, p. 478) es realmente un idealismo, sigue manteniéndose dentro del internacionalismo liberal estadounidense, pero subordinándolo a un internacionalismo conservador. En buena medida es contradictorio, afirma, pero esto se debe al intento de converger las distintas visiones de mundo en pugna, utilizando al realismo como mecanismo discursivo legitimador (Ettinger, 2018, pp. 475-478). En este sentido, el realismo con principios es un eslogan, no del todo vacío, que articula una visión de mundo internacionalista conservadora, nacionalista jacksoniana, transaccional y que persigue el prestigio. Más que nada, busca defender una noción tradicional de soberanía, subordinando el rol global estadounidense a defender la soberanía y las fronteras del país (Ettinger, 2019, pp. 1-3).

Entre las figuras que estuvieron en pugna en la elaboración del NSS 2017, Ettinger (2019, p. 3-4) menciona que las del establishment de política exterior fueron: James Mattis, Rex Tillerson, Gary Cohn, John F. Kelly y HR McMaster. Mientras que las nativistas serían representadas por Michael Flynn, Sebastian Gorka, Steve Bannon—a quien erróneamente llama Stephen—, Michael Anton y Stephen Miller. John Bolton lo ubica como un neo-conservador, un halcón de la política exterior, pero pareciera ser cauteloso de no ubicarlo ni con el establishment ni con los nativistas. Todas estas personalidades en pugna llevaron a un documento que necesitó de ciertas concesiones de cada parte para lograr su elaboración, llevando a un documento que más pareciera evocar a un presidente estadounidense del siglo XIX y a la figura de John Quincy Adams, que a un presidente del siglo XX o XXI, por más que en Reagan existieran ciertos antiglobalistas, como Jeane Kirkpatrick (Ettinger, 2019, pp. 1-16).

Ettinger (2018, 2019) es claro en su posicionamiento crítico de Trump desde el internacionalismo liberal, evidenciando ciertos prejuicios y juicios de valor, al afirmar que el libre comercio, la promoción de los derechos humanos y la democracia y la lucha contra el cambio climático están completamente ausentes de la estrategia. Como se pudo ver anteriormente, esto no es del todo cierto, exceptuando el cambio climático que en efecto está del todo ausente de la NSS 2017. Lo que se encuentra, realmente, es una forma de promoción de libre comercio, ahora catalogada como comercio justo y recíproco, más acorde con la lógica transaccional de Donald Trump, y una reinterpretación de la promoción de libertades,

democracia y derechos humanos más cercana al conservadurismo que al liberalismo progresista, por ejemplo, al reducir mucho la libertad y los derechos humanos a la libertad de empresa, libertad de mercado y libertad religiosa (Gobierno de EE. UU., 2017).

Más allá de lo anterior, se encuentra que el realismo con principios de la administración Trump fue implementado como una herramienta discursiva legitimadora, más que una perspectiva ideológica o teórica que guiara la política exterior de la administración. Como el mismo Ettinger (2018, 2019) manifiesta, el término empezaría a desvanecerse del lenguaje oficial luego de mediados del 2018.

Incluso, si se parte de un análisis de frecuencia de las palabras, se encuentra que el término “*principled realism*” no es de los más utilizados en el texto. De hecho, solamente se utiliza dos veces en todo el texto (Gobierno de EE. UU., 2017).

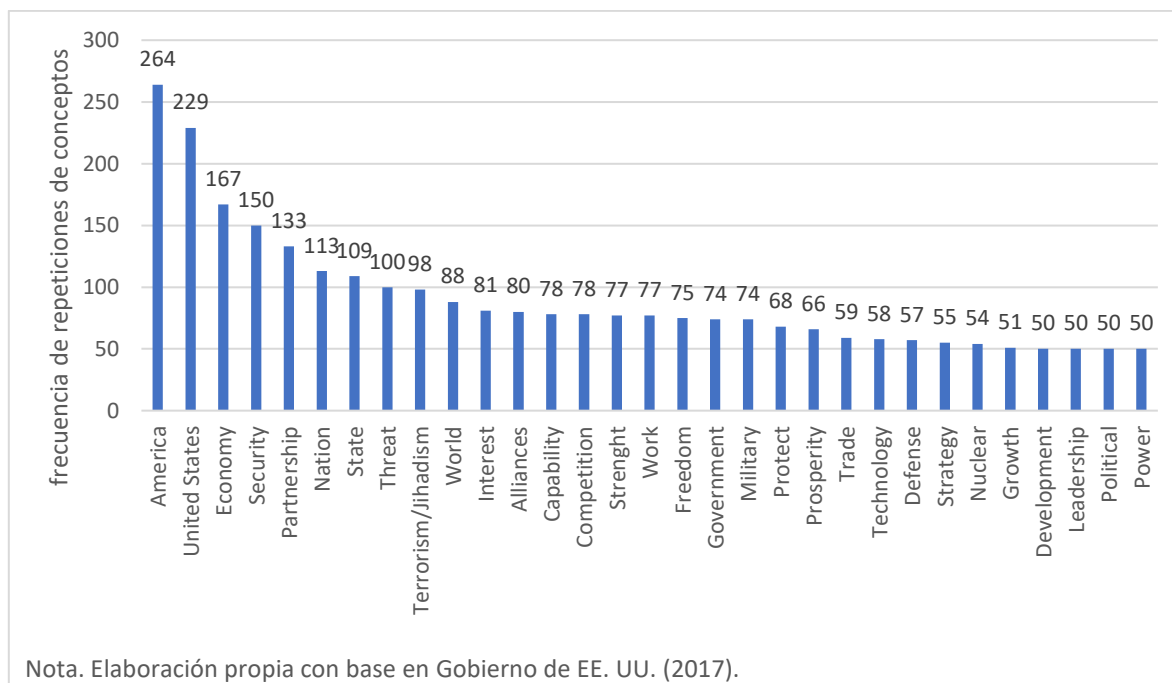
Análisis de frecuencias y relaciones de palabras en la NSS 2017

Continuando con un análisis de frecuencia de palabras de la NSS 2017, se encuentran resultados interesantes contrarios a lo que podría suponerse de una administración supuestamente contraria al orden liberal internacional. Utilizando el software WordSmith, se halla que la palabra soberanía y sus derivados se utilizan alrededor de 31 veces en todo el texto, la misma cantidad de veces que se refiere a la democracia y sus palabras derivadas. Los eslóganes de America First y Make America Great Again se usan 10 veces y una vez, respectivamente, en todo el texto.

La Figura 2 muestra las principales palabras utilizadas en la NSS 2017, elaborada a partir del uso del software WordSmith. Las frecuencias, en un inicio, se contabilizaron mediante el programa, luego se realizó una revisión manual para agrupar los conceptos y sus derivados. Esto porque el software contabiliza como términos diferentes si están en plural o no, así como las derivaciones de las palabras, por ejemplo, con el caso de democracy, se toma por diferente democratic y democracies. Por lo tanto, se llevó a cabo una revisión manual de la tabla de frecuencias arrojada por el software para contabilizar de mejor forma la utilización de los términos en el texto.

Figura 2

Frecuencias de palabras de la Estrategia de Seguridad Nacional de EE. UU. 2017



Como puede observarse en la figura anterior, las dos principales palabras utilizadas a lo largo de la NSS 2017 son “America” y “United States”. Si bien la segunda no debe sorprender, debido a que es una estrategia de seguridad nacional de los EE. UU., la primera debe ser vista con cautela. En efecto, el texto posee referencias a la economía, el pueblo, los valores, los principios, los trabajadores, etc., estadounidenses o “americanos”. Además, el texto utiliza a “America” como sinónimo de los Estados Unidos, por consiguiente, su uso es recurrente. Aun así, podría decirse que es un uso mucho mayor al resto de palabras del texto. Si ambas palabras se toman en cuenta como una sola, realmente se utilizó unas 493 veces y, si se toman por separado, la tercera palabra más utilizada, que es economía y sus derivados, se utilizó 167, por ende, “America” le supera en más de 100 ocasiones de uso. Por lo tanto, podría decirse que, a simple vista, y sin un análisis más detallado, el texto puede efectivamente ser sospechoso de tener un fuerte contenido nativista. No obstante, esto debe sopesarse con el análisis más profundo del mismo.

La tercera palabra con más uso muestra el grado de importancia que la administración Trump le dio a la economía como una dimensión prioritaria de la seguridad nacional. No solo se

identifican en el texto referencias a proteger la economía estadounidense de prácticas comerciales injustas, de proteger a los trabajadores estadounidenses, de promover el comercio justo, entre otros usos, sino también el peso e importancia que esta administración le dio a defender la propiedad intelectual de los EE. UU. frente a prácticas de robo, especialmente de China, pero sin una acusación directa al país (Gobierno de EE. UU., 2017). Queda implícito en el texto la responsabilidad de China, pero no lo deja explícito. Serán otros discursos de Trump, Tillerson y Pompeo que dejan esta responsabilidad claramente establecida. Por tanto, la tercera y cuarta palabra están íntimamente relacionadas a lo largo de todo el texto.

Por otro lado, un hallazgo interesante es que se utiliza la palabra “partnership” 133 veces en todo el texto. Esta se diferenció de “alliance” y sus derivados, que se utilizó 80 veces, dado que se consideró que “partnership” implica una relación más informal que una alianza, la cual, claramente, posee una connotación más formal e institucionalizada de la relación entre los socios. Sin esta diferencia de connotación, las alianzas y socios contabilizarían 183 usos, ubicándose en segundo lugar de uso de palabras en el texto. Como se quiera considerar, es claro que la administración Trump sí dejó en su Estrategia de Seguridad Nacional un lugar importante a los socios y a las alianzas.

También se le dio un peso importante a la palabra libertad y sus derivados, así como a la palabra “trade”, que se diferenció de “commerce”, debido a que esta última se utilizaba para hablar explícitamente de comercio entre ciertos países, bilateral usualmente, o, incluso, para referirse a sectores económicos. La palabra libertad o “freedom” fue utilizada 75 veces y “trade” fue utilizada 59 veces. Si bien no puede decirse que la NSS 2017 deja por fuera la promoción de las libertades—especialmente la libertad de empresa—como principio intrínseco de la política exterior histórica de los EE. UU., en cuanto al comercio, sí se debe hacer una aclaración.

Realizando un análisis de relación de palabras, mediante el programa WordSmith, se encontró que “trade” se vinculaba, principalmente, con las palabras “fair”, “unfair”, “reciprocal”, “investment” y “agreements”. Estas combinaciones de palabras se utilizaron a lo largo del texto 7, 7, 6, 6, y 5 veces, respectivamente. Más allá de su uso, que no fue mayoritario, lo importante no es lo que está presente, sino lo que está ausente. Claramente,

se observa que no se emplea la categoría de libre comercio en el texto. Ahora bien, esto se debe a que la promoción del libre comercio se deja implícita, cuando se habla de mercados libres y de libertad de inversión en las economías del mundo (Gobierno de EE. UU, 2017), pero también a que, más que la promoción de libre comercio, lo que le interesó a la administración Trump era la promoción de un libre comercio **favorable** hacia los EE. UU. Se resalta la palabra “favorable”, precisamente, porque se encuentra que la principal preocupación de la NSS 2017 era no solo mantener la posición económica privilegiada de los EE. UU. en el mundo, sino evitar o su declive o que algún competidor, socio, aliado o rival lograra ventajas competitivas sobre el país.

Al respecto, se afirma en varias ocasiones en la NSS 2017² que:

Today, American prosperity and security are challenged by an economic competition playing out in a broader strategic context. The United States helped expand the liberal economic trading system to countries that did not share our values, in the hopes that these states would liberalize their economic and political practices and provide commensurate benefits to the United States. Experience shows that these countries distorted and undermined key economic institutions without undertaking significant reform of their economies or politics. They espouse free trade rhetoric and exploit its benefits, but only adhere selectively to the rules and agreements. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 17)

The United States distinguishes between economic competition with countries that follow fair and free market principles and competition with those that act with little regard for those principles. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 19)

The United States will partner with countries as they build their export markets, promote free market competition, and incentivize private sector growth. We will expand U.S. trade and investment opportunities and increase the market base for U.S. goods and services. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 20)

² Se mantienen en el inglés original la cita para que la intencionalidad del mensaje no sea afectado con la traducción al español.

A todas luces, se observa que el compromiso con el libre comercio en ningún momento se deja en duda en las anteriores citas. Lo que más bien se observa es que la administración Trump da a entender que existen actores que se han beneficiado más de la cuenta del libre comercio o del régimen de comercio internacional sin necesariamente adscribirse a las reglas del libre comercio, más allá de las que les convienen. De ahí el énfasis en comercio justo y recíproco. Este no deja de ser libre comercio, pero se anuncia algo que antes estaba implícito: que el libre comercio debe ir en beneficio del hegemon. En otras palabras, pareciera que EE. UU. con la administración Trump está buscando dar una patada a la escalera del desarrollo, como menciona Chang (2013), mediante la promoción de un libre comercio transaccional que sea beneficioso a los EE. UU., en detrimento de sus rivales, principalmente China y Rusia, y promoviendo relaciones más favorables hacia los EE. UU. con los aliados y socios. Como se verá, en efecto sigue una lógica transaccional y de suma-cero en el comercio. No por algo la palabra “competition” y sus derivados se usaron 78 veces en el texto, implicando tanto competencia con rivales como con aliados y socios.

El mundo que pareciera retratar la NSS 2017 no solo es un mundo competitivo (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 2), sino también peligroso y amenazante. Precisamente, la palabra “threat” y sus derivados se utilizaron 100 veces en el texto. Pero algo que la Figura 1 podría mostrar y que sería engañoso interpretar es que estas amenazas provienen del terrorismo o yihadismo. Se aclara que se contabilizaron en conjunto ambas palabras, ya que, a pesar de que no son lo mismo, al realizar un análisis de relación de palabras en WordSmith, se encontró una relación mutua (MI3) entre estas palabras de 17,01, lo cual permite establecer que para la administración Trump, en una clara muestra de orientalismo e islamofobia, ambos términos son equivalentes. De hecho, el programa también encuentra que las palabras “jihadists” y “terrorists” están vinculadas con un MI3 de 13,77, por ende, si el análisis permitiera agrupar estos conceptos y sus derivados, la relación sería más fuerte.

Dejando más claro la islamofobia y el orientalismo identificado en el documento, la NSS 2017 (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 2) llama bárbaros a los “terroristas yihadistas”, así como “fanáticos que propagan una visión totalitaria de un califato islamista global, que justifica el homicidio y esclavitud, promueve la represión y busca minar la forma de vida estadounidense” (p. 10). Incluso, se declara que “promueven la violencia para impulsar sus

ideologías islamistas supremacistas” (p. 42). Evidentemente, se muestra un total desconocimiento sobre el Islam, lo que es realmente la yihad, así como la ideología política islamista, lejos de la salafista que propugnan grupos como al Qaeda o ISIS. El documento es una clara muestra de racismo e islamofobia.

La razón por la que se afirma que sería engañoso interpretar que las amenazas a EE. UU. y al mundo identificadas en la NSS 2017 provienen del mal llamado terrorismo yihadista, precisamente, es porque, en la jerarquización de amenazas que se interpreta en esta estrategia, se ubican a China y a Rusia como las amenazas más importantes, inclusive, que a organizaciones como al Qaeda o ISIS. Corea del Norte e Irán son países también más amenazantes que estas organizaciones, aunque a Irán se le acusa de ser el mayor espónsor estatal de terrorismo en el mundo (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 7)—sin aportar una sola prueba. Incluso, se identifica que para los EE. UU. las organizaciones terroristas yihadistas y las organizaciones criminales transnacionales, llámense carteles de drogas o grupos de tráfico de personas, están prácticamente en un mismo nivel de peligro o amenaza (Gobierno de EE. UU., 2017).

Por lo tanto, por más que el documento afirme que “Las organizaciones terroristas yihadistas presentan la amenaza terrorista más peligrosa a la nación” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 10), lo cierto del caso es que también se entiende que el peligro de estos grupos emerge por la derrota de al Qaeda e ISIS en el Medio Oriente, especialmente, Siria e Iraq, con respecto al último, que podría hacer que muchos de sus militantes busquen regresar a países europeos o a los EE. UU., donde originalmente provienen (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 10-11). El texto deja claro que estos grupos siguen siendo una amenaza, pero no es la principal amenaza que EE. UU. debe enfrentar en el mundo competitivo actual, como lo llaman.

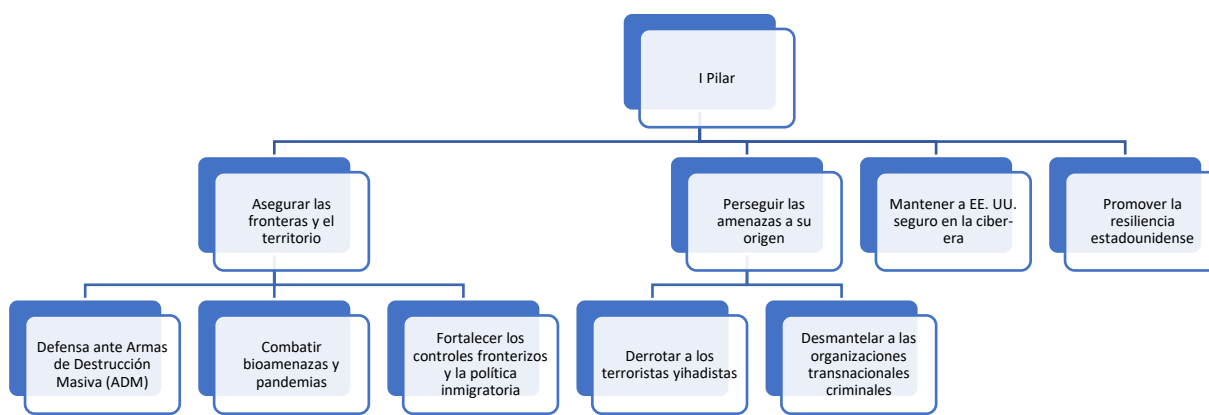
[Análisis de contenido de la NSS 2017](#)

Ahora bien, volviendo con el análisis de cada pilar de la NSS 2017, se encuentra que el primer pilar, titulado “proteger al pueblo estadounidense, la patria y la forma de vida estadounidense”, se organiza a partir de los siguientes ejes temáticos: asegurar las fronteras y el territorio, perseguir las amenazas a su origen, mantener a EE. UU. seguro en la ciber-era

y promover la resiliencia estadounidense. La Figura 3 muestra los ejes temáticos del primer pilar de la NSS2017 y sus componentes.

Figura 3

Los ejes temáticos y componentes del I Pilar sobre Proteger al pueblo estadounidense, la patria y la forma de vida estadounidense en la Estrategia de Seguridad Nacional de EE. UU. de 2017



Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017, pp. 7-14).

Como se puede observar, el primer pilar de la NSS 2017 pareciera estar, principalmente, enfocado en la defensa de la soberanía y el territorio estadounidense, desde una perspectiva que podría catalogarse como nativista. De hecho, el documento resalta que:

Fortalecer el control sobre nuestras fronteras y sistema de inmigración es central para la seguridad nacional, la prosperidad económica y el Estado de Derecho. Terroristas, traficantes de drogas y los carteles criminales explotan nuestras **porosas** fronteras y amenazan a la seguridad y seguridad pública de los EE.UU. Estos actores se adaptan rápidamente para adelantarse a nuestras defensas. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9; el resaltado es propio)

El énfasis sobre este componente es mayor que cualquier otro de este eje temático, el cual pareciera enfocarse en parar cualquier tipo de migración irregular o ilegal, como la llama (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9), hacia los EE. UU. Para ello, propone mejorar la seguridad fronteriza mediante la construcción de un muro fronterizo, mejorar el veto a individuos que busquen ingresar “ilegalmente” a los EE. UU. por vías irregulares y que signifiquen una amenaza al país, con ayuda de otros países, aplicar las leyes inmigratorias tanto a lo interno como en las fronteras del país para identificar y remover a “alienígenas ilegales” del país y desincentivar la “inmigración ilegal” y, por último, aumentar la seguridad en el transporte aéreo, marítimo y terrestre para desincentivar la “inmigración ilegal” (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 9-10).

Con todo esto, se busca proteger la soberanía y ejecutar el derecho soberano del país, afirma la estrategia, de escoger quién puede o no entrar a su territorio, promoviendo la “inmigración legal” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9), lo cual deja en evidencia la clara trampa territorial que orienta al texto (Agnew, 1994). Mientras se reconoce la importancia de la inmigración para el país, también se asegura lo siguiente: “La inmigración ilegal, sin embargo, carga a la economía, hiere a los trabajadores estadounidenses, presenta riesgos a la seguridad pública y enriquece a traficantes y otros criminales” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9). Por esta razón, la administración Trump busca:

Reformar nuestro sistema actual de inmigración, el cual, contrario a nuestro interés nacional y seguridad nacional, permite una entrada aleatoria y una migración en cadena de familia extendida. Las determinaciones de residencia y ciudadanía deberían ser basadas en los méritos del individuo y su habilidad de contribuir positivamente a la sociedad estadounidense, en vez de ser por chance o conexiones de familia extendida. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9)

En cuanto a los otros componentes de este eje temático, se busca detener la proliferación de las ADM, construir un sistema defensivo alrededor de Irán y Corea del Norte, balancear contra las capacidades balísticas ofensivas de China y Rusia y realizar operaciones contraterroristas contra grupos terroristas que busquen adquirir o desarrollar ADM, incluyendo sus fuentes de financiamiento (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 8). Asimismo, se identifica que los virus del ébola y el SARS suponen amenazas a la vida humana que deben

ser contenidas, por tal motivo, se busca detectar y contener bioamenazas en su lugar de origen, promover la innovación médica y biomédica y fortalecer las respuestas de emergencia ante bioamenazas a lo interno del país (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 9).

Con respecto al segundo eje temático, referente a perseguir las amenazas a su origen, a parte de lo ya dicho sobre la amenaza “terrorista yihadista”, se identifican a organizaciones criminales transnacionales como una amenaza importante, las cuales “han establecido cadenas de suministros globales comparables a las corporaciones del Fortune 500” (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 11-12). El énfasis pareciera estar en las organizaciones de tráfico de drogas, con una interesante mención a productores chinos de fentanilo, lo que iría poniendo sobre la mesa la construcción de China como amenaza, precisamente, por la crisis de consumo de opioides en los EE. UU.

El tercer eje temático se enfoca en la ciberseguridad estadounidense, afirmando que “El internet es una invención estadounidense, y éste debería de reflejar nuestros valores, mientras continua de transformar el futuro de todas las naciones y todas las generaciones” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 13). Queda claro la instrumentalización del Internet a favor de los EE. UU., mientras se busca fortalecer la ciberseguridad en los sectores de seguridad nacional, energía y electricidad, banca y finanzas, salud y seguro social, comunicaciones y transporte (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 13).

El último eje temático del primer pilar, relativo a la mejora de la resiliencia estadounidense, busca que EE. UU. desarrolle resiliencia ante amenazas no previstas contra su sistema económico y democrático. A tal efecto, se afirma que:

Una democracia es solo tan resiliente como su gente. Una ciudadanía informada y activa es el requisito fundamental para una nación libre y resiliente. Por generaciones, nuestra Sociedad ha protegido la libertad de prensa, libertad de expresión y libertad de pensamiento. Hoy, actores como Rusia están usando herramientas de la información en un intento de minar la legitimidad de las democracias. Los adversarios ponen la mira sobre los medios, los procesos políticos, las redes financieras y los datos personales. El público estadounidense y los sectores privados deben reconocer esto y trabajar en conjunto para defender nuestra forma de vida. A ninguna amenaza

externa puede permitírsele mover nuestro compromiso compartido a nuestros valores, minar nuestro sistema de gobierno o dividir a nuestra nación. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 14)

Si, por un lado, la defensa de la democracia es evidente en el texto, por el otro, resulta curioso la mención de Rusia y su intromisión en los asuntos internos de otros países, a través de herramientas informáticas. Se podría conjeturar que esto es parte de los acuerdos entre visiones que estuvieron en pugna a la hora de redactar el texto, como afirma Ettinger (2018, 2019), con un uso del lenguaje cuidadoso, precisamente, cuando Trump había llamado en campaña para que Rusia interviniera en las elecciones, proveyendo de los correos de Hillary Clinton como secretaria de Estado durante la administración Obama (Green, 2017) y de acusaciones a Rusia de intervenir en las elecciones a favor de Donald Trump.

Más allá de lo anterior, nada de este pilar parece alejarse de los principios, valores ni creencias del orden liberal internacional. Ni siquiera su componente nativista, que lo deja claro, dado que anteriores administraciones han utilizado un lenguaje que securitiza la migración hacia EE. UU. y han deportado a miles de personas que han migrado irregularmente hacia los EE. UU. (Sandoval, 2015; Villafuerte, 2018). La diferencia ha sido que la administración Trump evidencia y defiende en discurso y acción posiciones nativistas, xenófobas y antinmigración irregular.

De hecho, la introducción del pilar deja claro la confluencia de la estrategia con las ideas del orden liberal internacional, buscando reescribir las relaciones sociales de la globalización más que ir en su contra:

Los estadounidenses han reconocido hace tiempo los beneficios de un mundo interconectado, donde la información y el comercio fluyen libremente. Interactuar con el mundo, sin embargo, no significa que los Estados Unidos debería de abandonar sus derechos y responsabilidades como un Estado soberano o comprometer su seguridad. La apertura también implica costos, dado que adversarios explotan nuestro sistema libre y democrático para dañar a los Estados Unidos. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 7)

En lo que respecta al segundo pilar de la NSS 2017, “Promover la prosperidad estadounidense”, se deja claro que la economía se convierte en una dimensión importante de la seguridad nacional. Es más, se securitiza la economía afirmando que “la seguridad económica es seguridad nacional” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 17). La movida securitizadora (Buzan et al., 1999) es clara cuando se determina que EE. UU. ha construido por 70 años un sistema económico internacional “basado en los principios estadounidenses de reciprocidad, mercados libres y libre comercio” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 17), pero, a pesar de que:

Estados Unidos ayudó a expandir el sistema económico liberal de comercio a países que no comparten nuestros valores, con la esperanza de que estos Estados liberalizarían sus prácticas económicas y políticas y proveyeran beneficios conmensurables a los Estados Unidos. La experiencia ha mostrado que estos países distorsionaron y minaron instituciones económicas clave sin sobrellevar reformas significativas de sus economías o políticas. Ellos exponen una retórica de libre comercio y explotan sus beneficios, pero solo se adhieren selectivamente a las reglas y los acuerdos. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 17)

Más que entender lo anterior como una afrenta, ruptura o quiebre con el orden liberal internacional, se considera que es mejor entenderlo como una movida securitizadora de la economía global para hacerle frente al reto de China en la escena global. Queda claro el lenguaje implícito referente a China, al indicar que hubo países que se beneficiaron del sistema, pero no liberalizaron ni su economía ni su sistema político. Al menos la NSS 2017 no quiebra con el libre comercio, lo que hace es securitizar la dimensión económica como herramienta de seguridad contra China y cualquier otro adversario o competidor de los EE. UU.

Para la administración Trump, entonces, el problema yace en quienes han explotado al sistema y se han beneficiado de él, sin realmente adherirse al mismo. ¿Cómo es esto una ruptura con el orden liberal internacional?

Asimismo, en una clara lógica neoliberal, el problema del crecimiento económico global vino por las regulaciones impuestas posterior a la crisis del 2008. Al respecto, el Gobierno de EE. UU. (2017) detalla que:

Después de la crisis financiera global de 2008, la duda reemplazó a la confianza. La aversión al riesgo y las regulaciones reemplazaron la inversión y el emprendimiento. La recuperación produjo crecimiento anémico en los salarios reales de los trabajadores estadounidenses. El déficit comercial de los EE.UU. creció como resultado de varios factores, incluyendo prácticas comerciales injustas. (p. 17)

Por lo tanto, ante la anterior situación, en que se evidencia una tácita aceptación del declive relativo económico de los EE. UU., la solución no es un quiebre con el sistema, sino su reforma:

Ese sistema económico [de los últimos 70 años] continúa sirviendo a nuestros intereses, pero debe ser reformado para ayudar a los trabajadores estadounidenses a prosperar, proteger nuestra innovación y reflejar los principios sobre los cuales ese sistema fue fundado (...)

Nosotros aceptamos todas las relaciones económicas basadas en justicia, reciprocidad y adherencia fiel a las reglas. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 17)

Seguendo a Buzan et al. (1999), la autoridad securitizadora es la administración Trump, la cual busca securitizar las relaciones económicas y comerciales de EE. UU. con el mundo, poniendo como amenaza existencial a los países que han lucrado del sistema sin realmente adherirse a sus reglas, en detrimento—aquí viene el público ante el cual se busca que se acepte la movida securitizadora—de los trabajadores estadounidenses. No se va en contra del orden, pero sí se le ha securitizado, evidenciando con ello lo particular de lo “universal” y, a su vez, las bases de poder de la hegemonía (Gramsci, 2017).

Sobre lo anterior, dos párrafos de la NSS 2017 son particularmente importantes de resaltar en este momento, porque evidencian no solo la securitización, sino el compromiso de la administración, al menos en la NSS 2017, con los valores y características del orden liberal internacional:

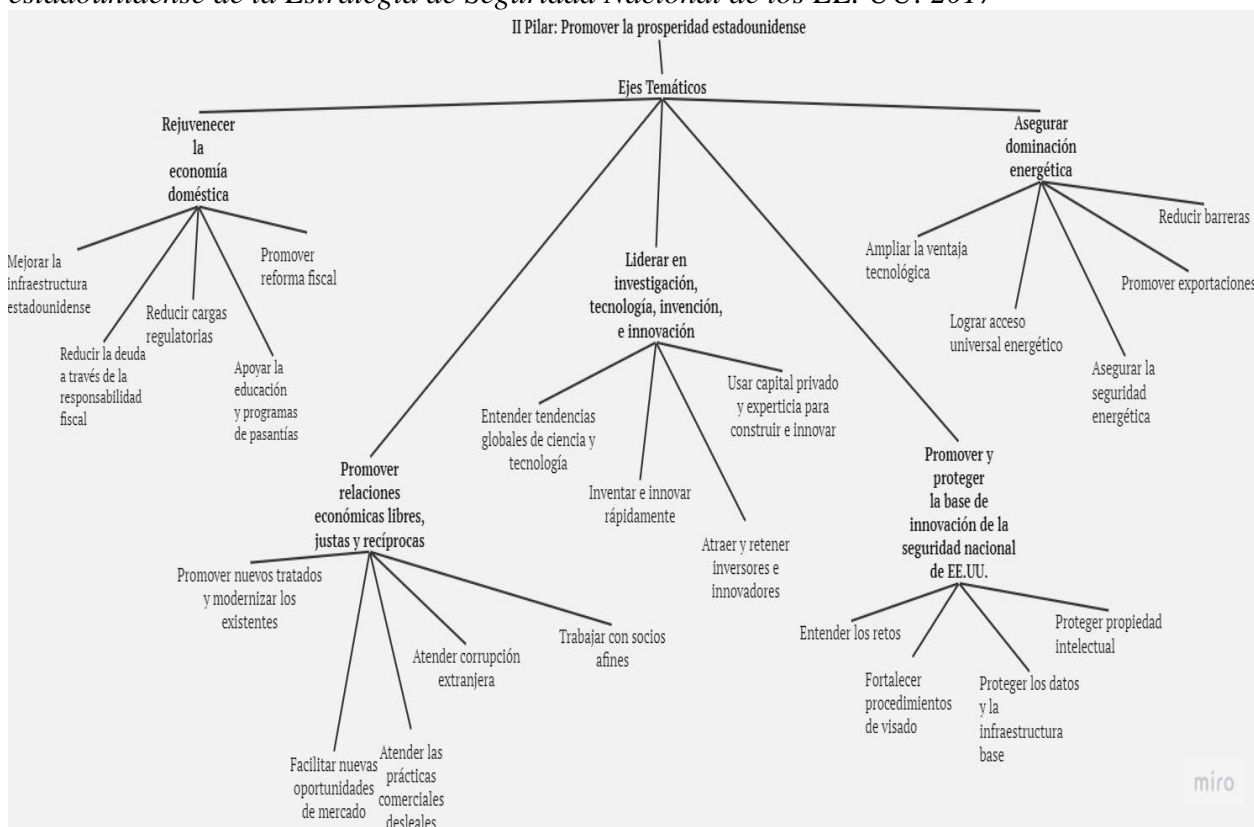
Por décadas, los Estados Unidos han permitido que las prácticas comerciales desleales crecieran. Otros países han usado el dumping, barreras no arancelarias discriminatorias, transferencias forzadas de tecnología, capacidad no económica, subsidios industriales y otros apoyos de los gobiernos y empresas estatales para obtener ventajas económicas.

Hoy debemos hacerle frente al reto. Vamos a atender los desbalances comerciales persistentes, traer abajo las barreras comerciales, y proveer a los estadounidenses de nuevas oportunidades de aumentar sus exportaciones. Los Estados Unidos va a expandir el comercio que es justo, para que los trabajadores e industrias estadounidenses tengan más oportunidades de competir por negocios. **Nos oponemos a los bloques mercantilistas cerrados. Al fortalecer el sistema de comercio internacional e incentivar a otros países a adoptar políticas amigables con el mercado,** podemos aumentar nuestra prosperidad. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 19; el resaltado es propio)

Este segundo pilar se compone de cinco ejes temáticos, pero a diferencia del primer, no existen componentes de cada eje, sino que pasa directamente a las acciones prioritarias de la estrategia. La Figura 4 ofrece una imagen resumida de cada eje temático con sus respectivas acciones a seguir por parte de los EE. UU. bajo la administración Trump, en dirección de izquierda a derecha.

Figura 4

Ejes temáticos y acciones prioritarias del II Pilar sobre Promover la prosperidad estadounidense de la Estrategia de Seguridad Nacional de los EE. UU. 2017



Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017).

El propósito fundamental de este pilar queda claro cuando se establece que “La Administración está dedicada a rejuvenecer a la economía estadounidense, desatando el potencial de todos los estadounidenses, y restaurando la confianza en nuestro sistema de libre mercado” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 19). Por ello, a partir de estos ejes temáticos, se busca reducir las barreras y las regulaciones en la economía, mejorar la infraestructura portuaria, aeroportuaria, ferroviaria, entre otras de los EE. UU. y reducir la deuda del gobierno federal a través de prácticas de austeridad (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 18-19). Con estas medidas se observa el carácter neoliberal de la administración, por tanto, realmente, no es contrario al orden liberal internacional.

Asimismo, se buscan crear nuevos acuerdos de libre comercio y modernizar a los existentes para favorecer a la economía estadounidense, proteger su propiedad intelectual y fomentar la

innovación y desarrollo de las empresas estadounidenses y de su economía. Todo esto, con el fin de mantener sus ventajas económicas sobre sus competidores y rivales. Particularmente, se resalta el rol de China de robar la propiedad intelectual estadounidense y se subraya que, de no protegerse esta propiedad, así como las capacidades de investigación, innovación y desarrollo estadounidense, se podría minar a futuro el poder global del país (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 20-22).

En lo que refiere a la dominación energética, se procura capitalizar la posición actual de EE. UU. como un país líder en producción e innovación energética. Al respecto, se afirma que:

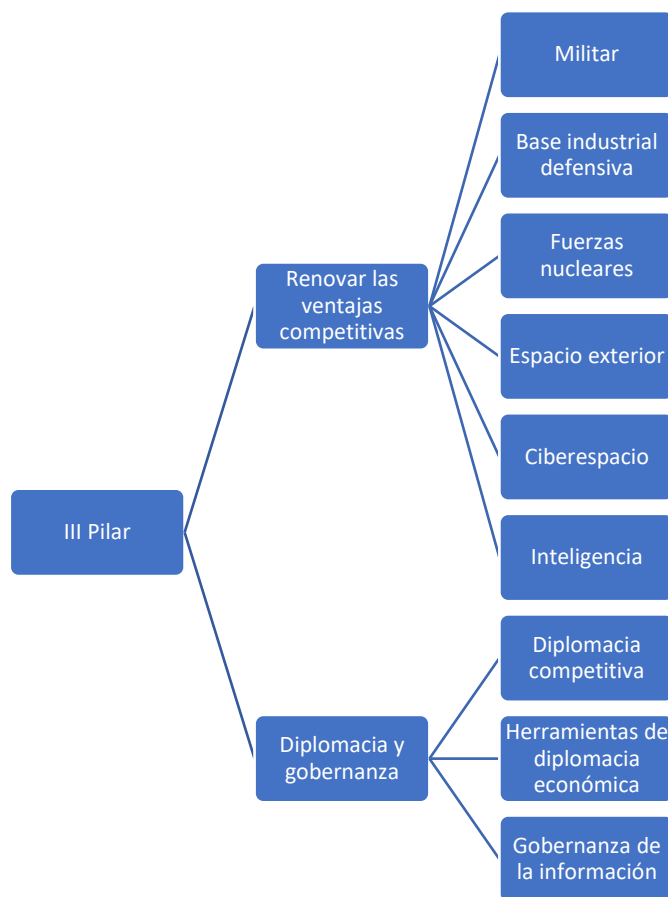
Por primera vez en generaciones, los Estados Unidos será una nación energéticamente dominante. La dominación energética—la posición central de los Estados Unidos en el sistema global de energía como un productor, consumidor e innovador líder—asegura que los mercados sean libres y que la infraestructura estadounidense sea resiliente y segura. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 22)

Con ello, se puede entender que buscan capitalizar la posición de independencia energética estadounidense, en especial su condición de ser uno de los principales productores de gas licuado natural del mundo (Grigas, 2017), a favor del poder global estadounidense. Se establece que se usarán todos los recursos energéticos a su disposición, sean hidrocarburos, energía nuclear o renovable, para avanzar en los intereses nacionales de los EE. UU., sin descuidar la protección ambiental ni reducir los gases de efecto invernadero—lo cual es una contradicción en términos obvia. Pero no se sucumbirá a “regulaciones onerosas”, probablemente apuntando hacia el Acuerdo de París (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 22).

Por su lado, el tercer pilar de la NSS 2017, titulado “Preservar la paz por la fuerza”, deja claro el énfasis en la dimensión de la coerción, en cuanto a la proyección de poder global de la hegemonía estadounidense. Este pilar pareciera enfocarse, principalmente, en las capacidades militares y diplomacia—coercitiva—de los EE. UU. La Figura 5 muestra cómo se compone este pilar, organizado, como el primero, en ejes temáticos y componentes.

Figura 5

Ejes temáticos y componentes del III Pilar sobre Preservar la paz por la fuerza de la Estrategia de Seguridad Nacional de los EE. UU. 2017

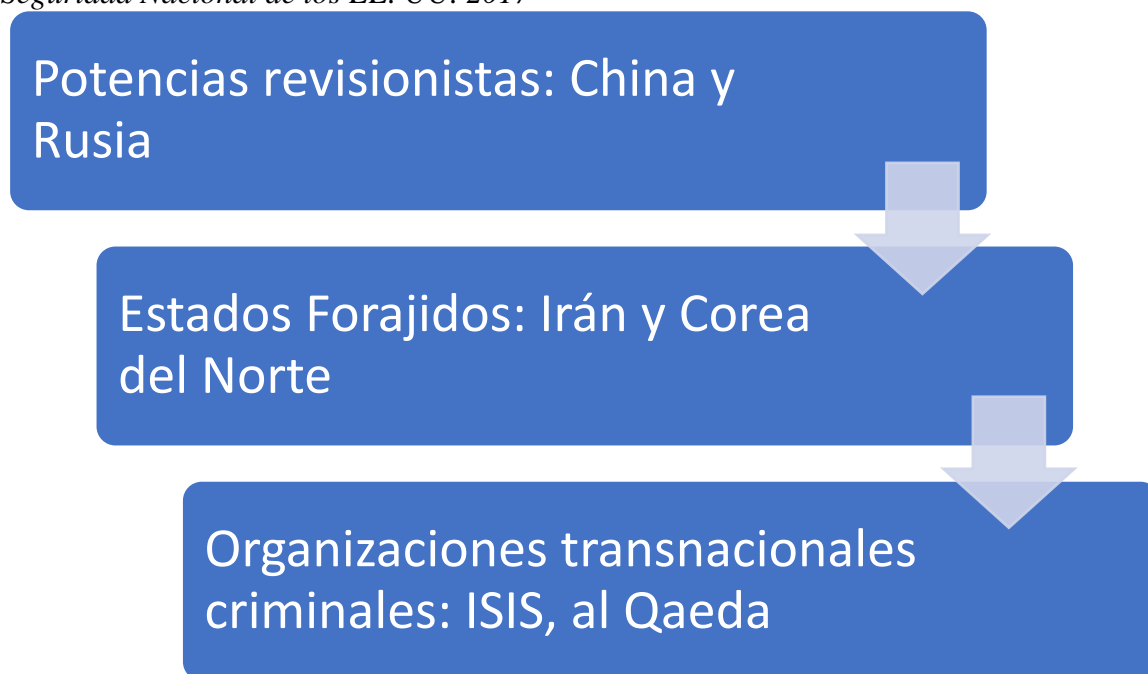


Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017).

Precisamente, es en este pilar donde se empieza a exponer cuáles son, para la administración Trump, las amenazas que atentan contra los EE. UU. y, con ello, se jerarquiza el espacio global, no solo en una dicotomización u otrorización de un nosotros y un otro, sino también que dentro del otro existen niveles de amenaza. La NSS 2017 jerarquiza estos niveles de amenaza en: potencias revisionistas, Estados Forajidos y organizaciones transnacionales criminales (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 25).

Figura 6

Niveles jerárquicos de amenaza global para los EE. UU. identificados en la Estrategia de Seguridad Nacional de los EE. UU. 2017



Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017, p. 25).

Como se puede ver, a partir de la Figura 6, los rivales o enemigos más amenazantes identificados por la administración Trump no corresponden a las organizaciones terroristas yihadistas, como las llama, sino a la República Popular de China y a la Federación Rusa. Como afirma Flint (2021), lo novedoso de la NSS 2017 es que es la primera estrategia de seguridad nacional de los EE. UU. que ubica propiamente a China como un rival o enemigo a vencer, criticando, incluso, la política de acomodación con China de anteriores administraciones. Puesto que, aunque la administración Obama fue la primera en dar el giro discursivo para atender a la llamada amenaza China, nunca ubica al país asiático como una amenaza (Flint, 2021).

Resulta interesante, a pesar de lo anterior, que la NSS 2017 no ubica ni a China ni a Rusia como amenazas globales, sino como amenazas para sus regiones y amenazas para los intereses estadounidenses en sus regiones, con especialmente énfasis en la región del Indo-Pacífico, por parte de China. La misma noción de una región Indo-Pacífica es, realmente, una construcción geopolítica para abarcar los territorios del Este de Asia, el Sudeste Asiático,

parte de Asia Central y el subcontinente indio, como un nuevo espacio prioritario para los EE. UU. (Gobierno de EE. UU., 2017). En otras palabras, es una forma de imaginar y construir una región para avanzar los intereses estadounidenses, así como una región para “contener” a China. Al respecto, la NSS 2017 apunta que:

China y Rusia quieren moldear al mundo bajo valores e intereses antitéticos a los EE.UU. China busca desplazar a los Estados Unidos en la región Indo-Pacífica, expandir el alcance de su modelo económico impulsado por el Estado y reorganizar la región a su favor. Rusia busca restaurar su estatus de gran potencia y establecer esferas de influencia cerca de sus fronteras. Las intenciones de ambas naciones no están necesariamente fijas. Los Estados Unidos se mantiene preparado para cooperar a través de áreas de mutuo interés con ambos países. (Gobierno de EE.UU., 2017, p. 25)

Ahora bien, aunque se les toma en su conjunto como el principal nivel de amenaza, por el orden en que la NSS 2017 trata a cada país, es evidente que China ascendió al primer nivel de amenaza para la administración Trump. Entre las razones que se dan para construir a China como la principal amenaza están: la expansión de poder de China a expensa de la soberanía de otros, la recopilación y explotación de datos a gran escala para uso de vigilancia y expansión de corrupción y de características de su sistema autoritario, el desarrollo de sus capacidades militares, especialmente nucleares, y su expansión militar y económica debido al acceso a innovación estadounidense y a sus universidades (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 25-26). Resulta irónico que se identifica a China como amenaza por implementar las mismas estrategias y tácticas que llevaron a los países desarrollados a su actual situación de poder, incluido los EE. UU. (Chang, 2013).

Con respecto a la amenaza rusa, esta se debe a que busca separar a EE. UU. de sus aliados, a la visión que hay de la OTAN y la UE como amenazas, a sus capacidades militares y nucleares, a sus capacidades cibernéticas subversivas y a su intromisión en los asuntos internos de otros países (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). Se observa, entonces, una Rusia más limitada en sus capacidades que China, pero no por ello sujeta a ser puesta en un nivel de amenaza inferior. De hecho, la NSS 2017 muestra un nivel de claridad interesante al describir la amenaza de Rusia cuando afirma que: “La combinación de la ambición rusa y

sus crecientes capacidades militares crean una frontera inestable en Eurasia, donde el riesgo de conflicto debido a un mal cálculo ruso está creciendo” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). Si bien es un análisis retrospectivo, la afirmación no deja de ser relevante en medio del conflicto militar abierto que se desataría en 2022 por la invasión rusa a Ucrania.

Prosiguiendo con los niveles de amenaza identificados en la NSS 2017, se encuentran los llamados Estados forajidos, en un lenguaje similar al utilizado en la Estrategia de Seguridad Nacional de la administración de W. Bush y su uso del Eje del Mal, y se afirma que “La escoria del mundo hoy es un pequeño grupo de regímenes forajidos que violan todos los principios de los Estados libres y civilizados” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). El lenguaje etno- y eurocéntrico es claro en esta afirmación, aunado a la islamofobia anteriormente mencionada, al señalar que es Irán el Estado que más financia y promueve el terrorismo a nivel global (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). Tanto Irán como Corea del Norte se identifican como regímenes incivilizados que buscan desarrollar capacidades militares y balísticas que amenazan a EE. UU. y a sus intereses, además, se catalogan como regímenes opresores que atentan contra toda noción de dignidad humana (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26).

El último nivel de amenazas está conformado, propiamente, por al Qaeda e ISIS, así como sus filiales y ramas en otros países que promueven y cometen actos terroristas. Además, se reafirma el compromiso estadounidense de combatir contra estas organizaciones (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). Dado que ya se trataron a estas organizaciones y su descripción por la NSS 2017 anteriormente, no se procede a profundizar más al respecto.

A partir de estas amenazas previamente descritas, los EE. UU. deben renovar sus capacidades para afrontar el mundo competitivo en el que actualmente se ubica. En una muestra de que a la NSS 2017 la guía un cierto realismo, poco claro, se advierte que “Las luchas por influencia son eternas... La geopolítica es el desarrollo de estas luchas alrededor del globo” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 26). Por ende, queda claro que se parte de una visión de geopolítica clásica en la NSS 2017, inspirada en algún grado por cierto realismo, además de mantener componentes liberales. Como afirma Anderson (2014), la mezcla de realismo y liberalismo es una constante en la hegemonía internacional estadounidense, de la cual la NSS 2017 no es la excepción.

Ante esta situación y “el retorno de la competencia entre las grandes potencias” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 27), la NSS 2017 identifica que EE. UU. está mal preparado para enfrentar la situación. Se identifica que desde los 90 se entró a un estado de complacencia, con un desorden en la adquisición de armamento, y que EE. UU. cuenta con el menor tamaño de su ejército desde los años 40. Se creyó que con mejor tecnología se podía tener un menor, pero más efectivo ejército para luchar guerras más cortas, al tiempo en que se tenía una fe en la expansión de la democracia a nivel global y, con ello, en la expansión de la cooperación y la paz a nivel mundial. No obstante, esto no sucedió y ahora la contención es más difícil que durante la Guerra Fría (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 27). Por ello, durante la administración Trump, “Los Estados Unidos buscará áreas de cooperación con los competidores desde una posición de fuerza, principalmente asegurando que nuestro poder militar no sea segundo ante nadie y que esté completamente integrado con nuestros aliados y todos nuestros instrumentos de poder” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 27).

Lo anterior deja claro que, más que una crítica o una ruptura con el orden liberal internacional, la NSS 2017 busca salvar el proyecto del poder global estadounidense recurriendo a sus instrumentos de fuerza y, por ello, a la dimensión coercitiva de la hegemonía. Esto no es una sentencia al orden liberal internacional, sino que más bien se identifica que la hegemonía internacional estadounidense está siendo cuestionada por varios actores y potencias, utilizando herramientas no convencionales, debido a la asimetría de poder entre EE. UU. y sus rivales (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 27-28). Al respecto, se afirma que:

Además, los adversarios y competidores se volvieron hábiles en operar bajo un umbral de conflicto militar abierto y en los límites del derecho internacional. Estados y organizaciones represivas y cerradas, aunque frágiles en muchas formas, son usualmente más ágiles y rápidos en integrar medios económicos, militares y especialmente informáticos para lograr sus objetivos. (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 27-28)

Ante esta situación:

Los Estados Unidos deben prepararse para este tipo de competencia. China, Rusia y otros Estados y actores no estatales reconocen que Estados Unidos usualmente ve el mundo en términos binarios, con Estados estando ya sea “en paz” o “en guerra”, cuando en realidad es una arena de competencia continua. Nuestros adversarios no van a pelear con nosotros en nuestros términos. Nosotros vamos a elevar nuestro juego competitivo para hacerle frente al reto, para proteger los intereses estadounidenses y para impulsar nuestros valores. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 28)

Por lo tanto, la necesidad de una proyección de poder global estadounidense más coercitivo no es producto de un quiebre con el orden ni sus valores, es decir, con el proyecto de hegemonía internacional estadounidense, sino, precisamente, es para buscar salvarlo ante una serie de retos y amenazas en su contra. La solución es ampliar el gasto militar de los EE. UU., con el objetivo de conseguir una asimetría de fuerza tan favorable que suponga un “*overmatch*” o un rotundo aplastamiento de fuerza, para cualquier otra potencia que busque enfrentarle. Para que este llamado “*overmatch*” sea posible, se identifica que EE. UU. debe modernizar sus fuerzas armadas, buscando, principalmente, ampliar su innovación militar y defensiva, así como una mejor preparación para el despliegue de sus fuerzas (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 28-29).

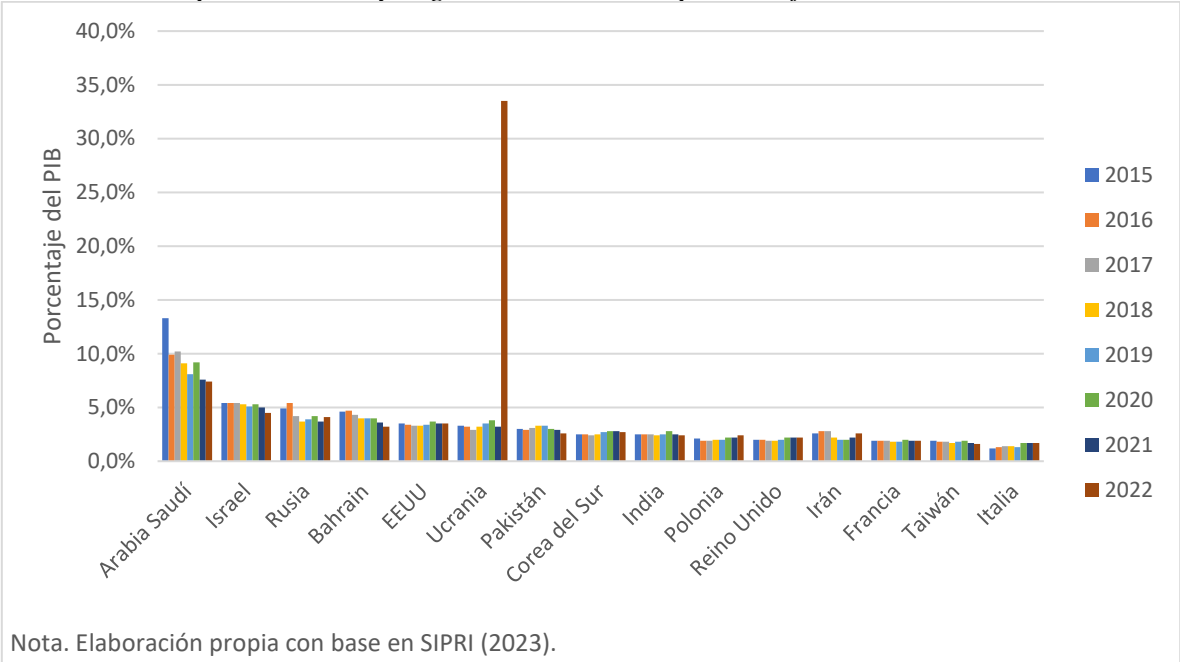
El énfasis en el gasto militar y en el aumento de capacidades militares ha sido una constante histórica para la clase política estadounidense, como se ha visto anteriormente. Pareciera ser que la NSS 2017 no sale de la norma al buscar legitimar un creciente gasto militar ante el público estadounidense sobre la base de que EE. UU. “no está preparado ni tiene las capacidades” para enfrentar a las amenazas actuales. Lo cierto del caso es que, según datos del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), en Tian, et al. (2023, p. 2), EE. UU. es el país que mayor gasto militar incurre en el mundo, representando para el año 2022 un 39 % de todo el gasto militar a nivel global. Le siguen China con un 13 % estimado, Rusia con un 3,9 % estimado, India con un 3,6 % y Arabia Saudí con un aproximado de 3,3 %. Estos cinco países representan el 63 % del gasto militar global para el año 2022.

La Figura 7 muestra, según datos del SIPRI Military Expenditure Database (2023), los 15 países con mayor gasto militar como porcentaje de su PIB del 2015 a 2022. Lidera en esta

figura Arabia Saudí, invirtiendo entre el 13 % y el 7 %, dependiendo del año, de su PIB en gasto militar, mientras que EE. UU. se ubica en quinto lugar, invirtiendo en promedio el 3,5 % de su PIB.

Figura 7

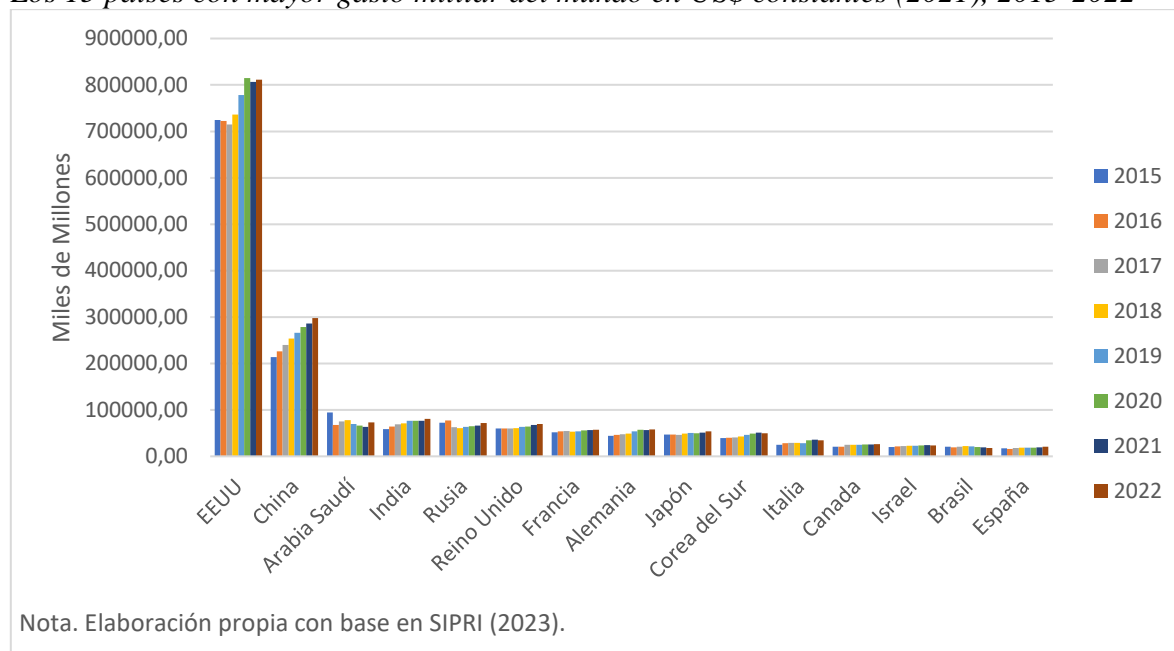
Los 15 países con mayor gasto militar como porcentaje del PIB, 2015-2022



Una importante aclaración al respecto es que el tamaño del PIB de varios de estos países es muy diferente al tamaño del PIB de los EE. UU., por tal razón, la Figura 7 puede ser engañosa. Asimismo, el incremento del gasto militar de Ucrania se debe en gran medida a la invasión rusa en 2022. Por eso, resulta importante contrastarlo con un gasto militar que permita la comparabilidad en el tiempo. Para ello, se recurrió a observar los datos en miles de millones de US dólares constantes, como muestra la Figura 8.

Figura 8

Los 15 países con mayor gasto militar del mundo en US\$ constantes (2021), 2015-2022



El SIPRI toma el valor del dólar del 2021 como año base para realizar el cálculo del gasto militar en miles de millones de US\$ a nivel global. Como se puede observar, EE. UU. gasta más que cualquier otro país en defensa, incurriendo entre US\$7 mil a US\$8 mil millones de dólares al año en su gasto militar. Le sigue China, muy por debajo, con un gasto entre US\$2 mil a US\$3 mil millones de dólares al año y Rusia se ubica en un quinto lugar con un gasto que no asciende a los mil millones de US\$ dólares al año en el período de estudio. Queda evidenciado que la idea es legitimar el aumento presupuestario del complejo militar industrial ante el público estadounidense, como parte del modelo económico que Peet y Hartwick (2009) catalogan como keynesianismo militarista. Asimismo, es una forma de acumulación por desposesión (Harvey, 2005) en que se usa al Estado estadounidense para redistribuir la riqueza a favor del complejo militar industrial, priorizándole sobre otros sectores, especialmente el social. No obstante, al exceder los alcances de esta investigación, se considera importante apuntar, pero no se profundiza en este tema.

Lo mismo se puede afirmar sobre la forma en que la NSS 2017 identifica un rezago a nivel de las fuerzas nucleares de los EE. UU., pues aclara que es equipo y armamento bastante antiguo, que data desde la Segunda Guerra Mundial, por consiguiente, debe actualizarse y modernizarse (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 30-31). Según datos del SIPRI (2023, p. 9), EE. UU. cuenta con 1,770 ojivas nucleares desplegadas en el mundo, pero con un inventario total de 5,244, rivalizado solo por Rusia con 1,674 ojivas nucleares desplegadas y un inventario total de 5,889 armas nucleares.

En cuanto a las nuevas capacidades que se identifica que EE. UU. debe desarrollar, se ubica las fuerzas espaciales, dada la posibilidad de que potencias rivales desarrollen satélites con capacidad ofensiva, así como el ciberespacio, ante el uso de potencias rivales y de autocracias, con el fin usar la Internet para expandir su influencia, controlar su población y vigilarla y minar las bases democráticas de otros países. Resulta interesante que a todo esto se le dé poco énfasis y que de último, dentro del componente de renovación de capacidades, esté la dimensión de inteligencia, afirmando que la inteligencia debe apoyar a todo lo anterior, sin un mayor desarrollo ni profundización (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 31-32).

Así como la inteligencia se deja de último y sin una profundización mayor, el siguiente eje temático del tercer pilar de la NSS 2017 pareciera carecer de profundidad y desarrollo. Este eje temático titulado “Diplomacia y Gobernanza” se enfoca, principalmente, en crear las condiciones para una diplomacia competitiva en un mundo de potencias rivales, con especial énfasis en el uso de diplomacia económica y diplomacia coercitiva, así como en el avance y uso de herramientas informativas (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 33-35). La importancia que la NSS 2017 afirma atribuirle a la diplomacia no tiene correspondencia con la profundidad, importancia y desarrollo que se le da en el documento.

En efecto, se explica que la diplomacia es fundamental para avanzar en los intereses estadounidenses, al establecer que:

A través del terreno competitivo, los diplomáticos estadounidenses son nuestra capacidad política avanzada desplegada, impulsando y defendiendo los intereses de Estados Unidos en el exterior. La diplomacia cataliza las conexiones políticas, económicas y sociales que crean los alineamientos perdurables de los Estados Unidos

y construyen las redes positivas de relaciones con los socios. La diplomacia mantiene el diálogo y cultiva áreas de cooperación con los competidores. Reduce el riesgo de una costosa mala comunicación. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 33)

A pesar de lo anterior, no se evidencia, realmente, un lugar prioritario de la diplomacia en el texto, ni se profundiza en acciones, espacios o socios concretos con los cuales deba impulsarse. El eje temático por completo adolece de generalidad, afirmando que EE. UU. debe construir y liderar coaliciones en foros internacionales, también, de forma bilateral o, incluso, local, así como de utilizar herramientas de diplomacia económica para avanzar sus intereses y generar prosperidad para sí mismo y sus aliados (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 33-34). Sobre esto último, se deja claro el aspecto diplomático coercitivo, cuando se afirma que “Las herramientas económicas—incluidas las sanciones, medidas contra el lavado de dinero y contra la corrupción, y acciones de ejecución—pueden ser partes importantes de estrategias más amplias para contener, coaccionar y constreñir adversarios” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 34).

En lo que refiere a la gobernanza de la información, se identifica a China, en primer lugar, y a Rusia, en segundo, como las principales amenazas en este aspecto. La primera por su rol de vigilancia y represión de su población y la segunda por usar la tecnología para entrometerse en los asuntos internos de otros países (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 35). Incluso, se afirma, conforme a las ideas que informan al orden liberal internacional, que “Los competidores de Estados Unidos utilizan la información para atacar los valores e instituciones que fundamentan a las sociedades libres, mientras se protegen a sí mismos de la información exterior” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 34). Se da una mención especial a las capacidades informáticas que utilizan la inteligencia artificial y se recalca la necesidad de liderar la innovación y la utilización de estas capacidades para avanzar los intereses estadounidenses (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 35).

Como ha podido verse hasta este momento, todos los anteriores pilares buscan reconfigurar o, en palabras de la NSS 2017, “renovar” las capacidades estadounidenses para proyectar su poder a nivel global, con un énfasis especial en su dimensión coercitiva, pero revestido de un lenguaje que busca legitimarle. Aunque lo cierto es que resulta, a primera vista, evidente el carácter no solo coercitivo de la estratégica, sino también lo particular que se busca hacer

como universal, es decir, hegemónico. En otras palabras, los dispositivos discursivos legitimadores parecieran ser insuficientes para, realmente, ofrecer un discurso que haga pasar un interés particular como universal.

No va a ser, sino hasta el cuarto pilar que se establece, con base en todo lo anterior, cómo y para qué es que se proyectará a nivel global el poder estadounidense. Por ello, se le nombra al pilar “Impulsar la influencia estadounidense” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 37). De primera entrada, evidencia lo particular de lo supuestamente universal. Aun así, es en este pilar en el cual se encuentra un mayor esfuerzo por legitimar la proyección de poder global de los EE. UU.

En efecto, a lo largo de este pilar se logra identificar el uso de frases y oraciones sobre el supuesto rol histórico que ha jugado EE. UU. en el mundo. Se encuentra, además, que estas frases y oraciones siguen la misma lógica de las ideas que informan al orden, basadas en el internacionalismo liberal y el excepcionalismo estadounidense. La Tabla 4 resume dichas frases y oraciones identificadas en este pilar. Con el objetivo de no afectar la transmisión del mensaje por algún error de traducción, se optó por mantener las frases en el inglés original del documento.

Tabla 4

Dispositivos discursivos para legitimar la proyección global de poder de los EE. UU. en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017

Oración/es	Página
Above all, we value the dignity of every human life, protect the rights of every person, and share the hope of every soul to live in freedom. That is who we are.	37
Our America First foreign policy celebrates America’s influence in the world as a positive force that can help set the conditions for peace and prosperity and for developing successful societies.	37

<p>Around the world, nations and individuals admire what America stands for. We treat people equally and value and uphold the rule of law. We have a democratic system that allows the best ideas to flourish. We know how to grow economies so that individuals can achieve prosperity.</p>	<p>37</p>
<p>We lead by example.</p>	<p>37</p>
<p>We will continue to champion American values and offer encouragement to those struggling for human dignity in their societies. There can be no moral equivalency between nations that uphold the rule of law, empower women, and respect individual rights and those that brutalize and suppress their people. Through our words and deeds, America demonstrates a positive alternative to political and religious despotism.</p>	<p>38</p>
<p>Some of the greatest triumphs of American statecraft resulted from helping fragile and developing countries become successful societies.</p>	<p>38</p>
<p>This historical record is unprecedented and exceptional.</p>	<p>38</p>
<p>The extraordinary trajectory of the United States from a group of colonies to a thriving, industrialized, sovereign republic—the world's lone superpower— is a testimony to the strength of the idea on which our Nation is founded, namely that each of our citizens is born free and equal under the law. America's core principles, enshrined in the Declaration</p>	<p>41</p>

<p>of Independence, are secured by the Bill of Rights, which proclaims our respect for fundamental individual liberties beginning with the freedoms of religion, speech, the press, and assembly. Liberty, free enterprise, equal justice under the law, and the dignity of every human life are central to who we are as a people.</p>	
<p>For much of the world, America’s liberties are inspirational, and the United States will always stand with those who seek freedom. We will remain a beacon of liberty and opportunity around the world.</p>	41
<p>And it is part of our culture, as well as in America’s interest, to help those in need and those trying to build a better future for their families.</p>	42

Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017, pp. 37-42).

Como puede observarse, el pilar se fundamenta, precisamente, en las ideas que informan al orden liberal internacional, como se explicaron anteriormente. Se basa no solo en nociones liberales, sino también en una clara convicción en el excepcionalismo estadounidense que considera a EE. UU. como una fuente de inspiración y emulación para el mundo entero; una fuerza del bien que lucha contra las fuerzas del mal, en una visión dicotomizada, binaria y moralizante de la realidad internacional.

Al respecto, es importante una cita de Alexander Hamilton que se ofrece en la NSS 2017. Esta cita evidencia el excepcionalismo estadounidense que informa a la NSS 2017, pero, a su vez, es un claro indicador de que lo que movió a la administración Trump a nivel global es la tradición hamiltoniana de expandir el poder estadounidense, por lo que nuevamente se maneja dentro de los márgenes del orden, sin romperlos. Referente a esto, la estrategia afirma que:

The world has its eye upon America," Alexander Hamilton once observed. "The noble struggle we have made in the cause of liberty, has occasioned a kind of revolution in human sentiment. The influence of our example has penetrated the gloomy regions of despotism. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 37; se mantiene la cita en el idioma original para no afectar la transmisión del mensaje)

Pero al tiempo que hace esto, también indica que no ha hecho nada de lo anterior por pura bondad o benignidad, sino porque le ha generado réditos:

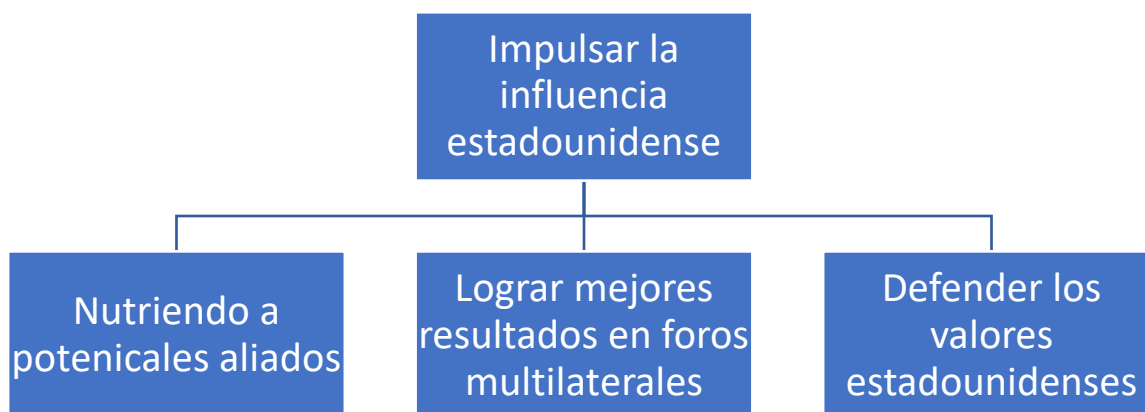
Estos éxitos, a su vez, crearon mercados rentables para las empresas estadounidenses, aliados que ayudaron a lograr balances de poder regionales favorables, y socios de coalición que compartieran las cargas y atendieran la variedad de problemas alrededor del mundo. Con el tiempo, los Estados Unidos han ayudado a crear una red de Estados que impulsen nuestros intereses y valores comunes (...)

Trabajar con estos países ha hecho a Estados Unidos más rico y más competitivo. Este progreso ilustra cómo los programas de asistencia extranjera efectivos deberían de llegar a su natural meta final. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 38)

Por más que se afirme que EE. UU. ha "hecho bien al mundo", también se deja claro que se ha hecho, pues ha sido beneficioso y lucrativo, evidenciando nuevamente lo particular dentro de lo supuestamente universal. Ahora bien, este pilar, como el segundo, se basa solamente en ejes temáticos, con acciones prioritarias, en vez de poseer ejes temáticos y componentes. La Figura 9 muestra la organización de este pilar.

Figura 9

Ejes temáticos del Pilar sobre Impulsar la influencia estadounidense de la Estrategia de Seguridad de los Estados Unidos, 2017



Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU.(2017, pp. 37-42).

Para lograr impulsar correctamente la influencia estadounidense a nivel global, la estrategia afirma que se deben reconocer los retos actuales, los cuales son muy diferentes a los que se experimentaban durante la Guerra Fría. Entre estos retos se encuentran la manipulación de la información, de la libertad de prensa democrática e, incluso, de las instituciones internacionales. Asimismo, se acusa a líderes autoritarios de buscar minar a las “sociedades libres” y de corromper a las organizaciones multilaterales. La ventaja que posee los EE. UU. es que, en conjunto con sus aliados, representa más de la mitad del PIB del mundo, brindándole la capacidad de desarrollar las herramientas necesarias para hacerle frente a estos nuevos retos (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 37).

Un primer objetivo para expandir la influencia estadounidense a nivel global es “competir por relaciones positivas alrededor del mundo” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 38), especialmente, con el “mundo en desarrollo”. A este respecto se afirma que:

China y Rusia invierten en el mundo en desarrollo con el objetivo de expandir su influencia y ganar ventajas competitivas contra los Estados Unidos. China está invirtiendo miles de millones de dólares en infraestructura alrededor del globo. Rusia, también, proyecta su influencia económicamente, a través del control de energía clave y otra infraestructura a través de partes de Europa y Asia Central. Los Estados Unidos provee una alternativa a las inversiones dirigidas por el Estado, que usualmente dejan

a los países en desarrollo peor. Los Estados Unidos persiguen lazos económicos no solo para el acceso al mercado, pero también, para crear relaciones duraderas que impulsen los intereses políticos y de seguridad comunes. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 38)

De la anterior cita, se pueden extraer varias nociones interesantes. En primer lugar, pareciera entenderse que EE. UU. busca securitizar la economía global como respuesta a acciones similares de sus rivales. La lógica pareciera ir en el sentido de que “si los otros lo hacen, EE. UU. debe también hacerlo”. En segundo lugar, se observa claramente a las ideas neoliberales, que dirigen a la administración Trump, bajo una noción de que todo es competencia, como una especie de darwinismo social, a la vez, se sataniza todo involucramiento estatal en la economía y el mercado, afirmando que la planificación estatal deja en peor estado a los países en desarrollo—una categoría también desarrollada bajo el neoliberalismo (Steger y Roy, 2010).

Las ideas neoliberales que dirigen la administración Trump quedan aún más claras cuando se manifiesta que

The United States will shift away from a reliance on assistance based on grants to approaches that attract private capital and catalyze private sector activity. We will emphasize reforms that unlock the economic potential of citizens, such as the promotion of formal proper_ rights, entrepreneurial reforms, and infrastructure improvements—projects that help people earn their livelihood and have the added benefit of helping U.S. businesses. By mobilizing both public and private resources, the United States can help maximize returns and outcomes and reduce the burden on U.S. Government resources. **Unlike the state-directed mercantilism of some competitors that can disadvantage recipient nations and promote dependency, the purpose of U.S. foreign assistance should be to end the need for it.** The United States seeks strong partners, not weak ones. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 39; se mantiene la cita en el idioma original para no afectar la transmisión del mensaje; el resaltado es propio)

De esta forma, se deja claro que se busca crear condiciones en los “países en desarrollo” que favorezcan el libre mercado y a las empresas estadounidenses en dichos mercados. “La ayuda al desarrollo de los EE.UU. debe apoyar los intereses nacionales estadounidenses” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 39). Asimismo, se incentiva la asistencia a los “Estados frágiles”—un término eurocéntrico y creado bajo la noción de la trampa territorial—mediante una estrategia selectiva que busque impulsar reformas—neoliberales—en estos países, que, a su vez, incentiven el libre mercado y generen condiciones propicias para estabilizar a estos países y a sus regiones, además de prevenir amenazas para los EE. UU. (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 39-40).

Por otro lado, en la NSS 2017, se afirma que busca mejores resultados en foros multilaterales para los EE. UU., debido a que “Una competencia por la influencia existe en estas instituciones” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 40). En este sentido, se contempla una cierta noción realista de observar a las instituciones internacionales como instrumentos de poder de las potencias internacionales. Si es así, más que ir en contra de las organizaciones internacionales, romper con el orden basado en reglas o atentar contra las instituciones internacionales, pareciera ser que la administración Trump buscaba utilizar a estos organismos como un instrumento de poder más.

Dicho en palabras de Nye (2011), la administración Trump optó por utilizar principalmente la primera y segunda cara del poder, con énfasis en el poder duro más que en el suave, en lo que refiere a su accionar ante el mundo y en especial a su accionar en los foros y acuerdos multilaterales internacionales. Se buscó, por tanto, utilizar a las instituciones internacionales para forzar u obligar al cambio, así como para establecer y enmarcar la agenda y, cuando esto no era posible, se optaba por la diplomacia coercitiva, ya sea saliendo de los acuerdos e impulsando nuevos o, incluso, impulsando acuerdos bilaterales. Nada de esto es una salida o un cuestionamiento al orden, al contrario, resalta el uso de herramientas de poder disponibles dentro del orden. Sería conveniente que el Nye (2019) leyera al Nye (2011) a este respecto.

En efecto, en la NSS 2017, se resaltar que:

Los Estados Unidos deben liderar e interactuar en los acuerdos multinacionales que moldean muchas de las reglas que afectan los intereses y valores estadounidenses (...)

Si los Estados Unidos ceden liderazgo en estos cuerpos a sus adversarios, las oportunidades que moldean los acontecimientos que son positivos para los Estados Unidos se perderán. No todas las instituciones son iguales, sin embargo. Los Estados Unidos priorizarán sus esfuerzos en aquellas organizaciones que sirven a los intereses estadounidenses, para asegurar que sean fortalecidas y favorables para los Estados Unidos, sus aliados y sus socios. Adonde las instituciones y reglas existentes necesiten modernizarse, los Estados Unidos va a liderar su actualización. Al mismo tiempo, debería de ser claro que Estados Unidos no cederá su soberanía a aquellos que reclaman su autoridad sobre los ciudadanos estadounidenses y están en conflicto con nuestro marco constitucional. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 40)

No se trata, entonces, de quebrar estos acuerdos, sino de hacerlos favorables, mediante el uso de poder duro, a los intereses estadounidenses.

La NSS 2017 deja claro el compromiso de los EE. UU. con el principio de libre navegación de los mares, con un Internet libre y con instituciones como el Banco Mundial (BM), el FMI, la OMC, las Naciones Unidas, la Corporación de Internet para Asignar Nombres y Números (CIANN), el Foro de Gobernanza del Internet (FGI) y la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). Asimismo, se afirma que se impulsarán reformas necesarias en el BM, FMI y OMC para mejorar sus resultados y, en particular, se buscará una reforma en la OMC para que pueda atender de mejor manera las prácticas comerciales desleales (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 40-41).

Un elemento interesante de apuntar en este momento es el vacío dentro de la NSS 2017 de referenciar a la OTAN como un componente estratégico o fundamental para la proyección global de poder de los EE. UU. En la estrategia, la OTAN solo se menciona 6 veces, una de ellas apuntando a su rol histórico (p. 2), otra afirmando que Rusia busca minarla (p.25) y el resto de las menciones no se utilizaron dentro de los pilares de la estrategia, sino más bien en la explicación final de cómo se aplicaría dicha estrategia en cada región del mundo, en el apartado europeo específicamente (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 47-48). Si bien se manifiesta el compromiso de EE. UU. con la OTAN, pareciera ser que para la administración Trump la alianza transatlántica no era una de sus principales prioridades.

En cuanto al último eje temático del cuarto pilar de la estrategia, se encuentra que la NSS 2017 divide al mundo entre países libres y países autoritarios o democracias liberales versus autocracias. Asimismo, se le da un especial énfasis a la promoción de la libertad religiosa en el mundo (Gobierno de EE. UU., 2017, pp. 41-42), que, cómo se ve en el análisis de los discursos de Michael Pompeo, tendrá una clara connotación cristiana evangélica y proisraelí. En un seguimiento del argumento del bien contra el mal, se advierte que: “We may use diplomacy, sanctions, and other tools to isolate states and leaders who threaten our interests and whose actions run contrary to our values. We will not remain silent in the face of evil” (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 42; se mantiene la cita en el idioma inglés original para no afectar la transmisión del mensaje).

Una vez visto los pilares, ejes y componentes temáticos que orientan la Estrategia de Seguridad Nacional de la administración Trump, queda por ver cómo se afirma que se implementará en el mundo. Esto permitirá observar cómo se jerarquizarán espacios globales bajo una lógica de geopolítica clásica, priorizando ciertos espacios del mundo, relegando a otros e, incluso, invisibilizando a otros. Asimismo, posibilitará observar de mejor manera a quiénes se consideran aliados y a quiénes se consideran como socios, dado que la NSS 2017, en sus anteriores apartados, no dejaba estos aspectos claros.

El énfasis en los aliados se encuentra en este último apartado de la estrategia, titulado “La estrategia en un contexto regional”, cuando afirma que:

Mantener balances de poder favorables van a requerir un fuerte compromiso y una cooperación cercana con aliados y socios, porque los aliados y socios magnifican el poder estadounidense y amplían la influencia estadounidense. Ellos comparten nuestros intereses y responsabilidad de resistir las tendencias autoritarias, atender las ideologías radicales y disuadir la agresión. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 45)

La Tabla 5 busca brindar una mejor y más clara explicación de la implementación de la estrategia en cada región, dándole un orden de prioridad a cada región. Además, se identifican los aliados, socios y rivales, así como las dimensiones de acción que se establecen para cada región. A partir de la identificación de esta información, se podrá observar de forma más clara las prioridades de la estrategia, así como sus vacíos.

Tabla 5*Jerarquización del espacio global identificada en la ESN 2017 de la administración Trump (2017-2021)*

Prioridad	Región	Aliados	Socios	Instituciones	Amenazas	Medidas		
						Política	Económica	Seguridad
1	Indo-Pacífico	Corea del Sur, Japón, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia	India, Vietnam, Indonesia, Malasia, Singapur	ASEAN* APEC**	China, Corea del Norte	Compromiso con alianzas, Estado de Derecho, Derecho Internacional, desnuclearización de la península de Corea	Libre navegación de los mares, acuerdos de comercio bilaterales basados en comercio justo y recíproco	Disuasión, Defensa balística de Japón y Corea del Sur, fortalecer lazos con Taiwán, fortalecer lazos de defensa y cooperación con India, QUAD***, fortalecer alianzas y lazos con socios
2	Europa	OTAN UE Reino Unido		OTAN UE	Rusia, China, yihadismo, migración irregular, Corea del Norte,	Compromiso con principios de democracia, libertad individual y Estado de Derecho	Acuerdos de comercio justos y recíprocos con Reino Unido y UE, reducción de	Asegurar gasto en defensa del 2 % del PIB en los aliados, aumentar capacidades de defensa y disuasión

Prioridad	Región	Aliados	Socios	Instituciones	Amenazas	Medidas		
						Política	Económica	Seguridad
					Irán		barreras al comercio, diversificar fuentes de energía europeas, atender las prácticas comerciales desleales de China	
3	Medio Oriente	Israel	Iraq	Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)	Yihadismo, Irán, Estancamiento económico, Rivalidades regionales, ISIS, al Qaeda	Estabilidad y reformas graduales, consolidar a Iraq como un Estado independiente,	Atender desigualdad en la región que promueve yihadismo, modernizar economías de	Balance de poder favorable, acciones de contraterrorismo y contrainsurgencia

Prioridad	Región	Aliados	Socios	Instituciones	Amenazas	Medidas		
						Política	Económica	Seguridad
						fortalecer la integración del CCG, acuerdos de paz en Siria, negar arma nuclear a Irán, acuerdo de paz israelí-palestino	Egipto y Arabia Saudí, promover libre mercado y sociedades libres	
4	Asia Sur y Central		India Pakistán Afganistán Estados Central Asia		China Pakistán Terrorismo	Fortalecer lazos con la India, presionar a Pakistán para medidas contraterroristas, estabilidad de Afganistán, defensa de soberanía de	Integración económica del Asia del Sur y Central, promover que India incurra en mayor asistencia económica en la región,	Estabilidad de Afganistán, medidas contraterroristas en Pakistán

Prioridad	Región	Aliados	Socios	Instituciones	Amenazas	Medidas		
						Política	Económica	Seguridad
						países del sudeste asiático contra China	inversiones en Pakistán	
5	Hemisferio Occidental	Canadá	Países latinoamericanos, menos Cuba y Venezuela		Violencia, tráfico de drogas, “inmigración ilegal”, organizaciones criminales transnacionales (pandillas y carteles), corrupción, Venezuela, Cuba, China Rusia	Aislar a gobiernos contrarios a los intereses estadounidenses	Modernizar acuerdos de libre comercio, fortalecer lazos económicos basados en comercio justo y recíproco, reformas de libre mercado y transparencia	Reformas que fortalezcan el Estado de Derecho, reformas judiciales, profesionalización de la policía y fuerzas armadas, mejorar la comunicación e información con socios

Prioridad	Región	Aliados	Socios	Instituciones	Amenazas	Medidas		
						Política	Económica	Seguridad
6	África				Corrupción, débil gobernanza, yihadismo, extremismo, ISIS, al Qaeda, China	Poner fin a los conflictos, gobernanza efectiva, Estado de Derecho, transparencia, acciones humanitarias, Sancionar a élites corruptas	Expandir lazos comerciales, impulsar reformas para favorecer ambiente de negocios, impulsar a países a pasar de dependientes de asistencia a socios, promover exportaciones de EE. UU.	Contraterrorismo, atender tráfico de personas, de armas y de recursos naturales

*Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

**Cooperación Económica del Asia-Pacífico.

***Cooperación cuadrilateral EE. UU., Japón, Australia e India.

Nota. Elaboración propia con base en Gobierno de EE. UU. (2017, pp. 45-53).

Como se puede observar a partir de la Tabla 5, a medida en que las regiones del mundo van perdiendo prioridad para los EE. UU., la información va evidenciando vacíos importantes en esta estrategia. A parte de vacíos totales en la estrategia, como los espacios del Ártico y la Antártida, también se constata la imposición de construcciones geopolíticas regionales que se construyen con un claro interés geopolítico o carecen de sentido. En el primer caso, la región del Indo-Pacífico es una muestra de una región construida para avanzar los intereses estadounidenses, pero se evidencia una falta de consistencia y coherencia al chocar varios de sus componentes con la “región” de Asia del Sur y Central. Esta última refiere a una región que carece de sentido, encasillando a un amplio espacio global en una categoría analítica poco coherente y con poca información. Tanto esta región como la región africana evidencian un total desconocimiento de las realidades de estos espacios, su heterogeneidad cultural, política, económica y social, bordando en el racismo, e, incluso, carecen de identificación de aliados para los EE. UU.

Hasta cierto punto, puede decirse lo mismo de una “región” como la del hemisferio occidental, que ni siquiera puede catalogarse como región. Inclusive, si bien se deja claro la alianza con Canadá, en lo que refiere a los socios, se debe intuir de la información en el documento, pero nunca se deja de forma explícita, a quiénes considera EE. UU. como sus socios en todo un hemisferio del mundo.

Por otro lado, el énfasis en el aspecto económico en todas las regiones del mundo explicitadas en la estrategia es claro. África, que es un continente, no una región, es el mayor ejemplo de esto al priorizar la dimensión económica para competir con las inversiones chinas y posicionar a los EE. UU. como un socio comercial importante, para suplantar a China como el principal socio comercial. Nuevamente, se evidencia una diplomacia económica y coercitiva, en términos de Nye (2011), para avanzar los intereses estadounidenses.

Asimismo, a parte de la región del Indo-Pacífico, Europa y Medio Oriente, se podría decir que el gran ausente en esta estrategia son las instituciones internacionales. No se mencionan en lo más mínimo organizaciones como la Organización de los Estados Americanos (OEA), ni la Unión Africana (UA), Liga Árabe, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), entre varias que se podrían citar. Si bien la NSS 2017 confirma su compromiso con las organizaciones internacionales, es claro que un análisis más profundo

de la estrategia deja claro que no son su prioridad y que se ven a estas como un instrumento más de poder, pero que se prefiere, por parte de la administración Trump, un acercamiento más bilateral.

Por lo tanto, como ha podido observarse, la NSS 2017 se mantiene dentro de los márgenes de las ideas del orden liberal internacional. Incluso concluye afirmando que “La Estrategia de Seguridad Nacional celebra y protege lo que consideramos precioso—libertad individual, Estado de Derecho, un sistema democrático de gobierno, tolerancia y oportunidades para todos”. (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 55)

La NSS 2017 se basa en una clara noción de excepcionalismo estadounidense que construye un mundo de democracias versus autocracias, del bien contra el mal, como ha sido tradicional en el discurso político estadounidense. Mantiene un compromiso con el libre comercio y con el capitalismo de corte neoliberal, mientras que busca reconfigurar el poder global estadounidense para mantener su hegemonía, mediante el uso de su dimensión coercitiva, principalmente. Conserva el compromiso con la democracia y las libertades, en específico, con la libertad religiosa y de empresa, pero asegura que no buscará imponer a otros su visión de mundo (Gobierno de EE. UU., 2017, p. 37).

El único componente de las características que integran al orden liberal internacional, cuyo compromiso puede ser puesto en tela de duda por parte de la administración Trump, es el que refiere al multilateralismo. Resulta evidente, a partir de la NSS 2017, que la administración Trump ve a las organizaciones internacionales como un instrumento más de poder, pero es un instrumento más de poder en el que EE. UU. debe competir, mas no es prioritario. Se deja claro que no se abandonarán los espacios ni se generarán vacíos de poder, pero que se prefieren otras vías para impulsar y asegurar los intereses estadounidenses. Por ello, aunque su compromiso sea dudoso, se considera que la administración todavía se ubica en los márgenes del orden y no marca un cuestionamiento ni una ruptura ni con el orden liberal internacional ni con el proyecto de hegemonía internacional estadounidense.

Análisis de los discursos de Donald J. Trump como presidente de los EE. UU.

Una vez analizada a profundidad la Estrategia de Seguridad Nacional (NSS) de la administración Trump, se procede a examinar una serie de discursos seleccionados de Donald

Trump para contrastar la información y llegar a resultados y conclusiones más sólidas. Esto permite, además, identificar el grado de coherencia discursiva de esta administración, identificando si existe una consistencia en el discurso o, por el contrario, hay inconsistencias e incoherencias entre la NSS 2017 y los discursos de Donald Trump. Se recuerda que el objetivo fundamental es identificar si se sigue o se rompe con las ideas y características que componen al orden liberal internacional, según son propugnadas por el llamado internacionalismo liberal, analizado previamente. La Tabla 6 describe los discursos de Donald Trump seleccionados para el análisis.

Tabla 6

Discursos de Donald Trump durante su administración (2017-2021), seleccionados para el análisis

Fecha	Título	Lugar	Público meta
20/01/2017	Remarks of President Donald J. Trump as prepared for delivery inaugural address	Washington, D.C.	Opinión pública estadounidense, miembros de los Supremos Poderes de EE. UU. y medios de comunicación
1/06/2017	Remarks Announcing United States Withdrawal from the United Nations Framework Convention on Climate Change Paris Agreement	White House, Washington, D.C.	Medios de comunicación y opinión pública estadounidense
19/09/2017	Remarks by President Trump to the 72nd Session of the United Nations General Assembly	United Nations New York, New York	Miembros de la ONU, medios de comunicación y opinión pública global
30/01/2018	President Donald J. Trump's State of the Union Address	The White House, Washington, D.C.	Congreso y ciudadanos
25/09/2018	Remarks by President Trump to the 73rd Session of the United Nations General Assembly, New York,	United Nations Headquarters New York, New York	Miembros de la ONU, medios de comunicación y opinión pública global

01/10/2018	Remarks by President Trump on the United States-Mexico-Canada Agreement	The White House, Washington D.C.	Medios de comunicación y opinión pública estadounidense
5/02/2019	Remarks by President Trump in State of the Union Address	The White House, Washington, D.C.	Congreso y ciudadanos
25/09/2019	Remarks by President Trump to the 74th Session of the United Nations General Assembly	United Nations Headquarters New York, New York	Miembros de la ONU, medios de comunicación y opinión pública global
4/02/2020	Remarks by President Trump in State of the Union Address	U.S. Capitol Washington, D.C.	Congreso y ciudadanos
22/09/2020	Remarks by President Trump to the 75th Session of the United Nations General Assembly	The White House, Washington, D.C.	Miembros de la ONU, medios de comunicación y opinión pública global
19/01/2021	Remarks by President Trump in Farewell Address to the Nation	The White House, Washington, D.C.	Opinión pública estadounidense, miembros de los Supremos Poderes de Estados Unidos y medios de comunicación

Nota. Elaboración propia con base en los discursos seleccionados de Donald J. Trump como presidente de EE. UU.

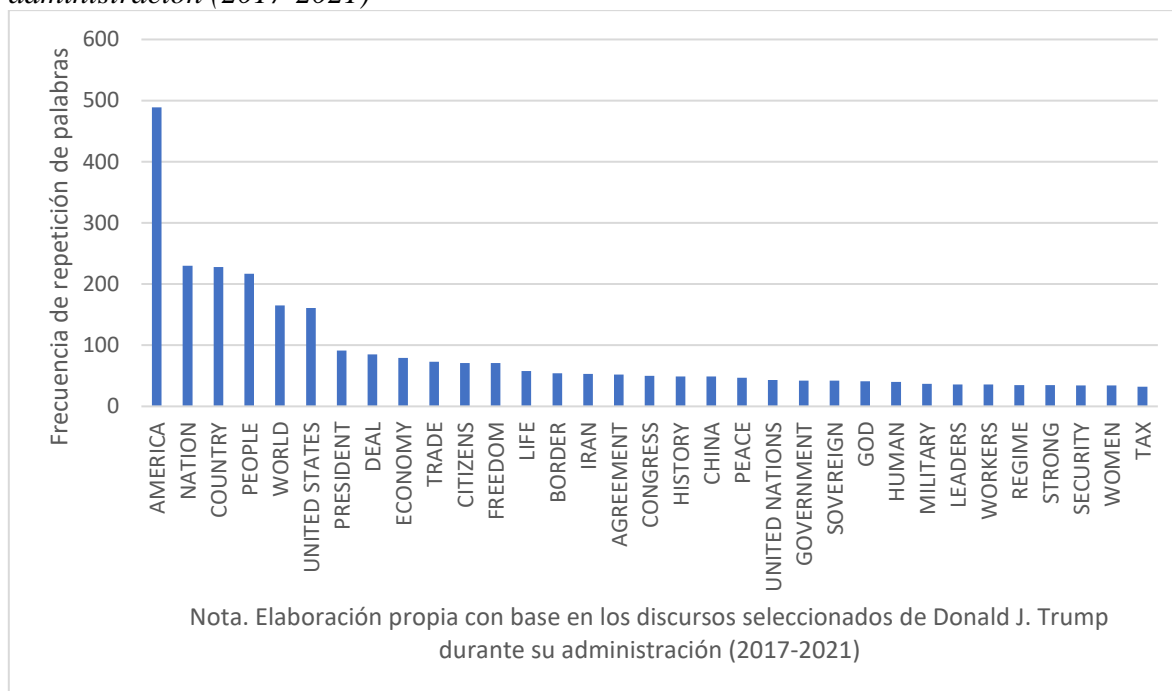
Como se puede observar en la tabla anterior, se seleccionaron un total de once discursos de Donald J. Trump para su análisis. Se eligieron estos discursos con base en varios criterios, como su relevancia, el foro en el que se emitieron y su posible quiebre con el orden liberal internacional. Primero, por criterio de relevancia se escogieron los discursos inaugural y de despedida de Donald Trump como presidente de los EE. UU. Segundo, por criterio de relevancia y foro, se eligieron los discursos sobre el Estado de la Unión y los dirigidos a la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGONU). Los discursos del Estado de la Unión permitirán observar cómo Trump se dirigía a su público interno, mientras que los discursos

en la AGONU posibilitarán observar si el discurso cambia por el cambio en el espacio y el público meta o si, por el contrario, se mantiene. Por último, por su impacto en el orden liberal internacional, se seleccionaron el anuncio de salida del Acuerdo de París y la consecución del tratado de libre comercio entre EE. UU., México y Canadá (USMCA, por sus siglas en inglés).

La Figura 10 muestra las principales palabras utilizadas a lo largo de los once discursos seleccionados. El análisis de frecuencias se elaboró por medio del uso del software WordSmith. A simple vista, se puede notar una clara predilección de Trump de hablar sobre los EE. UU., no solo mediante la palabra “America” sino también “United States”. Se contabilizó la palabra “America” en una multiplicidad de formas, no solo refiriéndose al país propiamente, sino al pueblo y sectores del país con el uso de palabras como “Americans”, “African Americans”, “Hispanic Americans”, “Asian Americans”, entre otras. Se podría creer que los eslóganes de “America First” o “Make America Great Again” serían una constante en sus discursos. No obstante, el primero solo se utiliza 13 veces en 8 de los 11 discursos, mientras que el segundo solo se usa 6 veces en 4 de los 11 discursos seleccionados.

Figura 10

Frecuencias de palabras de discursos seleccionados de Donald J. Trump durante su administración (2017-2021)



El uso de palabras como “Deal”, “Trade” y “Economy” muestran el grado de importancia que Trump le daba a la dimensión económica. Cada palabra se utiliza 85, 79 y 73 veces, respectivamente, y se encuentran menciones de estas o sus derivados en 10, 9 y 11 de los discursos analizados, respectivamente. Se determinó, mediante el análisis de WordSmith, que las palabras “Trade” y “Deal” están relacionadas mutuamente, pero también se determinó que se utilizó cinco veces la frase “Unfair Trade”, en 4 de los 11 discursos. Aunque el discurso se mantiene, las referencias a las prácticas comerciales desleales parece que se redujeron de la NSS 2017 a los discursos de Trump propiamente.

Por otro lado, se identifica que, para Trump, Irán es una amenaza importante para los EE. UU. que debe atenderse y enfrentarse, mencionándole de distintas formas unas 53 veces en 6 de sus 11 discursos. Las referencias a Irán iban dirigidas a criticar el Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA, por sus siglas en inglés) establecido entre Irán y el grupo de los 5+1 (EE. UU., Rusia, Reino Unido, Francia, China y Alemania) en 2015 bajo la administración Obama, incluso, se catalogó como nefasto para los EE. UU., como se ve más adelante. Además, las referencias a Irán van dirigidas a mostrar el compromiso de enfrentar la llamada

amenaza iraní, a criticar a los líderes iraníes de corruptos o cleptócratas y a asegurar que EE. UU. haría todo lo posible para evitar que Irán consiga desarrollar armas nucleares.

En lo que refiere a China, se le menciona de distintas formas unas 49 veces en 10 de sus discursos, por tanto, si bien no se le menciona tanto como a Irán, se encuentra que es un tema prevalente en prácticamente todos los discursos analizados por Trump. Esto evidencia el carácter de China como principal amenaza para los EE. UU. Además, como se ve más adelante, se acusará a China de prácticas comerciales desleales, de aprovecharse del sistema internacional de comercio y de sistemáticamente robar propiedad intelectual estadounidense. Resulta interesante que el énfasis en las amenazas por Trump se haga sobre China e Irán y solo se mencione a Rusia unas cinco veces en cuatro de sus 11 discursos.

Los discursos de Trump también evidencian cierto compromiso con los principios del orden, al promover la libertad y la vida humana, así como la dignidad humana, como se puede ver en la Figura 10. Se encuentra que la palabra “Freedom” y sus derivados se utilizan 71 veces en 8 de sus 11 discursos, con referencias a la libertad en sentido general, así como referencias más específicas como libertad de empresa, libertad de mercado, comercio libre y justo y libertad religiosa, la cual se usa solamente cinco veces en cuatro de sus 11 discursos. En cuanto a la vida humana, se determina que la palabra “Life” y sus derivados se usan 58 veces en 10 de sus 11 discursos, promoviendo la vida digna, la dignidad humana y la protección de vidas inocentes. A este respecto, se identifica, como se verá, una crítica al aborto, afirmando que atenta contra la vida humana y no debería ser considerado un derecho humano. Este último término se usa ocho veces en cuatro de sus 11 discursos.

Dos palabras que merecen ser explicadas en este punto son “Border” y “Sovereign”. La primera y sus derivados se utilizan 54 veces en siete de sus 11 discursos, mientras que la segunda y sus derivados se usan 42 veces en cinco de sus 11 discursos. Mediante el análisis de relación mutua, se encuentra que las referencias a “Border” o frontera se relacionan con la inmigración irregular. Trump, en los discursos donde discute la necesidad de mantener fronteras seguras, lo hace empleando frases tales como “criminal aliens”, “human trafficking”, “human smuggling”, “illegal immigration”, “illegal crossings” e “illegal aliens”. También, se encuentra que se critica el sistema inmigratorio estadounidense y se promueve “fortalecerlo”, especialmente, para atender a la situación en la frontera sur de los EE. UU.

Esto evidencia la xenofobia, nativismo y racismo de Trump, securitizando la migración, al tiempo que se denigra a las personas migrantes.

En cuanto a soberanía, se encuentra la defensa de una concepción de soberanía tradicional, acorde con la trampa territorial de Agnew (1994). Durante los discursos donde la palabra y sus derivados se emplean, se promueve la generación de una fuerte soberanía, de naciones soberanas, de prosperidad soberana y de seguridad soberana. Se identifica, entonces, que Trump posee una preocupación más fuerte por la soberanía y un discurso nativista más evidente de lo que se encuentra dentro de la NSS 2017. No obstante, para demostrar esto, se requiere de un análisis más profundo de los discursos de Trump, como se procede a realizar a continuación.

Luego de este primer análisis de frecuencias de los discursos de Donald Trump, se procede a realizar un análisis de discurso y contenido más profundo. Se inicia por su discurso inaugural, continuando por sus discursos sobre el Estado de la Unión, luego por los discursos sobre el Acuerdo de París y el tratado USMCA, los discursos dirigidos a la AGONU y, finalmente, el discurso de despedida de su administración.

En el discurso inaugural o de toma de posesión de Donald Trump, este deja claro que uno de sus principales objetivos es buscar reconfigurar el poder global de los EE. UU., al afirmar que “We, the citizens of America, are now joined in a great national effort to rebuild our country and to restore its promise for all of our people. Together, we will determine the course of America and the world for years to come.” (Trump, 20 de enero de 2017, párrs. 2-3; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje). Además, se observa el estilo político populista de Trump, al referirse al “pueblo”, así como a una lucha dicotómica entre el establishment político versus el pueblo puro, como encuentra Moffit (2016) que es una de las características del estilo político populista.

Today’s ceremony, however, has very special meaning. Because today we are not merely transferring power from one Administration to another, or from one party to another – but we are transferring power from Washington, D.C. and giving it back to you, the American People.

For too long, a small group in our nation's Capital has reaped the rewards of government while the people have borne the cost.

Washington flourished – but the people did not share in its wealth. Politicians prospered – but the jobs left, and the factories closed.

The establishment protected itself, but not the citizens of our country.

Their victories have not been your victories; their triumphs have not been your triumphs; and while they celebrated in our nation's Capital, there was little to celebrate for struggling families all across our land.

That all changes – starting right here, and right now, because this moment is your moment: it belongs to you. (Trump, 20 de enero de 2017, p. 1³; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje)

Asimismo, se deja claro la visión de crisis por la que pasa el “pueblo” estadounidense, permitiendo identificar nuevamente una de las características que establece Moffit (2016) sobre el estilo político populista:

But for too many of our citizens, a different reality exists: Mothers and children trapped in poverty in our inner cities; rusted-out factories scattered like tombstones across the landscape of our nation; an education system, flush with cash, but which leaves our young and beautiful students deprived of knowledge; and the crime and gangs and drugs that have stolen too many lives and robbed our country of so much unrealized potential. (Trump, 20 de enero de 2017, p. 2; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje)

El carácter nativista del estilo político populista de Trump también queda claro en su discurso de toma de posesión cuando arremete contra la forma en que EE. UU. ha conducido su política exterior, afirmando que ha favorecido a empresas e industrias extranjeras sobre las nacionales, ha defendido fronteras extranjeras, descuidando las nacionales, ha construido infraestructura en otros países, pero ha descuidado su propia infraestructura y ha hecho a

³ Debido al formato en que se obtuvieron los discursos para ser procesados para el análisis, se opta por citarlos usando las páginas de los discursos, en vez de citar los párrafos correspondientes.

otros países ricos, empobreciendo a su propia población (Trump, 20 de enero de 2017, p. 2). De ahí que afirme, entonces, que la solución es su administración, al decir que:

From this day forward, a new vision will govern our land.

From this moment on, it's going to be America First.

Every decision on trade, on taxes, on immigration, on foreign affairs, will be made to benefit American workers and American families.

We must protect our borders from the ravages of other countries making our products, stealing our companies, and destroying our jobs. Protection will lead to great prosperity and strength. (Trump, 20 de enero de 2017, p. 3; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje)

Pero este nativismo no es aislacionista, como se le ha acusado por sus críticos (Ettinger, 2018, 2019) o por los internacionalistas liberales (Ikenberry, 2020a, 2020b; Nye, 2019). Precisamente, por ser el hegemón, como establece Agnew (2018), EE. UU. se puede dar el lujo de poseer una noción de soberanía como relación social de carácter globalista. Con ello, expresiones nativistas en los EE. UU. no son necesariamente aislacionistas, sino más bien subordinantes de otros pueblos, naciones, culturas y Estados a la soberanía estadounidense. Trump (20 de enero de 2017) lo deja claro al afirmar que:

We will follow two simple rules: Buy American and Hire American.

We will seek friendship and goodwill with the nations of the world – but we do so with the understanding that it is the right of all nations to put their own interests first. (p. 4; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje)

El objetivo parece quedar claro, no se trata de ponerle fin al proyecto de hegemonía internacional estadounidense, sino de reconfigurarlo ante las circunstancias mundiales del momento, empleando un estilo político populista. Por ello, se finaliza este discurso, declarando que:

Together, We Will Make America Strong Again.

We Will Make America Wealthy Again.

We Will Make America Proud Again.

We Will Make America Safe Again.

And, Yes, Together, We Will Make America Great Again. Thank you, God Bless You, And God Bless America. (Trump, 20 de enero de 2017, p. 6; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje)

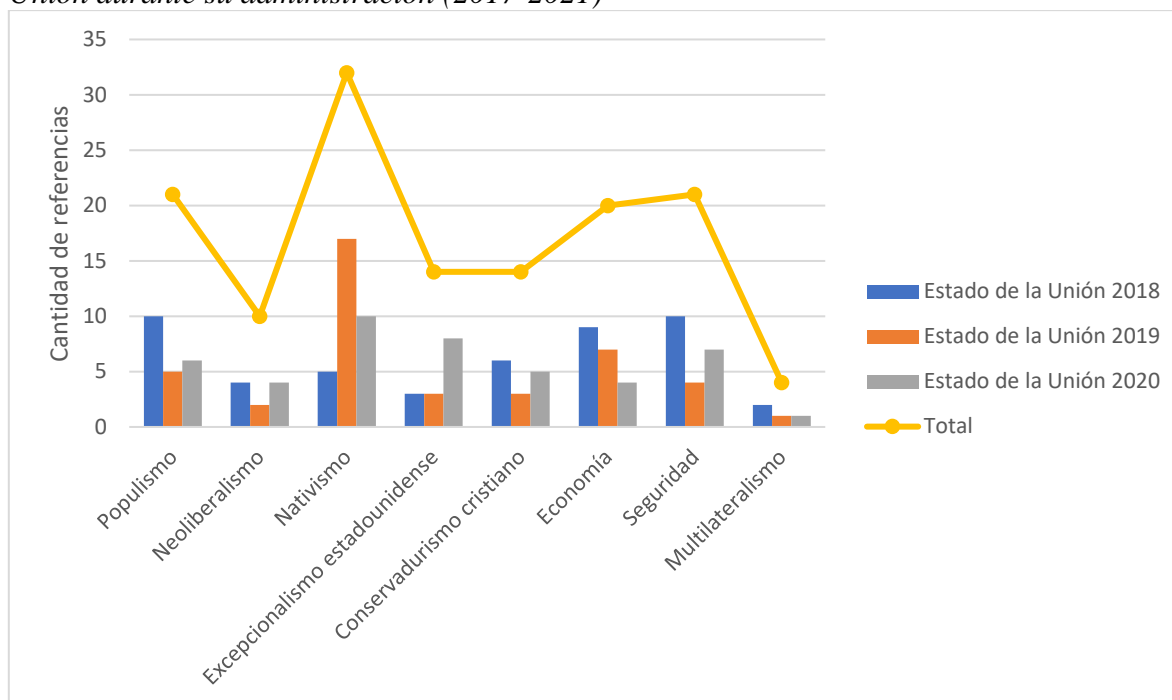
Como se puede observar de la anterior cita, se mezclan nociones religiosas cristianas, dirigiendo su discurso a su público meta, pero también permitiendo esclarecer el carácter particular que, bajo Trump, adquiere la hegemonía internacional estadounidense. Un carácter claramente conservador, nativista, cristiano de derecha, anglosajón y revestido de un estilo político populista. En efecto, en el discurso se evidencia una lógica de civilización versus barbarie, así como de islamofobia, cuando se enuncia que “We will reinforce old alliances and form new ones – and unite the civilized world against Radical Islamic Terrorism, which we will eradicate completely from the face of the Earth” (Trump, 20 de enero de 2017, p. 3; se deja la cita en el inglés original para no afectar el contenido del mensaje).

Este discurso permite enmarcar, inicialmente, el carácter ideológico de la administración Trump, sus objetivos e ideas principales, para luego contrastarlas con el desarrollo de estas ideas a lo largo de los demás discursos. Esto con el objetivo de ver si existe un cambio ideológico en el transcurso de la administración Trump, al menos identificable en sus discursos, y si en efecto existe una lógica de romper con el llamado orden liberal internacional, lo cual hasta el momento no se ha identificado.

En lo referido a sus discursos sobre el Estado de la Unión, emitidos ante el Congreso estadounidense en 2018, 2019 y 2020, se observa cómo se mantiene el carácter del estilo político populista, conservador, neoliberal, nativista y cristiano de derecha en sus discursos, también, se contemplan referencias al excepcionalismo estadounidense, como se ve en la Figura 11. El gráfico se construyó contabilizando la cantidad de veces que Donald Trump referencia a cada tema durante cada uno de los discursos sobre el Estado de la Unión. Además, se muestra la cantidad total de veces que Trump referencia a cada tema en todos sus discursos sobre el Estado de la Unión como una línea de tendencia.

Figura 11

Principales temas abordados por Donald Trump en sus discursos sobre el Estado de la Unión durante su administración (2017-2021)



Entre los hallazgos más relevantes del análisis, sobre estos discursos emitidos por Donald Trump, se encuentra que se emplea un lenguaje primordialmente nativista, bajo un estilo político populista y con referencias continuas a la supuesta excepcionalidad estadounidense. La dimensión económica sigue siendo una de las principales dimensiones en todos sus discursos, mientras que las referencias a la promoción de la democracia, el multilateralismo y los derechos humanos se encuentran relativamente ausentes de todos los discursos sobre el Estado de la Unión. En cambio, prevalece un discurso sobre la necesidad de detener la inmigración irregular, a la que llama recurrentemente de “ilegal”, vinculándola con el tráfico de personas, la criminalidad, los homicidios y el tráfico de drogas. Asimismo, se identifica que, consistentemente, se hace alarde de los supuestos logros económicos de su administración, con el recorte de impuestos, la reducción de regulación, la promoción de la industria energética, la creación de empleos, la relocalización de industrias y manufacturas y el logro de acuerdos sobre comercio justo y recíproco como el USMCA o el acuerdo inicial con China en el marco de la guerra comercial que Trump inició imponiendo tarifas a la

importación de productos de este país (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020).

Las continuas referencias a la dimensión económica, como puede verse, poseen connotaciones neoliberales. Pero estas no acaban ahí. Varias veces se encuentra en sus discursos la mención al socialismo como una fuerza destructora “Socialism destroys the nation. But always remember: Freedom unifies the soul” (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 6). Incluso, se acusa a quienes quieren conformar un sistema de salud y seguridad social público en los EE. UU., bajo su administración, de ser socialistas que amenazan al país y a las libertades civiles. Al respecto, se declara que “One hundred thirty-two lawmakers in this room have endorsed legislation to impose a socialist takeover of our healthcare system, wiping out the private health insurance plans of 180 million very happy Americans” (Trump, 04 de febrero de 2020, p.9). Referencias similares se pueden encontrar en anteriores discursos sobre el Estado de la Unión de Trump (20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019), no obstante, esta afirmación es la más tajante y politizada de todos sus discursos al respecto.

Siguiendo con la dimensión económica, son constantes las afirmaciones de defender un comercio justo y recíproco para los EE. UU., la necesidad de impulsar una ley para generar inversión en infraestructura que renueve la “crumbling infrastructure” del país (Trump, 20 de enero de 2018, p.7) y la necesidad de renegociar acuerdos comerciales para modernizarlos y prevenir de prácticas desleales y del robo de propiedad intelectual. En este sentido, en todos los discursos se identifica las críticas al NAFTA como un acuerdo perjudicial para los EE. UU., sus industrias y clase trabajadora, además, del alarde del USMCA como su solución. También, en todos los discursos se discute la necesidad de enfrentar a China y sus prácticas de comercio desleales y robo de propiedad intelectual (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020). Aunque no menciona propiamente la promoción del libre comercio, sí enfatiza en la necesidad de generar nuevos acuerdos comerciales y que la ayuda oficial al desarrollo de los EE. UU. sirva a los intereses nacionales (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020).

Otro elemento constante de los discursos sobre el Estado de la Unión es la defensa a la libertad religiosa, así como a las llamadas First and Second Amendment de la constitución estadounidense, al nombramiento de jueces conservadores en la Corte Suprema de Justicia y

demás cortes del país y a la penalización del aborto. (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020). Queda claro, entonces, el carácter conservador cristiano en los discursos sobre el Estado de la Unión de Donald Trump. Una de las afirmaciones acorde, con una perspectiva conservadora cristiana y que se promulga como un logro de Trump, es el cambio de la embajada de los Estados Unidos de Tel Aviv a Jerusalén, por parte de su administración, aduciendo que esa ciudad es la verdadera capital de Israel, contraviniendo el derecho internacional público (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019).

El tema de seguridad nacional también es recurrente, no solo por la defensa de la Immigration and Customs Enforcement (ICE), sino por la constante afirmación de la necesidad de gastar más en lo militar y la defensa, de reconstruir el ejército, de hacer que los aliados paguen su debida porción por su defensa dentro de la OTAN, acorde con el estatuto de la organización, de terminar con las guerras interminables estadounidenses en el Medio Oriente, de estabilizar y retirarse de Afganistán, de imponer sanciones a Irán y evitar que consiga un arma nuclear y, por último, de luchar contra el terrorismo yihadista o islámico, como lo llama, contra al Qaeda e ISIS (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020). Asimismo, hace alarde de los asesinatos del líder de ISIS, Abu Bakir al Baghdadi, y del general de las fuerzas Quds de la Guardia Revolucionaria de Irán, Qasem Soleimani (Trump, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020).

Estos dos últimos acontecimientos son actos, claramente, unilaterales estadounidenses y, en el caso del general Soleimani, un acto que contraviene el derecho internacional y pudo haber sido considerado como un acto de guerra, por parte de la República Islámica de Irán. Trump también llama a los líderes iraníes de corruptos y represores de su población, misma que solo busca paz, prosperidad y bienestar. De igual forma, se refiere a los regímenes de Cuba y Venezuela, mientras prácticamente no menciona a Rusia, y el lenguaje sobre Corea del Norte oscila entre una dictadura represiva y violenta, un Estado Forajido, como llama Irán, o un país con el cual las relaciones están cambiando y se está logrando avanzar diplomáticamente a acuerdos que nunca nadie había logrado. Resulta obvio que el lenguaje sobre Corea del Norte cambia conforme cambia la relación entre Trump y Kim Jong Un (Trump, 20 de enero de 2018, 06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020).

El discurso de 2018 posee un estilo populista más marcado que el resto, con importantes aspectos nativistas; en él presenta su proyecto de reforma del sistema de inmigración como una necesidad ante una situación inmigratoria que tiene en crisis a EE. UU., asociando a la inmigración irregular con criminalidad, homicidios e, incluso, con la pandilla MS-13. En cuanto al proyecto de ley para reformar el sistema de inmigración, se afirma que se basa en cuatro pilares. Primero, ofrecer ciudadanía a “inmigrantes ilegales” cuyos padres los trajeron al país a una edad temprana y que se han integrado bien a la sociedad estadounidense. Se calcula que son 1,8 millones de personas. Segundo, fortalecer la seguridad en la frontera sur con México, incrementando las fuerzas de seguridad en la zona. Tercero, eliminar la lotería en el visado estadounidense por un sistema que se base en el mérito y las habilidades que la persona migrante pueda brindar a los EE. UU. y a su sociedad, con el fin de garantizar la seguridad del país. Finalmente, el cuarto pilar es acabar con la llamada “chain migration”, en donde familiares pueden migrar a los EE. UU. y ser recibidos. Trump (20 de enero de 2018) hace un llamado a que aprueben su reforma de ley, vinculando inmigración con terrorismo, de forma irresponsable, racista y nativista, al decir que “In recent weeks, two terrorist attacks in New York were made possible by the visa lottery and chain migration. In the age of terrorism, these programs present risks we can no longer afford” (p.1).

El discurso del 2019 es, claramente, el más nativista de los tres discursos, en el cual asocia más la “inmigración ilegal” con tráfico de drogas, criminalidad, homicidios, la pandilla MS.13, tráfico humano, etc., securitizando la migración irregular al llamar la situación en la frontera sur como una emergencia, a los agentes de ICE como “héroes” y promoviendo la consecución de fondos del congreso para construir un “adecuado” muro fronterizo. El discurso de 2020 continúa con el lenguaje nativista y securitizador de la migración irregular, al tiempo que ataca a quien se oponga a su proyecto sobre inmigración de pertenecer a la “izquierda radical” y critica a los estados federados que aprobaron leyes para crear ciudades santuario para las personas inmigrantes irregulares. También, se jacta en este discurso del logro de un acuerdo con El Salvador, Honduras, Guatemala y México, mediante el cual los “cruces ilegales” de inmigrantes hacia EE. UU. se redujeron un 75 %, afirma, y se ha reducido el tráfico de drogas significativamente, asociando ambos fenómenos para securitizar la migración (06 de febrero de 2019, 04 de febrero de 2020, p. 13).

En lo referido al último discurso sobre el Estado de la Unión realizado por Trump, este pareciera dejar claro que su administración buscó reconfigurar la hegemonía global estadounidense. Prácticamente, al inicio del discurso expone que:

Three years ago, we launched the great American comeback. Tonight, I stand before you to share the incredible results. Jobs are booming, incomes are soaring, poverty is plummeting, crime is falling, confidence is surging, and our country is thriving and highly respected again. (Applause.) America's enemies are on the run, America's fortunes are on the rise, and America's future is blazing bright. (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 1)

Varias veces, a lo largo del discurso, se afirma que EE. UU. ha vuelto a liderar el mundo y llegó para quedarse: “As we restore — (applause) — American leadership throughout the world, we are once again standing up for freedom in our hemisphere” (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 5). Incluso, se atreve a decir que se acabó con el declive estadounidense y que se logró relanzar el poder global estadounidense de forma duradera.

In just three short years, we have shattered the mentality of American decline, and we have rejected the downsizing of America's destiny. We have totally rejected the downsizing. We are moving forward at a pace that was unimaginable just a short time ago, and we are never, ever going back. (Applause.) (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 2)

Se mezcla, además, esta noción de rejuvenecimiento del poder global estadounidense con excepcionalismo estadounidense y destino manifiesto, cuando declara que:

In reaffirming our heritage as a free nation, we must remember that America has always been a frontier nation. Now we must embrace the next frontier, America's manifest destiny in the stars. I am asking Congress to fully fund the Artemis program to ensure that the next man and the first woman on the Moon will be American astronauts — (applause) — using this as a launching pad to ensure that America is

the first nation to plant its flag on Mars. (Applause.) (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 14)

Particularmente relevante es cómo Trump termina su último discurso del Estado de la Unión con claras referencias al excepcionalismo estadounidense:

As the world bears witness tonight, America is a land of heroes. This is a place where greatness is born, where destinies are forged, and where legends come to life. This is the home of Thomas Edison and Teddy Roosevelt, of many great generals including Washington, Pershing, Patton, and MacArthur. This is the home of Abraham Lincoln, Frederick Douglass, Amelia Earhart, Harriet Tubman, the Wright Brothers, Neil Armstrong, and so many more. This is the country where children learn names like Wyatt Earp, Davy Crockett, and Annie Oakley. This is the place where the pilgrims landed at Plymouth and where Texas patriots made their last stand at the Alamo — (applause) — the beautiful, beautiful Alamo.

The American nation was carved out of the vast frontier by the toughest, strongest, fiercest, and most determined men and women ever to walk on the face of the Earth. Our ancestors braved the unknown; tamed the wilderness; settled the Wild West; lifted millions from poverty, disease, and hunger; vanquished tyranny and fascism; ushered the world to new heights of science and medicine; laid down the railroads, dug out the canals, raised up the skyscrapers. And, ladies and gentlemen, our ancestors built the most exceptional republic ever to exist in all of human history, and we are making it greater than ever before. (Applause.)

This is our glorious and magnificent inheritance. We are Americans. We are pioneers. We are the pathfinders. We settled the New World, we built the modern world, and we changed history forever by embracing the eternal truth that everyone is made equal by the hand of Almighty God. (Applause.)

America is the place where anything can happen. America is the place where anyone can rise. And here, on this land, on this soil, on this continent, the most incredible dreams come true.

This nation is our canvas, and this country is our masterpiece. We look at tomorrow and see unlimited frontiers just waiting to be explored. Our brightest discoveries are

not yet known. Our most thrilling stories are not yet told. Our grandest journeys are not yet made. The American Age, the American Epic, the American adventure has only just begun.

Our spirit is still young, the sun is still rising, God's grace is still shining, and, my fellow Americans, the best is yet to come. (Applause.)

Thank you. God Bless You. And God Bless America. Thank you very much. (Applause.) (Trump, 04 de febrero de 2020, p. 17-18).

Como se observa, podría decirse que los discursos sobre el Estado de la Unión realizados por Trump no parecieran converger con las ideas y características del orden liberal internacional, mientras que su componente ideológico está claramente acorde con el enmarcamiento ideológico explicado anteriormente. Los discursos poseen pocas referencias a la apertura y libre comercio y a la cooperación en seguridad, así como al multilateralismo y a un orden basado en reglas. Incluso, en algunos aspectos muestra una posición crítica a la situación actual de estas características, pero no quiebra con ellas, sino que busca reformarlas. En este sentido sigue con el orden, pero busca reformarlo. Lo que no se identifica es su promoción de la democracia y la solidaridad democrática y los valores sociales que promueve son neoliberales y conservadores.

Ahora bien, como se ha demostrado en el examen crítico de las ideas del orden liberal internacional, este orden es neoliberal, por lo que continua dentro de los márgenes del orden, aunque con una postura social conservadora. Asimismo, se mantiene en el orden liberal internacional, afirmando que EE. UU. es una figura de bien en el mundo y es el país que promueve la libertad y demás referencias del excepcionalismo estadounidense, que, como se vio, es realmente la piedra angular del orden.

En resumidas cuentas, los discursos sobre el Estado de la Unión de Trump muestran a una figura crítica con varias de las características del orden, pero no muestra realmente a una figura que busque quebrar con el orden, sino reformarlo. Deberá complementarse lo visto por el momento con otros discursos para llegar a una conclusión más clara de la relación de las ideas que impulsan a Donald Trump con las ideas y características del orden liberal internacional.

A menos de seis meses de haber llegado al poder, Donald Trump anunció en la Casa Blanca que EE. UU. se retiraba del Acuerdo de París de la Convención Marco sobre Cambio Climático de las Naciones Unidas, refiriéndose, inicialmente, a un ataque terrorista sucedido en Filipinas y a lo sucedido tras una tensa cumbre del grupo de los siete (G7), en donde Trump reclamaría por comercio justo y recíproco para los EE. UU., lo que no sería bienvenido por parte del resto de integrantes del G-7 (Trump, 01 de junio de 2017, p. 1-2). Luego de esto, con la justificante de que estaba velando por los mayores intereses del pueblo estadounidense, anunciaría que se retiraba, entonces, del Acuerdo de París:

I am fighting every day for the great people of this country. Therefore, in order to fulfill my solemn duty to protect America and its citizens, the United States will withdraw from the Paris climate accord—[*applause*]*—thank you, thank you—but begin negotiations to reenter either the Paris accord or an—really entirely new transaction on terms that are fair to the United States, its businesses, its workers, its people, its taxpayers. So we’re getting out. But we will start to negotiate, and we will see if we can make a deal that’s fair. And if we can, that’s great. And if we can’t, that’s fine. (Trump, 01 de junio de 2017, p. 2)*

No obstante, después de anunciar la retirada de los EE. UU. del acuerdo, también deja claro que no se trata de abandonar el espacio en una movida aislacionista. Se aclara que se buscará renegociar el tratado en términos favorables para los EE. UU., sus empresas y trabajadores, asegurando que la versión actual del tratado era sumamente desventajosa para estos. De lo que se trata, evidentemente, es de una movida de fuerza para buscar renegociar el acuerdo en términos favorables para los EE. UU. y, de no poderse, seguir con medidas unilaterales y las acciones que ya el país implementaba sobre la materia. De ahí que afirme que, si no se logra renegociar, no es grave para sus intereses (Trump, 01 de junio de 2017).

El tema económico y monetario, como se ha visto desde antes, es uno de los cálculos más importantes para el accionar de la administración Trump y la retirada del Acuerdo de París de 2016 no es la excepción. Trump afirma que se le imponen a EE. UU. medidas financieras “draconianas” y “cargas” económicas injustas, por ende, no contribuirá con la asignación presupuestaria nacional ni tampoco con el llamado Green Climate Fund (GCF), el cual busca brindarle US\$100 mil millones de dólares en asistencia a países en desarrollo, asegurando

que cuesta una fortuna para los EE. UU., aparte de los fondos que ya unilateralmente aporta el país en este tipo de ayudas (Trump, 01 de junio de 2017, p. 3 y 7).

Según Trump, EE. UU. fue el país que más contribuyó al GCF con mil millones de dólares, cuando ningún otro país había estado ni cerca (Trump, 01 de junio de 2017). Pero tampoco los fondos son confiables, porque no se sabe adónde se dirige el dinero, ni cómo se gasta realmente. Incluso, argumenta que, para que el GCF fuera efectivo, se necesitan US\$450 mil millones de dólares al año en asistencia a países en desarrollo, cantidad que EE. UU. no puede asumir porque poseía una deuda de US\$20 billones de dólares, en ese momento (Trump, 01 de junio de 2017, p. 7).

Otro elemento de cálculo que motivó la salida fue las restricciones al sector energético estadounidense.

Compliance with the terms of the Paris accord and the onerous energy restrictions it has placed on the United States could cost America as much as 2.7 million lost jobs by 2025 according to the National Economic Research Associates. This includes 440,000 fewer manufacturing jobs. (Trump, 01 de junio de 2017, p. 3)

Para Trump, el acuerdo es completamente injusto para los EE. UU., pues castiga su economía significativamente, pero sin comprometer a los mayores contaminadores del mundo. Por tal motivo, Trump (01 de junio de 2017, p. 3-4) acusa principalmente a China y la India de beneficiarse del tratado a expensas de los EE. UU., cuando son estos los que más contaminan a nivel global. Asimismo, asegura que:

by 2040, compliance with the commitments put into place by the previous administration would cut production for the following sectors: paper, down 12 percent; cement, down 23 percent; iron and steel, down 38 percent; coal—and I happen to love the coal miners—down 86 percent; natural gas, down 31 percent. The cost to the economy at this time would be close to \$3 trillion in lost GDP and 6½ million industrial jobs, while households would have \$7,000 less income and, in many cases, much worse than that. (Trump, 01 de junio de 2017, p. 3)

Si se toman datos recientes, lo cierto del caso es que China, en efecto, es el principal país que aporta a los gases efecto invernadero con 12,7 mil millones de toneladas métricas de emisiones, mientras que EE. UU. es el segundo país con 5,9 mil millones de toneladas métricas de emisiones (Friedman, 2023). No obstante, estos datos son engañosos, porque no se toma en cuenta la contaminación histórica que ha aportado cada país al efecto del cambio climático, ya que, desde 1850, EE. UU. ha emitido 509 mil millones de toneladas métricas de gases efecto invernadero, mientras que China ha emitido 284 mil millones de emisiones y EE. UU. consume el 20 % del petróleo del mundo, mientras China consume el 14 % (Friedman, 2023). Por lo tanto, si la cuenta fuera por países, en términos históricos, EE. UU. es el país que más ha contaminado a nivel global.

Pero estos siguen siendo datos engañosos, precisamente, porque caen en la trampa territorial que advierte Agnew (1994). Ni siquiera datos de emisiones per cápita saldrían de esta trampa. Se considera que lo más adecuado es observar a los actores que más han contaminado a nivel global y no son los países ni necesariamente los Estados, son las empresas. En este sentido, según datos del Climate Accountability Institute, 20 empresas han aportado 480 mil millones de toneladas métricas de emisiones de gases efecto invernadero desde 1965 (en Taylor y Watts, 2019), 29 mil millones de emisiones menos de lo que EE. UU. ha hecho en su conjunto desde 1850. De estas 20, 12 son empresas estatales, mientras que el resto están administradas bajo diferentes figuras de propiedad privada. Si bien un análisis profundo de esta situación excede los límites de esta investigación, se procede por lo menos a nombrar a las 20 empresas más contaminantes del mundo de 1965 a 2017, según datos del Climate Accountability Institute, en orden descendente en cuanto a su aporte a la contaminación que contribuye al fenómeno del cambio climático. Estas empresas son: Saudi Aramco, Chevron, Gazprom, ExxonMobil, Empresa Nacional de Petróleo Iraní, BP, Royal Dutch Shell Company, Coal India, PEMEX, Petróleos de Venezuela, PetroChina, Peabody Energy, ConocoPhillips, Compañía Nacional de Petróleo de Abu Dhabi, Corporación de Petróleo de Kuwait, Compañía Nacional de Petróleo de Iraq, Total S.A., Sonotrach, BHP Billiton y Petrobras (Taylor y Watts, 2019).

Como se puede ver, las empresas más contaminantes del mundo están relacionadas con el sector energético, propiamente de los hidrocarburos, por consiguiente, ninguna de las excusas

de Trump (01 de junio de 2017) de salirse del Acuerdo de París se sostiene ni es verdadera. Lo que pareciera que motivó realmente la salida de EE. UU. del Acuerdo fue su interés de promover el sector energético, la explotación de petróleo y principalmente gas natural en el país, buscando convertir a los EE. UU. en un exportador neto de energía y dominar en el sector energético, en particular, de gas natural, acorde con su estrategia de seguridad nacional que se publicaría posteriormente. El mismo Trump (01 de junio de 2017) reconoce esto al afirmar que el Acuerdo de París bloquea que EE. UU. pueda explotar su “clean coal” o carbón limpio, sea lo que eso signifique o siquiera exista.

Se continúa acusando a China e India de poder explotar sus fuentes de carbono y de contaminar por su condición de países en desarrollo, por tanto, sentencia “This agreement is less about the climate and more about other countries gaining a financial advantage over the United States” (Trump, 01 de junio de 2017, p. 4). Como se visualiza, se sigue una lógica de conspiración contra EE. UU. que, supuestamente, busca someterlo a entrar en declive. Esta lógica es acorde con el enmarcamiento ideológico de la administración Trump, explicado anteriormente. Asimismo, se desprecia los alcances del Acuerdo de París, afirmando que solo reduciría dos décimas de centígrado Celsius para 2100 (Trump, 01 de junio de 2017, p. 5).

En un claro intento de apelar a su base, Trump, incluso, fomenta las teorías de conspiración que argumentan que existe una élite globalista que busca perjudicar a los EE. UU.

The Paris Agreement handicaps the United States economy in order to win praise from the very foreign capitals and global activists that have long sought to gain wealth at our country's expense. They don't put America first. I do, and I always will. (Trump, 01 de junio de 2017, p. 6)

Ante esta situación, Trump expone que el Acuerdo es injusto para los EE. UU. y tras de todo atenta contra su soberanía—cuando él mismo reconoce que no es legalmente vinculante y EE. UU. lo adoptó libremente en la administración Obama—por ende, justifica su salida. La justificación también emplea una noción de excepcionalismo estadounidense cuando afirma que “Our Constitution is unique among all the nations of the world, and it is my highest obligation and greatest honor to protect it. And I will” (Trump, 01 de junio de 2017, p. 8).

Por lo tanto, la salida de EE. UU. del Acuerdo de París fue un cálculo económico estadounidense para promover inescrupulosamente su sector energético de hidrocarburos, principalmente de gas natural, utilizando un discurso nativista para su retirada. Este caso, como en otros casos de salida de los EE. UU. de foros y acuerdos internacionales (UNESCO, Consejo de DD.HH. de la ONU, Pacto Global de Migraciones, OMS, entre otros), no es en realidad una movida aislacionista de la administración Trump, sino un ejemplo de diplomacia coercitiva para ya sea forzar a negociar nuevos acuerdos favorables con los EE. UU. o para deslegitimar y debilitar estos organismos por ir en contra de la potencia hegemónica. No se trata de un cuestionamiento al orden liberal internacional, sino de un aprovechamiento coercitivo del mismo por parte de la potencia hegemónica. Esto quedará más claro analizando el discurso de Trump con la consecución del USMCA, como se realiza a continuación. Lo cierto del caso es que, a pesar de lo anterior, sí es cierto que resta credibilidad y legitimidad a la potencia, por ello, a lo sumo es una crisis de legitimidad del orden, no su quiebre.

Como se ha visto en los discursos de Donald Trump analizados anteriormente y en la NSS 2017 (Gobierno de EE. UU, 2017), la crítica al NAFTA, como un mal acuerdo de libre comercio, es recurrente en la administración Trump. Para Trump, no solo era un mal acuerdo de libre comercio, sino era el peor acuerdo de libre comercio hecho por los EE. UU. (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 2). Green (2017) encuentra que Trump criticaría la forma en que se llevarían las negociaciones para entrar al NAFTA y el acuerdo final, creyendo que era perjudicial para la economía y ambiente de negocios estadounidense. En la sala de prensa de la Casa Blanca, Trump (01 de octubre de 2018) dejaría clara su perspectiva sobre el NAFTA al afirmar que:

I have long contended that NAFTA was perhaps the worst trade deal ever made. Since NAFTA's adoption, the United States racked up trade deficits totaling more than \$2 trillion — and it's a much higher number than that — with Canada and Mexico. It lost vast amounts of money, and lost 4.1million manufacturing jobs, and 1 in 4 auto jobs. Lost about 25 percent of our auto jobs — even more than that. (p. 2)

Por lo tanto, para Trump, renegociar el NAFTA era un imperativo personal, así como una probable afrenta más hacia los Clinton (Green, 2017). Si bien reconoce que se tuvieron diferencias con el presidente Andrés Manuel López Obrador de México y el primer ministro

Justin Trudeau de Canadá, se declara que el acuerdo US-México-Canadá (USMCA) se basa en los principios de justicia y reciprocidad comercial (Trump, 01 de octubre de 2018). A su vez, se jacta de haber logrado renegociar el acuerdo de libre comercio con Corea del Sur para que fuera más favorable para los EE. UU. (p. 2).

Como parte de su personalidad pomposa y jactanciosa, Trump expresa que el USMCA implicará el acuerdo de libre comercio—énfasis en el libre—más grande de la historia de los EE. UU., afirmando que involucrará un flujo comercial que asciende a los US\$1,2 billones de dólares (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 2). Además, según él, “Once approved by Congress, this new deal will be the most modern, up-to-date, and balanced trade agreement in the history of our country, with the most advanced protections for workers ever developed” (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 3). A lo largo del discurso es recurrente la apelación de que estaba velando por los trabajadores estadounidenses, especialmente del sector metalúrgico, automotor, manufacturero y agrícola, aunque, como él reconoce en su discurso, el USMCA impone más protecciones a la propiedad intelectual estadounidense y asegura que al menos el 75 % de la producción de automóviles se realice en Norte América para avalar su venta en los EE. UU. (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 2-5). Norte América no es solo EE. UU. y, si se sigue a Haas (2021), a parte de la modernización del acuerdo y las protecciones a la propiedad intelectual estadounidense, los cambios del NAFTA al USMCA son marginales. Resulta más un discurso populista, fiel al estilo político populista (Moffit, 2016) de Trump.

Trump argumenta que el acuerdo impone rigurosas protecciones laborales, ambientales y de propiedad intelectual y abre más los mercados para los productos agrícolas estadounidenses. “The deal includes a substantial increase in our farmers’ opportunities to export American wheat, poultry, eggs, and dairy — including milk, butter, cheese, yogurt, and ice cream, to name a few. I want to be very specific” (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 4). También, impone nuevas reglas, en cuanto a la denominación de origen, para proteger la propiedad intelectual estadounidense y favorecer la competitividad de sus exportaciones (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 6). Si bien excede los límites de esta investigación analizar a profundidad el USMCA y sus cambios con respecto al NAFTA, como se dijo anteriormente, según Haas

(2021), estos cambios son marginales, exceptuando las restricciones, en cuanto a propiedad intelectual, mientras que algunos logros, como el agrícola, se exageraron.

Pero más allá de lo anterior, lo fundamental del discurso se encuentra en la aceptación por parte del mismo Trump (01 de octubre de 2018, p. 7) de incurrir en una diplomacia económica coercitiva, a través de la imposición de tarifas y aranceles, tanto a aliados como a rivales, con el objetivo de renegociar los tratados de libre comercio de los EE. UU. En el discurso, se menciona el USMCA, por obvias razones, pero también los tratados con Corea del Sur y Japón (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 2 y 7). Si bien Nye (2011, pp. 44-45) ubica a la diplomacia coercitiva como una modalidad de poder militar, aquí se considera que puede perfectamente usarse en una multiplicidad de dimensiones del poder, incluyendo la dimensión económica.

Para Nye (2011), el poder económico puede ser entendido como “Fuerza económica usada para alcanzar dominación y control” (p. 53), mientras que la diplomacia coercitiva es el uso de presión y amenazas para forzar a otros a hacer algo que de lo contrario no harían. Es una muestra de fuerza para obligar a modificar una acción o disuadir. No obstante, la amenaza que se emplee debe ser creíble y, aun así, genera efectos indeseados, no solo cuando fracasa, sino también porque puede generar resistencia por parte de los actores a los que se aplica e, incluso, influir en terceros actores que observan la situación (Nye, 2011, pp. 44-45). Resulta claro que aquí se menciona lo relacionado a poder económico y diplomacia coercitiva más cercanos a las dos primeras caras del poder, mencionadas anteriormente, así como más cercanas al poder duro (Nye, 2011), precisamente, porque se entiende que es más acorde al accionar de Trump.

La lógica de usar diplomacia económica coercitiva por Trump queda clara cuando dice que:

By the way, without tariffs, we wouldn't be talking about a deal, just for those babies out there that keep talking about tariffs. That includes Congress — “Oh, please don't charge tariffs.” Without tariffs, you wouldn't be — we wouldn't be standing here. I can tell you, Bob and all of these folks would not be standing here right now. (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 7)

Por lo tanto, quienes aducen que Trump implementó una lógica transaccional en su política exterior (Mearsheimer, 2018; Walt, 2018; Nye, 2019; Ikenberry, 2020a; Ettinger, 2018; 2019, entre otros) tienen razón, ya que se observa que Trump buscaba, precisamente, una transacción en donde cada parte cede algo. Los aliados de EE. UU. ceden renegociar sus tratados de libre comercio con la potencia hegemónica a cambio de que no se les imponga tarifas y tengan el privilegio de comerciar con los EE. UU. y este a cambio no impone sanciones y les da a los aliados el privilegio de comerciar libremente con la potencia hegemónica.

Para dejar lo anterior claramente establecido, Trump (01 de octubre de 2018) en su discurso afirma lo siguiente:

This deal will also impose new standards requiring at least 75 percent of every automobile to be made in North America in order to qualify for the privilege of free access to our markets. And that's what it is, it's a privilege. We don't take it as a privilege. We don't take it as a privilege. It's a privilege for them to do business with us.

And I'm not talking about Mexico, Canada — I'm talking about everybody. Everybody. It's a privilege for China to do business with us. It's a privilege for the European Union, who has treated us very badly — but that's coming along — to do business with us. Japan, every country — it's a privilege for them to come in and attack the piggy bank. (p. 5-6)

Queda claro que la óptica es una óptica de poder coercitivo y arrogante. Por ello, más que una lógica transaccional, se considera que es mejor catalogarla como una diplomacia económica coercitiva. No es necesario desarrollar nuevas categorías teóricas para analizar nuevos eventos cuando las preexistentes sirven adecuadamente.

Trump también enmarca esta estrategia de diplomacia económica coercitiva en sus relaciones con la India, a quien acusa de ser “el rey de las tarifas” (Trump, 01 de octubre de 2018, p. 7) para obligar a que negocien reducir sus tarifas en su comercio con los EE. UU. De hecho, es un momento esclarecedor que evidencia que no es crítico del libre comercio, sino que más bien quiere imponer un libre comercio favorable a los EE. UU. y la herramienta a utilizar es

la diplomacia económica coercitiva, mediante las tarifas y aranceles. Trump (01 de octubre de 2018) asegura lo siguiente:

India charges tariffs of 100 percent. And then, if we want to put a tariff of 25 percent on, people will call from Congress: “But that’s not free trade.” And I’d look back to people; I’d say, “Where do these people come from? Where do they come from?” So because of the power of tariffs and the power that we have with tariffs, we, in many cases, won’t even have to use them. That’s how powerful they are, and how good they are. But, in many cases, we’re not going to have to use them. And, in many cases, countries that are charging massive tariffs are eliminating those tariffs. (p. 8)

Además, Trump (01 de octubre de 2018) deja claro que esa era precisamente su estrategia en la guerra comercial con China al imponer tarifas de un 25% a una serie de flujos comerciales que ascendían en su momento a US\$250 mil millones de dólares, al decir “As you know, we have \$250 billion at 25 percent interest with China right now, and we could go \$267 billion more” (p. 8). Se hace referencia al monto de US\$250 mil millones, porque ese era el momento en que se encontraba la guerra comercial con China, en sus inicios; su análisis excede los alcances de esta investigación, pero queda claro la lógica con la que la administración Trump actuó en esta disputa con China.

Lo que se ubica en el centro de toda esta lógica, llámese transaccional o llámese diplomacia económica coercitiva, es una visión de mundo suma-cero, en que EE. UU. no puede ni debe aceptar relaciones económicas ni comerciales que le supongan un déficit, como si esto implicara necesariamente una pérdida. El accionar de la administración Trump pareciera basarse en un análisis económico simplista, sin considerar las bases del poder económico estadounidense, en especial, la importancia del dólar como moneda de reserva global de valor (Eichengreen, 2008).

Sobre este asunto, explica Trump (01 de octubre de 2018) que:

A pillar of national security is economic security and trade. National security is not where we lose hundreds of billions of dollars a year. Over the last five years, we’ve averaged \$800 billion-a-year loss on trade. How dumb is that? Eight hundred billion

dollars. This group doesn't know about those numbers. I don't even want them to hear those numbers.

But the United States, in its trade deals, has lost, on average, almost \$800 billion a year. That's dealing with China, dealing with European Union, (inaudible) — with everybody. Japan, Mexico, Canada — everybody. And we're not going to allow that to happen.

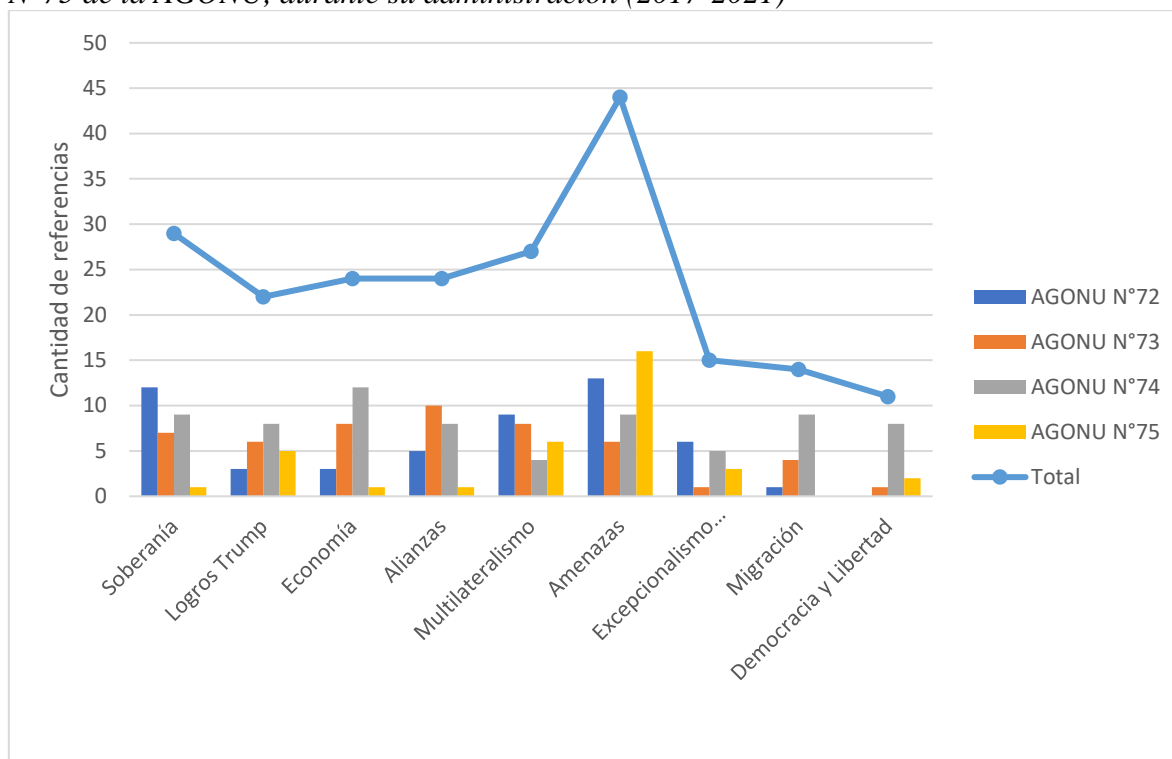
But we have to have a strong manufacturing base and manufacturing sector. We need a thriving economy. Those are all, really, essential ingredients to national security. We can't allow what's been happening over the last 25 years to happen. (p. 9)

A todas luces, se securitiza la economía global, todo con el objetivo de que esta sea—más—favorable a los EE. UU. No se trata, entonces, de una cruzada en contra del libre comercio o de que Trump sea mercantilista y proteccionista, lo cual es un análisis simplista de la situación que solo se queda en la superficie. Lo cierto del caso es que pareciera ser que Trump emplea herramientas proteccionistas y mercantilistas para avanzar el libre comercio a favor de los EE. UU. No es un rompimiento con el orden, es garantizar su rentabilidad para la potencia hegemónica de forma coercitiva a expensas de rivales y aliados, todos, vistos bajo una lógica neoliberal de competidores. Todo esto al menos discursivamente, por consiguiente, este hallazgo abre una interesante agenda de investigación para analizar si este hallazgo discursivo se mantiene en el accionar político económico de la administración Trump.

Luego de analizar los anteriores discursos, que en su mayoría iban dirigidos a un público interno estadounidense principal, pero no exclusivamente, se procede a analizar una serie de discursos de Donald Trump que se supondría irían dirigidos a un público más global. Se trata de los discursos realizados ante la AGONU en sus sesiones N°72, N°73, N°74 y N°75. Esto con el objetivo de identificar si existen diferencias entre los discursos dirigidos a públicos meta distintos y si, por lo tanto, el mensaje cambia.

Figura 12

Principales temas abordados por Donald Trump en sus discursos entre las sesiones N°72 a N°75 de la AGONU, durante su administración (2017-2021)



La Figura 12 muestra la cantidad de veces que Donald Trump referencia a cada tema identificado en cada uno de sus discursos ante la AGONU, durante su administración (2017-2021). Además, se expone la cantidad total de veces que menciona cada tema en todos sus discursos ante la AGONU como una línea de tendencia. Tres categorías merecen una aclaración metodológica importante, a saber: economía, multilateralismo y amenazas. La categoría de economía se construyó identificando todas las veces que Trump hace mención sobre aspectos económicos y comerciales de la economía global, incluyendo acuerdos multilaterales, menciones al comercio internacional, como a la OMC y promoción del comercio justo y recíproco, también, a las críticas a la OMC y a países que cometen prácticas desleales contra los EE. UU. y roban su propiedad intelectual. Esto último refiere constantemente a China.

En cuanto a la categoría de multilateralismo, esta se construyó contabilizando todas las referencias, por discurso, en que Trump alude a organismos multilaterales y a la cooperación internacional. Dado que pocas veces se menciona propiamente a la cooperación

internacional, se consideró que lo mejor sería subsumir sus menciones en la categoría de multilateralismo. Se identificó que Trump en todos sus discursos ante la AGONU muestra una posición crítica hacia los organismos multilaterales, justificando la retirada de EE. UU. de algunos organismos, el recorte al financiamiento de otros y la necesidad de reformar otros organismos, como se ve más adelante.

La categoría de amenazas se construyó contabilizando las referencias a lo que Trump considera que son amenazas tanto al mundo como a los EE. UU. De ahí que se identificaran, como amenazas, a fenómenos tales como el llamado “terrorismo yihadista” con grupos como al Qaeda o ISIS, a “Estados Forajidos” como Irán y Corea del Norte, a Estados Autoritarios como Cuba y Venezuela e, inclusive, a fenómenos como el poder informático de las redes sociales—una posible alusión a la red social TikTok—, las prácticas comerciales desleales y robo de propiedad intelectual por China y, por último, el surgimiento del COVID-19, que cataloga como “China virus” de forma ignorante y racista, yendo tan lejos como para acusar a la Organización Mundial de la Salud (OMS) de estar al servicio de China, como se ve más adelante.

Como se contempla, la contabilización de temas se realizó procurando retratar los temas abordados por Trump en sus discursos de la forma más fehaciente posible. Esto significó que varias oraciones se contabilizaran como referencias a varios temas o categorías que se retratan en la Figura 12. Por lo tanto, una misma oración podía contabilizar para uno o más temas o categorías. Esta es una diferencia importante con respecto a la contabilización de referencias temáticas de los discursos sobre el Estado de la Unión, cuya categorización se pudo realizar de forma más clara y separada entre temas. En los discursos ante la AGONU, se identifica la mezcla de temas y asuntos por parte de Donald Trump, lo que ameritó esta explicación metodológica.

Como se visualiza en la Figura 12, los temas más referenciados por Trump refieren a las categorías de amenazas y de soberanía. De hecho, estos dos son los principales temas abordados en su discurso ante la sesión N°72 de la AGONU, por encima de cualquier otro tema. Trump de hecho ofrece un listado inicial de amenazas ante el mundo y los EE. UU. en este discurso, afirmando que el mundo se enfrenta a amenazas provocadas por el terrorismo, Estados Forajidos—relacionados o, incluso, que patrocinan el terrorismo—, gobiernos

autoritarios y organizaciones criminales transnacionales. Particularmente interesante es la mención de estos dos últimos tipos de amenaza, cuando indica que:

Authority and authoritarian powers seek to collapse the values, the systems, and alliances that prevented conflict and tilted the world toward freedom since World War II.

International criminal networks traffic drugs, weapons, people; force dislocation and mass migration; threaten our borders; and new forms of aggression exploit technology to menace our citizens. (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 2)

Sobre el primer tipo, las potencias autoritarias, pareciera ser una alusión indirecta a Rusia, mientras deja claro su compromiso con los valores, sistemas y alianzas del orden desde la Segunda Guerra Mundial. Nuevamente, esto pareciera indicar que no se busca un quiebre con el orden por parte de Donald Trump, por más que sea crítico del estado de situación de este e, incluso, su compromiso con algunos elementos del orden sea cuestionable.

En cuanto al segundo tipo, se evidencia el nativismo de Trump y su énfasis por proteger la “soberanía” del país ante las amenazas del tráfico de drogas, armas y personas, mezclando fenómenos muy distintos entre sí, securitizando la migración irregular y mostrando un argumento xenofóbico y racista.

Es interesante notar de este discurso de Trump (19 de septiembre de 2017) que deja claro cuál es su perspectiva sobre el sistema de Naciones Unidas y el orden internacional construido desde la Segunda Guerra Mundial. Para Trump, la Organización de Naciones Unidas (ONU) es fundamental en este orden, pues está basada en una visión de cooperación entre las naciones alrededor de los pilares de soberanía, seguridad y prosperidad (p. 2). Esta es una lectura un tanto distinta del internacionalismo liberal que afirma que la ONU y el orden liberal internacional nacieron para promover la democracia, la apertura comercial, la cooperación multilateral, la solidaridad democrática y la seguridad colectiva como forma de llevar estabilidad y paz al mundo. La democracia y la cooperación multilateral parecieran ir en un segundo plano para Trump, subordinando estos aspectos a la soberanía de los Estados, cuando se dice que “Our success depends on a coalition of strong and independent nations

that embrace their sovereignty to promote security, prosperity, and peace for themselves and for the world” (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 3).

Incluso, deja claro que bajo su administración, los EE. UU. no buscarán imponer su forma de vida a otros países y que respetará la forma de vida de otros países, siempre y cuando se respete la soberanía de los EE. UU. y la de cada pueblo. Esto, para Trump (19 de septiembre de 2017), es la base que posibilita cualquier tipo de cooperación internacional:

We do not expect diverse countries to share the same cultures, traditions, or even systems of government. But we do expect all nations to uphold these two core sovereign duties: to respect the interests of their own people and the rights of every other sovereign nation. This is the beautiful vision of this institution, and this is foundation for cooperation and success (...)

In America, we do not seek to impose our way of life on anyone, but rather to let it shine as an example for everyone to watch. This week gives our country a special reason to take pride in that example. We are celebrating the 230th anniversary of our beloved Constitution — the oldest constitution still in use in the world today. (p. 3)

No se busca imponer la forma de vida estadounidense al mundo, porque para Trump, en su visión de excepcionalismo estadounidense, ya EE. UU. es un ejemplo que el mundo desea imitar. Pareciera que la cosmovisión de Trump sobre el escenario internacional es un mundo conformado de Estados soberanos que tienen a EE. UU. como modelo a emular. Asimismo, tiene claro que este país no puede solventar los problemas mundiales solo, necesita de aliados y de cooperación: “But making a better life for our people also requires us to work together in close harmony and unity to create a more safe and peaceful future for all people” (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 4).

A pesar de lo anterior, pareciera ser que, en el imaginario de Trump, por más que EE. UU. ha buscado paz y estabilidad en el mundo, promoviendo la seguridad y la prosperidad, “más que cualquier otra nación del mundo”, tanto adversarios como aliados se han aprovechado de la nobleza estadounidense para su beneficio (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 4). Por lo tanto, más que ir en contra del orden liberal internacional, da la impresión de que es

necesario reformarlo, porque otros se han aprovechado de él a expensas de quien lo construyó, sostiene y promueve, los EE. UU.

Por eso, afirma seguir un “principled realism” guiado por resultados y no por ideología, precisamente, porque se necesita corregir la situación que se entiende está en detrimento de los EE. UU. En esto se sigue un lenguaje muy similar a la NSS 2017, no solo por su mención al supuesto “principled realism” que guía a la administración en su política exterior, sino también en sus referencias a los Estados forajidos y a enmarcar la situación global en una lucha del bien contra el mal (Trump, 19 de septiembre de 2017).

The scourge of our planet today is a small group of rogue regimes that violate every principle on which the United Nations is based. They respect neither their own citizens nor the sovereign rights of their countries.

If the righteous many do not confront the wicked few, then evil will triumph. When decent people and nations become bystanders to history, the forces of destruction only gather power and strength. (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 5)

Resulta interesante notar cómo es que, mientras se utiliza un lenguaje sobre la soberanía en términos nativistas, también se utiliza como un principio ordenador del sistema internacional y se ve a EE. UU. como un líder del mundo en este aspecto “We are standing up for America and for the American people. And we are also standing up for the world” (Trump, 25 de septiembre de 2018, p. 2). Si, por un lado, como se vio anteriormente, se deja a las Naciones Unidas como una organización fundamental para promover la soberanía, la seguridad y la prosperidad del mundo, por el otro lado, se afirma que EE. UU. bajo Trump impulsará el patriotismo contra la ideología globalista, defendiendo la soberanía estadounidense, así como los principios, valores, costumbres, tradiciones e intereses estadounidenses. Aunque ausente en su primer discurso ante la AGONU, el discurso antiglobalista se torna más evidente en sus discursos en los períodos N°73 y N°74 de sesiones ordinarias de la AGONU (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019).

Si las ideas se empiezan a perfilar con su discurso en el período N°72, serían en sus discursos durante los períodos N°73 y N°74 que estas quedarían más claras. Para Trump, un mundo que respete la soberanía de los Estados es un mundo que respeta la democracia, la libertad y

los derechos del individuo. Lo que pareciera identificar como la ideología globalista atenta contra lo anterior, amenazando a las tradiciones, valores y principios de las naciones. Se identifica al globalismo como un esfuerzo por dominar a otros, en vez de dominarse a sí mismos, vinculándolo con una clase política, una burocracia internacional y ciertos organismos, como la Corte Penal Internacional (CPI), que atentan contra los principios, valores y tradiciones de los Estados soberanos y los llamados patriotas. (Trump, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019). Al respecto, llegaría a expresar que:

The free world must embrace its national foundations. It must not attempt to erase them or replace them.

Looking around and all over this large, magnificent planet, the truth is plain to see: If you want freedom, take pride in your country. If you want democracy, hold on to your sovereignty. And if you want peace, love your nation. Wise leaders always put the good of their own people and their own country first.

The future does not belong to globalists. The future belongs to patriots. The future belongs to sovereign and independent nations who protect their citizens, respect their neighbors, and honor the differences that make each country special and unique. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 2)

Por ello, también afirma que:

Americans know that in a world where others seek conquest and domination, our nation must be strong in wealth, in might, and in spirit. That is why the United States vigorously defends the traditions and customs that have made us who we are. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 2)

En lo que pareciera ser a primera vista un mensaje contradictorio, el cual busca conciliar una administración estadounidense aislacionista con una misión internacionalista, en realidad, se identifica una visión de mundo coherente, cercana al Tradicionalismo de Bannon, que no es aislacionista. No solo se acepta la necesidad de cooperar en el mundo, sino se subordina a los principios de democracia y libertad bajo el principio de soberanía. Al defender a las tradiciones o el patriotismo, como lo llama Trump, se defiende la posición privilegiada y excepcional de EE. UU. en el mundo. Trump deja claro que percibe a los EE. UU. como la

nación excepcional del mundo, la más poderosa, que valora los principios de libertad, independencia y autogobierno (Trump, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019).

Lo que permite unir la aparente contradicción en el mensaje de los discursos de Trump es su noción de EE. UU. como el país más excepcional del mundo. Se trata de defender su soberanía con alcances globales. Agnew (2018) deja claro que la soberanía estadounidense es una soberanía globalista, al ser la potencia hegemónica, por ende, Trump busca defender esta posición hegemónica, ya que considera a EE. UU. como superior a cualquier otro país. La ironía de esto es que la defensa de su “soberanía” implica la intromisión en la “soberanía” de otros Estados.

Asimismo, la cosmovisión de Trump parte de varias dicotomías entre patriotas contra globalistas, entre naciones libres y democráticas contra regímenes corruptos, forajidos, autoritarios e incivilizados y entre Estados soberanos contra grupos terroristas, organizaciones criminales internacionales y “migración ilegal”. Estas dicotomizaciones se pueden agrupar fácilmente en su discurso, como se ha visto, en una lucha del bien contra el mal, y se posiciona a EE. UU. como el representante mundial de las fuerzas del bien. Aunque el discurso de Trump sea nativista, no hay realmente una intención aislacionista en su discurso, pero sí se identifica una defensa máxima de la soberanía globalista—en términos de Agnew (2018)—de los EE. UU. y de su proyecto de hegemonía internacional estadounidense.

En lo que refiere a las amenazas, mientras en su discurso durante el período N°72 de sesiones ordinarias de la AGONU deja claro que estos Estados Forajidos son Corea del Norte e Irán, en ese orden, en su discurso durante el período N°73 de sesiones ordinarias su lenguaje sobre Corea del Norte cambia radicalmente. Pasa de llamar a Kim Jung Un como un “rocket man” obsesionado con destruir al mundo, al año siguiente afirmar que es un gran amigo, con quien se posee una noble amistad y se está más cerca que nunca de lograr la paz y la desnuclearización de la península coreana (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018). Un año más tarde, difícilmente mencionaría el tema, declarando que la península coreana debe ir hacia la desnuclearización, lo que iría en beneficio de la prosperidad norcoreana. En su discurso durante el período N°75 de sesiones ordinarias ni siquiera se tocaría el tema del todo, aunque dicho discurso sucedería bajo la coyuntura

particular del COVID-19, siendo remoto y virtual, por tanto, posiblemente afectó en su duración y abordaje de temas (Trump, 25 de septiembre de 2019, 22 de septiembre de 2020).

Si Corea del Norte se fue dejando de lado con el tiempo, un país fue cobrando cada vez más relevancia a lo largo de los discursos de Trump ante la AGONU como amenaza para EE. UU. y el mundo: Irán. Irán se presenta a lo largo de sus discursos como el principal promotor y patrocinador del terrorismo del mundo, asociándolo con Hezbollah en el Líbano, Bashar al-Assad en Siria y la guerra en Yemen. También, se le describe en términos cuidadosos, acusando al régimen y a las autoridades iraníes de ser una dictadura corrupta y posicionando al pueblo iraní como víctima de su propio Estado, que se encubre bajo una falsa fachada de democracia. En efecto, se acusa recurrentemente al régimen de reprimir y oprimir a su propio pueblo y de poseer un odio irracional hacia los EE. UU. y un antisemitismo claro contra Israel (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 6-7, 25 de septiembre de 2018, p. 4-5, 25 de septiembre de 2019, p. 5-6). La visión sobre Irán es clara, aunque ignorante del contexto histórico que ha llevado al deterioro de las relaciones entre EE. UU. y la República Islámica de Irán.

Por todas estas razones, se justifica la salida unilateral del JCPOA, por parte de la administración Trump, y la reimposición de sanciones económicas, todo con el objetivo de detener el desarrollo nuclear del país y sus supuestas actividades desestabilizadoras de la región del Medio Oriente y del mundo (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 6-7, 25 de septiembre de 2018, p. 4-5, 25 de septiembre de 2019, p. 5-6). En su discurso en el período N°75 de sesiones ordinarias, incluso, se jacta del asesinato del general Qasem Soleimani por parte de fuerzas estadounidenses, catalogándolo como el terrorista más grande del mundo y ubicándolo en una misma categoría con Abu Bakir al-Baghdadi, líder del ISIS, a quien también se jacta de su asesinato a manos de fuerzas estadounidenses (Trump, 22 de septiembre de 2020, p. 3).

Por otro lado, se identifican a los regímenes cubano y venezolano como amenazas para EE. UU. Se les cataloga de desestabilizadores de su región y de poseer regímenes corruptos y opresores contra su propio pueblo. Además, indica que la situación actual, en una clara muestra de ignorancia histórica, de estos países se debe no a que el socialismo haya sido mal implementado, sino a que ha sido correctamente ejecutado. Para el 2019 también se asociaría a Nicaragua con estos países, en los mismos términos antes descritos (Trump, 19 de

septiembre de 2017, p. 10-11, 25 de septiembre de 2018, p. 8-9, 25 de septiembre de 2019, p. 8-9).

The problem in Venezuela is not that socialism has been poorly implemented, but that socialism has been faithfully implemented. (Applause.) From the Soviet Union to Cuba to Venezuela, wherever true socialism or communism has been adopted, it has delivered anguish and devastation and failure. Those who preach the tenets of these discredited ideologies only contribute to the continued suffering of the people who live under these cruel systems.

America stands with every person living under a brutal regime. Our respect for sovereignty is also a call for action. All people deserve a government that cares for their safety, their interests, and their wellbeing, including their prosperity. (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 11)

Un punto relevante de notar es el último párrafo de la anterior cita. En dicho párrafo se ve el mismo impulso intervencionista del internacionalismo liberal, pero ahora bajo una fachada soberanista. Ya no se llama a intervenir para promover la democracia a nivel mundial, sino que se interviene en defensa del principio de soberanía internacional, entendiéndolo como una responsabilidad de los Estados para con su propio pueblo, lo cual es realmente una interpretación liberal del concepto de soberanía.

Continuando con las amenazas, se identifica que los regímenes autoritarios o totalitarios, como los llama Trump (25 de septiembre de 2019, p. 9), tienen nuevas herramientas para reprimir y oprimir a sus pueblos con el avance tecnológico. Asimismo, este avance tecnológico presenta el surgimiento de las redes sociales, a quienes acusa—en lo que pareciera ser una alusión indirecta a TikTok y a las prácticas de supervisión civil de China— de silenciar voces deliberadamente en sus plataformas e, incluso, de condicionar lo que se puede ver y decir en ellas. En esto, aunque pasajera, deja claro el compromiso de Trump y su administración con los llamados principios de libertad y democracia, buscando resguardar a las “naciones libres” de estos nuevos tipos de amenazas informáticas (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 9). Al respecto, Trump (25 de septiembre de 2019) enuncia que:

For this reason, the United States is taking steps to better screen foreign technology and investments and to protect our data and our security. We urge every nation present to do the same.

Freedom and democracy must be constantly guarded and protected, both abroad and from within. We must always be skeptical of those who want conformity and control. Even in free nations, we see alarming signs and new challenges to liberty.

A small number of social media platforms are acquiring immense power over what we can see and over what we are allowed to say. A permanent political class is openly disdainful, dismissive, and defiant of the will of the people. A faceless bureaucracy operates in secret and weakens democratic rule. Media and academic institutions push flat-out assaults on our histories, traditions, and values.

In the United States, my administration has made clear to social media companies that we will uphold the right of free speech. A free society cannot allow social media giants to silence the voices of the people, and a free people must never, ever be enlisted in the cause of silencing, coercing, canceling, or blacklisting their own neighbors. (p. 9)

No solo se securitiza con este discurso a las redes sociales, sino que se ubica a la democracia y a la libertad, especialmente a la libertad de expresión, como elementos existenciales a los que se debe resguardar de sus enemigos. Nuevamente, se reitera que la administración Trump no es un quiebre con el orden, es mejor catalogarlo como una defensa—burda—coercitiva de los principios y valores que se ubican en el núcleo del orden, incluso, si eso implica desenmascarar la particularidad del orden de su supuesta universalidad.

Una amenaza que vendría a cobrar relevancia sería la pandemia del COVID-19, a la cual Trump cataloga de forma racista como el “China virus” ante el período N°75 de sesiones ordinarias de la AGONU (22 de septiembre de 2020, p. 1). En este discurso se acusa a China de ser el país responsable de la propagación del virus, de mentir y encubrir información y, por último, de provocar con ello la pandemia que ha cobrado “incontables vidas” (Trump, 22 de septiembre de 2020, p. 1). Incluso, se hace un llamado a que las Naciones Unidas obliguen a China a rendir cuentas. Para un discurso bastante más corto que cualquiera de los anteriores, poco mayor a las 3 páginas, su fijación con China es evidente y su crítica al régimen chino

se convierte en la tónica misma de todo el discurso (Trump, 22 de septiembre de 2020, p. 1-3).

Con respecto al tema de las alianzas, se observa que el mensaje a lo largo de sus discursos ante la AGONU es uno que reafirma los lazos de EE. UU. con el mundo y especialmente con sus aliados. No obstante, el mensaje deja claro que tanto aliados como adversarios, para Trump, se han aprovechado de los EE. UU., lo cual no se toleraría más. Además, se identifica que les resta importancia a las alianzas formales y al multilateralismo (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019, 22 de septiembre de 2020).

The United States will forever be a great friend to the world, and especially to its allies. But we can no longer be taken advantage of, or enter into a one-sided deal where the United States gets nothing in return. As long as I hold this office, I will defend America's interests above all else.

But in fulfilling our obligations to our own nations, we also realize that it's in everyone's interest to seek a future where all nations can be sovereign, prosperous, and secure. (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 4)

En solo un momento de los cuatro discursos dirigidos por Trump ante la AGONU, se menciona directamente a la OTAN y la importancia de la alianza transatlántica, mientras que, más allá de asuntos humanitarios, los organismos multilaterales son criticados, entendiendo que necesitan ser reformados (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019, 22 de septiembre de 2020). En su discurso en la sesión N°75, Trump (22 de septiembre de 2020, párr. 3) se jactaría de que “revitalizó a la OTAN”, haciendo que los aliados pagaran lo justo, algo que había mencionado anteriores veces como crítica de forma indirecta (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019). De hecho, en su discurso en el período N°74 de sesiones ordinarias afirma que:

As we rebuild the unrivaled might of the American military, we are also revitalizing our alliances by making it very clear that all of our partners are expected to pay their fair share of the tremendous defense burden, which the United States has borne in the past. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 3)

La OTAN pareciera ser más una carga que una ventaja estratégica para Trump, pero esto no significa que la desdeñe o busque separar a los EE. UU. de esta. Si la OTAN es una carga, es una carga necesaria para el poder global de los EE. UU. y se trata de reducir esa carga, obligando a los aliados a aumentar su gasto militar o tomando más participación en esa “carga”. Pero nada en el discurso alude a que vaya en contra de la OTAN, ni de sus principios, ni mucho menos de su tratado constitutivo. En ningún discurso oficial analizado de la administración Donald Trump, se encuentra que los EE. UU. hayan recurrido o invocado los artículos 12 o 13 del tratado constitutivo de la OTAN para denunciar el tratado y salir de la alianza, lo que sí hubiera significado un quiebre con el llamado orden liberal internacional. Además, la diplomacia coercitiva de Trump para que los aliados aumentaran su gasto militar al 2 % de sus respectivos PIB no es una invención de la administración Trump, es realmente un acuerdo adoptado por la misma OTAN desde el año 2006 (OTAN, 2019; 2023). Trump representó un esfuerzo—burdo—de coaccionar a obedecer al orden, no a quebrantarlo.

Las alianzas que sí menciona Trump a lo largo de sus discursos ante la AGONU son, fundamentalmente, alianzas bilaterales con países como Arabia Saudí, Israel, Polonia, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Qatar, Corea del Sur, Japón, Jordania, Egipto e India. El único órgano multilateral que se nombra en términos de alianzas, solamente una vez, es el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), en los esfuerzos por contener y contrarrestar la amenaza del terrorismo y a Irán. En los mismos términos se habla de Arabia Saudí, EAU y Qatar, mientras que Jordania y Egipto se mencionan como aliados fundamentales para el tema de refugiados, agradeciendo su aceptación de personas refugiadas en sus países o ayudando y colaborando en su atención. En lo que refiere a Israel, se le cataloga como una “vibrante” democracia de 70 años, con una amistad duradera con los EE. UU., por tal razón, el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel y el traslado de la Embajada de Tel Aviv a Jerusalén son acciones que consolidan la alianza y, según Trump, son realidades históricas que favorecen la solución del conflicto palestino-israelí—nada más lejos de la realidad. Corea del Sur y Japón son vistos como aliados para atender la situación con Corea del Norte, mientras que Polonia e India son vistos como países cercanos por su “patriotismo” y defensa de sus tradiciones (Trump, 19 de septiembre de 2017, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019, 22 de septiembre de 2020). Estos últimos países parecieran ser

cercanos más por temas ideológicos propios de Trump, aunque ambos son estratégicos para contener a Rusia y a China, respectivamente.

Antes de proseguir con el trato del multilateralismo en los discursos de Trump ante la AGONU, se describe el trato sobre el aspecto económico global. Más allá del alarde de los supuestos logros de la administración Trump, como la administración “más exitosa de la historia de los EE.UU.” (Trump, 25 de septiembre de 2018, p. 1), comentario que generó una reacción cómica en la audiencia en su discurso en la sesión N°73 de la AGONU, se continúa con un mensaje de procurar un comercio justo y recíproco para los EE. UU.

In America, we seek stronger ties of business and trade with all nations of good will, but this trade must be fair and it must be reciprocal.

For too long, the American people were told that mammoth multinational trade deals, unaccountable international tribunals, and powerful global bureaucracies were the best way to promote their success. But as those promises flowed, millions of jobs vanished and thousands of factories disappeared. Others gamed the system and broke the rules. And our great middle class, once the bedrock of American prosperity, was forgotten and left behind, but they are forgotten no more and they will never be forgotten again.

While America will pursue cooperation and commerce with other nations, we are renewing our commitment to the first duty of every government: the duty of our citizens. This bond is the source of America's strength and that of every responsible nation represented here today. (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 11)

Como se puede examinar, se identifica una clara crítica a la forma en que se ha buscado liberalizar el comercio global en el mundo, pero no se critica en lo más mínimo al libre comercio. De hecho, deja claro que seguirá buscando fortalecer los lazos y los vínculos comerciales con otras naciones, pero asegurando que le dejen réditos y ganancias a los EE. UU. A parte del mensaje populista al mencionar la clase media estadounidense en contraposición con una burocracia internacional, se identifica la consistencia de un mensaje que ve a la economía como una forma de emplear diplomacia coercitiva a favor de los EE. UU. y sus empresas.

Lo anterior, Trump (25 de septiembre de 2018) lo deja de forma más clara al mencionar que:

For decades, the United States opened its economy — the largest, by far, on Earth — with few conditions. We allowed foreign goods from all over the world to flow freely across our borders.

Yet, other countries did not grant us fair and reciprocal access to their markets in return. Even worse, some countries abused their openness to dump their products, subsidize their goods, target our industries, and manipulate their currencies to gain unfair advantage over our country. As a result, our trade deficit ballooned to nearly \$800 billion a year.

For this reason, we are systematically renegotiating broken and bad trade deals. Last month, we announced a groundbreaking U.S.-Mexico trade agreement. And just yesterday, I stood with President Moon to announce the successful completion of the brand new U.S.-Korea trade deal. And this is just the beginning. (, p. 6)

Asimismo, cuando se menciona que:

At the center of our vision for national renewal is an ambitious campaign to reform international trade. For decades, the international trading system has been easily exploited by nations acting in very bad faith. As jobs were outsourced, a small handful grew wealthy at the expense of the middle class.

In America, the result was 4.2 million lost manufacturing jobs and \$15 trillion in trade deficits over the last quarter century. The United States is now taking that decisive action to end this grave economic injustice. Our goal is simple: We want balanced trade that is both fair and reciprocal. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 3)

Una lectura de la administración Trump describiéndola como mercantilista, proteccionista y antilibre mercado no solo sería una lectura simplista, sino sería conveniente y sesgada, llevada por juicios de valor y no necesariamente por la evidencia. La anterior cita deja claro que Trump buscaba reformar al sistema internacional de comercio, no destruir o romper con sus principios ni valores. De hecho, si alguna crítica se identifica al modelo económico, es más una crítica dirigida no al neoliberalismo, sino al modelo productivo posfordista, con su característica de terciarización (Marini, 2008). No se critica el libre flujo de capital ni de

mercancías, sino el aprovechamiento por otros países del sistema de comercio internacional, en detrimento de empleos estadounidenses. Cae, nuevamente, Trump en una trampa territorial y en una visión de mundo suma-cero que no corresponde con la realidad, cuando lo cierto del caso es que, como demuestra Smith (2006), son las empresas transnacionales las que han liderado este proceso a su favor, mientras que los países han establecido una carrera hacia el fondo, buscando ofrecer condiciones “competitivas” a estas empresas, lo que se traduce en mano de obra barata, débil y jurídicamente vulnerable. No se trata de que otras naciones se han “aprovechado de los EE. UU.”, sino de que el orden ha servido magistralmente para quien fue propuesto: el capital.

Si bien lo analizado hasta el momento son solamente los discursos de la administración y no sus acciones, se considera que existe suficiente evidencia de que, al menos para la administración, desde su perspectiva, el objetivo no es actuar en contra del orden ni del libre comercio, sino forzar al libre comercio a ser beneficioso a los EE. UU. Nuevamente, es la expresión de la tradición hamiltoniana de los EE. UU. traída a un contexto globalizado en una economía global interconectada.

De ahí que, incluso, se instrumentalice la asistencia al desarrollo para favorecer los intereses de los EE. UU. o, al menos, se deje claramente establecido en su discurso esta instrumentalización. Trump (25 de septiembre de 2018) anunciaría en su discurso en la sesión N°73 de la AGONU una completa reevaluación de la asistencia al desarrollo que estaba brindando los EE. UU. para asegurarse de que sirviera a sus intereses, en términos claros de diplomacia económica coercitiva:

The United States is the world’s largest giver in the world, by far, of foreign aid. But few give anything to us. That is why we are taking a hard look at U.S. foreign assistance. That will be headed up by Secretary of State Mike Pompeo. We will examine what is working, what is not working, and whether the countries who receive our dollars and our protection also have our interests at heart.

Moving forward, we are only going to give foreign aid to those who respect us and, frankly, are our friends. And we expect other countries to pay their fair share for the cost of their defense. (p. 9)

Por lo general, la ayuda al desarrollo se enmarca, discursivamente, como una ayuda desinteresada, en beneficio del receptor, no del emisor. Con la administración Trump se deja claro lo particular dentro de lo universal, se esclarece que la ayuda al desarrollo bajo su gobierno debe brindarle, al menos, tanto réditos al emisor como al receptor. Es un mensaje que efectivamente evidencia la dimensión coercitiva de la hegemonía estadounidense, su lógica de imperio, argumentaría Anderson (2014).

Lo mismo podría decirse, en cuanto a la promoción del sector energético, por parte de la administración Trump, en detrimento de políticas contra el cambio climático, como se ha visto anteriormente y como también se deja claro en sus discursos ante la AGONU. Trump busca convertir a EE. UU. en el principal país productor y exportador de energía, principalmente de hidrocarburos: “In America, we believe strongly in energy security for ourselves and for our allies. We have become the largest energy producer anywhere on the face of the Earth” (Trump, 25 de septiembre de 2018, p. 7).

Trump deja claro que el interés es promocionar las exportaciones estadounidenses de estas energías, criticando a la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP) por ser un cartel que estafa al mundo, pues manipula los precios de los hidrocarburos. Asimismo, crítica cómo se ha utilizado el gas natural, por parte de algunos productores, como mecanismo de presión geopolítica a favor de intereses, como es el caso de Rusia con Polonia y Alemania, afirma Trump (25 de septiembre de 2018, pp. 7-8). Pareciera que critica que otros hagan estas prácticas, pero busca explícitamente que EE. UU. haga lo mismo.

Dos puntos son, probablemente, los más importantes a lo largo de los discursos de Trump ante la AGONU, en cuanto al tema económico. Al menos los más novedosos, ya que los anteriores temas han sido abordados previamente en otros discursos, incluyendo también su alarde sobre el USMCA, el acuerdo de libre comercio con Corea del Sur y el acuerdo de libre comercio con Japón (Trump, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019). En primer lugar, el tono crítico creciente contra China y sus supuestas prácticas de comercio desleales y la imposición de aranceles. En segundo lugar, la necesidad de reformar la OMC.

En lo que refiere específicamente a la continuidad en sus discursos ante la AGONU, se identifica que desde el 2018 Trump adquiere un tono más crítico con China, escalando el

tono de su mensaje a lo largo del resto de discursos ante la AGONU y cayendo en su último discurso en un racismo abierto y en conspiraciones absurdas (Trump, 22 de septiembre de 2020). Para Trump, China ha estafado a los EE. UU., se ha aprovechado del orden liberal internacional a su favor y busca seguir utilizando el orden a su favor. De ahí la necesidad de reformar la OMC como el principal organismo del sistema multilateral de comercio (Trump, 25 de septiembre de 2018, 25 de septiembre de 2019).

A pesar de ser una cita extensa, se considera pertinente reproducir lo dicho por Trump (25 de septiembre de 2018) en su integridad en estos momentos:

Many nations in this hall will agree that the world trading system is in dire need of change. For example, countries were admitted to the World Trade Organization that violate every single principle on which the organization is based. While the United States and many other nations play by the rules, these countries use government-run industrial planning and state-owned enterprises to rig the system in their favor. They engage in relentless product dumping, forced technology transfer, and the theft of intellectual property.

The United States lost over 3 million manufacturing jobs, nearly a quarter of all steel jobs, and 60,000 factories after China joined the WTO. And we have racked up \$13 trillion in trade deficits over the last two decades.

But those days are over. We will no longer tolerate such abuse. We will not allow our workers to be victimized, our companies to be cheated, and our wealth to be plundered and transferred. America will never apologize for protecting its citizens.

The United States has just announced tariffs on another \$200 billion in Chinese-made goods for a total, so far, of \$250 billion. I have great respect and affection for my friend, President Xi, but I have made clear our trade imbalance is just not acceptable. China's market distortions and the way they deal cannot be tolerated (, p. 6).

Tanto la crítica a China como el llamado de reformar a la OMC, se mantienen en sus siguientes discursos ante la AGONU (Trump, 25 de septiembre de 2019, 22 de septiembre de 2020). De la cita anterior, se pueden identificar varios elementos interesantes. En primer lugar, el uso del estilo político populista es recurrente en Trump, así como su visión de mundo neoliberal, con su antiestatismo. En segundo lugar, se evidencia un claro desconocimiento de

cómo funciona el comercio internacional acusando a China de ser la responsable del déficit exterior estadounidense y por buscar que el presidente de China, Xi Jinping, revierta la situación.

Más allá de eso, se evidencia que Trump cree en el libre comercio y busca hacer que el sistema opere cómo se esperaba, coaccionando a los actores a seguir las reglas. El punto para Trump no es que el libre comercio o el orden no sirvan, es que hay actores que se han aprovechado del orden y han estafado al resto, por consiguiente, el hegemon debe actuar para que todos obedezcan las reglas, utilizando las herramientas que tenga a su disposición, incluso, los aranceles y tarifas si son necesarios. Nuevamente, es utilizar mecanismos coercitivos a favor del orden.

Si en su discurso ante la AGONU en 2018 las acusaciones contra China serían más indirectas, como se pudo ver en la anterior cita, en su discurso de 2019 las críticas y acusaciones serían completamente directas.

The most important difference in America's new approach on trade concerns our relationship with China. In 2001, China was admitted to the World Trade Organization. Our leaders then argued that his decision would compel China to liberalize its economy and strengthen protections to provide things that were unacceptable to us, and for private property and for the rule of law. Two decades later, this theory has been tested and proven completely wrong.

Not only has China declined to adopt promised reforms, it has embraced an economic model dependent on massive market barriers, heavy state subsidies, currency manipulation, product dumping, forced technology transfers, and the theft of intellectual property and also trade secrets on a grand scale (...)

The World Trade Organization needs drastic change. The second-largest economy in the world should not be permitted to declare itself a "developing country" in order to game the system at others' expense.

For years, these abuses were tolerated, ignored, or even encouraged. Globalism exerted a religious pull over past leaders, causing them to ignore their own national interests.

But as far as America is concerned, those days are over. To confront these unfair practices, I placed massive tariffs on more than \$500 billion worth of Chinese-made goods. Already, as a result of these tariffs, supply chains are relocating back to America and to other nations, and billions of dollars are being paid to our Treasury. The American people are absolutely committed to restoring balance to our relationship with China. Hopefully, we can reach an agreement that would be beneficial for both countries. But as I have made very clear, I will not accept a bad deal for the American people (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 3-4).

Como se constata en este discurso, Trump critica directamente a China, al mismo tiempo, critica a los anteriores líderes estadounidenses por buscar cooptar a China, aceptando condiciones que, para Trump, no debieron darse y que al día de hoy han sido contraproducentes. Las acusaciones de Trump son claras, asegurando que China manipula su moneda, roba propiedad intelectual, hace dumping en sus precios, posee altas barreras al comercio y subsidia su economía, todo mientras utiliza al sistema de la OMC a su favor, argumentando que sigue siendo un país en desarrollo, cuando es la segunda economía mundial. Estas acusaciones no son nada diferentes a lo que los países del llamado Norte Global hicieron para desarrollarse económicamente, como encuentra Chang (2013).

La guerra comercial con China, en este contexto, no es un ataque al orden liberal internacional, ni su característica de comercio libre y abierto. Por el contrario, es su máxima defensa, una defensa bajo cualquier medio posible. Lo que hizo Trump, se sostiene en la argumentación, es securitizar al orden, no romperlo o quebrar con él.

Con lo anterior, también se puede ver la crítica de Trump al multilateralismo. No se trata de que el multilateralismo no sirva, sino de que se considera que no sirve para los intereses estadounidenses. De ahí que Trump arroje críticas severas contra varios organismos, tanto contra la OMC como a otros organismos como el consejo de derechos humanos de la ONU e, incluso, la ONU misma. Si bien se identifica una falta de compromiso hacia el multilateralismo por parte de Trump, esto no significa que es un quiebre con el orden. Pareciera más bien un golpe a la mesa para que las organizaciones internacionales sirvan a los intereses estadounidenses o sufran las consecuencias de su desobediencia. Es una manipulación—un tanto realista, pero fundamentalmente coercitiva y burda—de las

organizaciones internacionales para que sirvan directamente a los intereses estadounidenses definidos por la administración Trump.

En sus discursos de 2017 y 2018, son evidentes sus críticas al consejo de derechos humanos de la ONU. La crítica a este órgano obedece a que se ha permitido a países con dudosa credibilidad en materia de derechos humanos tener un asiento en su seno. Esto, para Trump (19 de septiembre de 2017), ha provocado que “states that seek to subvert this institution’s noble aims have hijacked the very systems that are supposed to advance them” (p. 9). En su discurso ante la AGONU en 2018, se afirma que el consejo de derechos humanos de la ONU es una vergüenza para la institución, ya que protege a violadores de derechos humanos, pero critica a EE. UU. y sus aliados—principalmente la violación de derechos humanos de Israel contra la población palestina. Ante la inacción de reforma del órgano, se justifica la salida de EE. UU. del mismo, expresando que “we will not return until real reform is enacted” (Trump, 25 de septiembre de 2018, p. 7). No se trata de atentar contra el multilateralismo, sino más bien de hacerlo servil a los intereses estadounidenses.

Lo mismo podría decirse sobre el no reconocimiento de EE. UU. de la Corte Penal Internacional (CPI), cuando Trump declara que:

For similar reasons, the United States will provide no support in recognition to the International Criminal Court. As far as America is concerned, the ICC has no jurisdiction, no legitimacy, and no authority. The ICC claims near-universal jurisdiction over the citizens of every country, violating all principles of justice, fairness, and due process. We will never surrender America’s sovereignty to an unelected, unaccountable, global bureaucracy.

America is governed by Americans. We reject the ideology of globalism, and we embrace the doctrine of patriotism. (25 de septiembre de 2018, p. 7)

Dado que la CPI podría procesar ciudadanos estadounidenses, yendo en contra de los intereses de EE. UU., es que, entonces, se procede a no reconocer la autoridad ni jurisdicción de esta institución internacional. En esto Trump tampoco es novedoso ni radical, ya que, precisamente, esta ha sido la posición de EE. UU. sobre la CPI desde su conformación, manteniéndose esta posición desde la administración de George W. Bush. Lo novedoso sería

enmarcar la justificación en términos nativistas y conspiranólicos, con su referencia al globalismo. Más que un aislacionismo, esto evidentemente es influencia de la vertiente posfascista dentro de la coalición que llevó y mantuvo en el poder a Donald Trump.

Ni siquiera la misma ONU estaría exenta de críticas y de llamados a la reforma. Se podría decir que los llamados a reformarla han sido históricamente recurrentes, pero con Trump la particularidad es que nunca había sido promovido un discurso sobre reformar a la ONU desde la potencia hegemónica. No solo esto es cuestionable, sino que, más importante aún, es un sinsentido considerar que un orden entra en crisis si se busca reformarlo. Los mismos internacionalistas liberales o, incluso, quienes promueven la teoría del institucionalismo neoliberal, como Keohane (1993), reconocen que las instituciones obedecen a su contexto, son conformadas por los actores y los agentes y que sus propósitos y tareas son históricamente contingentes, por lo tanto, son transformables. Llamar a reformar a la ONU no es un quiebre con el orden, es, precisamente, una característica misma del orden, como el mismo Ikenberry (2018, 2020a) reconoce, al entender que es una característica del orden liberal internacional que sea reformable.

Sobre la reforma a la ONU, el mensaje de Trump es hacer del sistema más transparente y que pueda rendir cuentas. Asimismo, hacerlo más efectivo. Al menos, esto es lo que afirma, mientras que critica que EE. UU. asume una carga injusta al cubrir el 22 % del presupuesto total del sistema de Naciones Unidas y más del 25 % del presupuesto de sus operaciones de mantenimiento de la paz. Expresa que no permitirá que EE. UU. brinde más fondos a las operaciones de mantenimiento de paz, por encima de esa cifra, con el objetivo de que otros países también asuman la carga. Añade que se valoraría el financiamiento brindado a programas y, dependiendo de sus resultados, se vería si EE. UU. seguiría financiándolos o enfocaría los recursos en programas propios (Trump, 19 de septiembre de 2017, pp. 9-10; 25 de septiembre de 2018, p. 9).

Trump declara que todo esto se realiza con el objetivo de que la ONU pueda llegar a cumplir todo su potencial y a promover verdaderamente la paz y seguridad en el mundo. Al respecto, Trump (19 de septiembre de 2017) expresa que:

The United States is one out of 193 countries in the United Nations, and yet we pay 22 percent of the entire budget and more. In fact, we pay far more than anybody realizes. The United States bears an unfair cost burden, but, to be fair, if it could actually accomplish all of its stated goals, especially the goal of peace, this investment would easily be well worth it.

Major portions of the world are in conflict and some, in fact, are going to hell. But the powerful people in this room, under the guidance and auspices of the United Nations, can solve many of these vicious and complex problems.

The American people hope that one day soon the United Nations can be a much more accountable and effective advocate for human dignity and freedom around the world. In the meantime, we believe that no nation should have to bear a disproportionate share of the burden, militarily or financially. Nations of the world must take a greater role in promoting secure and prosperous societies in their own regions. (pp. 9-10)

Como se puede observar, Trump cae en una lógica economicista del multilateralismo, claramente simplista, de suma-cero, en que, si no sirve a los intereses estadounidenses, entonces las organizaciones internacionales son una carga injusta a la potencia hegemónica. Esto hace que se realicen cálculos poco estratégicos, como el abandono de espacios y la búsqueda de coaccionar para que se reformen instituciones internacionales. No se trata de un quiebre con el orden, se trata de forzarlo a ser servil con la potencia hegemónica, al menos, en cuanto al multilateralismo. También, se evidencia, una vez más, el racismo de Trump al afirmar que muchas partes del mundo se “están yendo al infierno”.

Por ello, también EE. UU. decide no participar del Pacto Mundial de Migraciones bajo la administración Trump, como afirma Trump (25 de septiembre de 2018, p. 8), y los espacios multilaterales que se observan bajo una luz positiva en los discursos de Donald Trump son los espacios de atención a refugiados y al control de la migración irregular. Sobre la atención a las personas refugiadas, se alaban los esfuerzos de las agencias de la ONU en atención a la población en Siria e Iraq, luego de que sus territorios fueran liberados del control de ISIS. Asimismo, se ve favorable el accionar del G20 en atender a la población refugiada y buscar asentarla lo más cerca posible de sus hogares (Trump, 19 de septiembre de 2017, pp. 8-9).

Todo, menos permitir que estas personas sean recibidas en los EE. UU., demostrando nuevamente su nativismo, xenofobia, racismo y aporofobia.

Al respecto, Trump (19 de septiembre de 2017) enuncia que:

The United States is a compassionate nation and has spent billions and billions of dollars in helping to support this effort. We seek an approach to refugee resettlement that is designed to help these horribly treated people, and which enables their eventual return to their home countries, to be part of the rebuilding process.

For the cost of resettling one refugee in the United States, we can assist more than 10 in their home region. Out of the goodness of our hearts, we offer financial assistance to hosting countries in the region, and we support recent agreements of the G20 nations that will seek to host refugees as close to their home countries as possible.

This is the safe, responsible, and humanitarian approach. (p. 8)

Asimismo, alaba los trabajos de las misiones de paz de la ONU, en conjunto con la Unión Africana, que buscan resolver “los problemas que causan que la gente huya de sus hogares” (Trump, 19 de septiembre de 2017, p. 9). Como se visualiza en la siguiente cita, para Trump (19 de septiembre de 2017), toda acción multilateral que atienda a población migrante o refugiada en sus propias regiones y no permita que estas personas migren es bien recibida.

I want to salute the work of the United Nations in seeking to address the problems that cause people to flee from their homes. The United Nations and African Union led peacekeeping missions to have invaluable contributions in stabilizing conflicts in Africa. The United States continues to lead the world in humanitarian assistance, including famine prevention and relief in South Sudan, Somalia, and northern Nigeria and Yemen.

We have invested in better health and opportunity all over the world through programs like PEPFAR, which funds AIDS relief; the President’s Malaria Initiative; the Global Health Security Agenda; the Global Fund to End Modern Slavery; and the Women Entrepreneurs Finance Initiative, part of our commitment to empowering women all across the globe. (p. 9)

Si bien es cierto que atender a los conflictos subyacentes que causan que las personas tengan que huir de sus hogares es la mejor forma de resolver la situación, también es cierto que la intención de Trump es claramente nativista. Esto queda más claro, porque vincula dos fenómenos muy distintos, aunque interrelacionados, en su mensaje, como lo son los fenómenos de las personas refugiadas y las personas migrantes. Para Trump, ambos fenómenos parecieran ser la misma situación, ya que, mientras se dirige a todas las acciones antes mencionadas, también se explica que “For decades, the United States has dealt with migration challenges here in the Western Hemisphere. We have learned that, over the long term, uncontrolled migration is deeply unfair to both the sending and the receiving countries” (Trump, 19 de septiembre de 2017, pp. 8-9).

Sobre este tema, como ha sido recurrente a través del análisis de los discursos de Trump, se securitiza la migración irregular, se la describe como “migración ilegal” y se mezclan, para coadyuvar en la movida securitizadora, una serie de fenómenos con la migración irregular, como la delincuencia, los homicidios, las pandillas, carteles y tráfico de drogas, organizaciones de trata de personas, violencia sexual, entre otros. El discurso nativista es claro a lo largo de los discursos de Trump ante la AGONU, ya que el tema de la migración irregular es tratado en todos sus discursos en los mismos términos (Trump, 19 de septiembre de 2017, pp. 8-9, 25 de septiembre de 2018, p.8, 25 de septiembre de 2019, p.6-7, 22 de septiembre de 2020, p. 3). Incluso, llega a criticar a los llamados “activistas de fronteras abiertas” como hipócritas que promueven políticas crueles e injustas:

Today, I have a message for those open border activists who cloak themselves in the rhetoric of social justice: Your policies are not just. Your policies are cruel and evil. You are empowering criminal organizations that prey on innocent men, women, and children. You put your own false sense of virtue before the lives, wellbeing, and [of] countless innocent people. When you undermine border security, you are undermining human rights and human dignity. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 7)

En este sentido, argumenta que la consecución de acuerdos con México, Guatemala, Honduras y El Salvador para detener la migración irregular hacia EE. UU.—parte de los llamados acuerdos de tercer país seguro—son un gran logro de su administración. Argumenta

que con estos acuerdos se procura respetar las fronteras y soberanías de los países, mientras hace un llamado a la gente a no migrar, asegurando que no se les permitiría entrar a los EE. UU. (Trump, 25 de septiembre de 2019, pp. 7-8, 22 de septiembre de 2020, p. 3). Para legitimar sus medidas nativistas, incluso, afirma que:

Throughout the hemisphere, there are millions of hardworking, patriotic young people eager to build, innovate, and achieve. But these nations cannot reach their potential if a generation of youth abandon their homes in search of a life elsewhere. We want every nation in our region to flourish and its people to thrive in freedom and peace. (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 8)

Esto permite tratar el abordaje de la libertad y la democracia en los discursos de Trump ante la AGONU. Como se ha visto, estos principios en gran medida se han subordinado al principio de soberanía, entendido en términos simplistas, reificando esta relación social. En sus discursos, Trump expresa que no es posible tener libertad ni democracia sin patriotas que defiendan la soberanía. Asimismo, se observa una defensa de la libertad de expresión, libertad de conciencia y libertad religiosa, así como la lucha por los derechos humanos y la libertad de la población LGBTIQ+ y de las mujeres a nivel global (Trump, 25 de septiembre de 2019, pp. 9-10). Al mismo tiempo, se argumenta que el aborto no debe ser considerado un derecho humano cuando atenta contra la vida inocente y asegura que “Global bureaucrats have absolutely no business attacking the sovereignty of nations that wish to protect innocent life. Like many nations here today, we in America believe that every child — born and unborn — is a sacred gift from God” (Trump, 25 de septiembre de 2019, p. 10).

En su discurso ante la sesión N°72 de la AGONU, Trump (25 de septiembre de 2018) deja claro su visión sobre la libertad al proclamar que:

In America, we believe in the majesty of freedom and the dignity of the individual. We believe in self-government and the rule of law. And we prize the culture that sustains our liberty — a culture built on strong families, deep faith, and fierce independence. We celebrate our heroes, we treasure our traditions, and above all, we love our country. (pp. 10-11)

Como puede constatar, aunque se tenga una interpretación de la libertad un tanto diferente a la que autores internacionalistas liberales, como Ikenberry (2005, 2018, 2020a, 2020b), propugnan, la base sigue siendo la misma, afianzada sobre una creencia en el excepcionalismo estadounidense y a una noción básica, mínima, de libertad como libertad individual. Por lo tanto, al menos discursivamente, aunque manteniendo contradicciones como la defensa de los derechos de las mujeres junto con una postura a favor de la penalización del aborto, Trump en realidad no marca una ruptura con los principios, valores ni ideas del orden liberal internacional.

Finalmente, en lo que respecta al último discurso analizado de Donald Trump, su discurso de despedida a la nación, se identifica que sigue la misma tónica y mensaje de los anteriores discursos. Se logran reconocer referencias nativistas y xenófobas que securitizan la migración irregular, así como aseveraciones racistas, como su mención de “China virus” (Trump, 19 de enero de 2021, p. 3), en clara alusión de que el país responsable de crear y propagar el virus, para Trump, fue China. También, es evidente su retórica y estilo político populista, su visión de mundo neoliberal y conservadora y su creencia en el excepcionalismo estadounidense. Durante la mayor parte del discurso se jacta de los logros de su administración, en cuanto a recortes de impuestos, eliminación de regulaciones y designación de jueces en todos los niveles que “interpreten la Constitución como fue redactada” (Trump, 19 de enero de 2021, p. 4).

Conclusiones

La mayoría de temas tratados en su discurso de despedida han sido analizados previamente y no merecen una profundización mayor de la que ya han sido objeto. Lo particular de este discurso de Donald Trump es que asegura que su administración logró restaurar la fortaleza y liderazgo de EE. UU., a nivel interno y global, y logró conformar una alianza de naciones para enfrentar a China “como nunca antes” (Trump, 19 de enero de 2021, p. 5). Asimismo, asevera que logró devolver las capacidades materiales estadounidenses, trayendo de vuelta la frase “Made in USA”, y se jacta de que su administración logró desarrollar varias vacunas contra el COVID-19 en solo nueve meses (p. 4).

Además, se denuncia la supuesta insurrección del 6 de enero de 2021 en el Capitolio, en la cual una serie de protestantes que llamaban a revocar las elecciones presidenciales de noviembre de 2020, incitados por el mismo Trump, invaden el Congreso estadounidense, bajo la permisividad de las fuerzas policiales. El discurso hipócrita no es una nueva característica en Trump, pero no hay que olvidar que, aunque se denuncia lo sucedido el 6 de enero, también afirma que:

Now, as I prepare to hand power over to a new administration at noon on Wednesday, I want you to know that the movement we started is only just beginning. There's never been anything like it. The belief that a nation must serve its citizens will not dwindle but instead only grow stronger by the day. (Trump, 19 de enero de 2021, p. 8)

No se debe olvidar nunca, como detalla Traverso (2019, p. 13), que la historia del fascismo deja claro que la democracia puede destruirse desde adentro. Asimismo, como afirma Adorno (en Traverso, 2019, p. 12), la supervivencia del fascismo dentro de la democracia es más peligrosa que la supervivencia de tendencias fascistas contra la democracia. Lo mismo puede decirse del posfascismo y de los elementos posfascistas que encontraron en Trump, tanto como un vehículo para sus ideas como una forma para incitar y organizarse a lo interno de los EE. UU. En otras palabras, el fascismo y el posfascismo pueden organizarse dentro de la democracia para destruir, utilizando sus mismas reglas de juego, a la democracia.

Esta investigación ha demostrado que, al menos discursivamente, Donald Trump no es un quiebre con el orden liberal internacional ni con sus principios, valores ni características, ni con la llamada hegemonía internacional estadounidense, que no pueden ser tomados por separado. Pero esto también debe comprobarse con las acciones de su administración, no solamente con su discurso. Lo hallado hasta el momento permite abrir una interesante agenda de investigación para indagar si existe coherencia o no entre el discurso y las acciones de la administración, con el fin de determinar correctamente si en efecto su administración fue o no un quiebre con el orden liberal internacional, permitiendo indagar el asunto sin juicios de valor ni sesgos simplistas.

Puede que el compromiso de Trump con algunos elementos del orden, fundamentalmente como el multilateralismo, sean dudosos, pero se debe ir más allá de la figura de Trump para

analizar, de manera correcta, el estado de la hegemonía global estadounidense bajo su administración. Por ello, se busca complementar lo analizado hasta el momento con los principales hallazgos de los discursos analizados de sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo, así como de otros discursos analizados, primordialmente los emitidos en la Conferencia de Seguridad de Múnich en 2017, 2018, 2019 y 2020.

Capítulo VI. La administración Trump y las ideas que informan al Orden Liberal Internacional II

Introducción

Como ha podido comprobarse a lo largo del anterior capítulo, Trump en sus discursos oficiales no plantea necesariamente un quiebre con el llamado orden liberal internacional. Su enfoque pareciera indicar que busca reformarlo, para que el orden vuelva a ser beneficioso

para el poder global estadounidense. De ahí que su compromiso con ciertas características del orden sea, como mínimo, dudoso. Resulta claro que Trump, en su figura, obedece a una tradición más hamiltoniana de la política estadounidense, en la que se busca moldear la realidad internacional a favor del poder estadounidense. En este sentido, no marca un quiebre ni con las ideas que informan el orden ni con la tradición de política exterior estadounidense.

Enfocándose más profundamente en la tradición de política exterior estadounidense, Trump pareciera acercarse a las tradiciones de Hamilton y Washington, ya que, al menos discursivamente, plantea un rol de EE. UU. a nivel global involucrado en asuntos económicos, pero no necesariamente en asuntos políticos multilaterales. Cabe recordar, como lo plantean autores críticos, como Anderson (2014) o Chang (2013), o, incluso, autores favorables al orden, como Ikenberry (2020a) o Nye (2019), que Washington aconsejó al final de su administración mantener a los EE. UU. vinculado en los asuntos comerciales y económicos globales, pero sin inmiscuirse en la política de balance de poderes del viejo continente. Washington veía desfavorable para los EE. UU. involucrarse en la vieja política de alianzas y balance de poderes europea, aconsejando en cambio buscar vínculos comerciales y económicos, sin que estos cargaran a los EE. UU. con responsabilidades engorrosas que podrían llevarle a guerras y conflictos en los que, según su perspectiva, el país no tenía intereses vitales. De ahí que le llamen a Trump un aislacionista⁴ (Haas, 11 de enero de 2021, 15 de agosto de 2021, 29 de septiembre de 2021; Tama, 05 de septiembre de 2023). Resulta interesante contraponer esta perspectiva con la de Nye (2019, p. 178), quien afirma que Trump no fue un aislacionista, sino que buscó moderar la sobre extensión u *overreach* de las administraciones de George W. Bush, por tanto, implicó más una retirada o *retrenchment* que un aislacionismo estadounidense.

Como se observa, existe una falta de consenso académico, en cuanto a si Trump es aislacionista o no. Se considera que el error fundamental de la literatura académica previamente citada es que se centra, exclusivamente, en su figura, sin entender que se debe contemplar las narrativas de la administración en su conjunto, sus actores e intereses divergentes o coincidentes, ya que, al final de cuentas, no es Trump el que determina la

⁴ Agradezco al Dr. Carlos Humberto Cascante Segura por esta observación pertinente.

política exterior estadounidense en su figura individual. No se debe caer en la trampa territorial (Agnew, 1994), ni en reificar al Estado (Jessop, 2017).

Por lo tanto, se debe sopesar las narrativas de Trump con otras figuras clave de su administración. De ahí que se puedan derivar conclusiones más completas que simplemente observando su figura y su discurso. Esto es lo que busca el presente capítulo. Se identifican como figuras clave en la conducción de la política exterior de la administración Trump a sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo. Asimismo, se considera clave indagar lo dicho por algunas figuras ante la Conferencia de Seguridad de Múnich (CSM), como el vicepresidente Mike Pence y el secretario de Defensa Jim Mattis, dada la relevancia para el orden de dicho foro, como se ve más adelante en el capítulo. Solo de esta forma se podrá ofrecer una interpretación más completa y balanceada de las narrativas de la administración, en cuanto al Orden Liberal Internacional y a la hegemonía global estadounidense.

Se empieza el capítulo examinando las narrativas de los discursos del primer secretario de Estado, Rex Tillerson, mediante el análisis de discurso crítico, empleando el análisis de vehículo-signo y el análisis semántico propuesto por Abarca (2013), siendo las unidades de observación sus discursos como secretario de Estado, mientras que las unidades de análisis recaerán no solo en las palabras, sino también en frases y oraciones para el análisis semántico. Lo mismo se realiza con el resto de los discursos analizados en el presente capítulo, pues se busca reconocer temas y categorías de análisis que permitan identificar el quiebre o no con el orden liberal Internacional y la perspectiva sobre la hegemonía internacional estadounidense que se tenía en la administración en su conjunto.

Se encuentra en Tillerson un discurso tradicional de un secretario de Estado estadounidense, al menos de los 90 hasta la actualidad, más comprometido con las características del orden y en busca de apaciguar a aliados sobre el compromiso estadounidense con las alianzas, el multilateralismo y las reglas del orden. Resulta claro el acto balanceador de Tillerson, con respecto a Trump, lo que pudo derivar en tensiones entre ambos.

Posteriormente, se sigue con el análisis de las narrativas en los discursos de Michael Pompeo, segundo secretario de Estado de la administración, identificándose un discurso más cercano a los posicionamientos de Trump. Pompeo es, claramente, una figura conservadora,

nacionalista y cristiano de derecha, que se preocupó más por defender a la administración a lo interno de los EE. UU. que a lo externo, lo cual es algo que se desvía de la tradición de un secretario de Estado estadounidense. Aun así, en sus discursos también se observa un esfuerzo por apaciguar aliados y mantener el compromiso de EE. UU. con la democracia, las alianzas, el multilateralismo y las reglas del orden, balanceando el discurso de Trump, sin ir en su contra.

Finalmente, el capítulo indaga sobre las narrativas estadounidenses ante el CSM, un foro que demuestra el compromiso transatlántico, elemento fundamental para el orden liberal internacional. Se analizan los discursos de Mike Pence y Jim Mattis ante el foro, con lo cual se identificó de nuevo un discurso que refuerza el compromiso de los EE. UU. con las alianzas y el multilateralismo, especialmente con la OTAN, sin necesariamente ir en contra del discurso de Trump.

Análisis de los discursos de Rex Tillerson como secretario de Estado de los EE. UU. 2017-2018

Las siguientes secciones buscan abordar las narrativas identificadas en los discursos de los secretarios de Estado de Donald Trump, en relación con el llamado orden liberal internacional. Con ello, se debe hacer la aclaración de que no se aborda a profundidad las narrativas propias identificadas en los discursos, como se abordó con los anteriores documentos. Lo que se busca es dar cuenta de si, por un lado, los discursos de los secretarios de Estado de la administración Trump representan un quiebre o no con el orden liberal internacional y, por el otro lado, si las narrativas identificadas en los discursos refuerzan la línea discursiva analizada previamente de Trump o si, en cambio, refuerzan una línea discursiva que respalda en su conjunto al llamado orden liberal internacional.

Esto resulta de importancia, ya que, como se ha visto, aunque Trump no marca un quiebre con el orden, al menos en cuanto a sus ideas, lo cierto del caso es que su compromiso con algunas de las características del orden sí puede ser puesto en tela de duda, especialmente en lo que respecta al multilateralismo y a las organizaciones internacionales. Identificar si sus secretarios de Estado comparten esta línea discursiva con Trump o no resulta relevante, pues, no se trata de analizar solo a la figura de Donald Trump, lo que implicaría atribuirle una importancia que no le corresponde, mistificando su figura, sino más bien se trata de entender

la posición de la administración en su conjunto, permitiendo arrojar una imagen más adecuada del estado de situación de la hegemonía internacional estadounidense, sin caer en análisis simplistas que reducen el poderío estadounidense a la figura de sus presidentes. Esto mismo se realiza con otros discursos que se abordan posteriormente.

Por lo tanto, más que contextualizar y situar los discursos y analizar sus narrativas subyacentes, como se esperaría de la postura teórica crítica que se adopta en esta investigación, se busca relacionar, a grandes rasgos, las narrativas a analizar en adelante, tanto con respecto al orden como en relación con las narrativas identificadas en los discursos de Donald Trump. La razón de esta decisión metodológica y analítica es clara: no solo contextualizar y situar estos discursos excede los alcances de esta investigación, sino que también lo fundamental es complementar el análisis anterior con los principales hallazgos, luego del análisis de discurso de los mensajes emitidos por los secretarios de Estado y otras figuras de la administración Trump.

Luego de esta nota aclaratoria, que espera darle claridad al análisis que sigue, se empieza por abordar los discursos analizados del secretario de Estado Rex W. Tillerson, quien fungió en el puesto desde el inicio de la administración en 2017, hasta marzo de 2018. La Tabla 7 describe los discursos seleccionados para el análisis. Se estudiaron en total 44 discursos emitidos por Tillerson, mientras estuvo en el cargo, evidenciando una narrativa en todos sus discursos que buscaba balancear las posiciones más polémicas de Trump sin necesariamente romper la línea discursiva establecida por el entonces presidente estadounidense.

En efecto, los discursos de Tillerson evidencian un intento de reforzar la narrativa de que EE. UU. sigue comprometido con sus aliados, el multilateralismo, las organizaciones internacionales y la democracia, esto sin contrariar elementos importantes de los discursos de Trump, como la necesidad de que los aliados de la OTAN gasten más en su seguridad (Tillerson, 31 de marzo de 2017a, 31 de marzo de 2017b, 06 de diciembre de 2017) o su claro nativismo e islamofobia, como son los discursos de Tillerson (6 de marzo de 2017) anunciando la medida que restringía a ciudadanos de varios países musulmanes ingresar a los EE. UU.) o el anuncio de que EE. UU. decidió retirarse de las negociaciones sobre el Pacto Global sobre Migraciones por ir en contra de la soberanía estadounidense (Tillerson, 03 de diciembre de 2017), así como sus discursos sobre el plan de prosperidad de

Centroamérica (18 de octubre de 2017) y las relaciones de EE. UU. en el hemisferio occidental (15 de junio de 2017). La Figura 13 muestra el análisis de frecuencias de palabras en los 44 discursos analizados de Tillerson.

Tillerson en sus discursos evidencia un claro intento por bajar de perfil el énfasis en la protección de la soberanía estadounidense y la crítica al multilateralismo, las organizaciones internacionales y a la diplomacia económica coercitiva, que sí se evidencia en los discursos de Trump. Además, mantiene el discurso sobre el excepcionalismo estadounidense, con referencias a Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt, e identifica que la relación con Europa es fundamental para mantener el rol global estadounidense (Tillerson, 28 de noviembre de 2017).

Tabla 7*Discursos consultados del secretario de Estado Rex Tillerson (2017-2018) de la administración Trump (2017-2021)*

Título	Fecha	Lugar	Público meta
Statement of Rex Tillerson, Nominee for Secretary of State	11/1/2017	Washington, DC	Chairman Corker, Ranking Member Cardin, and members of the committee
Welcome Remarks to Employees	2/2/2017	Washington, DC	Empleados del Departamento de Estado
Remarks on the President's Executive Order Signed Today	6/3/2017	Ronald Reagan building, Washington, DC	Pueblo estadounidense
Remarks With Chinese Foreign Minister Wang Yi at a Press Availability	18/3/2017	Diaoyutai, Beijín, China	Medios de comunicación y público general
Meet and Greet with Embassy Personnel	30/3/2017	U.S. Embassy Ankara, Türkiye	Personal de la embajada. Boy Scouts y Girl Scouts
Remarks to NATO-Ukraine Commission	31/3/2017	Brussels, Belgium	Miembros de la OTAN (comisión de Ucrania)
NATO Foreign Ministerial Intervention Remarks	31/3/2017	Brussels, Belgium	Ministros de los países miembros de la OTAN, medios de comunicación y público general
Chemical Weapons Attack in Syria	4/4/2017	Washington DC	Comunicado de prensa
Remarks on China Summit	6/4/2017	Treaty Room Washington, DC	Delegación china
Iran Continues to Sponsor Terrorism	18/4/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa
Remarks at the U.S.-Saudi Arabia CEO Summit	19/4/2017	Treaty Room Washington, DC	Consejo de Cámaras Sauditas. Príncipe Saud al-Faisal, a Su Excelencia el Dr. Qasabi, al embajador Abdullah Al Saud y al vicepresidente Khaled al-Seif. Cámara de Comercio de EE. UU.
Remarks at Close of United Nations Security Council Ministerial Session on D.P.R.K.	28/4/2017	New York City	Embajadores

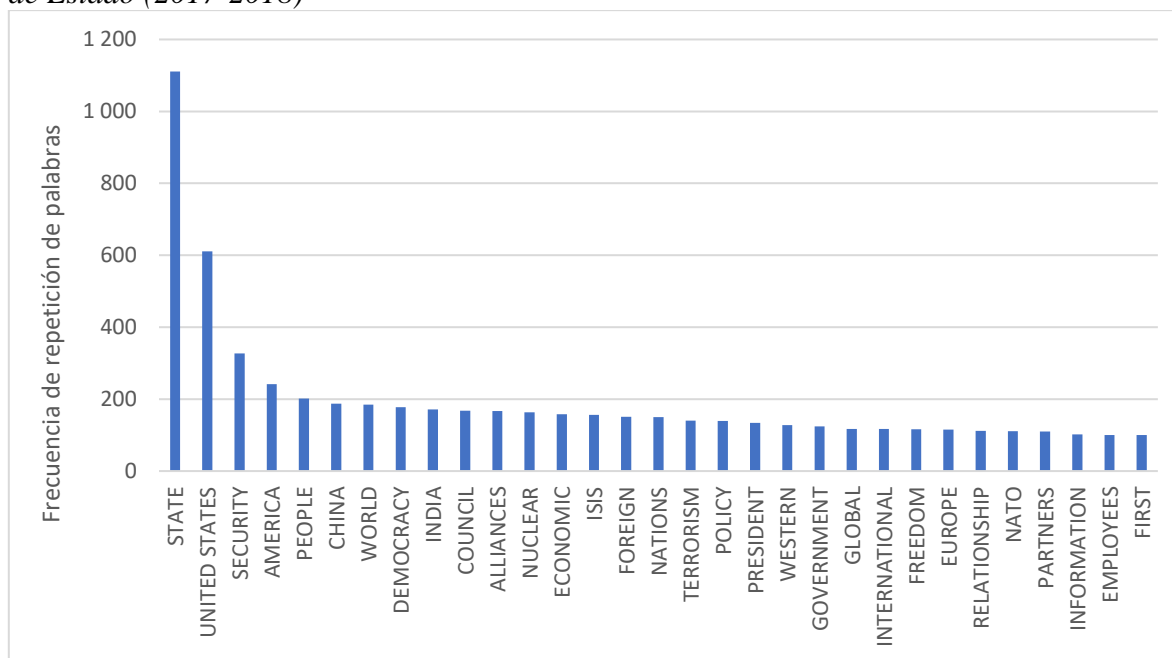
Título	Fecha	Lugar	Público meta
Remarks at the United Nations Security Council Ministerial Session on D.P.R.K.	28/4/2017	United Nations New York City	Embajadores, países miembros de la ONU
Remarks to U.S. Department of State Employees	3/5/2017	Dean Acheson Auditorium Washington, DC	Empleados del Departamento de Estado de EE. UU.
Remarks at the Arctic Council Ministerial Meeting	11/5/2017	Fairbanks, Alaska	Ministros de relaciones exteriores, jefes de delegación participantes permanentes, observadores del Consejo Ártico e invitados y líderes tribales de los grupos aborígenes
Department of State and USAID FY 2018 Budget Request	23/5/2017	Washington, DC	Contribuyentes estadounidenses
U.S.-Australia Ministerial Consultations (AUSMIN) Opening Session	5/6/2017	New South Wales Government Hous	Miembros de U.S.- Australia Ministerial Consultations (AUSMIN) (ministro de Relaciones Exteriores, Obispo, Senador Payne)
2017 Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender and Intersex (LGBTI) Pride Month	7/6/2017	Washington, DC	Comunidad LGTBIQ+
Remarks on the Middle East	9/6/2017	Treaty Room Washington, DC	Miembro del Gulf Cooperation Council
FY 2018 State Department Budget Request	14/6/2017	Washington, DC	Committee on Foreign Operations
Remarks at the Conference for Prosperity and Security in Central America Opening Plenary Session	15/6/2017	Florida International University, Miami, Florida	Foreign Secretary Videgaray, Secretary Osorio, the Government of Mexico for cohosting this conference, along with my colleague, Secretary of Homeland Security, Secretary Kelly
Secretary of State Rex Tillerson and Secretary of Defense Jim Mattis at a Joint Press Availability	21/6/2017	Dean Acheson Auditorium Washington, DC	Medios de comunicación y público general
Statement From Secretary of State Rex W. Tillerson on the Current Situation in Syria	5/7/2017	Washington, DC	Autoridades sirias y rusas

Título	Fecha	Lugar	Público meta
Remarks at the World Petroleum Council Congress Opening Ceremony	9/7/2017	Istanbul, Türkiye	World Petroleum Congress, ExxonMobil Corporation
Liberation of Mosul	10/7/2017	Washington, DC	Público general y medios de comunicación
US Engagement in the Western Hemisphere	1/2/2018	Austin, Texas	Estudiantes, docentes y público general de Texas University
We 're Holding Pyongyang to Account	14/8/2017	Washington, DC	Periodistas, países miembros
Remarks on the 2016 International Religious Freedom Annual Report	15/8/2017	Treaty Room Washington, DC	Público general y medios de comunicación
Statement on the United States' Engagement in South Asia	21/8/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa (población en general, autoridades gubernamentales)
Remarks with Secretary General of the Community of Democracies Thomas Garrett	15/9/2017	Washington, DC	Comunicado a los ministros y público general en el marco de la Novena Reunión del Consejo Ministerial de la Comunidad de Democracias
Remarks at the United Nations Security Council Session on Nuclear Non-Proliferation	21/9/2017	The United Nations, New York City	Miembros del Consejo de Seguridad
President's New Immigration Priorities	8/10/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa (población en general, autoridades gubernamentales)
Remarks on "Defining Our Relationship With India for the Next Century"	18/10/2017	Washington, DC. Center for Strategic & International Studies	Población y líderes políticos indios. Juventud india.
Raqqa's Liberation From ISIS	20/10/2017	Washington, DC	Pueblo sirio, Syrian Democratic Forces, Syrian Arab Coalition, 73-member Global Coalition
The U.S. and Europe: Strengthening Western Alliances	28/11/2017	The Wilson Center Washington, DC	Líderes de diferentes países europeos (ver alianzas)
U.S. Ends Participation in the Global Compact on Migration	3/12/2017	Washington, DC	ONU, Comunicado de prensa

Título	Fecha	Lugar	Público meta
Joint Statement to the Media	5/12/2017	European Union High Representative Federica Mogherini Brussels, Belgium	Medios de comunicación
Press Conference at NATO	6/12/2017	NATO Headquarters Brussels, Belgium	Países miembros de la OTAN
President Trump's Decision To Recognize Jerusalem as Israel's Capital	6/12/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa (población en general, autoridades gubernamentales), Congreso
President Trump's National Security Strategy	18/12/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa
On the Adoption of UN Security Council Resolution 2396 on Foreign Terrorist Fighters	21/12/2017	Washington, DC	Comunicado de prensa (población en general, autoridades gubernamentales)
I Am Proud of Our Diplomacy	27/12/2017	The New York Times	Público general y medios de comunicación
Opening Remarks at the Global Coalition to Defeat ISIS Ministerial	13/2/2018	Bayan Palace, Liberation Hall Kuwait City, Kuwait	Miembros de la Coalición Global para Derrotar a ISIS.
Farewell Remarks to the Department	22/3/2018	C Street Lobby Washington, DC	Pueblo estadounidense, empleados del departamento de estado. Nuevo secretario de estado.

Figura 13

Frecuencias de palabras de discursos seleccionados de Rex W. Tillerson como secretario de Estado (2017-2018)



Tillerson (18 de abril de 2017) continua con la línea discursiva de que Irán patrocina el terrorismo a nivel global, aunque atempera las acusaciones de las violaciones de Irán al JCPOA. Mantiene una línea discursiva crítica, mas no abiertamente antagónica, con respecto a China (18 de marzo de 2017, 06 de abril de 2017, 01 de febrero de 2018, 21 de agosto de 2017), siendo más crítico de Rusia y sus acciones, en relación con Ucrania y Siria (31 de marzo de 2017a, 31 de marzo de 2017b, 04 de abril de 2017, 05 de julio de 2017, 06 de diciembre de 2017) al tiempo que busca acercarse más a la India como un aliado fundamental de los EE. UU. (18 de octubre de 2017). Mantiene y respalda las medidas estadounidenses con respecto a Israel, como mover la embajada a Jerusalén (06 de diciembre de 2017) y reproduce el discurso neoliberal de reducción del gasto y austeridad, al defender la reducción del presupuesto del Departamento de Estado y la USAID para el año 2018 (23 de mayo de 2017, 14 de junio de 2017).

Dentro de los quiebres, con respecto al discurso de Trump, se puede mencionar que Tillerson (15 de septiembre de 2017, 28 de noviembre de 2017) emplea un lenguaje y un discurso más cercano al discurso geopolítico formal de los teóricos que defienden el orden liberal internacional. Además, no emplea un estilo político populista en sus discursos, lo cual

evidencia un estilo discursivo más tradicional a un secretario de Estado estadounidense— incluyendo las referencias recurrentes a la democracia, la libertad, los padres fundadores, Woodrow Wilson y el rol internacionalista de EE. UU. como parte de la excepcionalidad estadounidense.

Asimismo, se encuentra que a lo largo de sus discursos se reafirma constantemente el compromiso de los EE. UU. con el multilateralismo, el llamado *rules based order* y las alianzas, atemperando las críticas de Trump y prácticamente solo menciona el lema *America First* cinco veces en dos de los 44 discursos analizados. El lema *Make America Great Again* no es nombrado en sus discursos. Pareciera que Tillerson enfatiza más los valores democráticos y los valores compartidos con los aliados estadounidenses, pues menciona esto en cuatro y siete de sus discursos, respectivamente, mientras que la alusión a los valores estadounidenses, que lo hace en cuatro discursos, lo hace con una connotación más cercana al rol internacionalista estadounidense. La mención sobre la soberanía estadounidense en sus discursos se realiza un total de 37 veces en 8 de sus discursos.

Como puede observarse, Rex W. Tillerson, como secretario de Estado durante la administración Trump, buscó acercar más el discurso de la administración estadounidense al discurso histórico que se ha mantenido desde la creación del orden (neo)liberal internacional en la década de 1990. De esta forma, Tillerson complementa la narrativa de Trump, ya que busca no contradecir ni antagonizar al entonces mandatario, sino más bien atemperar elementos de su discurso, manteniendo el compromiso con las alianzas, la democracia, el multilateralismo y las organizaciones internacionales, especialmente la OTAN y el Consejo de Seguridad de la ONU. Todo esto manteniendo las características nativistas, neoliberales y conservadoras de Donald Trump en el discurso. A todas luces la narrativa identificada en los discursos de Rex Tillerson no quiebra ni con las características definidas de quienes defienden al llamado orden liberal internacional, ni con las voces que llaman a renovar, actualizar o reformar el liderazgo estadounidense, ni mucho menos con el excepcionalismo estadounidense, por tal razón, de ninguna manera se identifica un quiebre con la hegemonía internacional estadounidense, su rol global ni el orden que busca mantener.

Por si quedara alguna duda, Tillerson deja clara su visión de un orden internacional en necesidad de defensa y reforma en varios de sus discursos. La Tabla 8 muestra, precisamente, las menciones de Tillerson, al respecto, a lo largo de varios de sus discursos.

Tabla 8

Menciones de Rex W. Tillerson como secretario de Estado (2017-2018) llamando a defender o reformar al orden internacional

Fecha	Defensa/Reforma del orden
18/03/2017	The United States and China are the world’s two largest economies, and we must both promote stability and growth. I discussed the importance of upholding a rules-based order in dealing with maritime disputes and freedom of navigation and overflight. And I made clear that the United States will continue to advocate for universal values such as human rights and religious freedom (p. 2).
05/06/2017	As you’ve noted, this relationship between the U.S. and Australia, which now approaches a century, and really formalized in the Treaty of 1951, but it’s really built, as we all know, around the most fundamental values – our commitment to freedom, democracy, a rules-based order for the world – and that has been cemented in these bonds of shared sacrifice of the two great wars of the last century and, as you pointed out, up to continuing conflicts today – this common fight that we share against the most heinous of actions that we’ve seen most recently in London yet again (p. 2).
14/06/2017	As we all know, America’s global competitive advantages and standing as a leader are under constant challenge. The dedicated men and women of the State Department and USAID carry out the important and often perilous work of advancing America’s interest every single day. That mission is unchanged. However, the State Department and USAID, like many other institutions here and around the world, have not evolved in their responsiveness as quickly as new challenges and threats to our national security have changed and are changing. The 21st century already presented many evolving challenges to U.S. national security and economic prosperity.

	We must develop proactive responses to protect and advance the interest of the American people (p. 3).
18/10/2017	And the very international order that has benefited India’s rise – and that of many others – is increasingly under strain (p. 5).
18/10/2017	China, while rising alongside India, has done so less responsibly, at times undermining the international, rules-based order even as countries like India operate within a framework that protects other nations’ sovereignty (p. 5).
18/10/2017	The increasing convergence of U.S. and Indian interests and values offers the Indo Pacific the best opportunity to defend the rules-based global system that has benefited so much of humanity over the past several decades (p. 10).
18/10/2017	It is time we act on our vision of a free and open Indo-Pacific, supported and protected by two strong pillars of democracy – the United States and India (p. 11).

Nota. Se mantienen las citas en el inglés original para no afectar la transmisión del mensaje.

Se logra identificar, tanto en la narrativa de Trump con en la de Tillerson, la visión de un orden internacional y, por tanto, de una hegemonía internacional estadounidense, en necesidad de defensa y reforma, tanto por la indolencia de sus defensores como, principalmente, por el surgimiento de nuevas amenazas que el orden y EE. UU. deben enfrentar. Estas amenazas, en lo que refiere a Tillerson, se identifican como el llamado Islam radical—cayendo en posiciones orientalistas e islamóforas que equiparan terrorismo con Islam—, Irán, Corea del Norte y, particularmente, China y Rusia. Tillerson es más claro en su crítica a Rusia que Trump, así como más tajante, en cuanto a la necesidad de hacer a Rusia responsable por los acontecimientos en Ucrania en 2014, la anexión de Crimea y por el supuesto uso de armas químicas del régimen de Bashar al Assad contra población civil en el conflicto en Siria (Tillerson, 06 de abril de 2017, p. 3, 28 de noviembre de 2017, p. 6, 9 y 12).

Una vez analizados los discursos de Tillerson, con respecto al orden liberal internacional y a la narrativa de Trump, queda por analizar los discursos de Michael Pompeo, su sucesor como secretario de Estado, luego de que Trump despidiera a Tillerson, informándolo mediante

Twitter (Gaouette et al., 13 de marzo de 2018). No obstante, esta situación excede los alcances de esta investigación, por lo tanto, no se profundizará en ello.

Análisis de los discursos de Michael Pompeo como secretario de Estado de los EE. UU. 2018-2021

Michael R. Pompeo asumiría el puesto de secretario de Estado luego del despido de Rex W. Tillerson. Pompeo venía de las filas conservadoras cristianas dentro del Partido Republicano, con posicionamientos políticos, retórica y estilo político más aceptable para Donald Trump, dado que mucha de su narrativa coincide con la narrativa analizada de Trump. Posiblemente, la única varianza es el discurso abiertamente cristiano neopentecostal de Pompeo.

Pompeo se criaría en California, pero terminaría de educarse en Kansas, serviría en un escuadrón de tanques dentro del ejército estadounidense, en Alemania Federal, durante los últimos años de la Guerra Fría, y volvería a Kansas para ser un empresario vinculado con la industria aeroespacial. Posteriormente, sería electo senador por dicho estado federal para pasar a ser la cabeza de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) cuando Trump asume el poder en 2017. En marzo de 2018, dejaría la CIA para asumir el puesto de secretario de Estado. Él mismo reconoce la influencia de la Heritage Foundation y la Kansas Foundation en la formación de su pensamiento político. La primera es uno de los principales *think tanks* conservadores del país, mientras que la segunda es un *think tank* conservador ligada con la primera, pero circunscribe su accionar a nivel del estado federal de Kansas (Pompeo, 11 de octubre de 2019, 15 de febrero de 2020).

La Tabla 9 da cuenta de los discursos seleccionados para el análisis, emitidos por Michael R. Pompeo, como secretario de Estado de los EE. UU. (2018-2021). En total se analizaron 45 discursos.

Tabla 9*Discursos consultados del secretario de Estado Michael Pompeo (2018-2021) de la administración Trump (2017-2021)*

Título	Fecha	Lugar	Público meta
After the Deal: a New Iran Strategy	21/5/2018	Washington D.C.	Heritage Foundation
America's Economic Revival	18/6/2018	Detroit Economic Club, Detroit, Michigan	Miembros del Detroit Economic Club y medios de comunicación
Supporting Iranian Voices	22/7/2018	Ronald Reagan Presidential Foundation and Library, Simi Valley, California	Autoridades de gobierno de California, diáspora iraní y público general
America's Indo-Pacific Economic Vision	30/7/2018	Indo-Pacific Business Forum, U.S. Chamber of Commerce, Washington DC	Empresas miembro del US Chamber of Commerce
Remarks at the 36th Annual Jewish Institute for National Security of America Awards Dinner	10/10/2018	Grand Hyatt Hotel, Washington DC	Judíos estadounidenses y sionistas
Restoring the Role of the Nation-State in the Liberal International Order	4/12/2018	German Marshall Fund Brussels, Belgium	Países miembros de la ONU, OTAN, G20
A Force for Good: America reinvigorated in the Middle East	10/1/2019	American University, Cairo, Egypt	Estudiantes y docentes de la American University en Cairo

Título	Fecha	Lugar	Público meta
U.S. Foreign Policy in the New Age of Discovery	12/3/2019	Ceraweek	Sector energético
Remarks at the AIPAC Policy Conference	15/3/2019	Walter E. Washington Convention Center Washington, DC	Comunidad y autoridades israelíes
Seizing the Opportunity for Freedom in the Americas	12/4/2019	Vitacura, Chile	Miembros de la Cámara de Comercio Chile-Norte América, medios de comunicación y público general
Looking North: Sharpening America's Artic Focus	6/5/2019	Rovaniemi, Finland	Reunión ministerial del Consejo Ártico
The Special Relationship	8/5/2019	Lancaster House, London, United Kingdom	académicos, think tanks y cuerpo diplomático británico
A Foreign Policy from the Founding	11/5/2019	Claremont Institute 40 th Anniversary Gala, Beverly Wilshire Hotel, Beverly Hills, California	
America and India: Embracing an Age of Ambition	26/6/2019	India International Center, New Delhi, India	Público general de la India y medios de comunicación
The US and Israel: A Friendship for Freedom	8/7/2019	Walter E. Washington Convention Center, Washington, DC	Christians United for Israel
The US in Asia: Economic Engagement for Good	2/8/2019	Bangkok, Thailand	Siam Society

Título	Fecha	Lugar	Público meta
Celebrating Americanism in Our Foreign Policy	27/8/2019	Indiana Convention Center, Indianápolis, Indiana	American Legion's 101st National Convention
In Defense of the American Rights Tradition	6/9/2019	Kansas State University, Manhattan, Kansas	Cuerpo estudiantil. Funcionarios de Estado y locales estadounidenses
Iranian Aggression: The World Awakes	25/9/2019	The Palace Hotel, New York City	United Against Nuclear Iran's 2019 Iran Summit
Being a Christian Leader	11/10/2019	Gaylord Opyland Hotel, Nashville, Tennessee	American Association of Christian Counselors
Trump Administration Diplomacy: The Untold Story	22/10/2019	Marriott Marquis, Washington, DC	Heritage Foundation
The China Challenge	30/10/2019	Hudson Institute's Herman Kahn Award Gala, New York City	Pueblo estadounidense y chino (minorías étnicas en Xinjiang). A la comunidad internacional (debido a la amenaza que significa China). Homólogos chinos (en relación con las manifestaciones en Hong Kong)
The Lessons of 1989: Freedom and Our Future	8/11/2019	Koerber Stiftung, Axica, Germany	Población alemana, miembros del Bundestag y líderes empresariales
In Tribute to Human Freedom	15/11/2019	Rice University's Baker Institute For Public Policy, Houston, Texas	
Diplomatic Realism, Restraint and Respect in Latin America	2/12/2019	University of Louisville, Louisville, Kentucky	Estudiantes y docentes de la Univeristy of Louisville y medios de comunicación

Título	Fecha	Lugar	Público meta
Human Rights and the Iranian Regime	19/12/2019	Dean Acheson Auditorium, Washington DC	Público general, diáspora iraní y medios de comunicación
Silicon Valley and National Security	13/1/2020	Commonwealth Club, San Francisco, California	Silicon Valley Leadership Group. Ciudadanos estadounidenses. Empresarios
The Restoration of Deterrence: The Iranian Example	13/1/2020	The Hoover Institution at Stanford University, Palo Alto, California	Investigadores y estudiantes
What America Stands For	23/1/2020	Sumter County Fairgrounds, Bushnell, Florida	Ciudadanos y veteranos
U.S. States and the China Competition	8/2/2020	Walter E. Washington Convention Center, Washington, DC	National Governors Association
Secretary Pompeo Remarks at the Munich Security Conference	15/2/2020	Munich Security Conference. Munich, Germany	Dignatarios extranjeros, público en general y miembros del Congreso
The State Department is Winning for America	28/2/2020	Gaylord National Resort and Conference Center, National Harbor, Maryland	Miembros de la American Conservative Union Foundation
Israel: Central to the Middle East's Future	2/3/2020	Walter Washington, Convention Center, Washington, DC	Comunidad, autoridades israelíes y AIPAC members. UN's so-called Human Rights Council, High Commissioner Michelle Bachelet
Europe and China Challenge	19/6/2020	Copenhaguen, Denmark	Copenhaguen Democracy Summit

Título	Fecha	Lugar	Público meta
A New Transatlantic Dialogue	25/6/2020	German Marshall Fund's Brussels Forum, Washington, DC	Líderes de diferentes países europeos (para que tomen acción sobre China)
My Faith, My Work, My Country,	17/7/2020	Des Moines, Iowa	Family Leader Summit
Unalienable Rights and the Securing of Freedom	18/7/2020	National Constitution Center Philadelphia, Pennsylvania	Población estadounidense y ejecutores de la política exterior. Se puede decir que es un mensaje hacia los países que no adoptan la visión de democracia de EE. UU. Comisionados de derechos humanos. Líderes religiosos.
Communist China and the Free World's Future	23/7/2020	The Richard Nixon Presidential Library and Museum, Yorba Linda, California	Público general atendiendo el evento
Securing Freedom in the Heart of Europe	12/8/2020	Wallestein Palace, Prague, Czech Republic	Autoridades de gobierno de la República Checa
Respecting Life in America's Foreign Policy	3/10/2020	Washington D.C.	Florida Family Policy Council Dinner Gala
America Stands for Freedom	12/10/2020	The IRI Dinner and John S. McCain Freedom Award Ceremony	Miembros de IRI
Unalienable Rights and Traditions of Tolerance	29/10/2020	Four Seasons Hotel, Jakarta, Indonesia	Nahdlatul Ulama and Gerakan Pemuda Ansor Event

Título	Fecha	Lugar	Público meta
The Promise of America	10/11/2020	Ronald Reagan Institute, Washington D.C.	Reagan Foundation Trustees y público general en la inauguración del Center for Freedom and Democracy
Reclaiming Americas Voice for Freedom	11/1/2021	Voice of America Headquarters, Washington DC	Empleados de la Voz de América

Si se realiza un rápido contraste entre las tablas 7 y 9, se podrá encontrar una diferencia significativa en cuanto a cómo los dos secretarios de Estado de la administración Trump condujeron el Departamento de Estado durante su período. La principal diferencia es que Pompeo se dedicó más a realizar discursos y campaña política a lo interno de los EE. UU. que a lo externo, a diferencia de Tillerson, que evidenció un manejo más tradicional y diplomático exterior de este departamento. Por lo tanto, mientras el principal público meta de los discursos y narrativas de Tillerson es exterior a los EE. UU., Pompeo se dedicó a vender la política exterior de la administración Trump a lo interno de los EE. UU.

Esta diferencia, que podría parecer insignificante, se considera, en cambio, de relevancia, porque el conocer al público meta de los discursos permite contextualizar mejor los mensajes políticos que se emiten. La retórica y estilo político de Pompeo era, claramente, más coincidente con la misma retórica y estilo político de Trump, porque ambos dirigen sus discursos a un público interno conservador, reaccionario, neoliberal, cristiano nacionalista de derecha y nativista. Incluso, en sus discursos dirigidos a un público exterior, Pompeo pareciera dirigirlos a un público interno, pues habla constantemente del excepcionalismo estadounidense, de EE. UU. como una fuerza de bien en el mundo, de una nación excepcional, de una ciudad brillante en la colina, empleando repetidas referencias a los padres fundadores, de valores cristianos y de la constitución como un documento de alcance universal. De todas las figuras analizadas en esta investigación, Pompeo es quien más emplea recursivamente el recurso del excepcionalismo estadounidense.

Ahora bien, se podría creer que las mismas telas de dudas sobre el llamado orden liberal internacional, que se identificaron con Trump, se podrían identificar con Pompeo, no obstante, este no es el caso. Pompeo deja claro el compromiso con el orden liberal internacional o como también lo llama el *rules based international order*, como se ve más adelante. Defiende el rol de EE. UU. en alianzas y organizaciones internacionales como la OTAN, ASEAN, OEA, entre otras y deja claro que se busca reformar el orden, no suplantarlos. En términos de comercio, constantemente, deja claro, en especial en sus discursos dirigidos a América Latina, el Sudeste Asiático o la región Asia-Pacífico, que se buscan tratados de libre comercio, pero que sigan los principios de comercio justo y recíproco.

Si fuera necesario poner un espectro entre más o menos compromiso con las características que Ikenberry (2018, 2020a) identifica del orden liberal internacional, se diría que, a partir de sus discursos, Tillerson es el más comprometido, Pompeo es un intermedio y Trump, sin quebrar con el orden, sería la figura más escéptica con respecto al orden. El encadenamiento ideológico de Trump y Pompeo surge, a partir de sus coincidencias en posturas nativistas, conservadoras y neoliberales, mientras que la particularidad ideológica de Pompeo cae en su cristianismo neopentecostal. Es tanto este neopentecostalismo de Pompeo, abiertamente sionista, que llegó al punto de decir en varios de sus discursos que todo antisionismo es un antisemitismo, lo cual empata con las posturas escépticas de Trump sobre ciertas organizaciones internacionales, como el Consejo de Derechos Humanos de la ONU.

De esta forma, Pompeo sostiene y reproduce las críticas de Donald Trump hacia varias instituciones internacionales como la Corte Penal Internacional (CPI), el ya mencionado Consejo de Derechos Humanos de la ONU e, incluso, más que Tillerson o Trump, reproduce un discurso antiderechos de las mujeres, afirmando que no existe un derecho humano al aborto, solo un derecho humano a la vida, y critica a las Naciones Unidas por intentar en varios espacios introducir la discusión y aprobar documentos proaborto.

Esta postura de Pompeo se explica nuevamente por considerarse un “líder cristiano”, partiendo de una noción sobre la libertad y los derechos humanos que mezcla neopentecostalismo con nacionalismo. Por un lado, afirma que todo fundamento a cualquier noción de libertad, derecho humano o dignidad humana no emana de los gobiernos—lo dice recurrentemente como si esa fuera siquiera la posición dominante al respecto—sino que más bien emanan directamente de Dios, por lo que no es posible, en su cosmovisión, que exista un derecho al aborto, porque considera que este no garantiza la vida, sino que quita la vida, en una visión típicamente reduccionista y simplista del discurso cristiano neopentecostal punitivista.

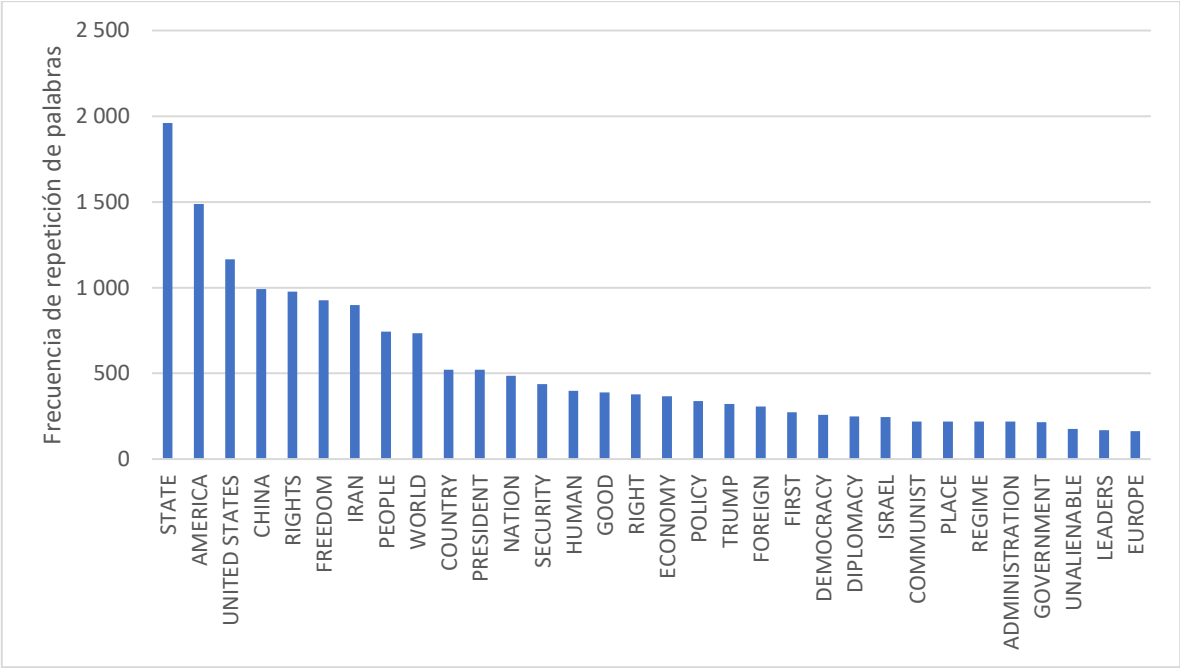
Por otro lado, asegura que EE. UU. es una nación excepcional, porque es la primera nación en fundamentarse en un documento de alcance universal, como es la constitución y el pensamiento de los padres fundadores, que establece claramente el principio de libertad religiosa. Para Pompeo, la libertad religiosa es la base y fundamento de toda libertad, evidenciando su liberalismo conservador, mientras que la libertad de empresa, el capitalismo

de libre mercado y la democracia son libertades complementarias para asegurar la primera. En varios de sus discursos reconoce que fue él quien impulsó el proyecto de investigar a nivel global sobre el estado de la libertad religiosa en el mundo. Como puede observarse a partir de la Figura 14, Pompeo es quien más emplea la palabra libertad y sus derivados, así como derechos, en sus discursos.

De ahí que acuse de ir en contra de los EE. UU. y de la verdad a quienes más bien hacen una revisión crítica de la historia estadounidense, identificando el racismo sistémico, la violencia y represión policial y el discurso político conveniente en la construcción histórica del país. Se les acusa de “wokeness” y de caer en la corrección política. Incluso, en uno de sus discursos afirma que este tipo de revisión histórica de los EE. UU., en el contexto del asesinato a manos de policías de George Floyd, es estar del lado de China y sus intereses (Pompeo, 27 de agosto de 2019, 16 de julio de 2020, 11 de enero de 2021). El recurso a la securitización y otrorización del adversario política es clara y obvia.

Figura 14

Frecuencias de palabras de discursos seleccionados de Michael R. Pompeo como secretario de Estado (2018-2021)



Pompeo también emplea recurrentemente un tema que es de menor importancia en los discursos de Trump, el cual es la defensa y promoción de la democracia, aunque es cuidadoso

de no caer en la narrativa de exportar la democracia al mundo. En cambio, al identificar, principalmente, a China e Irán como amenazas y en un lejano tercer lugar a Rusia, llama a fortalecer la democracia en el mundo y a establecer una alianza de democracias para contrarrestar la influencia de estos países, incluyendo a países de Europa, la India y del Sudeste Asiático como Indonesia.

Esto permite introducir el tema de las amenazas para los EE. UU. a nivel global, identificándose a China e Irán como las principales amenazas, como ya se afirmó. Rusia también es mencionada, aunque no tanto como estos países, mientras que Corea del Norte tiene pocas menciones a lo largo de los 45 discursos analizados. Referente a China, aunque es cuidadoso al declarar que no se está cayendo en una versión 2.0 de la Guerra Fría, precisamente por la interconexión económica de China con el mundo, se identifica un claro macartismo al relacionar a China con el marxismo-leninismo y al emplear un lenguaje securitizador de las relaciones con China, al manifestar que busca infiltrarse a todo nivel en los EE. UU. y suplantar el régimen democrático estadounidense. Emplea un lenguaje sinofóbico, atribuyéndole a China la responsabilidad del surgimiento del COVID-19, como Trump, aunque sin acusar a la OMS de estar confabulando con China. Asimismo, es claro en afirmar que todo lo que venga de China debe verse con sospecha, porque el partido comunista emplea a sus empresas estatales, particularmente de Huawei, para controlar económicamente a los países, hacerlos caer en una trampa de la deuda con China, robar su propiedad intelectual y adueñarse de su infraestructura estratégica.

Antes de referirse a Irán, se debe abordar cómo Pompeo ve al islam. Mientras identifica a los países que firmaron los Acuerdos de Abraham como aliados, particularmente a EAU y a Bahrén, posee una visión orientalista e islamófoba, vinculando el terrorismo al islam, y asegurando que el islam radical es intolerante y asesino y que debe ser totalmente erradicado. Este mismo posicionamiento islamófobo y orientalista es empleado en cuanto a Irán, a un extremo, incluso, de negar toda responsabilidad histórica occidental y estadounidense, en cuanto a las relaciones históricas con Irán, en especial a lo que refiere a la Revolución Islámica. Asegura que la Revolución Islámica fue un evento que llevó al fanatismo y a la barbarie al poder en Irán, en detrimento de su propia población, y asegura que Irán siempre ha sido el agresor, nunca la víctima.

Estos posicionamientos se mezclan con su sionismo, securitizando el régimen iraní ante el público conservador, cristiano y sionista estadounidense, además, afirma que se debe ejercer la máxima presión contra este régimen hasta que cambie y se abra al mundo, lo cual solo puede interpretarse como la imposición de una “democracia liberal capitalista” a Irán. Acusa, recurrentemente, al régimen de reprimir a su propia población, coartar la libertad religiosa, reprimir a sus minorías religiosas y buscar la destrucción de Israel. Incluso, llega a decir que no solo es el principal Estado que patrocina el terrorismo a nivel mundial, equiparando la lucha de Hezbollah o los Houthies con los intereses iraníes, y el terrorismo. Además, de una forma claramente contradictoria, en lo que no puede sino verse como una movida securitizadora, acusa a Irán de convertirse en el nuevo cuartel general de al Qaeda. De ahí que se jacte del asesinato de varias figuras de al Qaeda e ISIS y que vincule y posicione en un mismo nivel a estas figuras con el asesinato del general iraní Qasem Soleimani.

Como se dijo, el posicionamiento sionista de Pompeo es el más claro de las figuras analizadas— incluso, podría llamarse descarado. Pompeo asegura que Trump es el mayor aliado y amigo de Israel en el mundo y que posee una visión orientalista de Israel que no coincide en lo más mínimo con la realidad. Llama a Israel la única nación libre y democrática que garantiza la libertad religiosa en todo el Medio Oriente, negando la realidad del apartheid que sufre el pueblo palestino. Cabría preguntarse si este líder cristiano siquiera concibe como seres humanos a los palestinos. También, respalda y defiende la decisión estadounidense durante la administración Trump de pasar la embajada a Jerusalén, reconociendo a la ciudad como la “capital eterna” de Israel, así como el reconocimiento de los Altos del Golán como parte del territorio israelí y no sirio, contraviniendo el derecho internacional público.

Por otra parte, el posicionamiento nativista es claro en Pompeo, especialmente, en lo que refiere a las relaciones de EE. UU. con América Latina, asegurando que el acuerdo con México y el Plan de Prosperidad para Centroamérica, que aplica al triángulo norte (Guatemala, Honduras y El Salvador), vendría a detener la inmigración “illegal” hacia los EE. UU. Este posicionamiento se mezcla con sus posiciones neoliberales y conservadoras en la región, afirmando que el Chile de Sebastián Piñera, la Argentina de Mauricio Macri, la Bolivia de Jeanine Áñez, El Salvador de Nayib Bukele, el Brasil de Jair Bolsonaro y la Colombia de Iván Duque son grandes aliados de los EE. UU. En cuanto a Bolivia, expresa

que el régimen de Añez está restaurando la democracia en el país y, a su vez, alaba las políticas de seguridad de Nayib Bukele. Pareciera que la democracia la concibe más en términos de libertad de empresa y regímenes favorables hacia los intereses estadounidenses que como la garantía de libertades civiles y políticas, los derechos humanos, el Estado de Derecho y las elecciones libres y justas. Además, asegura que el Foro para el Progreso e Integración de América del Sur (PROSUR), un intento de sustitución de la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), es una buena señal de la integración en la región y un mecanismo para contrarrestar la creciente influencia de China en la región.

En cuanto al uso discursivo de los lemas de *America First* o *Make America Great Again*, Pompeo emplea ambos lemas, aunque no tanto como Donald Trump. Según el análisis de relación de palabras empleando el programa WordSmith, Pompeo utiliza el lema *America First* en 11 ocasiones en 9 de los 45 discursos analizados. En cuanto a *Make America Great Again*, se le emplea en 8 ocasiones en 6 de sus 45 discursos analizados.

Finalmente, en lo que refiere al quiebre con el orden liberal internacional, se encuentra que la narrativa principal de Pompeo llama a reformar al orden liberal o al *rules based international order* que ha dejado de servir a los intereses estadounidenses. No se trata, entonces, de quebrar con el orden, sino de defenderlo ante nuevas amenazas, particularmente China, y de reformarlo para que el orden sirva a los intereses estadounidenses e israelíes, por añadidura. Las críticas que realiza Pompeo a las organizaciones internacionales y a los acuerdos internacionales no es una crítica fundamental al orden, ni a las organizaciones multilaterales o a la cooperación internacional directamente, sino a que estas han dejado de servir a los intereses estadounidenses. El abandono de acuerdos como el JCPOA, el Acuerdo de París, el ATCE, el Pacto Global sobre Migración (PGM), el Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF, por sus siglas en inglés), así como las críticas al Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la Corte Penal Internacional, el BM, FMI y OMC, van dirigidas a coaccionar al multilateralismo a servir a los intereses estadounidenses o a sufrir las consecuencias. Se trata de una diplomacia coercitiva para forzar a que el orden sirva al poder estadounidense y a sus intereses, pero nunca se trata de quebrar con el orden o suplantarlos.

Con el objetivo de esclarecer esto, la Tabla 10 evidencia las menciones de Michael Pompeo a lo largo de varios de sus discursos sobre la necesidad de defender o reformar el orden liberal internacional. Además, se añaden menciones llamando a defender características específicas de este orden.

Tabla 10

Menciones de Michael Pompeo como secretario de Estado (2018-2021) llamando a defender o reformar al orden internacional

Fecha	Defensa/Reforma del Orden
4/12/2018	International bodies must help facilitate cooperation that bolsters the security and values of the free world, or they must be reformed or eliminated (p. 5).
4/12/2018	In the finest traditions of our great democracy, we are rallying the noble nations of the world to build a new liberal order that prevents war and achieves greater prosperity for all (p. 7).
4/12/2018	Our call is especially urgent – especially urgent in light of the threats we face from powerful countries and actors whose ambition is to reshape the international order in its own illiberal image (p. 8).
4/12/2018	Let’s do so in a way that creates international organizations that are agile, that respect national sovereignty, that deliver on their stated missions, and that create value for the liberal order and for the world (p. 8).
4/12/2018	America will, as it has always done, continue to work with our allies around the world towards the peaceful, liberal order each citizen of the world deserves (p. 9).
4/12/2018	So we underwrote new institutions to rebuild Europe and Japan, to stabilize currencies, and to facilitate trade. We all co-founded NATO to guarantee security for ourselves and our allies. We entered into treaties to codify Western values of freedom and human rights. Collectively, we convened multilateral organizations to promote peace and cooperation among states. And we worked hard – indeed, tirelessly – to preserve Western ideals because, as President Trump made clear in his Warsaw address, each of those are worth preserving. (pp.2-3)
4/12/2018	Was that ever really true? The central question that we face is that – is the question of whether the system as currently configured, as it exists today, and as the world exists today – does it work? Does it work for all the people of the world? (p. 5).
4/12/2018	Our mission is to reassert our sovereignty, reform the liberal international order, and we want our friends to help us and to exert their sovereignty as well. We aspire to make the international order serve our citizens – not to control them. America intends to lead – now and always (p. 5)
4/12/2018	In the finest traditions of our great democracy, we are rallying the noble nations of the world to build a new liberal order that prevents war and achieves greater prosperity for all (p. 6).
2/8/2019	It wasn’t an economic miracle, and in fact, it wasn’t preordained. This prosperity happened because of two very earthly factors: trade and freedom (p. 3).
30/10/2019	When we see Beijing use coercion as a preferred tool of statecraft, it’s not good for those of us who believe in democracy and sovereignty as the fundamental norms that ought to dominate world commerce and the way nations interact. These ideas, they threaten the free and open international order by making extrajudicial territorial and maritime claims in places like the South China Sea and the Taiwan Strait (p. 8)

Fecha	Defensa/Reforma del Orden
8/11/2019	But let us also not take lightly the threats to our freedoms, the challenges that we all face from regimes, regimes that rule instead of govern, regimes that crush rights instead of protect them, regimes for which this anniversary is a fearful warning, not a cause for celebration (p. 7)
8/11/2019	Those of us who want to spread freedom must confront those that want to spread their vile ideology, to dominate free nations of the world, and to subvert the rule of law, and to undermine the multilateral institutions that matter so much to freedom. They want to turn them to their own political ends (p. 8)
15/11/2019	I think everybody needs to have a common database as we begin to think about the appropriate ways not only to respond to those challenges but to try and draw the Chinese Communist Party out in a way that will put them in a place that reflects the rules-based order with national sovereignty being respected in the same way that we ask every nation to do (p. 12).
13/1/2020	And this system, our idea of capitalism with free markets, has produced the greatest wealth and prosperity that the world has ever seen, and technology has played a huge role in that, and we all know it will continue to do so (p. 3)
25/6/2020	The United States is not forcing Europe to choose between the free world or China's authoritarian vision. China is making that choice between freedom and democracy. Look, the United States was slow to recognize this reality of the rising authoritarian regime and the implications it had for us here to our free society. Europe was slow, too. But the CCP's coverup of the coronavirus, an outbreak that began in Wuhan, China – which has now killed tens of thousands of our people, and hundreds of thousands of people across the world – I think it's accelerated everyone's awakening (p. 4)
25/6/2020	There is no compromise between freedom and authoritarianism. I don't want the future to be shaped by the CCP, and I'd wager no one on this call wants that either (p. 6)
25/6/2020	But I believe that by doing this we can form a collective judgment and find a set of places where there is significant overlap and then begin to execute the correct responses the same way the transatlantic alliance has always preserved democracy and freedom – a set of collective responses that will preserve and protect those very freedoms that the Chinese Communist Party wants to undermine each and every day (p. 8)
25/6/2020	I also think that the Chinese took away from this that the world is now – this isn't the United States confronting China – that the world is now confronting China. While I was sitting there, the G7 statement on Hong Kong came out. Literally, someone slipped him a note telling him that the statement had come out. He wanted to say this was just the United States coming after them for the national security law that is – law that's pending there. It's not. The challenges in the South China Sea – this isn't the United States and the United States alone. It's a dozen-plus Southeast Asian countries and Asian countries who understand the threat (p. 15)
25/6/2020	But we can all agree that these institutions should be rooted in democratic values, hew to their missions, and reflect the interests of all member states (p. 4)
25/6/2020	And I'll discuss too the impact on the international order. Beijing is actively creating its own international space and it participates in international organizations to validate its authoritarian system and spread its reach. We in the United States, and I think the good people who are part of the Hudson Institute, want to preserve the existing free and open international order that the United

Fecha	Defensa/Reforma del Orden
	States has helped create and continues to lead. And I'll too – talk too about the economy. China has engaged in unfair predatory economic practices and it's utilizing state assets to build its economic footprint all around the world. We want China to be successful. We want it to have a successful economy. We want a transparent, competitive, market-driven system that is mutually beneficial for all involved (p. 9)

Nota. Se mantienen las citas en el inglés original para no afectar la transmisión del mensaje.

Como ha podido verse, las narrativas tanto de Tillerson como de Pompeo llegan a complementar la narrativa de Trump, llenando los vacíos que este había dejado o reafirmando el compromiso que Trump podría haber dejado en tela de duda sobre la democracia, la libertad, los derechos humanos, el multilateralismo y las organizaciones internacionales. Precisamente, al entender la narrativa de la administración como un todo y no centrarse exclusivamente en la figura de Trump, se puede ver si, en efecto, la administración Trump (2017-2021) planteó o no un quiebre con el llamado orden liberal internacional o con la hegemonía global estadounidense, siendo el mismo fenómeno. Como se ha dejado absolutamente claro, en el análisis previo, no solo no es un quiebre con el llamado orden liberal internacional, sino que es más bien un esfuerzo de reformar el poder global estadounidense y el orden internacional que le sirve de base a su hegemonía global, con claras características conservadoras, nativistas y neoliberales, basadas en el excepcionalismo estadounidense.

En ninguna medida es un quiebre con el orden (neo)liberal internacional ni con la hegemonía global estadounidense. No obstante, para dejar más claro el punto se analiza la narrativa de los discursos del vicepresidente Mike Pence y del secretario de Defensa Jim Mattis ante la Conferencia de Seguridad de Múnich, con el objetivo de ofrecer un análisis más completo de las ideas de la administración Trump sobre el orden liberal internacional.

Análisis de los discursos del vicepresidente Mike Pence y del secretario de Defensa Jim Mattis ante la Conferencia de Seguridad de Múnich

La Conferencia de Seguridad de Múnich (CSM) es un foro de relevancia para evaluar la cercanía o lejanía de las ideas de una administración estadounidense, con respecto al llamado orden liberal internacional. Esto porque, como se reconoce por la propia organización de la conferencia, en sus inicios en 1963, la conferencia llamada inicialmente *Internationale*

Wehrkunde-Begegnung era un foro para realizar conversaciones entre autoridades alemanas de la República Federal Alemana y sus contrapartes estadounidenses y de la OTAN en el marco de la Guerra Fría. Incluso, la organización llama a este foro en sus inicios una muestra de una “reunión familiar transatlántica”, reconociendo que era un club más cerrado en sus inicios (MSC, 2023a, párr. 3). Esto coincide con lo dicho por Ikenberry (2020a) sobre entender al orden liberal internacional como un club cerrado de pocos miembros en sus inicios.

Aquí se coincide parcialmente con Acharya (2018, p. 23) al entender que en realidad no existía un orden liberal internacional durante la Guerra Fría, sino que era, lo que el autor entiende, siguiendo a Henry Kissinger, como un orden mundial. Es decir, un proyecto o visión sobre “la naturaleza de los acuerdos justos y la distribución de poder pensada a ser aplicable al mundo entero” (Acharya, 2018, p. 23). En cambio, un orden internacional, “Es la aplicación práctica de estos conceptos a una parte substancial del globo—lo suficientemente grande como para afectar el balance de poder global” (Acharya, 2018, p. 23). Esta distinción no es una cuestión meramente de escala o alcance, lo cual haría que la cuestión solo versara sobre las capacidades de proyección del poder, en un entendimiento superficial de lo que implica la construcción de hegemonía. Trata realmente de la construcción de los consensos necesarios a la dominación de un proyecto global. A todas luces, por repetir el argumento, no puede considerarse que durante la Guerra Fría existiera un orden liberal internacional.

La misma organización detrás de la CSM lo deja claro, afirmando que, con el fin de la Guerra Fría, esta buscó conformarse como un foro global para discutir temas sobre la seguridad internacional, incorporando a nuevos actores estatales que anteriormente habían sido excluidos por no pertenecer a la OTAN o, incluso, a actores que antes habían estado en el bando contrario de la Guerra Fría, dentro del bloque soviético (MSC, 2023a, párr. 4). No obstante, los valores y principios que sigue la organización continúan intactos, demostrando que se obedece a una base particular de poder y no a valores y principios de carácter universal. Como la misma organización afirma “Over the years, as the number and variety of important players in international security increased, the circle of conference participants continued to grow wider. At the same time, the core of the conference will always be transatlantic” (MSC,

2023a, párr. 5; se mantiene la cita en el inglés original para no afectar la transmisión del mensaje).

Como puede verse, la CSM es realmente un foro idóneo para evaluar la cercanía o no de las ideas de una administración estadounidense, con respecto al llamado orden liberal internacional, no solo porque es un foro nacido para la proyección de poder estadounidense a un antiguo enemigo, convertido forzosamente en aliado, y a sus demás aliados europeos, sino, porque está en la base de la particularidad de la supuesta universalidad de la hegemonía estadounidense. En otras palabras, es un foro que promueve activamente la proyección y mantenimiento del llamado orden liberal internacional o, lo que es lo mismo, la hegemonía global estadounidense. La misión y enfoque de la CSM lo dejan claro, al declararse lo siguiente:

The MSC's objective is to build trust and to contribute to the peaceful resolution of conflicts by sustaining a continuous, curated and informal dialogue within the international security community. Today, the MSC is the world's leading forum for debating international security policy. The MSC conceives of its conferences as a type of "marketplace of ideas" where initiatives and solutions are developed and opinions are exchanged. It provides a venue for official and non-official diplomatic initiatives and ideas to address the world's most pressing security concerns. The MSC also offers protected space for informal meetings between officials and thus – as its original motto has it – build peace through dialogue. In addition to its annual flagship conference, the MSC regularly convenes high-profile events on particular topics and regions and publishes the Munich Security Report, an annual digest of relevant figures, maps, and research on crucial security challenges (...)

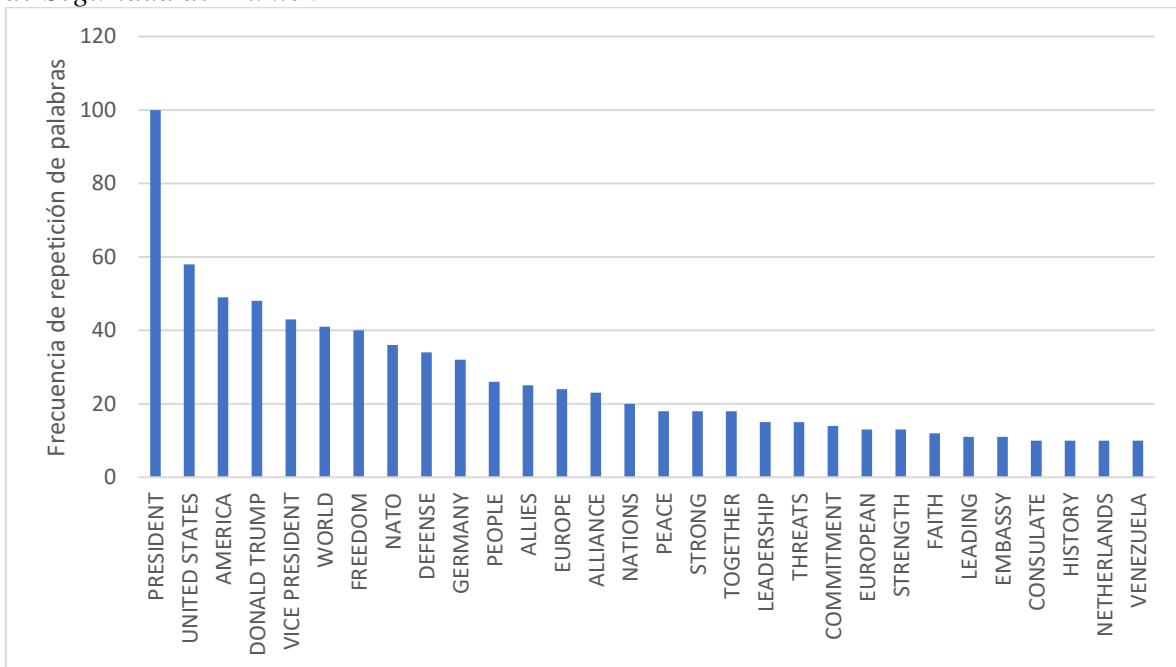
The Munich Security Conference has transatlantic and European roots but our activities also reflect a globalized world. The MSC strives to increase its geographic diversity and reach to include all relevant stakeholders. The Munich Security Conference aims at debating the world's most relevant security challenges. The MSC does not only include the most urgent security challenges in its programs, but also draws attention to issues that might not yet be on the top of the security community's agenda. The Munich Security Conference embraces a comprehensive definition of

security, which encompasses not only traditional national or military security, but also takes into account – among others – the economic, environmental and human dimensions of security. (MSC, 2023b, párrs. 2-3)

Una vez explicado lo anterior, entonces, quedan por analizar los discursos de otras figuras de la administración Trump ante la CSM, específicamente el vicepresidente Mike Pence y el secretario de Defensa Jim Mattis. Se hace esta aclaración dado que Michael Pompeo realizó el último discurso de la administración Trump ante la CSM, pero dicho discurso fue incorporado en el apartado específico donde se analizan sus discursos y narrativas. Jim Mattis realizó el primer discurso de la administración ante la CSM en febrero de 2017 (Mattis, 17 de febrero de 2017), mientras que Mike Pence realizó los siguientes dos discursos en febrero de 2018 y 2019 (Pence, 17 de febrero de 2018 16 de febrero de 2019). La Figura 15 muestra el análisis de frecuencias de palabras realizadas por Jim Mattis y Mike Pence en sus discursos ante la CSM.

Figura 15

Frecuencias de palabras de los discursos de Mike Pence y Jim Mattis ante la Conferencia de Seguridad de Múnich



Puede observarse que se hacen repetidas menciones a Donald Trump tanto de su figura como presidente como directamente refiriéndose a él, pues se contabilizan 148 menciones en los

tres discursos analizados. También, se realizan recurrentes menciones a los EE. UU., tanto de “United States” como “America”, ya que se contabilizan 107 menciones al respecto. La figura del vicepresidente Mike Pence se alude unas 43 veces. Todas estas menciones, mediante el análisis implementando el software WordSmith, se identificaron en los tres discursos analizados. Esto demuestra el carácter etnocéntrico de los discursos realizados, precisamente si se toma en cuenta que la siguiente palabra más utilizada en los tres discursos, “world”, se emplea 41 veces en los tres discursos, siendo la sexta palabra más utilizada.

Por otro lado, en los tres discursos aquí analizados se hace pocas menciones de la palabra “soberanía” o de sus variantes, refiriéndose de forma muy pasajera a la palabra, en términos de que los derechos de los seres humanos provienen de Dios, no de la soberanía ni de ninguna otra fuente (Pence, 17 de febrero de 2018). En cuanto a los lemas de la administración Trump, tales como “*America First*” o “*Make America Great Again*”, Mike Pence realiza una sola referencia, afirmando que “*America First did not mean America alone*” (Pence, 16 de febrero de 2019, p. 2). Esto resulta relevante para el análisis porque evidencia que el carácter nativista y el estilo político populista de la administración Trump no solo fue atemperado, sino que prácticamente fue desaparecido de los discursos, buscando conformar más cercanía con las autoridades estatales que atendieron a estas ediciones de la CSM, especialmente la de sus aliados europeos y de la OTAN. Las repetidas referencias a la OTAN, Europa, alianzas, permanecer juntos, entre otras menciones, demuestran que el público meta de los discursos definitivamente eran los aliados de la OTAN y Europa.

En este sentido, pareciera que los tres discursos van dirigidos a apaciguar las dudas de los aliados transatlánticos de los EE. UU., en cuanto a los compromisos de la administración Trump con las alianzas y la OTAN. Mattis (17 de febrero de 2017, p. 1) deja claro desde un inicio que la relación transatlántica es duradera y comparte un legado de una alianza marcada por la libertad, la amistad, la confianza y la democracia. Mattis (17 de febrero de 2017) llega a afirmar que:

Like many of us, we just came from Brussels, where we participated in the NATO defense ministerial. There I found the transatlantic bond strong and my fellow defense ministers under no illusions about the threats to our nations face together, and Article V is a bedrock commitment.

Transatlantic unity buttresses European unity, a fact that we recognize in the context of cooperation between NATO and the European Union. The United States welcomes improvements to defense cooperation in Europe, those that increase capabilities and make European defense more efficient without lessening NATO interoperability. The NATO-E.U. joint declaration signed in Warsaw reflects the reality that American security is permanently tied to the security of Europe. Done correctly, European initiatives and NATO unity are mutually reinforcing. (p. 2)

Queda claro que, por el contexto en que Mattis está dirigiendo su mensaje, lo que busca es dejar claro el compromiso de los EE. UU. bajo el mando de Trump hacia sus aliados europeos y la OTAN. Mattis (17 de febrero de 2017, p. 3) también esclarece, aunque sin mencionar directamente, que la principal amenaza para la OTAN y Europa es Rusia, precisamente, por los acontecimientos de 2014, con la anexión de la península de Crimea por parte de este último actor estatal. Entendiendo esto, vuelve a reafirmar el compromiso con la alianza, indicando que los EE. UU. está moviendo tropas y unidades militares a sus aliados en el Báltico, Polonia, Rumania y Bulgaria para fortalecer sus defensas ante las amenazas actuales.

En una frase bastante clara del compromiso de la administración Trump hacia el llamado orden liberal internacional, Mattis (17 de febrero de 2017) expresa que “Standing on the bedrock of our NATO alliance, 28 democracies help preserve the rules-based international order, serving to keep the peace and to defend shared values that grew out of the enlightenment” (p. 2). No se trata de romper con el orden, sino, más bien, de securitizar el orden para mantenerlo ante las amenazas que enfrenta los EE. UU. actualmente. Por ello, la insistencia al final de que pedir aumentar el gasto militar a sus aliados de la OTAN es una medida necesaria para mantener no solo la alianza, sino el orden internacional, afirmando que los Estados pertenecientes a la OTAN entendieron el mensaje, precisamente, porque, “...the transatlantic bond remains our strongest bulwark against instability and violence” (Mattis, 17 de febrero de 2017, p. 4). La movida securitizadora es clara en este sentido y más claro es el mensaje de civilización versus barbarie en la narrativa de Mattis, pues otroriza a todo lo que se le oponga a la OTAN y al orden liberal internacional, es decir, la hegemonía internacional estadounidense, como fuente de inestabilidad y violencia.

En cuanto a los discursos de Mike Pence, también, se encuentra que ambos mensajes tienen la intención de reafirmar el compromiso con la alianza transatlántica y la OTAN, ya que buscan despejar toda duda que se pueda tener del compromiso con la alianza, así como con el llamado *rules based order*, que no es más que un sinónimo del orden liberal internacional. Mientras el primer discurso pareciera reflejar con tono más conciliador el compromiso de la administración Trump con el orden (Pence, 17 de febrero de 2018), el segundo, en cambio, refleja una nota más confrontativa, en cuanto a las amenazas que enfrenta el orden y la necesidad de combatirlas (Pence, 16 de febrero de 2019).

En efecto, mientras en el primer discurso de Pence en 2018 hacia la CSM se encuentran 13 menciones sobre el compromiso de la administración Trump y sus aliados, especialmente de la OTAN, en el segundo discurso de 2019 realiza 8 menciones al respecto. Las menciones sobre las amenazas que enfrenta EE. UU. y sus aliados en el mundo actualmente se referencian 9 veces en el discurso de 2018, mientras que en el discurso de 2019 estas prácticamente se duplican, llegando a 17 menciones. También, fue posible identificar elementos de la narrativa de Pence sobre el neoliberalismo, afirmando la creencia en el libre mercado, reducción de impuestos y regulaciones (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019), la necesidad de aumentar el gasto militar de los países miembros de la OTAN (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019) y el esfuerzo de la administración Trump para modernizar el ejército y renovar el liderazgo y poder global estadounidense, como líder del mundo libre (Pence, 16 de febrero de 2019). Además, se identificó una posición ideológica conservadora en Pence, quien indica que los derechos inalienables de los seres humanos no los brinda el Estado, ni soberanos, ni ninguna otra figura más que Dios y que la lucha que tuvo el mundo durante la Guerra Fría fue entre libertad y tiranía (Pence, 17 de febrero de 2018).

Por si fuera poco, se identifica en el discurso de 2018 una mención hacia el excepcionalismo estadounidense, cuando Pence (17 de febrero de 2018) expresa que:

They spring from that timeless notion that our unalienable rights — of life and liberty — are not granted to us by sovereigns, or governments, or kings. They are, as the American Founders observed, endowed by our Creator. Marshalling the will

to confront the evils of the 21st century will require faith, faith in these timeless ideals.

And as President Trump has said in his Inaugural Address, it's important to know: "We do not seek to impose our way of life on anyone, but rather to let it shine as an example for everyone to follow." (p. 7)

De esta forma, empleando un lenguaje similar al de Trump, se evidencia cómo realmente una concepción de excepcionalismo estadounidense es la piedra angular del proyecto hegemónico internacional de los EE. UU.

En cuanto a las alianzas, para Pence (17 de febrero de 2018, p. 2) es claro que lo que une a los aliados son los principios, valores e ideales de libertad, democracia, justicia y Estado de Derecho. En ambos discursos realiza menciones a cómo estos ideales son los que mantienen juntos a los aliados transatlánticos y cómo deben de seguir unidos frente a las amenazas que enfrentan en el mundo contemporáneo (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019). Algunas menciones en ambos discursos que reflejan la búsqueda de Pence por reafirmar el compromiso estadounidense con sus aliados bajo la administración Trump son los siguientes:

- So lest anyone doubt the United States' commitment to Europe and the importance of your defense, they need only look to our nation's investment in your peace and prosperity, in your safety and security, yesterday and today. (Pence, 17 de febrero de 2018, p. 2).
- Be assured, President Trump and the American people are fully devoted to our transatlantic union (Pence, 17 de febrero de 2018, p. 2).
- Our choice today is the same as it was in ages past: security through shared sacrifice and strength, or an uncertain future characterized by disunity and faltering will (Pence, 17 de febrero de 2018, p. 2).
- Well, the United States chooses strength. The United States chooses friendship with Europe and a strong North Atlantic alliance (Pence, 17 de febrero de 2018, p. 7).
- And so, under President Donald Trump's leadership, America is leading the free world once again (Pence, 16 de febrero de 2019, p. 10).

- “The West will never ever be broken. Our values will prevail. Our people will thrive. And our civilization will triumph” (Pence, 16 de febrero de 2019, p. 11).

En lo referido a las amenazas, existe un elemento discursivo recurrente en ambos discursos de Pence, este es que identifica a Irán como una amenaza y como el principal Estado espónsor del terrorismo en el mundo, mientras que se ve al terrorismo islámico como un mal que debe erradicarse (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019). Ambos elementos del discurso siguen la línea esbozada por toda la administración Trump y su narrativa orientalista e islamófoba. También, reconoce a Corea del Norte como una amenaza que debe controlarse (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019) y se identifica a Rusia como un enemigo que debe ser llevado a cuentas por su agresión contra Crimea, el uso de armas químicas en Siria y la necesidad de salirse del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio. En su discurso de 2019, menciona los esfuerzos para contrarrestar el proyecto Nord Stream 2 como una amenaza a la seguridad energética de Europa, mientras que se cataloga a China como una amenaza, algo que no había realizado en el anterior discurso (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019).

En el discurso de 2019, se logra identificar un cambio en la narrativa de Pence, porque se alinea más de cerca con la forma narrativa de deliberar el mensaje de Trump y Pompeo. Emplea frases tales como buscar un comercio justo y recíproco con China y, por ello, la necesidad de la guerra comercial. Afirma que el antisemitismo es un mal que debe ser erradicado del mundo, en una clara alusión a Irán y a su enemistad con Israel, posicionando la lucha en términos de bien contra el mal, siendo EE. UU. parte del bando del bien y sus enemigos parte del bando del mal e, incluso, llama a Trump un campeón por la libertad. Asimismo, securitiza a las empresas chinas, especialmente a Huawei, afirmando que son un peligro por sus vínculos con el aparato de seguridad del Estado chino (Pence, 16 de febrero de 2019).

Pence también ubica por primera vez al régimen de Nicolás Maduro como una amenaza, identificándole como una tiranía que atenta contra los derechos de las personas, debido a su socialismo que solo ha hecho que la pobreza se esparza en el país, provocando un éxodo

masivo en la región. Aprovecha el momento para llamar al reconocimiento de Juan Guaidó como el presidente legítimo de Venezuela (Pence, 16 de febrero de 2019, pp. 9-10).

Al final de ambos discursos, Pence siempre concluye reafirmando el compromiso de los EE. UU. con sus aliados transatlánticos y con la convicción de que la libertad triunfará en el mundo (Pence, 17 de febrero de 2018, 16 de febrero de 2019). Como puede verse, el objetivo de los tres discursos analizados, realizados ante la CSM, era asegurar a los aliados europeos y a la OTAN el compromiso de la administración Trump con la alianza transatlántica, sin realmente quebrar con la línea discursiva de Trump o sus secretarios de Estado, quienes, a la vez, llamaban a que los aliados aumentaran su gasto militar.

Conclusiones

A partir de todos los discursos analizados previamente, queda claro que la administración Trump, como un todo, no plantea un cambio con el orden liberal internacional, sino que busca una reforma del mismo ante lo que se considera que es una crisis del orden, es decir, una crisis de la hegemonía internacional estadounidense. Esta crisis pareciera indicar la narrativa de la administración y surge, debido a la indolencia de anteriores administraciones estadounidenses y a sus aliados, así como, por el surgimiento de nuevas amenazas que provocan que la administración Trump adopte una posición más coercitiva para mantener su hegemonía internacional.

No obstante, no hay realmente un cuestionamiento al orden ni a sus características, como el comercio libre y abierto, el multilateralismo y relaciones basadas en reglas y la solidaridad democrática y cooperación en seguridad, que identifica Ikenberry (2020a). En cuanto a la quinta característica, la de propósitos sociales progresivos, como se ha observado anteriormente, esta es una característica que Ikenberry (2020a) adopta recientemente, intercambiándola con la capacidad de reforma del orden internacional, posiblemente, porque mantener dicha característica de reforma sería contraproducente para su argumentación, dado que es esta la que se ha demostrado que la administración Trump busca realizar, aunque con connotaciones más conservadoras. Además, se mantiene congruencia con la naturaleza del orden que recae, como se ha visto, en una noción de excepcionalismo estadounidense, la

supremacía anglosajona y por extensión transatlántica, bajo una visión económico-política de corte neoliberal.

Conclusiones

La presente investigación ha buscado indagar sobre el estado de las ideas de la hegemonía internacional de los Estados Unidos (EE. UU.), durante la administración de Donald J. Trump. Para ello, resultaba necesario, inicialmente, examinar cuáles son las ideas dominantes que informan, legitiman y promueven el proyecto del poder global estadounidense. Se identifica que el discurso geopolítico sobre el orden liberal internacional refiere a estas ideas dominantes, con John Ikenberry como su principal ideólogo. Estas ideas se basan en una serie de supuestos tanto relevantes como problemáticos.

Se parte de la idea de que la ilustración es un movimiento teleológico de la humanidad hacia estados más avanzados, pero no necesariamente superiores, que las ideas ilustradas liberales, tanto en Europa como de los padres fundadores de EE. UU., dan guía a seguir para hacer un eficaz frente a los retos y oportunidades de la modernidad, globalización e interdependencia, que estas ideas, si bien nacieron en Europa Occidental y EE. UU., son universales, con lo que se reafirma el papel de EE. UU. como una fuerza de bien en el mundo (excepcionalismo estadounidense), que el rol global de este país, desde Woodrow Wilson, pero con bases en los padres fundadores, es hacer un mundo seguro para la democracia liberal, libre de colonias e imperios, que durante la Guerra Fría existió un sistema internacional dual, por un lado, marcado por la lógica realista de contención a un enemigo existencial constantemente

conspirando por acabar con EE. UU., la URSS, , por el otro, un orden liberal que fungió como un club de democracias liberales que fomentaban el libre comercio y el desarrollo de los pueblos, que a partir de los 70 este orden empezó a globalizarse, lográndolo en mayor medida en los 90, conformando un sistema internacional mayoritariamente de democracias liberales y el consenso, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, de que el libre comercio produce desarrollo, que actualmente dicho orden está en crisis, no por sus contradicciones internas o incongruencias, sino por su propio éxito y que, para hacerle frente al mundo que se está conformando en el siglo XXI se debe profundizar el liberalismo o lo que vendrá será caos y conflicto.

Este proyecto liberal universal se basa en la construcción del llamado orden liberal internacional, el cual parte desde finales de la Segunda Guerra Mundial y actualmente se encuentra en una crisis, crisis de autoridad y crisis de propósito social, cuya solución no es menos liberalismo, sino más liberalismo. Este orden se basa en una serie de características, como lo son: la apertura internacional, el multilateralismo y las relaciones basadas en reglas, la solidaridad democrática y la cooperación en seguridad y los propósitos sociales progresivos, que le dan al orden su capacidad de reforma, constituyéndose en el principal vehículo que tiene el mundo para hacerle frente a los retos de la modernidad.

Sin embargo, como su análisis crítico ha demostrado, estas ideas parten de una serie de sesgos, omisiones, revisionismo histórico e invisibilizaciones que no se sostienen ni filosófica ni históricamente. Estas ideas buscan despersonificar, descontextualizar y legitimar al orden como universal, cuando lo cierto del caso es que este ha sido construido sobre la base de relaciones de poder y dominación claras, con un actor fundamental, los EE. UU. como su base. De ahí que la piedra angular del orden sea la noción de excepcionalismo estadounidense y que el orden no pueda desligarse de la potencia que lo impulsó, mantiene y busca reconfigurarlo.

Asimismo, se identifica que una de las omisiones más importantes de estas ideas es la descontextualización sobre cuándo realmente inicia el orden liberal internacional. Este no inicia a finales de la Segunda Guerra Mundial, sino, más bien, con el fin de la Guerra Fría, por ende, no es un orden liberal, sino un orden neoliberal que refiere a un proyecto más amplio de hegemonía internacional estadounidense, entendiendo a la hegemonía en términos

gramscianos como un proceso y no como un estado de existencia (Hall, 2011). Es esta hegemonía internacional la que actualmente se encuentra en crisis orgánica, permitiendo ubicar la coyuntura de la administración Trump en su bloque histórico más amplio.

Si la administración Trump representó una causa o consecuencia de la crisis hegemónica estadounidense se considera que debe quedar para un trabajo histórico posterior. No obstante, en términos de la teoría de la que parte esta investigación se entiende que un esfuerzo tal es un sinsentido, precisamente, por el carácter dialéctico de la historia. Se considera que es mejor entender a la administración como una crisis coyuntural inmersa dentro de una crisis orgánica de la hegemonía internacional estadounidense (Hall, 1986)⁵, entendiendo que la potencia ha pasado de ser la potencia dirigente a ser la potencia dominante en el sistema internacional.

En este contexto es que debe situarse a la administración Trump para comprender si realmente significó un quiebre o una reconfiguración del orden liberal internacional o de la hegemonía internacional estadounidense. Como evidencia el análisis empírico llevado a cabo a través del análisis crítico de contenido y de discurso, Trump no marcó un quiebre con las ideas del orden, ni mucho menos con las tradiciones de política exterior estadounidense. Trump siguió la tradición hamiltoniana de buscar ventajas económicas y comerciales internacionales, a través de una diplomacia económica coercitiva, tanto hacia aliados como hacia rivales estadounidenses. Al menos discursivamente no planteó un quiebre con las características del orden, aunque su compromiso con algunas características, como el multilateralismo y las relaciones basadas en reglas y la solidaridad democrática, es dudoso.

En cuanto al resto de características, más que romper con el libre comercio, buscó redireccionarlo a favor de los EE. UU., primando una diplomacia bilateral coercitiva o reformas parciales, como es el caso del USMCA. Mantuvo su compromiso con la OTAN, pero buscó de forma coercitiva hacer que los aliados aportaran más en su gasto en defensa. Con respecto a los propósitos sociales progresistas, Trump, una figura más oportunista y amigable con posfascistas, se alió con estos, conservadores, neoconservadores, realistas y

⁵ Stuart Hall en este texto explica que la crisis orgánica es de amplia duración y refiere al cambio de un bloque histórico por otro, mientras que la crisis coyuntural es un punto de inflexión dentro de un mismo bloque histórico.

cristianos de derecha para buscar reformar la hegemonía internacional estadounidense para hacerla más duradera. En este sentido, no marcó un quiebre, sino una búsqueda de reconfigurar la hegemonía internacional estadounidense, aunque con una retórica torpe, coercitiva y contradictoria.

No obstante, quedarse solo con la figura de Trump es quedarse en un ámbito superficial de análisis, ya que debe observarse las ideas que impulsó su administración en su conjunto. Para ello, el estudio complementó las ideas de Trump con las de sus secretarios de Estado, Rex Tillerson y Michael Pompeo, así como los discursos emitidos por Mike Pence y Jim Mattis ante la Conferencia de Seguridad de Múnich (CSM).

En lo que refiere a las narrativas tanto de Tillerson como de Pompeo, se encuentra que ambos llegan a complementar la narrativa de Trump, llenando los vacíos que este había dejado o reafirmando el compromiso que Trump podría haber dejado en tela de duda sobre la democracia, la libertad, los derechos humanos, el multilateralismo y las organizaciones internacionales. Precisamente, al entender la narrativa de la administración como un todo y no centrarse exclusivamente en la figura de Trump, se puede ver si, en efecto, la administración Trump (2017-2021) planteó o no un quiebre con el llamado orden liberal internacional o la hegemonía global estadounidense, siendo el mismo fenómeno. Como se ha dejado absolutamente claro, en el análisis previo, no solo no es un quiebre con el llamado orden liberal internacional, sino que es más bien un esfuerzo de reformar el poder global estadounidense y el orden internacional que le sirve de base a su hegemonía global, con claras características conservadoras, nativistas y neoliberales.

En cuanto a las narrativas impulsadas por Mike Pence y Jim Mattis, se encuentra que buscan reafirmar el compromiso estadounidense con sus aliados tradicionales, especialmente la alianza transatlántica y la OTAN, con el fin de garantizar el liderazgo estadounidense en las alianzas, el cual fue puesto en tela de duda por afirmaciones realizadas por Trump. En los discursos de Tillerson, Pompeo, Pence y Mattis, se identifica una disposición más explícita que la de Trump por catalogar a la Rusia de Vladimir Putin como una amenaza para el orden y la necesidad y compromiso de contenerle y disuadirle, pero sin entrar necesariamente en un conflicto con las narrativas impulsadas por el entonces presidente estadounidense.

Mientras Tillerson y Mattis ofrecen narrativas más cercanas al conservadurismo estadounidense y discursos más tradicionales en el establishment de política exterior del país, Pompeo, en mayor medida, y Pence, en menor medida, ofrecen narrativas más cercanas al neoconservadurismo y a la derecha nativista cristiana. De los cuatro, Pompeo es el más beligerante a la hora de identificar amenazas, especialmente en relación con China e Irán, pero siempre busca desligar a los regímenes políticos de estos países de su población. Se identifica, con ello, un lenguaje claramente cuidadoso y sofisticado en sus referencias a estas amenazas, que contrasta con el discurso que emplea un estilo populista y conservador a la hora de defender a la administración Trump y sus logros.

Mientras Tillerson es quien emplea menores referencias al excepcionalismo estadounidense, se identifica que todas las figuras analizadas, incluida la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN), emplean recurrentemente referencias a dicho excepcionalismo y al rol excepcional de los EE. UU. en el mundo. Pompeo es quien más referencias hace al respecto, vinculando nociones cristianas de derecha y libertad conservadora al término, mientras que Trump lo hace sin necesariamente recurrir a connotaciones religiosas. Pence emplea el término en un lenguaje conservador tradicional, mientras que Mattis también lo emplea, aunque en menor frecuencia.

Lo cierto del caso es que se reconoce la intención de la administración, en su conjunto, de salvaguardar al llamado orden liberal internacional. Por tal razón, en ninguna medida es un quiebre con el orden (neo)liberal internacional ni con la hegemonía global estadounidense. Lo que se buscó en la administración Trump fue reformar el orden o reconfigurar la hegemonía global estadounidense. Para ello, se consideró necesario securitizar el orden, en aras de resguardarlo. Por lo tanto, se encuentra que una percepción común dentro de la administración fue la idea de que el orden estaba en crisis existencial y que se necesitaban medidas extraordinarias para garantizar su permanencia.

De esta forma, se demuestra que EE. UU. ha perdido su rol de potencia dirigente, por ende, busca mantener su rol de potencia dominante, recurriendo, bajo la administración Trump, más a la coerción que al consenso para mantener su poder global. Esto da mayor peso a la tesis de que la hegemonía global estadounidense se encuentra en crisis orgánica, siendo la administración Trump una crisis coyuntural. No se puede afirmar el éxito o fracaso de la

administración en reconfigurar la hegemonía global estadounidense, dado que excede los alcances de esta investigación, pero observando la continuidad de ciertas políticas bajo la administración de Joe Biden (Haas, 29 de septiembre de 2021), como la unilateralidad de la retirada militar de Afganistán en agosto de 2021 o la continuación de la construcción del muro fronterizo en la frontera sur estadounidense, como dos ejemplos a mencionar, se puede afirmar que actualmente EE. UU. está buscando la ruta para recuperar su rol como potencia dirigente.

Lo anterior deja abiertas posibles agendas de investigación, como el contraste entre el discurso y las acciones de la administración Trump para identificar si sus acciones tuvieron más peso que su discurso, en cuanto al quiebre o no con la hegemonía internacional estadounidense. También, sobre estudios que indaguen el impacto para la promoción y consolidación democrática en el mundo, especialmente, luego de lo sucedido el 06 de enero de 2021, recordando las advertencias sobre el peligro del fascismo dentro de la democracia que realiza Traverso (2019). Asimismo, investigaciones sobre la continuidad de sus políticas en otras administraciones estadounidenses que arrojen más claridad sobre la reconfiguración del poder global estadounidense. Por el momento, esta investigación ha demostrado que la administración Trump no marcó un quiebre con las ideas que informan y legitiman al orden liberal internacional o, mejor dicho, la hegemonía internacional estadounidense, sino fue un esfuerzo burdo y coercitivo de reconfigurar las ideas que le informan.

Referencias

Libros y fuentes académicas

- Abarca, A. (2013a). Capítulo VI. El análisis de contenido. En A. Abarca., F. Alpízar., C. Rojas., y G. Sibaja (Eds.), *Técnicas cualitativas de investigación* (pp. 193-248). Editorial UCR.
- Abellán, J. (2006). Estudio Preliminar. En M. Weber (Ed.), *Conceptos sociológicos fundamentales* (pp. 9-64). Alianza Editorial.
- Acharya, A. (2018). *The End of the American World Order* (2a ed.). Polity Press.
- Acharya, A. (2019). Why International Ethics Will Survive the Crisis of the Liberal International Order. *SAIS Review*, 39(1),5-20. DOI: <https://doi.org/10.1353/sais.2019.0001>
- Actis, E. (2020). Estados Unidos y China: ¿Hacia una nueva Guerra Fría? *Anuario en Relaciones Internacionales Del IRI; 2020*, (pp. 1-7) <http://www.iri.edu.ar/wp-content/uploads/2020/09/a2020americaNorteArtActis.pdf>
- Actis, E., y Creus, N. (2020). Un mundo acelerado ¿Bipolaridad o nueva Guerra Fría? *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/China-Estados-Unidos-Guerra-fria/?fbclid=IwAR0LJiIWcJXkpsb1y2Gsnq6RexO3RjvEBZ0l4N23PeUVuVPeyqG-xeAGOyc>
- Actis, E., y Malacalza, B. (2020). Autonomía líquida: América Latina y la política exterior en el siglo XXI. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/internacional/esteban-actis-bernabe-malacalzaautonomia-liquida-america-latina-y-la-politica-exterior-siglo-xxi.phtml>

- Agnew, J. (1994). The Territorial Trap: The Geographical Assumptions of International Relations Theory. *Review of International Political Economy*, 1(1), 53-80.
- Agnew, J. (1998). *Geopolitics. Re-visioning World Politics*. Routledge, Taylor & Francis Group.
- Agnew, J. (2018). *Globalization and Sovereignty: Beyond the Territorial Trap*. Rowman and Littlefield Publishing Group, Inc.
- Agnew, J. (2020). *Hegemonía. La nueva forma del poder global*. Celag.
- Agnew, J., y Sharp, J. (2016). America, frontier nation: From abstract space to worldly space. En J. Agnew.,y J. Smith(Eds.), *American Space /American Place: Geographies of the Contemporary United States* (pp. 79-107). Edinburgh University Press.
- Althusser, L. (1994). Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes towards an Investigation). En S. Zizek (Ed.), *Mapping Ideology* (pp. 100-140). Verso.
- Anderson, P. (2014). *American Foreign Policy and Its Thinkers*. Verso.
- Anderson, P. (2017). *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Akal.
- Anderson, P. (2018). *La palabra H: Peripecias de la Hegemonía*. Akal.
- Arredondo, R. (2020). ¿Del desorden al caos? *Foreign Affairs Latinoamérica*.<http://revistafal.com/del-desorden-al-caos/>
- Arrighi, G. (2005). Estados, mercados y capitalismo, Oriente y Occidente. *Anuario Asia-Pacífico*, 1 (1), 339-52.
- Baig, M. A., y Muhammad, S. S. (2020). Trump's False Realism. *International Bulletin of Political Psychology*, 20(1), 1-19.
- Barbour, R. (2014). *Introducing Qualitative Research. A Student's Guide* (2a ed.). Sage Publications.
- Barceló, J. (1989). Selección de escritos políticos de Kant. *Estudios políticos*, 34, 1-47.

- Bell, D. (2022). American Excepcionalism. En K. Kruse.,y J. Zelizer(Eds.),*Myth America. Historians Take on the Biggest Legends and Lies About Our Past* (pp.22-33). Basic Books.
- Blyth, M. (2014). *Austeridad: historia de una idea peligrosa*. Crítica.
- Bonilla, G. (2009). Teoría feminista, ilustración y modernidad: Notas para un debate. *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica*,11, 191-214.
- Borón, A. (2008). Teoría(s) de la Dependencia. *Realidad económica*, 238, 20-43.
- Buzan, B., Wæver, O., y De Wilde, J. (1999). *Security: A New Framework for Analysis*. Lynne Rienner Publishers.
- Cachanosky, Juan. (1998). Selección de Textos de J.S. Mill. *Revista Estudios Públicos*,72, 269-295.
- Camp, J. (2020). Preface. En Harvey, D. (2020). *The Anti-Capitalist Chronicles*. Pluto Press.
- Castro-Gómez, S., y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores.
- Chang, H. J. (2013). Patada a la escalera: la verdadera historia del libre comercio. *Ensayos de economía*, 42(22), 27-57.
- Churchwell, S. (2022). America First. En K. Kruse., y J. Zelizer(Eds.), *Myth America. Historians Take on the Biggest Legends and Lies About Our Past* (pp.73-88). Basic Books.
- Cox, R. (2014). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales. *Revista de Relaciones Internacionales*, 24, 129-162.
- Creswell, J. (2009). *Research Design: Qualitative, Quantitative and Mixed Methods Approaches* (3a ed.). SAGE Publications, Inc.
- Dario, L. (25 de julio de 2020). John Mearsheimer: "Es posible una guerra entre Estados Unidos y China en 2021". *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/john-mearsheimer-es-posible-una-guerra-con-china-en-2021-estados-unidos.phtml>

- Dario, L. (15 de agosto de 2020a). Joseph Nye: “Trump es el problema más grande para Estados Unidos”. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/joseph-nye-trump-es-el-problema-mas-grande-para-estados-unidos.phtml>
- Dario, L. (29 de agosto de 2020). John Ikenberry: “Trump es una mala noticia para América Latina”. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/john-ikenberry-donald-trump-es-una-mala-noticia-para-america-latina.phtml>
- De Graaff, N., y Van Apeldoorn, B. (2018). US-China Relations and the Liberal World Order: Contending Elites, Colliding Visions? *International Affairs*, 94(1),113-131. DOI: 10.1093/ia/iix232
- De Rossi, M.A. (2000). Aproximaciones al pensamiento político de Immanuel Kant. En A. Borón(Ed.), *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx* (pp. 189-212). CLACSO.
- Deudney, D. (2019). Hegemonic Disarray—American Internationalism and World Disorder. En H. Maull(Ed.), *The Rise and Decline of the Post-Cold War International Order* (pp. 199-216). Oxford University Press.
- Deudney, D., y Ikenberry, J. (2018). Liberal World. The Resilient Order. *Foreign Affairs*, 97(4), 16-24.
- Deudney, D., y Ikenberry, J. (2021a). Misplaced Restraint: The Quincy Coalition Versus Liberal Internationalism. *Survival*, 63(4), 7-32, DOI: 10.1080/00396338.2021.1956187
- Deudney, D., y Ikenberry, J. (2021b). Getting Restraint Right: Liberal Internationalism and American Foreign Policy. *Survival*, 63(6), 63-100, DOI: 10.1080/00396338.2021.2006452
- Deudney, D., y Meiser, J. (2012). American Excepcionalism. En M. Cox., y D. Stokes(Eds.), *US Foreign Policy (2a ed, pp. 21-40)*. Oxford University Press.

- Dirección. (2020). Geopolítica de la pandemia de COVID-19. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11,(Especial), 11-13.
- Dittmer, J., y Bos, D. (2019). *Popular Culture, Geopolitics and Identity* (2a ed.). Rowman & Littlefield.
- Dunford, M., y Qi, B. (2020). Global reset: COVID-19, systemic rivalry and the global order. *Research In Globalization*, 2, 1-12. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.resglo.2020.100021>.
- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 41-54). CLACSO.
- Eichengreen, B. (2008). *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*. Princeton University Press.
- Ettinger, A. (2018). Trump's National Security Strategy: America First meets the establishment. *International Journal*, 73(3), 474-483.
- Ettinger, A. (2019). Principled realism and populist sovereignty in Turmp's foreign policy. *Cambridge Review of International Affairs*, 1-22. DOI: 10.1080/09557571.2019.1659229
- Fallas Santana, C. M. (2011). El filibusterismo en los mensajes al Congreso de los presidentes de los Estados Unidos y la Ley de Neutralidad 1848-1860. *Diálogos*, 12(2), 70-97.
- Flick, U. (2007). *Designing Qualitative Research*. Sage Publications.
- Flint, C. (2021). *Introduction to Geopolitics* (4a ed.). Routledge.
- Flyvbjerg, B. (2004). Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante estudios de caso. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 106(4), 33-62.
- Foster, J., y Suwandi, I. (2020). COVID-19 y Capitalismo Catastrófico. *Sinpermiso*. <https://www.sinpermiso.info/textos/covid-19-y-capitalismo-catastrofico>
- Friedman, M. (1952). Neo-Liberalism and Its Prospects. *Farmand*, 89-93.

- Gallardo, H. (1990). *Fundamentos de formación política*. Análisis de Coyuntura. <https://praxislibertaria.files.wordpress.com/2013/09/helio-gallardo-fundamentos-de-formacion-politica-analisis-de-coyuntura.pdf>
- Garay Montañez, N. (2013). Las Declaraciones de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana de 1791 y de Independencia de Haití de 1804 en el proceso de positivización de los derechos fundamentales. Aportes desde el constitucionalismo feminista. *Letras Jurídicas*, 28, 87-107.
- George, S. (1999). Breve historia del neoliberalismo. *Transnational Institute*. https://www.tni.org/en/article/short-history-neoliberalism?content_language=es
- Goldman, E. (s.f.). *Textos feministas de EMMA GOLDMAN*. La Congregación.
- Goodwin, B. (1982). *El uso de las ideas políticas*. Ediciones Península.
- Gramsci, A. (2017). *Antología de Gramsci*. Alianza Editorial.
- Granados Chaverri, C. (2010). Geopolítica, Destino Manifiesto y filibusterismo en Centroamérica. En V. H. Acuña (Ed.), *Filibusterismo y el Destino Manifiesto en las Américas* (pp. 11-20). Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Gray, J. (2003). *Liberalism*. University of Minnesota Press.
- Green, J. (2017). *The Devil's Bargain. Steve Bannon, Donald Trump and the Storming of the Presidency*. Penguin Press.
- Grigas, A. (2017). *The New Geopolitics of Natural Gas*. Harvard University Press.
- Haas, R. (2017). *A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*. Penguin Press.
- Haas, R. (21 de marzo de 2018). Liberal World Order, R.I.P. *Project Syndicate*.. <https://www.cfr.org/article/liberal-world-order-rip>
- Haas, R. (2019). *How a World Order Ends*. Foreign Affairs. <https://www.foreignaffairs.com/articles/2018-12-11/how-world-order-ends>

- Haas, R. (2020). *Repairing the World*. Foreign Affairs. https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-11-09/repairing-world?utm_medium=social_owned&utm_source=tw Haas, R. (11 de enero de 2021). Donald Trump's Costly Legacy. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/article/donald-trumps-costly-legacy>
- Haas, R. (15 de agosto de 2021). America's Withdrawal of Choice. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/article/americas-withdrawal-choice>
- Haas, R. (29 de septiembre de 2021). The Age of America First. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2021-09-29/biden-trump-age-america-first>
- Haas, R., y Kupchan, Ch. (25 de marzo de 2021). A Concert of Powers for a Global Era. *Project Syndicate*. <https://www.cfr.org/article/concert-powers-global-era>
- Hall, S. (1986). Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity. *Journal of Communication Inquiry*, 10(2), 5-27. DOI: 10.1177/019685998601000202
- Hall, S. (2011). The Neo-Liberal Revolution. *Cultural Studies*, 25(6), 705-728.
- Harvey, D. (2005). *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*. CLACSO.
- Harvey, D. (2008a). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal.
- Harvey, D. (2008b). «El neoliberalismo como destrucción creativa». *Apuntes del CENES* 27(45), 10-34.
- Harvey, D. (2020). *The Anti-Capitalist Chronicles*. Pluto Press.
- Héritier, A. (2008). Causal Explanation. En D. Della Porta., y M. Keating (eds.), *Approaches and Methodologies in the Social Sciences. A Pluralist Perspective* (pp. 75-92). Cambridge University Press.
- Hinshaw, D., y Armour, S. (2020). Trump Moves to Pull U.S. Out of World Health Organization in Midst of Covid-19 Pandemic. *Wall Street Journal*. <https://www.wsj.com/articles/white-house-says-u-s-has-pulled-out-of-the-world-health-organization-11594150928>

- Ikenberry, J. (2005). Power and Liberal Order: America's Postwar World Order in Transition. *International Relations of the Asia-Pacific*, 5, 133-152. DOI: doi:10.1093/irap/lci112
- Ikenberry, J. (2018). The End of the Liberal International Order? *International Affairs*, 94(1), 7-23. DOI: 10.1093/ia/iix241
- Ikenberry, J. (2020a). A World Safe for Democracy. *Yale University Press*.
- Ikenberry, J. (2020b). The Next Liberal Order. The Age of Contagion Demands More Internationalism, Not Less. *Foreign Affairs*, 99(4), 133-142.
- Ikenberry, J. (2022). Why American Power Endures: The US-Led Order Isn't in Decline. *Foreign Affairs*, <https://www.foreignaffairs.com/united-states/why-american-power-endures-us-led-order-isnt-in-decline-g-john-ikenberry>
- Jessop, B. (2017). *El Estado. Pasado, Presente y Futuro*. La Catarata.
- Keohane, R. (1993). *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: Saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). CLACSO.
- Laporte, J.P. (3 de abril de 2020). Desnaturalizar el (des)orden mundial. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/desnaturalizar-el-desorden-mundial.phtml>
- Losurdo, D. (2011). *Liberalism: A Counter-History*. Verso
- Maíz, R. (1991). Karl Marx: De la superación del Estado a la dictadura del proletariado. En Vallespín, F. (coord.). (1991). *Historia de la teoría política*. Tomo IV. pp. 103-169.
- Marini, R.M. (1991). *Dialéctica de la Dependencia*. Ediciones Era.
- Marini, R.M. (2008). *América Latina, dependencia y globalización* (2ª ed.). CLACSO.

- Marx, K. (1978a). Contribución a la crítica de la economía política. Introducción a la crítica de la economía política. Ediciones de Cultura Popular.
- Marx, K. (1978b). *El Capital: Crítica de la Economía Política*. Fondo de Cultura Económica.
- Mazzucato, M. (2019). El Estado emprendedor. Socializar riesgos y recompensas. *Propuestas para el Desarrollo*, 3, 225-44.
- Mearsheimer, J. (2018). *The Great Delusion. Liberal Dreams and International Realities*. Yale University Press.
- Mearsheimer, J. (2019). Bound to Fail. The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security*, 43(4), 7-50.
- Military Expenditure Database. (2023). SIPRI. <https://www.sipri.org/databases/milex>
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style and Representation*. Stanford University Press.
- Mohajan, H. (2018). Qualitative Research Methodology in Social Sciences and Related Subjects. *Journal of Economic Development, Environment and People*, 7(1), 23-48.
- Moya, S. (2019). A tu servicio oh Hussein: las milicias chiitas y la lucha contra el Estado Islámico. San José: CEMOAN.
- Moya, S. (2020). El debate sobre el declivismo y el futuro del poder estadounidense (2000-2015). En C. Cascante(Ed.), *Más Allá de Trump: Centroamérica y los Estados Unidos en el Siglo XXI*. FLACSO.
- Mudde, C. (2019). *The Far Right Today*. Polity Press.
- Nemiña, P. (2020). *El BID y el Consenso de Wall Street*. El cohete a la luna. <https://www.elcoheteealaluna.com/el-bid-pivote-del-consenso-de-wall-street/>
- Nye, J. (2011). *The Future of Power*. Public Affairs.
- Nye, J. (2019). *Do Morals Matter? Presidents and Foreign Policy From FDR to Trump*. Oxford University Press.

- Nye, J. (1 de septiembre de 2020). Is Trump a Turning Point in World Politics? *Project Syndicate*. https://www.project-syndicate.org/commentary/trump-legacy-for-world-politics-by-joseph-s-nye-2020-08?utm_source=twitter&utm_medium=organic-social&utm_campaign=page-posts-september20&utm_post-type=link&utm_format=16%3A9&utm_creative=link-image&utm_post-date=2020-09-01&barrier=accesspaylog
- Nye, J. (9 de noviembre de 2020). International Institutions Still Matter to the US. *Project Syndicate*. https://www.project-syndicate.org/commentary/international-institutions-crucial-for-us-global-power-by-joseph-s-nye-2020-11?a_la=english&a_d=5fa90a735ab6944e8849e654&a_m=&a_a=click&a_s=&a_p=%2Fcolumnist%2Fjoseph-s-nye&a_li=international-institutions-crucial-for-us-global-power-by-joseph-s-nye-2020-11&a_pa=columnist-commentaries&a_ps=&a_ms=&a_r=
- Osorio, J. (2001). *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Osorio, J. (2017). *Sistema mundial, intercambio desigual y renta de la tierra*. UAM.
- Patrick, S. (5 de abril de 2021). A Concert of Powers Is an Idea Whose Time has Come— and Gone. *World Politics Review*. <https://www.worldpoliticsreview.com/articles/29545/a-concert-of-powers-is-an-idea-whose-time-has-come-and-gone>
- Paxton, R. (1998). The Five Stages of Fascism. *The Journal of Modern History*, 70(1), 1-23.
- Paxton, R. (2008). *The Anatomy of Fascism*. Alfred A. Knopf
- Peet, R., y Hartwick, E. (2009). *The Theories of Development. Contentions, Arguments, Alternatives*. The Guildford Press.
- Quiggin, J. (2016). Locke's Folly. *Jacobin*. <https://jacobin.com/2016/08/locke-property-manifest-destiny-jefferson-slavery-indigenous>
- Quiggin, J. (2019). Leave Locke in the Dustbin of History. *Jacobin*. <https://jacobin.com/2019/03/john-locke-freedom-slavery-united->

states/?fbclid=IwAR2KsXLW-

73DI2gyFGY2JdZLnI45jN1tdWqRLA82j73xrNpn2VOolBGwb68

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-242). CLACSO.

Repucci, S., y Slipowitz, A. (2021). Freedom in the World, 2021: Democracy Under Siege. *Freedom House*. <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/2021/democracy-under-siege>

Rist, G. (2008). *The history of development: from Western origins to global faith*. Zed Books.

Rostow, W.W. (1971). *The Stages of Economic Growth*. Cambridge University Press.

Rousseau, J.J. (1923). *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. CALPE.

Ruggie, J. (1982). International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order. *International Organization*, 36(2), 379-415.

Said, E. (1981). *Covering Islam. How the Media and the Experts Determine How We See the Rest of the World*. Vintage Books.

Sanahuja, J. A. (2020). COVID-19: riesgo, pandemia y crisis de gobernanza global. Anuario CEIPAZ 2019-2020. Riesgos globales y multilateralismo: el impacto de la COVID-19. pp. 27-54.

Sanahuja, J. A. y López, C. (2020). <La nueva extrema derecha neopatriota latinoamericana: el internacionalismo reaccionario y su desafío al orden liberal internacional. Cojuntura Austral. *The Journal of the Global South*, 11(55), 22-34. DOI: <https://doi.org/10.22456/2178-8839.106956>

Sandoval, C. (2015). *No más muros. Exclusión y migración forzada en Centroamérica*. Editorial UCR.

Santamarina Guerrero, A. (2017). Guerra contra el terror: guerra contra los cuerpos. Una aproximación desde la perspectiva de la Geopolítica Feminista. *Journal of Feminist, Gender and Wome Studies*, 5(1),1-14.

- Santander, P. (2011). Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso. *Cinta moebio*, 41, 207-224.
- Schweller, R. (2010). Entropy and the trajectory of world politics: why polarity has become less meaningful. *Cambridge Review of International Affairs*, 23(1), 145-163. DOI: 10.1080/09557570903456374
- Sharp, J. (2005). Guerra contra el terror y geopolítica feminista. *Tabula Rasa*, 3(1), 29-46.
- Slater, D. (2014). *Geopolitics and the Post-Colonial. Rethinking North-South Relations*. Blackwell Publishing.
- Smith, J. (2016). *Imperialism in the Twenty-First Century Globalization, Super-Exploitation and Capitalism's Final Crisis*. Monthly Review Press.
- Steger, M. B., y Roy, R.K. (2010). *Neoliberalismo: una breve introducción*. Alianza Editorial.
- Suwandi, I., Jonna, J., y Bellamy-Foster, J. (2019). Cadenas Globales Primarias y el Nuevo Imperialismo. *Revista del Observatorio Internacional de Salarios Dignos*, 1(2), 1-38.
- Tama, J. (05 de septiembre de 2023). Trump didn't invent isolationism. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2023/09/05/trump-gop-2024-elections-debate-ramaswamy-isolationism/>
- Taylor, P. J., y Flint, C. (2018). *Political Geography. World-Economy, Nation-State and Locality* (7a ed.). Routledge.
- The Productivity-Pay Gap. (2022). *Economic Policy Institute*. <https://www.epi.org/productivity-pay-gap/>
- Tian, N., Da Silva, D., Liang, X., Scarazzato, L., Béraud-Sudreau, L., y de Oliveira Assis, A.C. (2023). Trends in World Military Expenditure, 2022. *SIPRI Fact sheet*. https://www.sipri.org/sites/default/files/2023-04/2304_fs_milex_2022.pdf
- Tokatlian, J.G. (2020). El descalabro del sistema interamericano. *Revista Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/bid-sistema-interamericano-trump/>

- Tracy, S. (2020). *Qualitative Research Methods. Collecting Evidence, Crafting Analysis, Communicating Impact* (2a ed.). Wiley Blackwell.
- Traverso, E. (2019). *The New Faces of Fascism. Populism and the Far Right*. Verso.
- Trouillot, M. R. (2017). *Silenciando el pasado: el poder y la producción de la Historia*. Comares.
- Tunick, M. (2006). John Stuart Mill's Defense of British Rule in India. *The Review of Politics*, 68(4), 586-611.
- Vargas, Karla. (2009). La propuesta de igualdad entre los sexos en el pensamiento de John Stuart Mill. *Revista de Filosofía Universidad de Costa Rica*, 19-25.
- Vennesson, P. (2008). Case studies and process tracing: theories and practices. En D. Della Porta., y M. Keating (eds.), *Approaches and Methodologies in the Social Sciences. A Pluralist Perspective* (pp. 237-254). Cambridge University Press.
- Villafuerte, D. (2018). Seguridad y control geopolítico: Crónica de la Iniciativa para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica. *Revista CS*, 24, 91-118.
- Wallace, R., Liebman, A., Chaves, L. F., y Wallace, R. (2020). Covid-19 y Circuitos de Capital. *La Alianza Global Jus Semper*.
<https://jussemper.org/Inicio/Recursos/Info.%20econ/Resources/Covid-19YCircuitosdeCapital.pdf>
- Walt, S. (2011). The Myth of American Excepcionalism. *Foreign Policy*.
<https://foreignpolicy.com/2011/10/11/the-myth-of-american-exceptionalism/>
- Walt, S. (2018). *The Hell of Good Intentions. America's Foreign Policy Elite and the Decline of U.S. Primacy*. Farrar, Straus and Giroux.
- Wilson, C. (2021). *Trumpism. Race, Class, Populism and Public Policy*. Lexington Books.
- Xuetong, Y. (2018). Chinese Values vs. Liberalism: What Ideology Will Shape the International Normative Order? *The Chinese Journal of International Politics*, 1-22.
 DOI: 10.1093/cjip/poy001
- Xuetong, Y. (2019). *Leadership and the Rise of Great Powers*. Princeton University Press.

Zelicovich, J. (2020). Una matrioshka: las crisis del sistema multilateral de comercio durante 2019 y 2020. Anuario en Relaciones Internacionales 2020, *Instituto de Relaciones Internacionales*. <http://www.iri.edu.ar/wp-content/uploads/2020/09/a2020relEconoArtZelicovich.pdf>

Zizek, S. (1989). *The Sublime Object of Ideology*. Verso.

Otras Fuentes

Friedman, L. (2023). U.S. and China on Climate: How the World's Two Largest Polluters Stack Up. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2023/07/19/climate/us-china-climate-issues.html#:~:text=The%20United%20States%20and%20China,safe%20limits%20of%20global%20warming>

Gaouette, N., Collins, K., y Merica, D. (13 de marzo de 2018). Trump fires Tillerson, taps Pompeo as the next secretary of state. *CNN Politics*. <https://edition.cnn.com/2018/03/13/politics/rex-tillerson-secretary-of-state/index.html#:~:text=Tillerson%20thanked%20the%20American%20people,a%20tweet%20on%20Tuesday%20morning>.

MSC. (2023a). *History of the Munich Security Conference*. <https://securityconference.org/en/about-us/history/>

MSC. (2023b). *About the Munich Security Conference*. <https://securityconference.org/en/about-us/about-the-msc/>

OTAN. (2019). *The North Atlantic Treaty, Washington D.C., 4, April 1949*. https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_17120.htm

OTAN. (2023). *Funding NATO*. https://www.nato.int/cps/en/natohq/topics_67655.htm

Taylor, M., y Watts, J. (2019). Revealed: The 20 firms behind a third of all carbon emissions. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/environment/2019/oct/09/revealed-20-firms-third-carbon-emissions>

Discursos y documentos oficiales de la administración Trump

Gobierno de EE.UU. (2017). *National Security Strategy of the United States of America*.

<https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>

Mattis, J. (17 de febrero de 2017). *Remarks by Secretary Mattis at the Munich Security Conference in Munich, Germany*.

<https://www.defense.gov/News/Speeches/Speech/Article/1087838/remarks-by-secretary-mattis-at-the-munich-security-conference-in-munich-germany/>

Pence, M. (17 de febrero de 2018). *Remarks by Vice President Pence at the Munich Security Conference February 18*. <https://nl.usembassy.gov/remarks-vice-president-pence-munich-security-conference-february-18/>

Pence, M. (16 de febrero de 2019). *Remarks by Vice President Pence at the 2019 Munich Security Conference, Munich, Germany*.

<https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-vice-president-pence-2019-munich-security-conference-munich-germany/>

Pompeo, M. (21 de mayo de 2018). *After the Deal: A New Iran Strategy*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (18 de junio de 2018). *America's Economic Revival*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (22 de julio de 2018). *Supporting Iranian Voices*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (30 de julio de 2018). *America's Indo-Pacific Economic Vision*.: <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (10 de octubre de 2018). *Remarks at the 36th Annual Jewish Institute for National Security of America Awards Dinner*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (04 de diciembre de 2018). *Restoring the Role of the Nation-State in the Liberal International Order*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (10 de enero de 2019). *A Force for Good: America reinvigorated in the Middle East*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (12 de marzo de 2019). *U.S. Foreign Policy in the New Age of Discovery*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (15 de marzo de 2019). *Remarks at the AIPAC Policy Conference*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (12 de abril de 2019). *Seizing the Opportunity for Freedom in the Americas*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (06 de mayo de 2019). *Looking North: Sharpening America's Arctic Focus*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (08 de mayo de 2019). *The Special Relationship*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (11 de mayo de 2019). *A Foreign Policy From the Founding*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (26 de junio de 2019). *America and India: Embracing an Age of Ambition*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (08 de julio de 2019). *The US and Israel: A Friendship for Freedom*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (02 de agosto de 2019). *The US in Asia: Economic Engagement for Good*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (27 de agosto de 2019). *Celebrating Americanism in Our Foreign Policy*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (06 de septiembre de 2019). *In Defense of the American Rights Tradition.*: <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (25 de septiembre de 2019). *Iranian Aggression: The World Awakes*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (11 de octubre de 2019). *Being a Christian Leader*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (22 de octubre de 2019). *Trump Administration Diplomacy: The Untold Story*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (30 de octubre de 2019). *The China Challenge*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (08 de noviembre de 2019). *The Lessons of 1989: Freedom and Our Future*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (15 de noviembre de 2019). *In Tribute to Human Freedom*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (02 de diciembre de 2019). *Diplomatic Realism, Restraint and Respect in Latin America*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (19 de diciembre de 2019). *Human Rights and the Iranian Regime*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (13 de enero de 2020a). *Silicon Valley and National Security*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (13 de enero de 2020b). *The Restoration of Deterrence: The Iranian Example*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (23 de enero de 2020). *What America Stands For*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (08 de febrero de 2020). *U.S. States and the China Competition*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (15 de febrero de 2020). *Secretary Pompeo's Remarks at the Munich Security Conference*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (28 de febrero de 2020). *The State Department is Winning for America*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (02 de marzo de 2020). *Israel: Central to the Middle East's Future*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (19 de junio de 2020). *Europe and China Challenge*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (25 de junio de 2020). *A New Transatlantic Dialogue*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (17 de julio de 2020). *My Faith, My Work, My Country*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (18 de julio de 2020). *Unalienable Rights and the Securing of Freedom*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (23 de julio de 2020). *Communist China and the Free World's Future*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (12 de agosto de 2020). *Securing Freedom in the Heart of Europe*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (03 de octubre de 2020). *Respecting Life in America's Foreign Policy*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (12 de octubre de 2020). *America Stands for Freedom*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (29 de octubre de 2020). *Unalienable Rights and Traditions of Tolerance*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (10 de noviembre de 2020). *The Promise of America*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (11 de enero de 2021). *Reclaiming Americas Voice for Freedom*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Pompeo, M. (12 de enero de 2021). *The Iran-al Qa'ida Axis*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-secretary-pompeo/>

Tillerson, R. (11 de enero de 2017). *Statement of Rex Tillerson, Nominee for Secretary of State*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (02 de febrero de 2017). *Welcome Remarks to Employees.*: <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (06 de marzo de 2017). *Remarks on the President's Executive Order Signed Today*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (18 de marzo de 2017). *Remarks With Chinese Foreign Minister Wang Yi at a Press Availability*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (30 de marzo de 2017). *Meet and Greet With Embassy Personnel*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (31 de marzo de 2017a). *Remarks to NATO-Ukraine Commission*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (31 de marzo de 2017b). *NATO Foreign Ministerial Intervention*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (04 de abril de 2017). *Chemical Weapons Attack in Syria*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (06 de abril de 2017). *Remarks on China Summit*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (18 de abril de 2017). *Iran Continues To Sponsor Terrorism*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (19 de abril de 2017). *Remarks at the U.S.-Saudi Arabia CEO Summit*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (28 de abril de 2017). *Remarks at Close of United Nations Security Council Ministerial Session on D.P.R.K.*: <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (03 de mayo de 2017). *Remarks to U.S. Department of State Employees*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (11 de mayo de 2017). *Remarks at the Arctic Council Ministerial Meeting*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (23 de mayo de 2017). *Department of State and USAID FY 2018 Budget Request*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (06 de junio de 2017). *U.S.-Australia Ministerial Consultations (AUSMIN) Opening Session*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (07 de junio de 2017). *2017 Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender and Intersex (LGBTI) Pride Month*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (09 de junio de 2017). *Remarks on the Middle East*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (14 de junio de 2017). *FY 2018 State Department Budget Request*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (15 de junio de 2017). *Remarks at the Conference for Prosperity and Security in Central America Opening Plenary Session*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (21 de junio de 2017). *Secretary of State Rex Tillerson and Secretary of Defense Jim Mattis at a Joint Press Availability*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (05 de julio de 2017). *Statement From Secretary of State Rex W. Tillerson on the Current Situation in Syria*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (09 de julio de 2017). *Remarks at the World Petroleum Council Congress Opening Ceremony*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (10 de julio de 2017). *Liberation of Mosul*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (14 de agosto de 2017). *We 're Holding Pyongyang to Account*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (15 de agosto de 2017). *Remarks on the 2016 International Religious Freedom Annual Report*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (21 de agosto de 2017). *Statement on the United States' Engagement in South Asia*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (21 de septiembre de 2017). *Remarks at the United Nations Security Council Session on Nuclear Non-Proliferation*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (08 de octubre de 2017). *President's New Immigration Priorities*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (18 de octubre de 2017). *Remarks on "Defining Our Relationship With India for the Next Century"*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (20 de octubre de 2017). *Raqqa's Liberation From ISIS*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (28 de noviembre de 2017). *The U.S. and Europe: Strengthening Western Alliances*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (03 de diciembre de 2017). *U.S. Ends Participation in the Global Compact on Migration*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (05 de diciembre de 2017). *Joint Statement to the Media*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (06 de diciembre de 2017a). *Press Conference at NATO*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (06 de diciembre de 2017b). *President Trump's Decision To Recognize Jerusalem as Israel's Capital*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (18 de diciembre de 2017). *President Trump's National Security Strategy*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (21 de diciembre de 2017). *On the Adoption of UN Security Council Resolution 2396 on Foreign Terrorist Fighters*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (27 de diciembre de 2017). *I Am Proud of Our Diplomacy*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (01 de febrero de 2018). *U.S. engagement in the Western Hemisphere*. <https://2017-2021.state.gov/u-s-engagement-in-the-western-hemisphere/index.html>

Tillerson, R. (13 de febrero de 2018). *Opening Remarks at the Global Coalition To Defeat ISIS Ministerial*. <https://2017-2021.state.gov/remarks-former-secretary-of-state-tillerson/>

Tillerson, R. (22 de marzo de 2018). *Farewell Remarks to the Department*. <https://2017-2021.state.gov/farewell-remarks-to-the-department/index.html>

Trump, D. (20 de marzo de 2017). *Remarks of President Donald J. Trump – as Prepared for Delivery Inaugural Address*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>

- Trump, D. (01 de junio de 2017). *Remarks Announcing United States Withdrawal From the United Nations Framework Convention on Climate Change Paris Agreement*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (19 de septiembre de 2017). *Remarks by President Trump to the 72nd Session of the United Nations General Assembly*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (30 de enero de 2018). *President Donald J. Trump's State of the Union Address*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (25 de septiembre de 2018). *Remarks by President Trump to the 73rd Session of the United Nations General Assembly*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (01 de octubre de 2018). *Remarks by President Trump on the United States-Mexico-Canada Agreement*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (05 de febrero de 2019). *Remarks by President Trump in State of the Union Address*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (25 de septiembre de 2019). *Remarks by President Trump to the 74th Session of the United Nations General Assembly*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (04 de febrero de 2020). *Remarks by President Trump in State of the Union Address*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (22 de septiembre de 2020). *Remarks by President Trump to the 75th Session of the United Nations General Assembly*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>
- Trump, D. (19 de enero de 2021). *Remarks by President Trump In Farewell Address to the Nation*. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/remarks/>